Atractiva
Jane Ashford



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Viena, 1814

Sentado ante su escritorio con la espalda rígidamente erguida, el general Matthew Pryor quería dar ejemplo de la postura correcta para una entrevista con un superior del cuerpo diplomático del Imperio Británico, intento absolutamente vano ante su visitante, que estaba arrellanado en el sillón de enfrente, en actitud indolente, pierna arriba, y contemplándolo con una mirada velada y molestamente penetrante.

Esa postura no se podía calificar exactamente de insolente, pensó Pryor, porque el hombre parecía estar atento a sus palabras, pero algo en su actitud indicaba con mucha claridad que no esperaba enterarse de nada importante durante esa conversación.

El general Pryor apretó con fuerza la mandíbula; desde el momento en que supo que Gavin Graham sería asignado a la delegación de su Majestad en el magno congreso de Viena, había previsto dificultades. Graham era conflictivo; tenía fama de eludir las órdenes que no eran de su gusto; era notorio por involucrarse demasiado con las personas de los países donde estaba asignado, sobre todo con los miembros femeninos de la población. Temerario, arrogante y, por desgracia, excelente para descubrir información esencial para los intereses de Gran Bretaña y para consolidar alianzas logradas en mesas de congresos a miles de millas de distancia. Tenía que ser bueno, pensó el general con acritud, si no no lo tolerarían, y no estaría sentado frente a él, con esa deliberada expresión de paciencia por la demora.

-Debe de saber por qué le he hecho venir -espetó. Graham separó las manos poniendo las palmas hacia arriba, indicando que no tenía idea, y esto irritó aún más a Pryor; sí que lo sabía, y de sobras. La falta de inteligencia nunca había sido problema de Graham.

-Sophie Krelov -añadió furibundo.

-Ah.

-Pues sí. -Esperó algún comentario, pero no hubo ninguno-. Esa mujer es una espía reconocida -continuó, con los dientes apretados-. Se sabe que trabajó para Boney hasta que lo enviamos a Elba. También está conectada con los rusos, a través de su marido, el llamado «conde». No tiene el más mínimo motivo para rondarla, Graham.

-Sin embargo es tan maravillosa -musitó su visitante-. Esos cabellos, esos...

-Viena está llena de mujeres bellas; sobre todo ahora, con este congreso en marcha, y la mitad de Europa aquí. Si no es capaz de refrenar sus... sus instintos hacia el otro sexo, fijelos en algún objetivo mejor. No debe irle detrás a la condesa Krelov.

Graham lo miró a los ojos, y el general Pryor, que había dirigido regimientos en el campo de batalla y visto de cerca la muerte, experimentó un extraño estremecimiento. ¿Acaso lo iba a desafiar? ¿Qué pretendía con esa mirada fija y penetrante?

-Es una orden -añadió, con severidad.

-Comprendo.

Graham desvió la mirada y el general experimentó una desconcertante mezcla de furia y alivio. Las cosas que había oído acerca de Graham no eran exageraciones, pensó; todo lo contrario. Sus colegas le habían advertido que en menos de un día sentiría deseos de estrangularlo; dicha sea la verdad, sólo había tardado veinte minutos en sentir ese deseo.

-Sophie recoge una buena cantidad de información -dijo Graham-. Podría ser muy útil tener una... eh, una conexión con ella.

El general soltó un bufido, muy consciente del tipo de «conexión» que tenía Graham en mente.

-Esa mujer es inescrupulosa y nada digna de confianza. No quiero tener que preocuparme por el tipo de información que le sonsaca a usted.

Graham lo miró con expresión pétrea.

-Le aseguro, señor, que...

-Sí, sí, lo he oído todo acerca de sus famosos «métodos». Cabalgar por la montaña con bandidos, establecer «conexiones» en los ambientes más bárbaros. No quiero nada de eso en mi servicio, ¿entiende? Llevaremos a cabo nuestra misión como buenos oficiales y caballeros ingleses. Nos atendremos a las normas que han hecho grande a Inglaterra. No andaremos con asuntos a hurtadillas, espiando... -se interrumpió bruscamente al caer en la cuenta de que estaba vociferando; no permitiría de ninguna manera que ese hombre lo sacara de quicio-. Yo estoy al mando de esta sección de nuestra delegación-añadió en tono un poco más moderado-, y seré yo quien decida cómo se ha de llevar. -Miró nuevamente a los fríos ojos de Graham-. ¿Está claro?

-Sí.

-Muy bien. ¿Me da su palabra entonces de que no asediará a Sophie Krelov?

Graham frunció el ceño. Bueno, por fin lo tenía cogido, pensó Pryor, regocijado. Gavin Graham tenía fama de cumplir siempre sus promesas, y por hacer condenadamente pocas también.

-Si así lo desea -contestó Graham tranquilamente.

-Lo deseo.

La mirada que recibió la ihtimidó aún más, pero no se permitó desviar la vista.

-Le doy mi palabra de que no asediaré a Sophie Krelov.

Pryor expulsó el aire que tenía retenido sin saberlo; había ganado, la batalla al menos, si no la guerra. Porque ciertamente Graham tendría en mente algún ardid que le permitiría hacer exactamente lo que se le antojara. Siempre lograba escabullirse con algo. Pero esta vez se había encontrado ante la horma de su zapato, ya que él tenía planeado algo más que el ataque directo; tenía algo en reserva.

-Tuve noticias de mi esposa esta semana. Dentro de unos días llegará de Londres.

Graham masculló unas palabras de felicitación.

-Y traerá a Laura Devane con ella -añadió el general, con la esperanza de que fuera cierto; a su mujer no le había gustado mucho la idea, pero le había prometido venir con la joven.

Gavin se limitó a mirarlo en silencio.

-Recuerda a la señorita Devane, ¿verdad? -dijo finalmente el general, sintiéndose como quien tira una bomba y ésta no explota.

-Mmmm.

-Demonios, hombre, usted la pidió en matrimonio. Tiene que recordarla.

Pues sí, recordó Graham; hacía diez años, en otra vida. Laura Devane, la única mujer que le había negado algo desde... bueno, desde que era niño y no lograba dominar a sus dos nerviosas hermanas mayores. Volvió a mirar al general. ¿Qué demonios se propondría?

-Pensé que usted podría servirle de acompañante para enseñarle Viena -dijo el general.

-Sin duda su esposa será una compañía muchísimo más agradable -contestó Gavin.

-Mi esposa estará muy ocupada con... eh... sus deberes y obligaciones. No tendrá tiempo para salir con la joven.

Gavin consiguió refrenarse de preguntar para qué demonios la hacía venir entonces.

-¿La señorita Devane no se ha casado?

-No -repuso el general, dirigiéndole una mirada que por lo visto pretendía ser significativa.

Gavin estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿Querría darle a entender que Laura Devane había estado suspirando por él? Él no había visto ningún indicio de eso cuando, por obedecer a su padre, le había propuesto matrimonio todos esos años atrás. Proposición de casarse por su fortuna, corrigió una vocecilla interior, porque ni a él ni a su padre le interesaba ninguna otra cosa de ella; y después desapareció esa fortuna, recordó, aunque nunca supo cómo. En ese tiempo él estaba en la India, en calidad de amargado y renuente diplomático subalterno.

-¿Qué ha hecho durante todo este tiempo? -preguntó, pensando en voz alta.

-Ah, eh... esto y lo otro -contestó Pryor haciendo un gesto vago con la mano.

Vivir de algún pariente, supuso Gavin, desvanecida su curiosidad. Pero eso no tenía ninguna importancia; ciertamente no estaba dispuesto a dedicarse a servir de acompañante a una virgen de... ¿cuánto? ¿veintinueve años? por el rutilante torbellino social en que se había convertido el Congreso de Viena. Tenía planeadas cosas mucho más importantes y placenteras.

-Le agradeceré que me eche una mano -continuó Pryor.

Graham enarcó una ceja.

-Con la señorita Devane. Hágala sentirse bien acogida.

Gavin experimentó un conocido ramalazo de rabia y un igualmente conocido impulso a reprimirla y dominarla. Eso era algo que había aprendido a hacer bastante bien esos diez últimos años, como hombre que detestaba recibir órdenes en su trabajo al servicio de su rey.

-Comprendo -dijo.

O sea, que el general Pryor esperaba distraer su atención con Laura Devane. Por eso la iba traer a Viena, lo que sin duda le significaba bastantes molestias y gastos. Por su cabeza pasaron las imágenes de las dos mujeres: Sophie, dorada y pelirroja, una de las mujeres más voluptuosas y sensuales que había conocido en su vida, y Laura Devane, flaca y nerviosa, blanca como la leche. Era el plan más ridículo imaginable. Abrió la boca para decir eso, pero lo reconsideró. Si el general se creía más listo que él, estupendo, así no se entrometería; y sería bastante sencillo librarse de Laura Devane.

-Muy bien, señor -dijo-. Le enseñaré Viena a la señorita Devane.

-No, rosa claro no -dijo Laura, haciendo un gesto a la ayudante de la modista para que se llevara el vestido que le estaba enseñando-. No puedo ver los colores pastel. Tal vez un rosa fuerte, o un dorado, o un verde oscuro.

Catherine Pryor, la esposa del general, miró a la joven con disimulado asombro. ¿Qué se había hecho de la institutriz apagada, casi invisible, a la que había visitado hacía dos semanas? Sabía que era la misma mujer, y sin embargo desde luego que no se parecía en nada.

-Marrón ciertamente no -dijo Laura, en tono de repugnancia. Catherine había encontrado ridículo el plan de Matthew, y no había vacilado en decírselo. Pero él estaba tan obsesionado con desviar a su difícil subordinado de una aventura inconveniente que tuvo que aceptar ayudarlo.

Hacía diez años había intentado ayudar a Laura, recordó, cuando sus imprudentes padres lo arriesgaron todo por un caballo de carreras que los obsesionaba y perdieron; pero la joven, demasiado orgullosa u obstinada para aceptar caridad, prefirió emplearse de institutriz de las hijas gemelas del conde Leith. Al cabo de un año más o menos había dejado de saber de ella, como todo el mundo.

Así pues, no había estado en absoluto preparada para la Laura que la recibió en casa de los Leith el día que fue a verla, hacía dos semanas; además, distaba mucho de tener la conciencia tranquila; había dejado que sus empleadores supusieran que ella iba a verla para ofrecerle un nuevo empleo; las mellizas acababan de cumplir diecisiete años, se estaban preparando para su presentación en sociedad, y ahí acababa el trabajo de Laura. Cuando la vio entrar en la salita de recibo se sintió doblemente contenta de haber guardado el secreto, porque esa no era la Laura Devane que conoció en otro tiempo.

A los dieciocho años, Laura era una jovencita muy animosa, de chispeantes ojos verdes y una alegre sonrisa. Aunque siempre había sido demasiado delgada, sus cabellos color negro azabache y su piel blanca como la leche le daban una cierta distinción. Todo eso había desaparecido en esos diez años. La mujer esbelta que la recibió en el saloncito de atrás de la casa, con las manos entrelazadas en el regazo, los ojos bajos, no tenía ni una migaja de

vivacidad; era apagada, pálida y poco atractiva; Gavin Graham no desperdiciaría ni una mirada en ella, pensó la mujer del general, e inmediatamente se sintió culpable. Decidió buscar algún pretexto para la visita y marcharse enseguida.

Pero, mientras pensaba en eso, se dio cuenta de que la joven la estaba observando atentamente por entre esas tupidas pestañas oscuras y que su inmovilidad era engañosa. Se aclaró la garganta, consciente del prolongado silencio, y le dijo:

-Conocí a tu madre hace unos años.

Laura asintió.

Catherine no vio en ella ningún indicio de nerviosismo, de agitación o turbación, ni el deseo de complacer que había visto en muchas mujeres en la posición de la joven.

-¿Cómo les va a tus padres en la India? -preguntó, sintiéndose inexplicablemente violenta.

-Bastante bien. Mi padre dirige el club de polo de Bombay, de modo que tiene sus caballos.

El tono era sereno, con un sutil deje de ironía. Catherine no sabía qué pensar.

-Siempre le gustaron muchísimo los caballos -añadió la joven-. ¿Sabe de algún puesto para mí?

La voz era culta y musical, pero suave, sosegada, como pensada para no llamar la atención, para no revelar nada. Catherine tuvo la repentina idea de que acababa de entrar en un escenario y conocer a una actriz inmersa en su papel. Movió la cabeza; estaba imaginando cosas, lo que no era propio de ella. Sería mejor hacer lo que había prometido y marcharse.

-Una especie de puesto.

Laura esperó en silencio.

-¿Recuerdas a Gavin Graham? -le preguntó Catherine lanzándose osadamente.

Vio o creyó ver un asomo de reacción, pero al instante la expresión de la joven volvió a su hermetismo y se limitó a asentir con la cabeza.

-¿Sí? Bueno, lo han asignado a la sección que dirige mi marido en el Congreso de Viena, y ha habido ciertos problemas con una mujer, una espía rusa. Entonces Matthew pensó que tú podrías ir a Viena y desviar la atención del señor Graham de esa mujer, para impedir algún tipo de... incidente.

Ya está, pensó Catherine, lo he dicho todo. Y al decirlo lo oyó tan ridículo como había pensado que sonaría. Laura le diría que estaba loca, y ahí acabaría todo.

-¿Incidente? -preguntó Laura.

No era esa la respuesta que había esperado. Por fin logró ver un atisbo de sus ojos. Seguían siendo de un verde pasmoso, como de hojas de rosal, pero mucho más recelosos y sabios que los que recordaba.

-Es un poco complejo -respondió.

-Rusia desea quedarse con Polonia -dijo Laura-, e Inglaterra no quiere dársela.

Catherine la miró boquiabierta.

-Me imagino que Rusia e Inglaterra están intentando poner de su lado a Prusia y Austria.

La esposa del general se dio cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró. Laura Devane la miró de soslayo.

-El conde recibe todos los diarios, sea que la familia esté aquí o en Londres -explicó.

Bueno, claro que los recibiría, pensó Catherine, pero si Laura los leía, pertenecía a una pequeñísima minoría de mujeres que se tomaban la molestia de hacerlo.

-No veo en qué podría ayudar yo -añadió Laura. Tampoco lo veía su visitante.

El silencio se prolongó. La esposa del general observó la cara de Laura; era evidente que por su mente iban pasando una procesión de pensamientos, pero ella no tenía idea de hacia dónde conducían.

-No tengo ropa adecuada para ir a Viena -dijo Laura por fin, palpándose la batista gris perla de su sencillo vestido.

Nuevamente sorprendida, Catherine repuso:

-Se te podría proporcionar. .. un guardarropa.

Esto produjo el primer asomo de sonrisa en la insólita joven.

-Gavin Graham nunca sintió ningún interés por mí, ¿sabe? Sólo deseaba mi fortuna.

Eso era casi demasiada honradez, pensó Catherine. No sabía qué decirle a esa joven.

-Sin embargo...

La esposa del general esperó.

-Me gustaría ir a Viena.

Súbitamente Catherine vio todo el asunto bajo una luz diferente. Estaba claro que esa joven seria, callada y apagada no interesaría jamás a Gavin Graham; se rumoreaba que éste había tenido escandalosos romances con una bailarina india, con una dama de la corte del rey de Siam y quien sabe con cuántas otras mujeres seductoras y exóticas. Pero Laura sí podría atraer la atención de algunos otros buenos partidos. Por lo que ella había oído, el congreso se estaba convirtiendo en un evento social de los que rara vez se veían. Habría muchísimas oportunidades para que conociera a posibles maridos, y escapara de una vida que debía de ser indescriptiblemente aburrida. Esa era la oportunidad para darle la ayuda que la joven había rechazado años atrás.

-Mi marido tiene muchos deseos de que vayas -le dijo.

-No sé si podré servir de algo en realidad -repuso Laura.

-Él sólo te pide que lo intentes.

Otro largo silencio.

-El conde y la condesa están preparados para que me marche -reconoció la joven-. Me han dicho que puedo quedarme aquí hasta que encuentre otro puesto, pero la próxima semana se llevan a las niñas a Londres, y yo... yo no iré.

-La ocasión es perfecta entonces -sugirió Catherine.

Laura titubeó. Se quedó mirando el parqué como si allí fuera a encontrar una respuesta.

-Con mucho gusto te ayudaré después a encontrar otro puesto -añadió la esposa del general, prometiéndose para sus adentros que eso no sería necesario.

Laura permaneció otro rato en silencio, y de pronto pareció llegar a una decisión. Asintió.

-Espléndido.

Después de eso Catherine se apresuró a marcharse a hacer todos los preparativos para que Laura no cambiara de opinión. Y esos preparativos las habían llevado allí, al taller de una de las principales modistas de Londres para proveer a la joven de todo lo necesario para su nuevo papel.

Y para ahondar aún más su sorpresa, pensó Catherine, Laura pasaba un ojo crítico por un rollo de tela de un precioso color rojo rosado. Había esperado que la joven le pidiera consejo, tal vez incluso tener que elegir por ella la ropa para llevar a Viena, pero desde el comienzo se había visto relegada a un segundo plano. Laura tenía ideas muy definidas sobre el tipo de vestidos que deseaba, y un gusto exquisito. Eso la llevó a preguntarse por qué los vestidos con que la había visto eran tan serios y poco atractivos.

-Sí -dijo Laura a la modista-. Me gustaría ese modelo que me enseñó en esta tela. Y el otro en esa verde.

La tela verde era exactamente del color de sus ojos, pensó Catherine, sintiendo que estaba de más allí. Destacaría el color de sus ojos admirablemente.

Ya era última hora de la tarde cuando salieron del taller, dejando a la modista muy complacida por el enorme volumen de encargos hechos. Cuando ya regresaban al hotel en un coche de alquiler, Catherine le preguntó:

-¿Qué te gustaría hacer mientras esperamos que hagan los vestidos? Podríamos visitar algunos monumentos y lugares de interés, tal vez ir a ver alguna obra de teatro.

-Sí -contestó Laura, como quien acaba de despertar de un profundo sueño-. Necesito acostumbrarme a... estar en el mundo.

Eso conmovió a Catherine. Daba la impresión de que Laura consideraba esta oportunidad su segunda presentación en sociedad, lo que compensaría la primera abortada.

-No nos invitarán a ningún baile ni a ese tipo de cosas aquí en Londres -le dijo, sintiéndose obligada a advertirla.

Laura se volvió a mirarla. Su actitud y forma de mirar eran totalmente distintas, pensó Catherine. Miraba a los ojos, de modo que casi intimidaba; a ratos incluso parecía leerle el pensamiento, de la forma más desconcertante.

-Naturalmente que no.

Se bajaron delante del pequeño y respetable hotel que Catherine había escogido, pasaron a través del vestíbulo y subieron a sus habitaciones.

-Podríamos hacer algunas visitas -dijo Catherine mientras se quitaban las capas-. Si quieres ir a...

-No quiero encontrarme con los Leith -interrumpió Laura. Claro que no, pensó Catherine, muy impresionada. Eso sería singular. La condesa tenía fama de ser una mujer caprichosa y temperamental; ¿Qué haría si se encontrara con su ex institutriz en un salón?

-No he querido decir que esperara invitaciones -añadió Laura-. Sólo... -se quedó en silencio un momento-. Una institutriz es poco más que una criada de categoría superior, ¿sabe? El puesto requiere una enorme cantidad de... prudencia.

Catherine la miró fijamente.

-Descubrí que era mejor pasar inadvertida, que nadie se fijara en mí, aparte de las niñas que estaban a mi cargo; y tal vez, de tanto en tanto, la señora de la casa.

La esposa del general frunció el ceño, confundida.

-¿Conoce al conde Leith y a su grupo?

Catherine comenzó a comprender. Leith era un mujeriego, y nada discreto en sus aventuras.

-¿No intento...?

-No me veía -contestó Laura-. Ni tampoco sus amigos. Nadie se fijaba en mí, a no ser que yo quisiera, y yo casi nunca lo deseaba. He tenido un gran éxito como institutriz -añadió sonriendo.

Catherine casi dio un paso atrás por la sorpresa. No habían desaparecido ni la vivacidad ni el encanto. Al parecer, sólo los había tenido escondidos.

-Y ahora debo acostumbrarme a atraer la atención nuevamente -concluyó la joven.

Tal vez Laura Devane sería capaz de atraer la atención de Graham después de todo, pensó Catherine. Sin duda atraería la atención de alguien.

2

Laura estaba en el gran salón de baile de la casa que la delegación danesa había alquilado mientras durara el Congreso de Viena, con el corazón desbocado bajo una fachada de serenidad. A su alrededor se arremolinaba el rumor de cientos de conversaciones, que casi ahogaban los sonidos de los músicos que tocaban en el otro extremo. La enorme sala estaba lujosamente decorada con adornos blancos y dorados; las cortinas de los altos ventanales eran de terciopelo azul oscuro. Desde donde se encontraba oía hablar en cinco idiomas. Qué suerte que los idiomas hubieran sido una de las pocas cosas que a la condesa le interesaba que aprendieran sus hijas. Enseñarlos le había servido para perfeccionarlos e incluso para aprender más. Sabía conversar bastante bien en francés, italiano y alemán. Pero no en ruso, pensó con pesar, al oír hablar en ese idioma a dos hombres corpulentos detrás de ella. Si hubiera sabido que algún día se encontraría allí, habría aprendido ruso.

Una traviesa sonrisa le iluminó la cara; automáticamente la reprimió, y después movió ligeramente la cabeza; ya no tenía por qué reprimir sus sonrisas. Por un tiempo, durante el breve periodo de ese cambio inimaginable en su vida, durante esa aventura, sería libre. Reapareció la sonrisa haciendo chispear sus ojos verdes.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó Catherine, que estaba a su lado.

Laura asintió.

-No tardarán en llegar.

El destello de los ojos de Laura se avivó. El general Pryor traería a Gavin Graham al baile, para asegurarse de su asistencia, se imaginó, puesto que el joven no tendría ningún deseo de hacerlo. Por centésima vez pensó en cómo se las arreglaría para realizar la tarea que había aceptado. Estaba decidida a poner el máximo empeño en llevarla a cabo, a cambio de ese escape, aunque fuera breve, de la vida que había llevado hasta ese momento. Pero ¿cómo se podía distraer a un avezado hombre de mundo de una encantadora espía extranjera?

No tenía la más remota idea; esperaba que se le ocurriera algo cuando se encontrara nuevamente con él. Por lo menos ya no era la niña ingenua e ignorante de dieciocho años, se dijo.

Tuvo que hacer un esfuerzo para refrenar un ataque de risa. En los diez años pasados había ensanchado enormemente sus horizontes leyendo casi todos los libros que componían la bien abastecida biblioteca del conde de Leith. Se había enterado de muchísimas cosas que las jóvenes de buena familia no debían conocer, cosas que la habían sorprendido, horrorizado, escandalizado y, de vez en cuando, repugnado, y con el paso del tiempo su curiosidad había ido aumentando. Probablemente este periodo sería su única oportunidad para descubrir la realidad de algunas de esas palabras leídas. Tenía la intención de sacar el máximo provecho de esa experiencia.

-Ese vestido es de un color verde muy especial -dijo una mujer en francés detrás de ella.

-Sí -contestó su acompañante en el mismo idioma-, oscuro pero muy atractivo.

-Un poquitín atrevido, sin pasarse. Las mangas son muy elegantes.

Laura miró a Catherine para ver si había oído ese comentario sobre su vestido, pero no vio en ella la más mínima señal de haber entendido.

-No es francesa -comentó la segunda observadora, con seguridad.

-No, pero tiene un cierto aire... ¿español quizá?

Laura casi oyó el encogimiento de hombros que siguió a esa suposición. Descubrió que le complacía extraordinariamente la dificultad para clasificarla.

-Ah -continuó la primera voz francesa-. Allí está ese inglés, Graham.

En ese instante Catherine hizo un discreto gesto hacia su marido que se acercaba.

-¿Has oído hablar de él? Dicen que es un amante fantástico.

-¿Un inglés?

-Eso dicen. Un verdadero poeta de la alcoba.

-Increíble.

Laura tuvo que ejercer un enorme autodominio para mantener la expresión indiferente. ¿Un poeta? pensó. ¿Qué querría decir eso? Observó a Gavin, que se les acercaba. Sus cabellos seguían siendo de ese insólito color dorado oscuro, parecido a una moneda de oro bruñida por los años; sin duda sus ojos también debían conservar ese frío color azul grisáseo y, por supuesto, seguía sobresaliendo por media cabeza de los demás hombres de la sala. Pero aparte de eso, estaba muy diferente al joven que había conocido. Su figura estaba más llena, los hombros más anchos, el pecho más esbelto, los brazos y las piernas mucho más musculosos. Además, caminaba con una seguridad y elegancia que hacía diez años ni siquiera comenzaba a poseer. Cada movimiento que hacía parecía lento y deliberado. Atraía la atención, observó, al ver cómo se volvían a mirarlo las personas a su paso. En esa ciudad llena de aristócratas europeos hacía pensar si no sería algún magnate o incluso un miembro de la realeza.

-Ahí está Gavin -comentó la esposa del general, innecesariamente.

Catherine parecía nerviosa, pensó Laura; y tal vez ella también lo estuviera un poco. Gavin Graham no tenía ningún dominio sobre ella, se dijo; además, nadie esperaba siquiera que ella lograra interesarlo. Tres días con los Pryor se lo habían dejado bien claro. Catherine había logrado calmar un poco la desilusión del general por su supuesto cebo, aunque le quedó claro que su llegada había acabado con sus esperanzas. La expresión de su cara cuando la

conoció declaró que el asunto no tenía esperanzas. Tal vez sí, tal vez no, pensó ella. Se enorgullecía de cumplir siempre lo que prometía.

-Muy simpático -dijo una de las francesas detrás de ella-. ¡Qué piernas tiene!

-Mmm -musitó su amiga-. ¿Y cómo será lo demás?

Aún resonaban sus risas cuando el general Pryor presentó a su esposa a Gavin Graham.

-Y a la señorita Devane ya la conoces, claro -añadió.

-Claro -murmuró Gavin.

Burlón, pensó Laura; de modo que había decidido mostrarse burlón y desdeñoso, y lo hacía muy bien. Sintió una breve ráfaga de desasosiego, pero la dominó enseguida.

-¿Qué le parece Viena, señorita Devane? -le preguntó él.

-Me parece una ciudad agradable. Y el trabajo que se está realizando aquí es muy interesante.

-¿Ha bailado el vals antes? -le preguntó él mientras la guiaba hacia la pista.

Iba a mostrar su verdadera cara, comprendió Laura; el tono era muy distinto ahora que estaban solos: frío e indiferente. Se iba a enterar de lo que él pensaba de las conspiraciones del general.

-No -contestó.

-Trate de seguirme, entonces.

Laura se tragó una réplica brusca; le demostraría que era muy capaz de seguirlo.

Le llevó un rato lograrlo. Al principio él casi tenía que empujarla en la dirección correcta y levantarla en las vueltas. Pero pronto cogió el ritmo y empezó a bailar de verdad. Nuevamente las piernas de ambos se movieron al mismo ritmo como si estuvieran flotando. Ella parecía saber instintivamente cómo se movería el cuerpo de él, que dirección elegiría. Era algo muy extraño.

-Aprende rápido -comentó él, no en tono complacido.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos por primera vez, sosteniendo su fría mirada. En realidad, hace diez años no había sabido nada de él. ¿Estaría allí esa inteligencia entonces? ¿Esa recelosa mirada escrutadora?

-Muy rápido -contestó.

-¿Y qué espera aprender en Viena? -preguntó él en tono duro-. ¿Aparte del vals?

-Algo acerca del mundo.

La sorprendió su sinceridad. Ni siquiera a Catherine le había dicho eso. Hasta ese momento ni ella misma lo había entendido muy bien.

-¿El mundo? -repitió él, sarcástico.

-El mundo más grande, el mundo donde se deciden las cosas. La historia es... -no logró terminar; le pareció demasiado tonto.

-La historia -dijo él, en tono muy parecido a burla.

-¿Podría dejar de repetir lo que digo?

Él enarcó ligeramente las cejas.

-Es muy molesto -añadió ella.

Al instante se sintió culpable; había prometido intentar fascinar a Gavin Graham, y pelearse con él no era la manera de hacerlo. Recordó las instrucciones de su madre antes de su primer baile: a los hombres les gustan las mujeres deferentes, que muestran admiración; hay que darles oportunidades para que demuestren su superioridad. El recuerdo la hizo arrugar la nariz; no había sido terriblemente buena en eso ni siquiera a los dieciocho años; y de institutriz sólo lo había conseguido no hablando.

-Tiene la expresión de haber sentido un mal olor -dijo Gavin.

-Uy, lo siento. Estaba pensando en otra cosa; de hace muchos años.

Él la miró como si no estuviera acostumbrado a esas distracciones en sus parejas de baile.

-Baila usted muy bien -dijo ella, deseando salvar la conversación.

Él continuó mirándola.

-Tengo entendido que ha viajado muchísimo -añadió, recordando la admonición de su madre sobre que a la mayoría de los hombres les gusta hablar de sí mismos.

Los músicos estaban tocando los últimos acordes. El baile estaba a punto de terminar. De pronto él aumentó la presión del brazo con que rodeaba su cintura; al hacer un giro la atrajo más hacia sí, apretando su cuerpo contra el de ella; sintió los pechos pegados a su pecho. Le hormigueó la piel de la sien cuando él se la rozó con la mandíbula. Sintió vértigo; estaba desequilibrada, demasiado sobresaltada para reaccionar. Era como ser repentinamente arrebatada por un temporal de viento. Sintió los brazos de él ajustados a sus contornos, exigiendo rendición.

Acabó la música. Él la soltó y se apartó haciendo una pequeña inclinación burlona, mirándola con fría diversión. Las demás parejas se separaron y se alejaron.

Laura se sentía como si la hubieran sumergido en fuego. Tenía la cara encendida, como todo el resto de su cuerpo. Estaba sin aliento, estremecida y se sentía profundamente humillada. ¿Cuántas personas los habían visto? ¿Cómo se atrevía él a tratarla de ese modo? Un caballero no pondría jamás en ridículo así a ninguna mujer.

Gavin Graham le ofreció el brazo. Ella deseó darle la espalda y alejarse bruscamente de él, pero eso sólo atraería más atención. Ya se sentía como si cientos de ojos la estuvieran perforando. Haciendo acopio de toda su fortaleza y muy erguida, colocó los dedos en su antebrazo y se dejó acompañar por él hasta los Pryor.

Gavin tiró la última de las tarjetas sobre la bandeja en que su criado acostumbraba a presentarle la correspondencia. Era ridículo; seis invitaciones sólo para la próxima semana. El congreso se estaba convirtiendo en una gigantesca fiesta. Las potencias estaban reunidas allí para organizar el destino de Europa después de la derrota de Napoleón, y en lugar de hacer eso se pasaban el tiempo bailando, cenando y estrujándose los sesos para entablar conversaciones ingeniosas, de lo cual muy pocos eran los capaces.

Se oyó un discreto golpe en la puerta.

-Adelante.

Entró su criado, un hombre bajo y delgado pero fuerte, oriundo de un país del otro lado del mundo. Traía otro sobre, con una apariencia que lo alertó.

-¿Algo interesante? -preguntó.

El hombre hizo un gesto, medio de encogimiento de hombros, medio de rechazo. Era un experto en comunicarse con silencio.

Gavin cogió el sobre. Si Hasan lo consideraba importante, lo era. Lo había acompañado en aventuras que amilanarían a la mayoría de sus colegas, y jamás se había mostrado menos que totalmente capaz y digno de confianza.

El sobre de color rosa, emanaba aroma de rosas; la letra era de trazos muy adornados, con muchos bucles. Se trataba de una nota de Sophie Krelov, en que le expresaba el deseo de verlo esa noche. Gavin sonrió sardónico. Le había prometido al general que no la asediaría, y no lo haría; pero lo que Pryor no sabía era que él jamás le había ido detrás a la condesa. Por el contrario, casi desde el momento en que había pisado Viena, hacía unas semanas, había sido ella la que le seguía los pasos, haciendo gala de mucho encanto y ofreciéndole... ¿qué?

Estuvo un momento manoseando la carta distraídamente; era extraño. Aunque no subvaloraba sus atractivos, sabía que Sophie Krelov jamás perdía el tiempo en simples aventuras amorosas. Concedía sus favores a cambio de otro tipo de concesiones, o por información importante para los intereses de algún país. El nombre del país variaba según la estación y el pago ofrecido. La pregunta era, ¿qué deseaba de él?

Gavin se sabía poseedor de una gran variedad de información; había trabajado en muchos lugares importantísimos del Imperio Británico, conocido a personas poderosas y

participado en un buen número de negociaciones delicadas y secretas. Pero ¿cuáles de sus conocimientos eran los que atraían a Sophie y a su empleador?

Si lograra descubrir la identidad de este último, podría descubrir la respuesta. Sophie había trabajado para Francia. ¿La habría empleado Talleyrand para que lo ayudara a salvar lo que pudiera de las ruinas de los sueños imperiales de Napoleón? El marido de Sophie, el deplorable conde, era ruso. Y el zar andaba rugiendo por Viena como un oso herido, exigiendo la posesión de Polonia cuando casi nadie quería entregársela. ¿Habría encargado a Sophie descubrir algo que pudiera utilizar con ese fin? ¿O trabajaría para Austria, o Prusia?

Dejó en la mesa la perfumada carta y contempló el pequeño parque de la ciudad que se veía desde la ventana de su apartamento alquilado. El viento de comienzos de noviembre estaba haciendo girar las últimas hojas muertas sacándolas de rincones escondidos. El día estaba gris y frío, anunciando el invierno. Sophie sólo era una parte de la pregunta más importante, pensó, que se resumía en: ¿qué estaba haciendo allí él? El congreso no era su tipo de trabajo; ya todo el personal del servicio diplomático británico tendría muy claro que él no estaba hecho para esas grandes reuniones, con sus interminables tomas de posición y cháchara hueca. Durante los últimos años no le habían encomendado ningún tipo de misión semejante. Lo habían enviado a lugares explosivos, a pequeñas reuniones secretas realizadas para favorecer alguna conspiración o evitar alguna explosión. Para eso es para lo que sería él.

Apretó las mandíbulas. No era un diplomático de salón. Él trabajaba solo; confía tus planes a algún colega y seguro que te los estropea. Confiar era siempre un error. El llevaba los asuntos solo, y presentaba los resultados al gobierno de su Majestad cuando los tenía. Así pues, ¿por qué demonios lo habían destinado a ese puesto al mando de Matthew Pryor? Frunció el ceño. Los hombres como el general Pryor eran institucionalmente incapaces de comprender la intriga; se pasaban el tiempo moviendo fichas sobre un mapa o redactando memorándums. Algunos malditos burócratas de Londres los habían puesto juntos; era una receta para el desastre.

Pensar en Pryor le trajo a la mente ese plan idiota suyo, y su pretexto: Laura Devane. Tenía que reconocer que se había mostrado un poco arrogante con ella, y recordó la indignación de su cara después del baile. La joven no estaba acostumbrada a ese tipo de juego; en todo caso había sido bastante divertido.

Sonrió. Laura se había recuperado admirablemente. Él se había preparado para aguantar sus gritos y acusaciones, pero ella los había desafiado a todos y vuelto a sus anfitriones caminando erguida como una reina. Era casi una pena que tuviera que librarse de ella; pero no tenía tiempo para acompañar a una virgen envejecida por toda Viena, por muy animosa que resultara. Debía obligarla a rechazarlo; entonces Pryor se vería obligado a ceder y a enviarla de vuelta a Inglaterra.

La verdad es que era una pena, pensó nuevamente. Laura se había desarrollado bastante bien. La flacura de juventud se había transformado en una grácil flexibilidad que durante el vals resultó muy placentera a sus manos. Se había convertido en una de esas mujeres cuyas curvas sólo las detecta el amante, atractivo contraste con esas cuyos atributos son visibles a todos. Y cuando se sonrojaba su piel blanca adquiría un tono rosa antiguo, pensó; y con esos cabellos negros y esos ojos... Se encogió de hombros; era imponente, pero él tenía cosas más importantes en qué pensar.

Laura estaba pensando mientras tamborileaba sobre el escritorio de su habitación en la casa alquilada del general; dentro de unos minutos saldrían a dar un paseo y existía la posibilidad de que volviera a ver a Gavin Graham.

Había aceptado venir a Viena impulsivamente, para ayudar a los Pryor y, sobre todo, para vivir una aventura. No sabía cómo sería, ni si tendría la posibilidad de ayudar realmente. Y naturalmente no había pensado que la tarea pudiera entrañar la humillación pública.

Apretó los puños. Era evidente que Gavin tenía la intención de frustrar el plan del general asustándola a ella. Apretó los dientes al recordar la diversión que vio en sus ojos cuando la soltó al acabar el vals. Ya la había descartado como si fuera un cero a la izquierda, una debilucha, una mujer que se arredraría ante el menor indicio de oposición o escándalo. La había descartado automáticamente, igual que todas las personas por cuyas vidas había pasado inadvertida durante los diez últimos años.

Se apoyó en el respaldo de la silla y se relajó. Él no tenía idea de las adversidades que ella había soportado, ni de las capacidades y fortaleza que había desarrollado. Actuaba a partir de suposiciones falsas.

Hizo una respiración profunda y sintió desvanecerse la ira. En realidad, él estaba lamentablemente equivocado respecto a ella. Cuando aceptaba una tarea, la aceptaba; cuando hacía una promesa, la cumplía; no abandonaba una obligación simplemente porque era pesada. Diez años de trabajar como institutriz habían sido un riguroso entrenamiento. Y en esos momentos él hacía de esa tarea algo más que una obligación. Ahora era algo personal, una competición entre ellos que no tenía la menor intención de perder.

Entrecerró los ojos. Los Pryor no habían visto lo que le hizo Gavin durante el baile; había demasiadas personas entre ellos y las parejas que estaban bailando. El general se había mostrado bastante complacido, creyendo que su plan estaba dando resultado después de todo. Si supieran, lo abandonarían totalmente, y con eso contaba justamente Gavin Graham. Así pues, ella se ocuparía de que no lo supieran. Ella haría sus propios planes; él no jugaba limpio, de modo que tampoco lo haría ella.

La doncella llamó a la puerta para decirle que los Pryor estaban listos para salir. Se levantó y cogió sus guantes. Tenía las ideas claras; durante años había superado las circunstancias difíciles representando un papel. Podría volver a hacerlo; las actuales circunstancias eran muy diferentes, claro, y no las comprendía del todo. Necesitaba información, datos, antecedentes. Tendría que hacer algunas preguntas muy bien formuladas, discretamente. Por fortuna, era una experta en eso. Gavin Graham no se podía imaginar lo experta que era.

Fueron caminando hacia el centro de la ciudad y hacia la plaza donde se elevaba la antigua catedral de San Esteban. El aire de noviembre era frío y los obligaba a moverse; pero había muchos otros que también hacían frente al frío para ver y ser vistos. Laura nunca había viajado, a no ser a través de las páginas de un libro, de modo que le resultaba emocionante estar en una ciudad extranjera rodeada por sus habitantes. También se toparon con muchos asistentes al congreso que habían salido a dar un paseo. Cuando el general señaló al príncipe Klemens de Metternich, acerca de quien había leído incontables veces en los periódicos, su satisfacción fue completa.

-El arquitecto del equilibrio de poder en Europa -murmuró, atrayéndose una sorprendida mirada de su anfitrión.

Cuando divisó a Gavin Graham, que venía en dirección hacia ellos por la avenida, estaba absolutamente embelesada. Vestía un abrigo con esclavina y un sombrero de piel de castor de copa alta, y en la mano llevaba un curioso bastón lacado en negro y rojo. Daba la impresión de andar con paso lánguido, pero adelantaba a caminantes que parecían moverse con más rapidez. De tanto en tanto saludaba a algún conocido con una inclinación de cabeza. Actuaba como si fuera el propietario de la ciudad, y miraba a las personas con quienes se encontraba con una absoluta falta de sentimiento, como si fueran curiosidades que tal vez podrían tener alguna utilidad.

-Graham -dijo el general cuando estuvieron cerca-, acompáñenos en el paseo.

Gavin obedeció la orden, impasible. Era agradable, pensó Laura, verlo obligado a hacer algo que ciertamente no deseaba hacer.

-Qué bastón más curioso -comentó la esposa del general-. ¿Qué hay pintado en él?

-Un dragón.

Gavin levantó el bastón para que vieran al animal escarlata enrollado alrededor, a todo lo largo.

-Es muy hermoso. ¿Lo compró en Oriente?

-Procede de China -contestó él-. Lo recibí en Siam. Fue un... regalo.

Algo en su manera de decir la palabra «regalo» hizo sonrojarse ligeramente a la señora Pryor.

-Siam -dijo Laura-. ¿Cómo es?

Siempre había soñado con ver lugares como ese, con experimentar culturas tan diferentes.

-Interesante -repuso Graham-. El rey tiene más de cien esposas. -Le sonrió burlón-. Lo sorprendente es que aun así encuentra tiempo para la política y las intrigas.

-Señor Graham -protestó Catherine Pryor.

-¿Señora?

Su mirada afable pareció confundir a Catherine. Por lo visto desconcertar a las personas era una de sus principales diversiones, pensó Laura.

Caminaron unos minutos en silencio. Laura notó que Catherine estaba furiosa.

-Ah, ahí está el barón -dijo entonces Catherine, agitando la mano hacia un caballero alto y rubio que caminaba hacia ellos.

El hombre se les acercó y los saludó con una inclinación formal. Tenía el porte erguido de un soldado, aunque no vestía uniforme. Sus cabellos claros hacían juego con un pequeño bigote recortado; sus ojos eran de un azul celeste y en la mejilla izquierda se veía la línea clara de una cicatriz de duelo.

-Laura, te presento al barón von Sternhagen -dijo la esposa del general-. Barón, una amiga nuestra de Inglaterra, la señorita Laura Devane.

-Fraulein -saludó el barón con otra inclinación y haciendo sonar los talones.

Laura vio un destello de burlona diversión en los ojos de Gavin.

-Es un placer conocerle -dijo ella en alemán.

-¿Habla mi idioma? -preguntó el barón en alemán, claramente sorprendido.

-Un poco, y no muy bien, me temo.

-No, no. Su pronunciación es muy buena -contestó él, volviendo al inglés-.¿Dónde lo aprendió?

-En la sala de clases -repuso ella sonriendo.

En la de su escuela y en la del conde de Leith, pensó, principalmente en esta última; sus alumnas no eran particularmente rápidas para aprender, y había tenido que hacerles muchísimos ejercicios.

-Excelente. ¿Ha viajado a los estados alemanes?

-Ay de mí, no.

-Pues debe hacerlo. Muy pocos de sus paisanos hablan tan bien como usted.

-Algún día tal vez.

Sonrió al barón, complacida por sus elogios, y bastante contenta de que Gavin Graham estuviera allí para oírlos.

El general se aclaró la garganta.

-Nunca he tenido mucho tiempo para aprender otros idiomas. Tengo demasiado trabajo.

-¿Tal vez les veré en el baile de mañana? -preguntó el barón.

-No he...

-¿En nuestra sede? -miró a la esposa del general y cuando ella se encogió de hombros, añadió-: Me encargaré de que les llegue la invitación. Debe reservarme un baile.

Con otra inclinación y una larga mirada a Laura, continuó su ca-mino.

-Muy correctos los prusianos -comentó Gavin.

Laura lo miró. Qué interesante, pensó; él y el barón eran rubios y sin embargo muy diferentes. El barón se veía brillante como una moneda de oro recién acuñada; en cambio Gavin se veía bruñido como oro viejo, rico en experiencia y elegancia.

Sus ojos se encontraron con los de él. Ella se sonrojó ligeramente y desvió la mirada. No debía mostrarle amistad; le había dejado bien claro que se aprovecharía cruelmente de ella.

-¿No le parece? -le preguntó Gavin.

-¿Qué?

-Que los prusianos son opresivamente correctos.

-El barón es el único prusiano al que he conocido en mi vida. Y lo he encontrado muy agradable.

-¿De veras? -dijo él en un tono que insinuaba que era una tonta. Laura estaba a punto de replicar cuando el general dijo:

-Ahí está ese condenado pintor. No mires, Catherine, que está intentando atraer tu atención.

Inevitablemente, su mujer se volvió a mirar. Laura vio sonreír y precipitarse hacia ellos a un hombre esbelto de lustroso pelo negro y brillantes ojos oscuros.

-Señora -exclamó, haciendo una exagerada inclinación sobre la mano de Catherine.

-Signor Oliveri -respondió ella retirando la mano.

-Qué día más espléndido, ¿verdad? El azul del cielo, el frescor del aire, el movimiento. -Movió las manos como para abarcar a todas las personas que caminaban alrededor.

Catherine miró a Laura con expresión de estar considerando algo.

-Laura, te presento al signor Oliveri -dijo finalmente-. Ha venido de Roma a pintar el congreso. Está trabajando en un inmenso lienzo que muestra a todos los delegados importantes. Nuestra amiga Laura Devane, signar.

-Bella donna -dijo él, cogiéndole la mano e inclinándose sobre ella también.

Laura lo saludó en italiano. Cuando vio la expresión de sorpresa en la cara de Gavin sintió un revoloteo de satisfacción.

Oliveri respondió con una riada de palabras y gestos.

-Lo siento. Tendrá que hablar más lento -dijo ella-. No he tenido muchas oportunidades de hablar italiano con alguien que lo habla de verdad.

-No, no; usted lo habla como un ángel -contestó él-. Su voz es música. Después de los gruñidos y toses que pasan por idioma aquí. -Elevó las manos al cielo-. ¡Danés! Que nos protejan todos los santos. Es como si se pusieran a hablar animales de granja.

Laura no tuvo más remedio que reírse.

-Y siempre pienso que los rusos se están aclarando la garganta -continuó él, alentado-. Sólo falta que escupan.

-Signor -lo reprendió ella con otra risa.

-Tenemos que continuar nuestro camino -dijo el general Pryor en un tono que no admitía réplica, y mirando a su mujer ceñudo, como insinuando que tendría unas palabras con ella después.

Al volverse a mirar a Catherine, Laura captó la expresión de Gavin. ¿Era risa lo que había en sus ojos? Entonces, apostaría a que él sabía italiano.

-Sí, debemos irnos -dijo la esposa del general.

Oliveri retrocedió unos pasos y extendió los brazos.

-Estoy encantado de haberla conocido, signorina. Tal vez podría venir a ver mi obra algún día.

Catherine cogió a Laura del brazo y la instó a avanzar. Laura comprendió que lamentaba haberle presentado al signor Oliveri. Quizá no estuviera muy aceptado socialmente.

-Sin duda encontraría una inmensa cantidad de placer en su «obra» -le susurró Gavin al oído, en italiano.

-¿Le parece?

-Sin duda -dijo él burlón.

-¿No es aceptado? -preguntó ella-. Qué interesante. El último caballero con quien hablé al que no consideraban aceptable fue... usted.

Él pareció claramente sorprendido.

-Mis padres lo consideraban absolutamente inconveniente -explicó ella-. Sólo permitieron que me propusiera matrimonio debido a la influencia de su padre.

-¿Sí? Qué coincidencia. La influencia de mi padre fue el único motivo de que yo hiciera la proposición.

Se miraron a los ojos y ella no desvió la vista. Su manera de mirarla era muy diferente, con la misma frialdad, pero no con la misma arrogancia. Le había dado algo en qué pensar, concluyó, satisfecha. Pero eso no era nada comparado con lo que tenía planeado.

El momento que había estado esperando Laura llegó por fin tres días más tarde. Había descubierto lo que necesitaba saber, y el objeto de su curiosidad iba avanzando hacia la puerta, preparándose para retirarse de la fiesta a la que ambas habían asistido. Laura se apartó discretamente de Catherine y caminó sin prisas en la misma dirección.

Encontró a su presa poniéndose una larga capa azul en el vestíbulo. Cuando el lacayo se retiró, ella se acercó.

-Hola -se apresuró a decir.

La otra la miró de arriba abajo observándola con franca curiosidad.

-¿Es usted la condesa Krelov?

La mujer asintió, enarcando levemente las cejas.

Era hermosísima, pensó Laura. Tenía los cabellos de un color dorado rojizo, y sus ojos azul oscuro un poquitín sesgados en su rostro triangular. De estatura mediana y una figura voluptuosa, tenía también una mirada penetrante e inteligente. No era extraño que Gavin estuviera obsesionado por ella.

-¿Podría hablar con usted un momento? -añadió Laura.

-¿Quién es usted? -replicó la condesa, con un acento fino, delicado, que Laura no logró identificar.

-Me llamo Laura Devane; he venido de Inglaterra, de visita.

Un destello de interés entró en esos ojos azules.

-¿Casada con uno de los delegados del congreso?

-No. Sólo soy una observadora.

-¿Qué desea?

Esa era la parte difícil, pensó Laura, sintiendo un pequeño estremecimiento de emoción. Estaba con un pie fuera del cauteloso mundo de normas y convenciones que habían regido su vida hasta ese momento. Se estaba soltando de la seguridad que le habían dado esas cosas, además del aburrimiento, frustración y límites. Eligió cuidadosamente las palabras:

-He oído decir que usted sabe muchísimo acerca de las personas que asisten al congreso.

-¿Tiene alguna información? -fue la seca respuesta.

-No. Me gustaría aprender... eso es todo.

La condesa Krelov pestañeó sorprendida. Volvió a mirarla detenidamente de arriba abajo; una sonrisa se dibujó en su rostro que luego se convirtió en franca risa.

-Ha oído decir que soy una espía -la acusó en tono burlón-, y tiene la romántica idea de llegar a ser una. Ha leído muchas novelas, señorita... Devane.

Laura ya estaba negando con la cabeza.

-No encuentro nada particularmente romántico en eso -repuso Laura-. Es una especie de trabajo, ¿verdad? En todo caso, no me interesa.

-¿Qué, entonces?

Laura paseó la mirada por la zona muy pública en que estaban.

-¿Podríamos encontrarnos en otra parte, más discreta?

La condesa la escrutó con los ojos entornados.

-¿Quién es usted? -preguntó de nuevo.

-Laura Devane -repitió ella-. He sido institutriz durante diez años, antes de tener... la oportunidad de visitar Viena.

La idea de volver a la enseñanza y a nuevas alumnas le resultaba cada vez menos atractiva.

-¿Oportunidad? -repitió la otra, mirándole el elegante vestido.

-Una amiga de mi madre me invitó a venir aquí.

Y eso era todo lo que podía decir. Si eso no era suficiente, su plan estaba condenado al fracaso.

La condesa Krelov pareció dudar, pero también mostró un poco de curiosidad. En ese momento se oyeron voces procedentes de la entrada del vestíbulo, indicación de que se acercaba otro grupo para marcharse. Entonces hizo un leve encogimiento de hombros, metió la mano en su ridículo y sacó una tarjeta.

-Venga a verme -le dijo, y le entregó la tarjeta, simulando un ademán teatral-. Mañana... no, pasado mañana por la tarde, a las tres.

Laura cogió la tarjeta y la ocultó rápidamente en el guante.

-Gracias.

Con un gesto despreocupado, la condesa se volvió hacia la puerta. Laura se escabulló rápidamente cuando el grupo de personas entró llamando al lacayo para pedir sus abrigos o capas, y estuvo al Iado de Catherine antes de que su ausencia hubiera causado preocupación.

Los Krelov se alojaban en una casa grande dividida en varios apartamentos. La mujer que le abrió la puerta y la condujo a la segunda planta, era una austriaca severa que no hizo amago de hablar ni siquiera cuando Laura se le dirigió en alemán. Una vez arriba, la recibió una figura insólita que no tenía el menor aspecto de criada; era una mujer de unos cincuenta años, de cabellos grises recogidos en un moño muy tirante en la nuca y que le lanzó varias miradas penetrantes a con los ojos entrecerrados. Esta tampoco habló mientras la condujo e hizo pasar a la habitación de la condesa. Sophie estaba sentada ante su tocador de tres espejos mirándose atentamente la cara.

-Nunca me haré vieja -anunció, abriendo un frasco y comenzando a friccionarla con la loción. La habitación se inundó con aroma de rosas-. Has venido. Creí que no lo harías.

-¿Por qué?

-No sé. Pensé que podría ser una broma. -La miró detenidamente con aguda inteligencia-. He aprendido a no rechazar jamás una fuente de información. Pero la verdad es que no sé de qué tenemos que hablar.

-Condesa... -comenzó Laura.

-Llámame Sophie. Tutéame -dijo Sophie, cerrando el frasco y colocándolo sobre el tocador-. Y siéntate. Es muy molesto tener que mirar hacia arriba.

Laura se sentó en un sillón situado ante una mesa que estaba junto a la ventana.

-¿En qué casa fuiste institutriz? -preguntó Sophie, sorprendiendo a Laura con su buena memoria.

-En la del conde de Leith.

-Nunca he oído hablar de él -respondió ceñuda-. ¿Está aquí?

-No. No tiene nada que ver con la política.

Sólo con el juego, pensó Laura, y con la bebida y otros vicios tradicionales.

-¿Tienes alguna información para vender?

-No.

Laura guardó silencio un momento, tratando de organizar lo que deseaba decirle a esa mujer.

-Ese color te sienta muy bien -comentó Sophie, observando cada detalle de su vestido rosa.

-Gracias.

-Sigo sin entender qué deseas.

No era extraño, pensó Laura, ni ella misma lo entendía muy bien. Había deseado conocer a la mujer que era el objeto de los afectos de Gavin Graham, para verla y saber más acerca de ella. Creía que eso le daría pistas, maneras de ganar el juego que había entre ellos. Ese era el tipo de mujer que Gavin admiraba, pensó, analizando los evidentes encantos de la condesa.

-Mi vida ha cambiado mucho con mucha rapidez -dijo-. Dejé la sala de clases de un noble para venir aquí. Ha sido bastante... desorientador...

La condesa alzó las cejas.

-Pensé que usted podría darle algún consejo a alguien que está en mi... situación.

Eso no era terriblemente convincente, pensó, pero era lo mejor que se le ocurría.

Sophie la miró asombrada.

-¿Consejo? ¿Quieres mi consejo? O bien estás tramando algo que no entiendo o... -la miró fijamente-, o eres un ser muy raro.

-Soy bastante rara -repuso Laura evasivamente. Comprendiendo que tenía que revelar algo más para obtener alguna respuesta, añadió-. De niña tenía ciertas esperanzas... de ver cosas, incluso de hacer cosas que tuvieran alguna importancia. Y luego el mundo que conocía se desmoronó. -Alzó la barbilla; vio que Sophie Krelov la estaba observando atentamente-. Simplemente se desvaneció. Y así están las cosas ahora.

La expresión de la condesa había cambiado; se veía pensativa.

-¿Qué esperas de mí?

-He oído hablar de usted, y tuve la impresión de que tiene opciones muy diferentes. Quería ver cómo era.

¿Se habría imaginado que se le contagiarían los atractivos de la condesa?, pensó, burlándose de sí misma.

-Opciones -repitió Sophie. Movió la cabeza-: Pero ¿es que crees que las mujeres tenemos opciones? -Sus hermosos labios formaron una sonrisa despectiva-. Yo también tuve sueños, en otro tiempo... -Sorbió por la nariz-. ¿Has conocido al conde?

Laura negó con la cabeza. Por lo que sabía, jamás lo había visto.

-No. Él prefiere la sociedad que encuentra en los barrios bajos. Quería llevarme allí a mí también, y entonces se enteró de que mi padre me había enseñado a manejar una pistola, y mi matrimonio me había dado la determinación de usarla.

-¿Le disparó? -exclamó Laura. Sophie asintió en actitud altanera.

-Sólo le hice una herida pequeña, pero en un lugar que... lo disuadió de continuar molestándome. -Sonrió feroz-. Comprendió que la próxima vez le quitaría partes que valora inmensamente.

Debería sentirse horrorizada, pensó Laura, pero en realidad se sentía fascinada. Esa historia le recordaba cosas que había leído en la biblioteca del conde.

-Eso fue en Rusia, hace unos años -continuó Sophie, haciendo un gesto con la mano-. Después, Ivan dejó de darme dinero, y no es que alguna vez hubiera sido generoso, así que me vi obligada a luchar por mis intereses. -Se encogió de hombros-. No me importa, mientras me deje en paz.

-¿No podría dejarlo? -preguntó Laura.

Sabía que eso solía ser difícil, o imposible. Una mujer sola tenía pocas opciones, como sabía muy bien.

-Una vez que llegamos a un acuerdo, eso no fue necesario -contestó Sophie con una leve sonrisa-. Y el trabajo de Ivan en el servicio extranjero me ofrecía oportunidades.

-¿Es verdad que trabajó para Bonaparte? -preguntó Laura, sin poder resistirse.

Sophie se echó a reír.

-Otros podrán decir lo que quieran, pero yo soy discreta. No hablo de los pequeños... servicios que pueda hacer por mis amigos.

Se miraron a los ojos en el silencio que siguió. El sol de invierno se estaba poniendo. Tendría que marcharse pronto, pensó Laura, antes de que la echaran en falta.

-Entonces -dijo la condesa.

-¿Cómo se fascina a un hombre? -preguntó Laura.

-Ah, conque llegamos a eso. Un hombre.

-Un hombre odioso.

-Ah -dijo la condesa en otro tono-. ¿Quién? Seguro que lo conozco.

Laura desvió la mirada. Gavin Graham estaba cautivado por Sophie. De pronto pensó que no había tenido en cuenta la parte que tenía Sophie en todo eso.

-¿Está... está enamorada de alguien?

-¿Enamorada? -Sophie sorbió por la nariz y movió la cabeza-. Miro a los hombres como un águila mira a un ratón. -En broma movió los dedos como las garras de un águila-. No pierdo el tiempo en estupideces como el amor.

Laura se echó hacia atrás en el sillón.

-No quieres decirme quién es -concluyó Sophie-. No, ya veo que no quieres. -La miró engatusadora-. Sería mucho más divertido si lo supiera.

-Eh... -comenzó Laura tratando de inventar algo.

-Ah, muy bien. Pero podría darte mejores consejos si me lo dijeras. -Esperó un momento por si eso la persuadía de decírselo, y después se encogió de hombros-. ¿Cómo se fascina a un hombre? -dijo pensativa. Cogió un peine del tocador y lo hizo girar en sus manos-. En primer lugar has de cuidar de tener tu mejor apariencia, en tu estilo. -La miró escrutadora, asintiendo, como si aprobara su apariencia. Luego añadió-: No es necesario ser hermosa. He conocido a mujeres francamente feas que tenían veintenas de admiradores. Es mucho más que la apariencia, ¿sabes?

A Laura le picó la curiosidad por saber cuánto conocimiento había adquirido esa mujer en su vida tan poco convencional.

-¿Qué más? -preguntó.

Sophie la miró de soslayo. Abrió la boca para decir algo y volvió a cerrarla, como si hubiera decidido otra cosa.

-Conviene rodearse de un poco de misterio. No hay que ser una persona con la que se puede contar, no hay que ser estable, ni fiable ni segura.

Laura arrugó la nariz.

-¿Debo ser inestable e indigna de confianza?

-Nunca a un hombre debe ocurrírsele pedirte un baile a ti porque tiene miedo de pedírselo a la que realmente desea como pareja -dijo Sophie-. No debe ocurrírsele hablar contigo porque tú no lo vas a perturbar de algún modo.

Laura frunció el ceño, tratando de asimilar esa información.

-Y luego está... -La condesa titubeó, mirando a su visitante por debajo de las pestañas entornadas.

-¿Sí? -la animó Laura.

Sophie hizo un gesto vago.

-El atractivo, el encanto... el... eh...

-¿El lado físico de las cosas?

Sophie asintió.

-He leído sobre eso -le aseguró Laura-. No soy una colegiala ignorante.

-¿Leído? -repitió Sophie, como si ese concepto la sorprendiera e interesara-. ¿Qué has leído?

-Libros, carpetas -repuso Laura, haciendo un gesto con la mano, tratando de no parecer azorada.

La biblioteca del conde de Leith contenía una enorme colección de obras sobre ese tema que no se molestaba en ocultar. La primera que abrió la horrorizó profundamente, y al instante la dejó en su sitio. Pero con los años, volvió a coger esos libros y estudiarlos. Lo que había visto y leído era unas veces asombroso, divertido, extraño, asqueroso o interesante.

-¿Carpetas? -musitó la condesa pensativa, con los ojos brillantes-. ¿Qué tipo de...?

-El conde tiene gustos... sucios, así que no tiene por qué temer hablar francamente. -Se sentó más derecha, tratando de parecer mundana y conocedora.

Sophie se rió encantada.

-De verdad eres una persona insólita. Me caes bien.

Y a ella le caía bastante bien la condesa, pensó Laura.

-Explíqueme -la instó-, eso del atractivo.

Sophie la miró con una semisonrisa indulgente:

-Atractivo -repitió-. Para eso tienes que descubrir tus propios deseos; cuando los tienes en los ojos ningún hombre es capaz de resistirse.

No era eso lo que había esperado oír.

-¿Mis propios...?

-Si tienes encendidas las pasiones, ellas te iluminan, te añaden ese elemento decisivo, eso que los franceses llaman je ne sais quoi. -Hizo girar la mano en el aire como para coger algo.

-Pero yo... yo no... -Laura no supo qué decir. Sophie se echó a reír al verle la expresión.

-¿Creías que te aconsejaría usar vestidos escotados y ofrecer besos en rincones oscuros? -Rechazó la idea con un breve gesto despectivo-. Los hombres se sienten atraídos como polillas hacia la llama del deseo. No es necesario que los desees a ellos; es mucho mejor que no. Pero si logras encontrar el espíritu que arde en ti, y lo dejas libre, el mundo caerá rendido a tus pies.

Laura se quedó mirándola fijamente, tratando de entender. En todos sus estudios, un tema que no había considerado jamás era su propio deseo.

Sophie hizo una honda inspiración.

-¡Me has convertido en filósofa! -dijo riendo.

¿Dónde buscar?, pensó Laura. Había estado ocultándose tanto tiempo que no sabía dónde encontrarse.

Gavin cambió de posición en su silla, poniendo una pierna sobre otra y reclinándose en el respaldo, intentando aliviar el aburrimiento y la frustración antes de que estallaran en algún comportamiento totalmente inaceptable. Miró a los quince hombres sentados alrededor de la mesa; ninguno se veía tan impaciente como él. En realidad, un buen número de ellos parecían muy interesados en el tema de la reunión: redactar un documento que ofreciera directrices para redactar otros documentos. ¿Cómo podían importarle a alguien esas cosas?, pensó. Y sin embargo, algunos parecían tremendamente interesados. En esos momentos estaba hablando uno de ellos, dale que dale, sin parar, sobre las formas de tratamiento y las equivalencias entre los títulos de los diferentes países.

El general Pryor sabía muy bien que él detestaba los trabajos de ese tipo; lo había puesto en esa comisión para castigarlo, porque Sophie Krelov continuaba acercándosele en los bailes y fiestas nocturnos, y coqueteaba con él escandalosamente. Reprimió una sonrisa; claro que había previsto que al mantenerse distanciado de ella le picaría aún más la curiosidad. Al no buscarla ni asediarla, despertaba aún más su interés. Pero por lo visto el general esperaba que él le diera el esquinazo, o hiciera alguna otra estupidez así.

En ese momento el orador estaba tratando el tema de la precedencia. Gavin apretó los dientes; se imaginó al individuo en manos de piratas bereberes, de una banda de asesinos birmanos, de las tribus de las estepas de Asia. Recordó la vez que vio arrastrar a un hombre detrás del caballo de un guerrero, metido dentro de una bolsa de cuero. Eso silenciaría a aquel idiota, pensó.

El orador seguía hablando y hablando con su tono monótono. El francés era el idioma diplomático que se utilizaba en el congreso, pero ese hombre, uno de los miembros de la comisión, lo hablaba fatal. Esa reunión era una total pérdida de tiempo. Él necesitaba andar por la ciudad, contactar con la gente, enterarse de lo que estaba ocurriendo; y le amargaban la vida con estupideces como lo que se debatían allí.

Y además estaba Laura Devane.

Sin preocuparse de simular siquiera que estaba escuchando, dejó vagar sus pensamientos hacia la invitada del general. Tenía que reconocer que la joven era más interesante de lo que había imaginado. Hasta el momento parecía inmune a sus desaires y no daba señales de querer marcharse. La situación era francamente molesta; jamás había tenido mucha dificultad para lograr que las mujeres hicieran lo que él quería. Claro que normalmente sus deseos iban en otra dirección, pero no siempre; eran muchas las mujeres a las que había desalentado en sus viajes, aunque sí, tenía que admitir que éstas lo fastidiaban con sus atenciones. Laura, en cambio, no hacía nada de eso. Era el general Pryor el que vivía importunándolo para que los acompañara en alguna fiesta o salida. Ella no manifestaba prácticamente ningún interés.

Sí, la situación era muy mortificadora; y la joven un estorbo a su libertad que le alteraba los planes. Aun así, no parecía particularmente afectada por sus encuentros. Había llegado el momento de acabar con esa farsa; debía hacerle entender que él no bailaba al ritmo de ninguna mujer ni aceptaba impedimentos a nada que deseara hacer.

3

-Está muy bella esta noche -le dijo Gavin a Laura mientras la conducía a la pista de baile del salón de la embajada austríaca.

Sorprendida, Laura alzó la vista hacia él. Ese era el primer cumplido que le hacía, y no se fiaba de él ni por un instante.

-Ese vestido es especial. Pero claro, todos sus vestidos son muy elegantes.

Ella se miró los pliegues del vestido de baile, hecho de una seda que, según la luz, daba resplandecientes visos dorados y verde oscuro. Desde el momento en que vio la tela y el modelo, le gustaron muchísimo. Al mirarse el vestido en ese momento, sintió una inmensa desconfianza.

Gavin le rodeó la cintura, comenzaron a bailar y, de nuevo, se estableció entre ellos esa concordancia natural en movimientos y ritmo. Era un vals, desde luego un vals, pensó ella. Una contradanza o una cuadrilla no le ofrecerían a él tantas posibilidades de perturbarla.

-Normalmente no está tan callada -comentó Gavin, haciéndola girar con pericia por el extremo del salón.

La fuerza de su brazo era palpable, y de sus manos, una en su espalda y la otra entrelazada con la de ella, emanaba un inquietante calor. Era un hombre que exigía atención, pensó. No se podía hacer caso omiso de él, y siempre sería un grave error dejarlo de lado. Al mismo tiempo, le hacía terriblemente difícil mantener la serenidad. Era una combinación fatal.

-El corte de su chaqueta es excelente -consiguió decir. El traje de noche le sentaba particularmente bien, pensó, y lo llevaba con una gracia sin par. Sintió un revoloteo en el estómago, y pensó si no le habría sentado mal la comida.

-Habiendo establecido que los dos estamos loablemente vestidos, tal vez podríamos pasar a otro tema -dijo él.

Siempre burlón, pensó ella. ¿Hablaría en serio con alguien? ¿Con Sophie Krelov, tal vez?

-¿Está lord Castlereagh esta noche aquí? -preguntó-. Aún no lo he visto.

-Creo que sí -respondió él y giró la cabeza para ver si encontraba al jefe de la delegación inglesa-. Tenía planeado asistir.

-Debe estar deseoso de no ofender a los austriacos -dijo ella, también mirando alrededor en su búsqueda.

-¿Sí?

Ella lo miró al notar el tono de sorpresa en su voz.

-¿Y por qué habría de estarlo?

-Supongo que desea su apoyo en contra de las exigencias de los rusos -contestó ella.

-¿La ha estado adiestrando el general? -preguntó él, con evidente ironía.

-El general comparte la opinión común de que las mujeres no entienden nada de política -repuso ella, mordaz-. Creo que antes le explicaría esas cosas a su caballo.

-¡Uy!, yo creo que antes se las explicaría al perro -dijo él. Laura lo miró, no muy segura de haber oído bien, y se le escapó una risita.

-¿Dónde obtiene su información, entonces?

-Soy bastante capaz de leer.

-¿Leer?

Su modo de decir la palabra le recordó las cosas muy poco políticas que había leído en la biblioteca particular del conde. Se le tiñeron las mejillas de un escarlata subido.

-¿Diarios? -continuó Gavin, fascinado por la reacción que había producido su comentario.

Ella asintió, incapaz de hablar.

-¿Tal vez no sólo diarios ingleses? Al parecer tiene un don especial para los idiomas.

-He estado leyendo todos los reportajes sobre el congreso que he logrado encontrar -contestó ella, recuperada una cierta medida de serenidad-. Por mucho que le cueste creerlo, tengo un inmenso interés por lo que está ocurriendo aquí.

-No me cuesta nada creerlo -repuso él. El tono en que lo dijo la hizo pensar si no lo diría como un insulto. -Hace un calor opresivo aquí, ¿verdad? -continuó él.

Dicho eso la llevó rápidamente hasta un pequeño entrante en la pared y abrió una de las puertas acristaladas. En un instante la sacó fuera y se encontraron en una terraza embaldosada que discurría a todo lo largo de ese lado de la casa. A la izquierda se extendía un jardín sumido en la oscuridad.

-Aquí está mejor.

-¡Señor Graham! -exclamó ella tratando de apartarse-. Discúlpeme, deseo volver al salón.

Era muy indecoroso que estuvieran solos fuera.

-Pero si la noche está hermosísima -alegó él, sin quitar el brazo con que le rodeaba firmemente la cintura.

-Por el contrario, pienso que hace bastante frío -contestó ella, tratando de zafarse.

Él la hizo girar y bajar las dos gradas que conducían al jardín. Laura tuvo que hacer un esfuerzo para no perder el equilibrio. Más allá de los cuadrados formados por la luz proveniente de las ventanas del salón, la noche estaba iluminada por una media luna, que convertía el paisaje en un laberinto negro y plateado. Gavin la llevó hasta una hilera de arbustos, que se perfilaban contra el cielo estrellado como masas negras. Laura entendió qué eran solamente cuando las ramitas le rozaron el brazo.

-Señor Graham -protestó en voz más alta-. Le pido, como a un caballero, que...

-Usted y el general cometen el mismo error al pensar que soy un caballero.

Bruscamente la atrajo hacia él, apretándola con fuerza, y sus labios se apoderaron de los de ella en un beso duro, ineludible.

Laura se puso rígida, sorprendida e indignada. Lo empujó por los hombros, pero fue inútil. Se retorció, tratando de escapar, pero sólo consiguió tomar más conciencia aún de los contornos de su cuerpo fundido con el de ella. Jamás había estado en un contacto tan íntimo con nadie. Él bajó una de las manos bastante más abajo de la cintura y la apretó más contra él. Los músculos de su torso le acariciaban los pechos de la forma más increíble. Y sus labios se movían confiadamente sobre los suyos, despertando sensaciones que no podía evitar.

Era algo inconcebible, intolerable. Se parecía bastante a algunas de las cosas que había leído, pensó, medio mareada. Uno no podía comprender de verdad, con simples palabras, lo que se sentía, cómo todo su ser podía súbitamente convertirse en traidor y derretirse como hielo en un incendio.

Al instante siguiente se sintió arrojada bruscamente y quedó tambaleándose a una distancia de un brazo de él.

-Ya está -dijo Gavin con voz algo jadeante.

Laura no pudo verle bien la cara, que estaba sólo tenuemente iluminada por la luz de las distantes ventanas, pero creyó percibir por un instante que estaba casi conmocionado. Sin embargo, al instante siguiente su rostro había recuperado la expresión burlona.

-¿Era eso lo que quería?

-¿Yo?

-Cuando me permitió que la trajera aquí.

-¿Permitirle?

-Si el general le sugirió este ardid, es más tonto de lo que yo creía.

-Pero si fue usted quien prácticamente me sacó a rastras del salón -lo acusó ella.

-¿A rastras? Creo que no.

Lo dijo en un tono acariciador que la hizo sonrojar.

-Es usted un... cabrón.

-Shh, ¿es ese lenguaje propio de una dama? .

Laura se recogió las faldas y le dio una patada en la espinilla, con toda la fuerza que logró reunir.

-Agradezca que soy una dama -le dijo por encima del hombro, caminando de vuelta al salón-. Si no lo fuera, esto le habría dolido bastante más.

Su risa burlona la siguió mientras subía las gradas hasta la terraza. Se volvió a mirarlo furiosa, y él levantó un dedo, en perezoso saludo. Ella apretó los puños, con la sangre palpitándoles en las sienes; si en ese momento hubiera tenido una pistola no habría vacilado en matarlo.

Cuando se volvió para entrar en el salón, lo oyó decir:

-¿Quién anda ahí?

Miró hacia atrás. ¿Ese sería otro de sus perversos trucos? Pero no la seguía; iba caminando muy decidido hacia la parte de atrás del jardín.

-¿Quién eres? -preguntó él.

Laura vio una sombra grande que se apartaba de la pared del jardín y se alejaba rápidamente.

-¡Detente! -gritó Gavin y echó a correr detrás de la sombra.

Pero la sombra también se puso a correr. Gavin estaba a punto de darle alcance, cuando la figura se detuvo e hizo un rápido movimiento. Soltando una fuerte exclamación, Gavin se cogió el hombro y cayó al suelo.

La sombra retrocedió. Se oyeron ruidos como de rascar la pared, y luego un fuerte golpe al otro lado.

Laura retrocedió hasta la puerta acristalada, que estaba cerrada para no dejar entrar el frío de la noche. Escudriñó la oscuridad, pero no vio nada. Comenzó a abrirla para ir en busca de ayuda. Entonces oyó un gemido ronco procedente de la parte de atrás del jardín. Se volvió a mirar y vio a Gavin tratando de ponerse de pie.

-No llame a nadie -le dijo él en voz más alta. Indecisa, Laura volvió a bajar al jardín.

-¿Por qué no? ¿Se encuentra bien?

-Perfectamente.

Cuando se enderezó, trastabilló y soltó un involuntario gemido. Laura se le acercó un poco. Cuando lo vio tambalearse, se arriesgó a acercarse otro poco. Él se estaba sujetando el brazo, justo debajo del hombro. Allí vio la empuñadura de un puñal pequeño, y por entre los dedos, sangre, que le iba manchando la manga.

-¡Dios mío!

-No es nada.

-¿Nada? ¿Está loco? Debo ir a buscar a alguien.

-¡No!

Su tono la detuvo a medio paso. Se volvió a mirarlo.

-Está herido. Debo...

-Debe ocuparse de sus malditos asuntos -interrumpió él.

-No sea ridículo. Espere ahí.

Pero aún no había llegado a los escalones cuando él la tomó de la muñeca con fuerza suficiente para dejarle un moretón.

-No le dirá a nadie lo que ha ocurrido aquí esta noche -le dijo. Laura se soltó bruscamente y se apartó; en la muñeca vio manchas de sangre. El fuego que vio en sus ojos la hizo retroceder.

-Esto no es asunto suyo. Olvide lo que ha visto.

-Pero...

Sin saber qué decir, ella hizo un gesto hacia la pared donde había desaparecido la ominosa sombra, y después apuntó a su brazo ensangrentado.

-Interesante suceso -comentó él.

-¿Interesante?

Él miró hacia la pared, y luego intentó levantar el brazo herido. Hizo un gesto de dolor y masculló una maldición.

-Esta noche no estoy para trepar paredes.

Movió la cabeza como para escudriñar cada palmo del jardín, en busca de una salida.

-No, a menos que quiera desangrarse hasta morir -dijo ella, mordaz-. ¿Qué pasa? No lo entiendo.

-No hay ninguna necesidad de que lo entienda. Vuelva al salón. Le hablaba como si ella fuera una criada que sólo supiera obedecer. Se plantó delante con las manos en las caderas y lo miró furiosa.

-Alguien no quería que lo siguiera -explicó él secamente-. Ahora váyase.

-¿Cómo puede actuar así teniendo un puñal clavado en el brazo?

-No es grave.

-¿Ah no? ¿ Lo han atacado con tanta frecuencia que puede decir eso sin examinar la herida? -preguntó, sarcástica.

-Sí.

Él le volvió la espalda y avanzó lentamente hacia la elevada pared de ladrillos que rodeaba el jardín, y comenzó a caminar junto a ella, buscando alguna puerta oculta por la oscuridad.

Laura lo contempló sorprendida, tratando de entender ese comportamiento. Parecía otro hombre; había desaparecido la expresión burlona. Comprendió que su perezosa indiferencia era una pose. En todo caso, seguía pensando que sería insensato no hacer caso de la ayuda que estaba a tan poca distancia, en el salón. Pero estaba claro que él no tenía la menor intención de comunicarselo a nadie. No pudo resistir la tentación de adentrarse en el oscuro jardín y seguirlo a lo largo de la pared.

-¿Cree que ha podido ser un ladrón? -le preguntó pasado un rato.

-¡Váyase!

-No.

Gavin se detuvo y la miró. Su cara se veía muy blanca a la luz de las ventanas.

-La señora Pryor debe de andarla buscando.

-Sí, y es posible que salga aquí. El. general también. Armarán un gran alboroto.

-¿Eso es lo que quiere? -ladró él.

-Quiero saber qué ocurrió.

-Alguien me arrojó un puñal y luego escapó saltando la pared, y si tengo alguna esperanza de descubrir...

-Pero ¿por qué no llama a las autoridades? Si era un ladrón...

-Los ladrones no trepan paredes para entrar en casas bien vigiladas en donde se celebra un baile -explicó él, en tono de exagerada paciencia.

-Si no era un ladrón, ¿entonces quién? ¿Quién querría atacarlo?

-Eso no es asunto suyo.

-¿Un marido furioso? -preguntó ella, recordando los comentarios que oyó a las francesas.

-¿Qué?

-¿O un hermano, quizá? -Laura asintió para sí misma-. ¿Y por eso no quiere que nadie se entere, para evitar el escándalo?

Gavin había terminado su recorrido a lo largo de la pared, y estaba más cerca de ella.

-Eso es -contestó-. Un crimen pasional. No hay que enlodar el nombre de la dama.

Había vuelto a su tono burlón. Le hablaba como si fuera una niña. No le creyó ni una sílaba.

-De modo que puede entenderlo. No hay que hablar de esto.

-Debe de tener totalmente ocupado su tiempo -dijo ella, mordaz-. Cuando no me está arrastrando a jardines oscuros está comprometiendo la reputación de alguna otra dama.

-Yo...

-Y con bastante torpeza, además, si es tan poco discreto que su marido tiene que apuñalarlo. Por eso lo atacan con tanta frecuencia, supongo.

-No tiene por qué estar celosa.

-¡Celosa! Puede estar seguro de que no envidio a ninguna mujer el tipo de atenciones que he tenido que aguantarle a usted.

-¡Espléndido! Entonces ¿Por qué no vuelve al salón y me deja en paz?

-¿Yo dejarlo en paz? -exclamó Laura, incrédula-. Fue usted quien me obligó a salir...

-No tengo tiempo para esto -dijo él, pasando junto a ella y subiendo a la terraza.

-¿Va a pasar por el salón de baile con la sangre corriéndole por el brazo? -preguntó ella, con bastantes deseos de verlo.

Él se detuvo en seco, con la mano ya en la manilla de la puerta.

-Maldición. -Frunció el ceño-. Tengo que salir de aquí.

-¿A buscar al hombre que lo atacó?

-Ya es demasiado tarde para eso, pero hay pesquisas... -Se interrumpió, como tragándose palabras que no deseaba decir, y se volvió a mirarla.

-¿Tiene que investigar cuál de los muchos maridos podría haber sido? -le preguntó ella dulcemente.

-Es usted una mujer sumamente irritante -dijo él.

-Y usted un hombre absolutamente exasperante -replicó ella. Se quedaron mirándose a la luz de las ventanas del salón atiborrado de gente. Aunque la mirada de él era algo amenazadora, ella no se permitió desviar la vista. Sintió un estremecimiento, no de miedo, sino de una mezcla de fascinación y entusiasmo. Eso era mucho más de lo que se había imaginado cuando aceptó la oportunidad de venir a Viena.

-¿Podría traerme una capa? -preguntó Gavin.

-¿Su capa? -Al instante comprendió que ese era un medio para escapar-. ¿Cómo la reconoceré?

-Es negra -contestó él, sardónico.

-Pero hay cientos de...

-No me importa de quién sea, mientras me la traiga de inmediato.

-¿Quiere que robe una capa?

Él se limitó a mirarla.

Ella vio que la sangre de la camisa se estaba secando. Él estaba ligeramente ojeroso, y más que ligeramente molesto. No tenía ninguna obligación de ayudarlo. Y sin embargo, la situación le hablaba a sus instintos.

-Espere aquí -dijo, y entró en el salón.

Se quedó un momento escondida detrás de las cortinas, en el entrante de la puerta. No vio a nadie que la estuviera mirando. Enderezó los hombros, puso una expresión despreocupada en su cara y avanzó a lo largo de la pared, en dirección al vestíbulo y a la salita contigua donde se dejaban los abrigos y capas de los invitados.

Casi había llegado al vestíbulo cuando se encontró con Catherine Pryor.

-¡Laura! ¿Dónde has estado?

Laura se obligó a hacer una tranquila sonrisa.

-Estaba hablando con unas personas -indicó con un gesto-. Allí.

-¿Dónde está el señor Graham? Fuiste a bailar con él hace media hora.

-Bailamos. Y después me encontré con esas personas y...

-¿Qué personas? ¿Es que te dejó sola?

-No. Éh... él fue a bailar con otra pareja y yo me quedé charlando. Lamento haberla preocupado. No volverá a ocurrir.

Catherine la miró como si no estuviera convencida.

-Ahora iba de camino a... -indicó hacia las salas de descanso para las señoras.

-¿Estás bien?

-Perfectamente. -Como notó que hacía falta tranquilizarla más, añadió-: Lo estoy pasando espléndidamente. Vi al barón von Sternhagen.

Eso era cierto, pensó, sintiéndose un poco culpable. Lo había divisado en el otro extremo del salón.

-¿Estuviste hablando con él? Está muy bien considerado. Es un joven muy simpático.

-Mmm. Volveré enseguida.

Afortunadamente, Catherine la dejó escapar. A toda prisa entró en el vestíbulo y se dirigió hacia el grupo de lacayos que vigilaban las pertenencias de los invitados.

-¿Sí, señorita? -dijo uno de ellos, acercándose.

-Ah, este...

¿Qué debía decir? Las damas no recogen las capas de los caballeros. Providencialmente, detrás de ella llegó un grupo pidiendo sus capas.

-Mis amigos... -susurró

Se hizo a un lado cuando el lacayo se acercó a servir al grupo. Los lacayos sacaron capas y sombreros; mientras estaban ocupados colocándolos sobre los hombros y esperando las propinas, ella aprovechó para entrar a hurtadillas, y cogió la primera capa oscura que vio entre las veintenas que esperaban a sus dueños.

Avanzando rápidamente por la parte trasera del salón, tuvo la suerte de encontrar otra puerta acristalada que daba a la terraza. En un instante pasó por ella, con el corazón latiéndole a prisa, y corrió hacia el lugar donde había dejado a Gavin.

El estaba apoyado en la pared, con bastante mal aspecto.

-La tengo -le dijo ella-. ¿Se encuentra bien?

Él asintió y estiró la mano para coger la capa. Ella se la entregó, y él tuvo dificultades para echársela sobre los anchos hombros.

-Venga -dijo ella, estirándola y alisándola, y después retrocedió.

-Me queda corta -comentó él.

-Tendrá que perdonarme, no tuve tiempo para buscar la talla.

-No importa. Tendrá que servir.

-¿Sí? -dijo ella, dolida por su falta de gratitud-. ¿No quiere que vuelva a buscar otra mejor?

-Dudo que sea capaz de hacerlo.

-Es usted un...

-Vuelva al salón. Esperaré unos minutos para que nadie pueda relacionarnos.

-¿Eso es todo?

-¿Qué más podría haber?

-Me a costado un poco obtener esa capa -hizo notar ella-. Catherine me ha preguntado dónde había estado y...

-Entonces lo mejor será que vuelva con ella de inmediato -interrumpió él.

-Y he tenido que escabullirme por entre varios lacayos. No ha sido precisamente agradable.

-Yo lo habría hecho mejor -admitió él, como si ella le hubiera confesado alguna falta.

Laura se quedó muda. No había esperado un efusivo agradecimiento, pero eso lo superaba todo.

-¿Se va a marchar? -insistió él.

-¡Con inmenso placer! -espetó ella, girándose hacia la puerta y dejándolo allí solo.

4

Gavin estaba sentado en su saloncito bebiendo lentamente de una copa de brandy. Ya casi no le dolía el brazo. Hasan, cuyas habilidades sobrepasaban la imaginación de muchos señores de señores, le había limpiado y vendado la herida, declarándola de poca importancia. Los dos habían visto heridas peores, pensó, mucho peores.

Durante un momento su mente vagó por algunos de los peligros que habían pasado juntos. Ni una sola vez había encontrado ocasión para poner en duda la lealtad de su criado. Por otro lado, tenía que reconocer que él se había ganado esa lealtad; lo había incluido en su huida de una asquerosa prisión, un pozo semejante a los de la inquisición medieval.

Sus pensamientos volvieron al incidente actual. Era evidente que su atacante había sido un observador, no un asesino. Le había arrojado el puñal para evitar la captura y dejar al descubierto la conspiración que fuera que se estaba tramando.

Movió el hombro para aliviarlo, e hizo girar la copa en su mano. Había presentido que lo observaban, pero no se había imaginado la magnitud del riesgo. Tenía que descubrir por qué se había convertido en blanco de observación o ataque.

Bebió otro trago y sus pensamientos se desviaron del asunto esencial hacia su acompañante durante esa aventura nocturna. Las reacciones de Laura Devane habían sido sorprendentemente inteligentes, pensó. En realidad no había esperado que lograra conseguirle una capa; ese sólo había sido su primer plan. Pero ella no sólo había accedido, sino que en lugar de gimotear o discutir, lo había hecho. ¿Cuántas mujeres de buena familia habrían aceptado o habrían podido robar una capa bajo las mismas narices de un grupo de lacayos? En sus labios se dibujó una sonrisa inconsciente. Siempre había juzgado a las mujeres a primera vista; una sola mirada le bastaba para saber si le interesaba una, si deseaba conquistarla o evitarla. Pero con Laura el proceso se había complicado bastante. Su llamativa apariencia podría haberlo atraído, pero los ardides del general lo ahuyentaban. La forzada intromisión de ella en su vida le fastidiaba. Despreciaba la manipulación, y aunque era Pryor y no Laura quien intentaba manipularlo, él se resistía. Debía eliminarla de su vida, pensó, dejando la copa vacía en la mesilla. Y ahora había más motivos que nunca. Él estaba acostumbrado al peligro, ella no. Y había descubierto una enorme renuencia a imaginársela en peligro. ¿Quién se habría imaginado que besarla iba a ser tan increíblemente excitante? Claro que lo había hecho para asustarla, para que se marchara atemorizada, para obligarla a rechazarlo de una vez por todas. Y sí que se había indignado, pero no del modo que él esperaba. Laura no era en absoluto previsible, pensó, y reapareció su sonrisa. Cuando la tenía abrazada, había sentido

pasar por su cuerpo mucho más que indignación. Lo había sentido en cada nervio, en cada músculo; recordaba cada matiz de la sensación de tenerla en sus brazos. ¿Qué le pasaba? Cogió la botella de brandy. Había besado a muchas mujeres, y disfrutado de noches de pasión con un buen número de ellas. Pero con Laura había otra dimensión añadida; era como si sus cuerpos se enviaran mensajes, no vistos ni oídos, pero afianzados en un ritmo de armonía perfecta. Había conocido los contornos de su piel, todas las profundidades de su pasión. Sabía exactamente cómo podía despertarla y excitarla, y tenía la absoluta seguridad de que sus deseos eran tan fuertes como los de él. Sería más que un placer enseñarle sus conocimientos, llevarla en un viaje lento y exquisito, caricia a caricia, hasta el extremo ardiente del deseo. Gavin se dio cuenta de que estaba apretando con tanta fuerza el cuello de la botella que estaba a punto de quebrarlo. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Es que el puñal le había debilitado el cerebro? Sólo importaba una cosa en ese momento, descubrir por qué era el blanco de esa desmesurada atención allí en Viena, y poner fin a cualquier conspiración que se estuviera tramando.

. . .

-Esto se está poniendo peor que una temporada en Londres -gruñó el general Pryor, en medio del traqueteo del coche por las calles de Viena en dirección a otra fiesta nocturna más-. Con todas las delegaciones tratando de superarse mutuamente en las diversiones, no vamos a ver nunca el final del congreso. ¿Qué hay esta noche?

-Los sajones han traído a una de sus principales cantantes para que actúe para nosotros -contestó Catherine en tono neutro.

-¡Un concierto! -gimió el general.

-Dicen que es...

-No me importa si canta como una alondra. Vamos a estar clavados en las sillas sin poder conversar ni movernos. Y al menor movimiento, el consabido abucheo de la manada de petrimetres «amantes de la música».

Prudentemente su compañera no dijo nada. Durante un rato sólo se oyeron el ruido de las ruedas sobre los adoquines y retazos de conversaciones en alemán provenientes de la calle.

-¿Sabe? -dijo Laura, haciendo acopio de valor-. Si supiera algo más sobre Gavin Graham podría tener más éxito.

-¿Eh? ¿Qué más hace falta saber? -preguntó el general-. Es un individuo temerario e insubordinado, que no acepta obedecer órdenes. Si esto fuera el ejército, le enseñaría una o dos cosas sobre comando.

-¿Qué tipo de trabajo hace? -preguntó Laura.

-¿Trabajo? -repitió Pryor, como si la palabra le resultara extraña.

-Sé que es diplomático...

El general emitió un bufido.

-Y que lo han enviado a todas partes del mundo. Pero ¿Qué hace?

-Hace lo que le da la maldita gana -fue la respuesta.

-Matthew -lo reprendió su esposa.

El general aceptó la crítica a su exabrupto con una mueca.

-Me resultaría más fácil hablar con él si tuviera alguna idea de lo que hace -insistió Laura.

Eso era muy cierto, se dijo, y no simple curiosidad. El general pareció malhumorado, pero añadió:

-Lo envían a parlamentar. Cuanto peores sean las personas, mejor. Envía a un arrogante a hablar con arrogantes. -Hizo un gesto, como de concesión-. Graham es capaz de sentarse en el suelo y comer ojos de cordero si es eso lo que hace falta hacer para llegar a un acuerdo.

-¡Ojos de cordero! -exclamó Catherine, asqueada.

-Arabes -musitó su marido.

Laura hizo un gesto de asentimiento. Eso tenía sentido; calzaba con todo lo que había visto de Gavin.

-Vale mucho para eso -reconoció Pryor de mala gana-. Durante la guerra estuvo con Malcolm en Persia, dando caza a los agentes de Bonaparte. Hizo un trabajo excepcional. ¡Y lo sabe!

-Pero el congreso no encaja en ese tipo de misiones -comentó Laura-. Me extraña que esté aquí.

-Ha venido para mortificarme -estalló el general-. Entre él y las malditas cantantes, quizás estire la pata de una maldita vez.

El coche se detuvo delante de una inmensa casa de piedra; un lacayo abrió la portezuela.

-Lo más probable es que me vaya temprano -advirtió el general a Catherine-. Os dejaré el coche.

Gavin está metido en alguna intriga, pensó Laura, mientras circulaban por los salones; todo estaba relacionado de algún modo: Sophie, el ataque, su presencia en Viena. Todo formaba parte de alguna misteriosa transacción, del mundo oculto que estaba debajo del brillante barniz de los discursos y la diplomacia. La idea le produjo una emoción y una curiosidad más intensas que las que había sentido en toda su vida. Eso distaba muchísimo del tipo de vida que había llevado, y era justamente lo que había estado deseando cuando aceptó el riesgo de abandonarla.

-¡Ay Dios! -susurró Catherine. Laura siguió la mirada de la esposa del general hacia un sofá adosado en la pared de enfrente.

-Matthew se va a enfurecer -añadió Catherine. Laura guardó silencio. Su atención estaba fija en la pareja que estaba sentada en el sofá, al parecer ajenos a todo lo que los rodeaba.

Era la primera vez que veía juntos a Gavin y Sophie. Observó que estaban muy cerca. Sophie tenía una mano apoyada en el brazo de él, y le rozaba el hombro con sus cabellos; Gavin sonreía mientras ella lo miraba coqueta. Ella le dijo algo y él se echó a reír; entonces él le contestó, y ella bajó las pestañas y se movió voluptuosamente. Laura estaba segura de que había presionado sus pechos contra él un instante. La mirada que le dirigió él fue detenida y apreciativa.

Laura pensó que era posiblemente Sophie le había mentido al decirle que no estaba enamorada. De Gavin se sabía que estaba encarpichado. Por eso estaba ella allí, en ese salón de recepción atestado de gente, sintiendo una extraña opresión en la garganta.

¿Besaría a Sophie como la había besado a ella?, pensó. Al instante se mofó de su propia ingenuidad. A Sophie no la arrastraría a un jardín oscuro para maltratarla; eso había sido una simple burla, con la intención de derrotarla. Sin duda a ella la acariciaba con ternura; probablemente tendría consideración... De repente cayó en cuenta de que estaba a punto de llorar, interrumpió sus pensamientos, y totalmente sorprendida, se tragó las lágrimas. ¿Qué le pasaba? No le importaba en absoluto ese hombre ni lo que pudiera sentir.

Estaba enfadada. El modo en que la había tratado y tanta deferencia con esa mujer, se lo hacía recordar.

-Voy a buscarlo -anunció el general Pryor.

Laura pestañeó. No se había dado cuenta de la presencia del general, y comprendió que se había perdido toda una conversación entre él y Catherine.

-¿Has de llamar tanto la atención? -observó Catherine.

-No me importa que me vean. Le he dicho que no se relacione con esa mujer. ¡Me dio su palabra!

Pryor se alejó. Laura lo vio acercarse a Gavin y esperar, con marcada educación, a que se despidiera de Sophie. Era evidente que Gavin se resistía a abandonar la conversación. Sophie parecía indecisa entre sentirse divertida o molesta. El general regresó a través de la sala, seguido por Gavin. Los ojos de Sophie lo siguieron, y después se posaron en su grupo; su mirada se detuvo en ella y se intensificó. Sabiéndose reconocida, Laura se dio cuenta de repente de que había cometido un error.

-Señoras -saludó Gavin con una leve inclinación.

-¿Dónde demonios está la cantante? -preguntó el general, con visible mal humor.

A eso siguió un incómodo silencio. Laura vio que Gavin movía el brazo, como para aliviarlo, y comprendió que ella era la única persona que sabía lo de la herida; eso era una extraña clase de intimidad. Le habría dicho algo si no fuera porque sabía que Sophie estaba observándolo todo. ¿Qué haría la condesa? Trató de recordar todo lo que le había dicho a Sophie, ya que posiblemente ésta se lo hubiera repetido a Gavin Graham. Pero, ¿les contaría él a los Pryor lo de esa visita tan poco formal? Sintió un profundo alivio cuando vio que otro caballero reclamaba la atención de la condesa. Se volvió hacia su grupo y vio que el general estaba ceñudo, Catherine parecía tensa y Gavin no les hacía el menor caso, vuelto hacia otro lado, contemplando a la gente con aspecto de aburrimiento.

-Dicen que Frau von Fursten tiene muchísimo temperamento -comentó Catherine.

Durante un momento nadie dijo nada. Después habló Gavin:

-¿Cree que ha sufrido alguna especie de ataque musical?

-El príncipe Frederick está a punto de que le dé algo -comentó el general, en un tono que parecía de enorme satisfacción-. Esta noche no va a impresionar a nadie con sus dotes de organización.

-Y ciertamente Prusia hará notar lo mucho mejor que podrían haber organizado las cosas -añadió Gavin muy tranquilo-. Igual que organizarían Sajonia si se la entregaran a ellos.

-Sin duda -respondió el general soltando una risita que más pareció un bufido.

Laura observó a la gente con otros ojos. Todo lo que ocurría en Viena tenía varios niveles de interpretación, comprendió. Cada actuación, cada jugada podía interpretarse, por quienes lo sabían, como parte de una competición de voluntades, un equilibrio de poderes, una educada lucha que determinaría el futuro de Europa. Miró a Gavin. Daba la impresión de conocer al dedillo toda esa complejidad, y de ser capaz de navegar por ella sin esfuerzo. O tal vez no tan sin esfuerzo, pensó, al recordar el ataque. Pero ciertamente estaba en el medio de la trama de alguna intriga importantísima.

Catherine Pryor, que se volvió para decirles que por fin la cantante estaba ocupando su puesto, se quedó callada al ver la cara de Laura, que estaba mirando a Gavin como si fuera el ser más interesante que había visto en su vida, como si poseyera secretos que a ella le gustaría saber. Entonces, horrorizada, pensó que el idiota plan de Matthew podría tener consecuencias desastrosas. Si Laura se enamoraba de Gavin Graham él le destrozaría el corazón. ¿Cómo no se le había ocurrido pensar en eso antes? La reputación de Graham era bien conocida; había quienes decían que era irresistible. Y Laura tenía muy poca experiencia con los hombres. Y ellos la habían traído y arrojado a él con la mayor despreocupación. Ella tenía la culpa, pensó. No se podía esperar que Matthew previera esas cosas, pero ella debería haberlo pensado. Era necesario poner fin a ese plan, de inmediato. Laura no debía volverle a ver; debería pasar su tiempo con jóvenes dignos, que pudieran realmente formar parte de su futuro.

-¿Vamos a ocupar nuestros asientos? -propuso Gavin.

Catherine lo miró, deplorando su belleza y su agradable naturalidad. Se precipitó hacia las sillas, asegurándose de ser ella quien se sentara al Iado de Laura para el concierto, y no Graham.

. . .

Laura estaba en su habitación; iba a salir de compras con Catherine. Se había puesto un vestido de batista rosa, y llevaba el pelo recogido en un sencillo moño, con algunos rizos sueltos que le caían en las sienes y alrededor de la mandíbulas, suavizando su expresión. Estaba muy hermosa, pero tenía la mirada desenfocada y remota. Estaba pensando en la historia, en el riesgo, y en las vistas oscuras que se le abrieron con el ataque que había presenciado.

Gavin era insufrible, ciertamente, pero la vida que había llevado y los secretos que ocultaba la fascinaban. Él había visto y hecho el tipo de cosas sobre las que ella sólo había podido leer. Había influido en los acontecimientos, viajado por países que en Londres y en el campo inglés eran poco más que material de fábulas. Y en esos momentos estaba en el centro de una intriga de esas, cuyo borde ella había rozado por casualidad. El sabor de un mundo más grande le había abierto el apetito. Ansiaba saber más, ver la acción de primera mano, descubrir la tensa realidad que se ocultaba tras el barniz brillante de la sociedad que era lo único que se permitía ver a la mayoría de las mujeres.

Tal vez podría, pensó. Si continuaba con su misión de distraer la atención de Gavin, lo cual no había hecho demasiado bien hasta el momento, reconoció, podría introducirse nuevamente. Podría ver algo más de ese otro mundo, e incluso hacer alguna pequeña aportación.

Oyó un golpe en la puerta.

-¿Laura?

-¿Sí? Adelante.

Entró Catherine Pryor.

-¿Estás lista para salir? El coche nos está esperando.

-Ah, sí. Sí.

Miró alrededor en busca de los guantes, sintiéndose como si la hubieran despertado de un sueño.

-¿Te pasa algo?

-No, simplemente estaba pensando. -Vio los guantes, los cogió y bajó la escalera con Catherine-. Parece que hace frío -comentó, mirando por la ventana del rellano el cielo gris de noviembre.

Catherine se limitó a asentir. En el vestíbulo se pusieron las capas y salieron al aire frío para subir al coche.

-¿Sabe algo más sobre la historia de Gavin Graham? -preguntó Laura.

-¿Por qué?

-Es interesante. Y he pensado que podría ser útil tener algo de qué hablar con él. Él Y yo no hemos... -Pensó en cómo la había tratado, en el beso en el jardín, y se sonrojó-. No he tenido mucho éxito en distraerlo. Sé que el general...

-Ese fue un plan ridículo -interrumpió Catherine-. Se lo dije a Matthew desde el comienzo.

Laura se echó hacia atrás en el asiento ante la vehemencia que detectó en la voz de Catherine.

-Tenemos que olvidar todo eso -añadió ésta con energía-. Nunca pensé que daría resultado.

Ligeramente herida por ese juicio sobre sus dotes, Laura le preguntó:

-¿Quiere que vuelva a Inglaterra?

Sólo al decir las palabras cayó en la cuenta de lo poco que deseaba volver a su anterior existencia. Se imaginó buscando otro puesto de trabajo, visitando las agencias de empleo, escribiendo cartas. La perspectiva le resultaba indescriptiblemente horrorosa.

-Naturalmente que no -contestó Catherine.

-Pero si... -el alivio y la confusión le ataron la lengua.

-Disfruto muchísimo con tu compañía -dijo Catherine-. Debes quedarte conmigo hasta que acabe el congreso.

-Pero el general...

-Yo me las arreglaré con Matthew -dijo la otra haciendo un gesto con la mano.

-Pero es que yo quiero cumplir mi parte del trato -dijo ella, consciente de su tono de desilusión.

-Gavin Graham no es una persona que te convenga.

Laura se la quedó mirando fijamente.

-Eso debería haberlo visto desde el principio -continuó Catherine-. Me culpo. Soy una tonta.

-No comprendo.

-No debes volver a relacionarte con él. Es demasiado... peligroso.

Inmediatamente Laura pensó en la puñalada, preguntándose cómo se habría enterado Catherine.

-Es... no exactamente un libertino, pero tiene una reputación muy dudosa -dijo Catherine, entrelazando las manos en la falda-. Podrías decir que yo debería haber pensado en eso antes de traerte aquí, y es cierto. No sé qué me pasó. Matthew estaba tan obsesionado con este plan, que yo...

Entonces no se trataba de la puñalada, pensó Laura.

-Me he dado cuenta de... sus tendencias -se aventuró a decir-. No veo qué tiene que ver eso con...

-Si te enamoras de él, ese amor te destrozará -exclamó Catherine sin poder contenerse.

Laura movió la cabeza, asombrada.

-¿Amor? ¿Qué quiere decir?

Catherine la miró a la cara por primera vez en esa conversación.

-Es un hombre extraordinariamente atractivo -dijo, observándole la cara-, y sabe ser muy... encantador.

-Eso he oído -contestó Laura con cierta mordacidad-. Pero no tiene por qué temer que yo...

-¡No sabes nada acerca de hombres como él! Has llevado una vida muy protegida, casi no veías a nadie. No tienes idea de... de los ardides que emplea un hombre así.

Laura abrió la boca para hablarle de las lecturas que había hecho en la biblioteca del conde, pero titubeó. Tuvo la idea de que Catherine no las aprobaría.

-Es... un personaje interesante -dijo en cambio-. Encuentro fascinantes las cosas que ha hecho.

Catherine emitió un gemido.

-Pero en cuanto al hombre -continuó Laura-, lo encuentro arrogante y grosero. No me gusta nada.

De nuevo Catherine le escrutó detenidamente la cara.

-Y no ha intentado probar ningún ardid conmigo -añadió.

-Está muy irritado por los actos de Matthew -reconoció Catherine con un suspiro.

-Eso lo he notado -comentó Laura, con ironía.

-Qué embrollo -se lamentó Catherine.

-Tal vez no.

Catherine la miró interrogante.

-No lo voy a distraer... eh... de modo romántico -continuó-. Pero parece estar muy involucrado en los asuntos políticos del congreso. Si logro hablarle muy en serio sobre esas cosas, podría atraer su atención.

Eso era perfecto, pensó; le daba la oportunidad de descubrir algo más sobre la intriga en que estaba metido, y la liberaba de la tediosa obligación de coquetear.

-No sé...

-No tengo ningún otro interés en Gavin Graham -le aseguró Laura.

Catherine dio la impresión de estar luchando consigo misma.

-Bueno -dijo al fin-. Supongo que... -la miró a los ojos. Laura le sonrió para tranquilizarla. Todavía indecisa, Catherine hizo un gesto de renuncia.

-No sé mucho sobre su trabajo aquí. Matthew no habla de esas cosas.

-El general habló de Persia.

La sola palabra le había evocado visiones, pensó Laura: el shah, las torres de Isfahan.

Catherine movió la cabeza.

-Tampoco sé nada al respecto. Aunque...

-¿Qué?

-Hay una persona que podría..., un viejo amigo de Matthew.

-¿Está aquí?

La esposa del general asintió.

-Le pidieron que viniera a observar. Se ha retirado del servicio activo.

-¡Perfecto! Debería presentármelo.

Catherine pareció sorprendida por su entusiasmo, pero accedió.

-Y yo tengo cierto conocimiento de la familia del señor Graham -añadió.

-Eso también podría ser útil -le aseguró Laura.

Se sentía como si ya fuera una experta en el arte de la intriga.

-¿Te acuerdas de su padre?

Sí, lo había visto una o dos veces hacía unos años. Tenía un vago recuerdo de un hombre alto e imponente que la había mirado con expresión fría y calculadora.

-Ya ha muerto, pero su principal objetivo en la vida fue mejorar la posición de su familia mediante los matrimonios de sus hijos. Era terriblemente orgulloso.

De eso no cabía duda, pensó Laura.

-Las dos hijas hicieron buenos matrimonios -continuó Catherine-. Las dos son varios años mayores que Gavin. Su madre murió cuando él nació, ¿lo sabías?

-No, no lo sabía.

-Era bastante mayor. Tenían muchos deseos de tener un hijo, y hubo... dificultades.

Laura se imaginó muy bien las dificultades, aunque sabía que Catherine no le explicaría jamás esas cosas a una mujer soltera supuestamente ignorante.

-Gavin fue un joven alocado.

-Eso lo recuerdo -dijo Laura.

-No se llevaba bien con su padre. Pero eran muy parecidos. Sin duda: orgullosos, despiadados, egoístas.

-Más o menos obligó a Gavin a entrar en el servicio político cuando no logró casarse bien. He oído decir que eso lo consideró una especie de destierro, de castigo.

-Una persona encantadora -comentó Laura, mordaz.

-Era un hombre desagradable -concedió Catherine-. Afortunadamente Gavin le fue tomando aprecio al trabajo, creo.

-¿Sabe algo de sus viajes? -preguntó Laura, pensando con envidia en los lugares que ya había oído mencionar: Siam, Persia.

-No -contestó la esposa del general, negando con la cabeza-. George sí.

-¿George?

-El hombre del que te hablé, George Tompkins. Él puede decirte cualquier cosa que desees saber, si acepta hablar contigo.

-¿Cree que no aceptará? -preguntó Laura desilusionada.

Catherine se encogió de hombros.

-Es... bastante excéntrico.

-Ah.

Eso no la amilanó. Estaba comenzando a comprender que ella también era bastante excéntrica.

5

Gavin observó al individuo inclasificable que tenía delante con ojos experimentados. Podría ser un empleado de poca monta de una oficina de contabilidad o, incluso, el dependiente de una tienda pequeña. Nada lo delataba como un observador furtivo de la clase marginal de la sociedad, dispuesto a realizar una variedad de tareas útiles por una paga.

-Muy bien -dijo-. Nadie te distinguiría en medio de una multitud. ¿Has entendido lo que deseo?

-Quiere saber adónde va y a quién ve esa condesa -contestó el visitante.

Gavin asintió.

-Espero un informe completo. Y que guardes el secreto.

-Para eso me paga.

-Exactamente. Y si alguien te ofrece pagarte más...

El hombre no pareció intimidado por su mirada amenazadora.

-No es así como actúo -se limitó a decir.

Gavin continuó observándolo.

-Eso me han dicho. Pero si descubro que me han informado mal, no te gustarán las consecuencias.

-Eso es lo que he oído.

Extrañamente el individuo parecía no tener emociones, pensó Gavin. Parecía desvanecerse en el papel de la pared. Sin duda eso era útil en su profesión.

-Muy bien -dijo, despidiéndolo con un gesto.

Después de que se marchara, se puso a juguetear con una pluma que tenía en la mesa. Había comenzado a establecer contactos en algunos de los barrios más sórdidos de Viena, a formar una red que lo pondría al tanto de cualquier actividad que saliera de lo común. Pero ese tipo de cosas llevaba tiempo, y era mucho más difícil al estar llena la ciudad de diplomáticos, agentes y observadores extranjeros, además de los parásitos que solían ir tras ellos. No tenía tiempo, y no contaba con su acostumbradas autoridad y posibilidades. Las intromisiones y estorbos eran constantes, y la superabundancia de información hacía difícil discernir.

Sólo había una manera de obtener resultados rápidos. Tenía que obligar a actuar a sus adversarios. Tenía que ponerlos nerviosos comportándose como si supiera sus secretos, y al mismo tiempo ponerse en situaciones que los tentaran a cometer un desliz. Sería más sencillo si supiera lo que buscaban, pero confiaba totalmente en su capacidad para hacerlos salir a la luz. Intentarían algo y él estaría preparado. Con un asentimiento de satisfacción, se levantó y fue a vestirse para otra fiesta nocturna más.

-Amiga de los Pryor, ¿verdad? -dijo George Tompkins.

Laura asintió, aunque los dos sabían que él simplemente estaba diciendo lo obvio, pues Catherine la había llevado allí y hecho las presentaciones.

Él dedicó su tiempo a observarla, y ella lo imitó, mirando atentamente a su anfitrión y su entorno con viva curiosidad.

El señor Tompkins era una figura de un siglo pasado. Usaba calzas hasta la rodilla, zapatillas con hebilla y una chaqueta con faldón de raso azul. Sus cabellos blancos no necesitaban polvos para adquirir la apariencia de una era anterior. Los llevaba largos y atados atrás con una delgada cinta azul. Varios anillos engalanaban sus manos largas y blancas, que apoyaba con naturalidad en los brazos de un sillón tapizado en brocado.

Pero era su cara la que llamaba la atención, pensó Laura. De forma ovalada, blanca, marcada por los signos de la edad, parecía una delicada escultura. Esos ojos oscuros parecían contener la sabiduría de siglos. También parecían reservarse el juicio. Era evidente que aún no había sido aprobada.

Librodot

-Le interesa la historia -comentó él, como si fuera una pura hipótesis que tenía que demostrar, aun cuando Catherine se lo había dicho.

Laura comprendió que no sería capaz de engañarlo. Tuvo la repentina revelación de que nadie había engañado a ese hombre desde hacia mucho, mucho tiempo

-El general me invitó a Viena para distraer la atención de Gavin Graham. Deseaba mantenerlo alejado de la condesa Krelov.

Tompkins enarcó ligeramente sus abundantes cejas blancas.

-A mí me pareció tonta la idea -añadió-, pero no pude resistirme a la oportunidad de venir aquí a observar la marcha del congreso, a ver ocurrir realmente las cosas sobre las que había leído. Siempre he deseado... -Titubeó ante la mirada escéptica. Pasado un momento continuó con voz firme-: Hago lo que prometo. Sé que no puedo igualar a Sophie Krelov en su propio campo, pero pensé que si podía hablar con el señor Graham acerca de la situación política, podría... podría captar su interés.

-¿Está enamorada de él?

-¡No, ni en lo más mínimo! Sólo quiero hacer lo que me pidió el general.

Los ojos castaños de Tompkins parecieron perforarla. Pasado un momento, negó con la cabeza.

-No me interesan sus intrigas románticas -dijo, descartándola con un gesto.

-¡Esto no es...!

-No me lo ha dicho todo -interrumpió él.

Laura titubeó. No le había dicho a nadie lo del ataque en el jardín. Gavin le había pedido que no lo dijera, pensó, arrugando la nariz; en realidad no se lo había pedido, se lo había ordenado. Pero ella no lo había prometido. Tal vez debía saberlo una persona de autoridad. Miró a su anfitrión; ahora comprendía por qué Catherine había asegurado que George Tompkins tenía una inmensa autoridad, aunque no oficial. No estaba en el gobierno, pero ejercía su influencia en todos los que estaban o estarían. Instintivamente comprendió que era la persona adecuada para decírselo.

-Ocurrió algo -comenzó, y luego procedió a contarle toda la historia.

Cuando acabó, él guardó silencio durante un buen rato; ya no la miraba a ella; su ojos miraban en la distancia, con frío cálculo. Finalmente, cuando ella ya estaba casi a punto de estallar de nerviosismo, él le dijo:

-¿Se imagina como espía?

Ella se ruborizó.

-¡Desde luego que no!

-Ese... incidente... Ese es el motivo que la ha traído aquí, no el interés en colaborar con el plan de Matthew Pryor.

Le subieron aún más los colores. ¿Acaso ese hombre le podía leer el pensamiento?

Por primera vez él le sonrió; la sonrisa le iluminó los ojos castaños con visos dorados y suavizó la severidad de sus rasgos.

-Si fuera una joven subalterna, la enviaría al norte del Hindukush, a llenar los espacios vacíos de nuestros mapas.

La emoción que le produjeron esas palabras igualaba a la sensación de exaltación producida por cualquier champán que hubiera probado.

Tompkins hizo un gesto de asentimiento, como gratificado por el buen resultado de un experimento. Detrás de su expresión parecían estar formándose complejas ideas. Ensanchó la sonrisa y luego esta desapareció.

-Le diré algunas cosas. Pero antes de decirle nada, llamó para ordenar que les sirvieran el té. La curiosa bandeja de bronce en que lo trajeron tenía grabados unos dibujos tan enroscados que a Laura se le pusieron los ojos turbios al querer seguirlos. Trató de no impacientarse. La estaba poniendo a prueba, pensó; esto desde el momento en que ella entró en sus aposentos. Tuvo la impresión de que George Tompkins sopesaba el valor de todas las

personas que conocía, y encontraba empleos importantes para unas pocas. Descubrió que deseaba muchísimo su buena opinión.

-A Gavin Graham -dijo él por fin, en actitud meditativa -lo he observado durante años.

Laura bebió un poco de té, una extraña mezcla humeante, e intentó aparentar un interés moderado.

-Al principio era un inútil, claro -continuó él-. Muchos lo son. Los envían a la India al servicio político cuando lo único que desean es estar en Londres y pasar el tiempo divirtiéndose. Pero después logramos... captar su interés.

No convenía hacer preguntas, pensó Laura. Debía dejar que él contara su historia a su manera.

-Lo enviamos al norte a través de Penjab a encontrarse con un individuo que aseguraba tener información sobre los planes de Rusia para el jan de Jiva. Tuvo éxito en la misión, y lo pasó en grande también ocultándose para pasar por la frontera sin ser visto. De inmediato pidió otro trabajo igual, creo. Pasado un tiempo se lo dieron.

Tompkins miró a Laura como para comprobar que lo seguía.

-¿Jiva? -no pudo evitar preguntar ella.

El anciano juntó las manos por las yemas de los dedos.

-Es una ciudad de Asia Central. Ha visto Asia en el globo.

-Por supuesto.

Él esbozó una sonrisa ante el tono ofendido.

-Rusia ha extendido su imperio a través del norte de Asia, hasta el Pacífico. Domina los grandes bosques siberianos, etcétera. Gran Bretaña tiene muchísima influencia en el sur de Asia, la India, Birmania y Ceilán. Pero entre medio... -hizo un gesto.

-Los dos países son rivales.

Él asintió.

-Bonaparte aprovechó eso; ofreció al zar ayudarlo a invadir la de India, ¿sabe?

Laura negó con la cabeza. No había oído hablar de eso.

-Tenían que marchar a través de Persia, otro país en que competimos con Rusia por una alianza. Graham fue uno de los principales motivos de que los franceses perdieran en Persia. Su trabajo fue brillante.

Laura seguía sin entender la naturaleza exacta de ese «trabajo» de que hablaban todos.

-¿Qué hizo? -preguntó.

-No puedo decirle mucho más acerca de eso -fue la frustrante respuesta.

Ella dejó a un lado la taza.

-El talento de Gavin Graham -continuó él- es su capacidad para ganarse el respeto. Descubre qué admiran las personas de una determinada región y entonces lo hace. Si es equitación, por ejemplo, arriesga el cuello montando los caballos más salvajes. Si es pericia con las armas, se pone a la altura. Si se trata de intriga y traición, bueno, ha demostrado tener una notable aptitud para eso, para ser inglés. Obra de su padre, supongo.

-¿Su padre? -repitió Laura, sorprendida.

-Era uno de los hombres más astutos y dobles que he conocido en mi vida.

Ella digirió eso.

-El hecho de que lo atacaran es interesante -añadió él.

-Eso fue lo que dijo él -repuso ella-. Usted y él miran con desdén las heridas de puñal.

El anciano sonrió.

-Para mí es fácil. Actualmente sólo analizo los peligros sentado cómodamente en un sillón y en una estancia bien caldeada.

-Pero en otro tiempo estaba en medio de todo.

Él la miró a los ojos, con un destello de diversión en su mirada oscura.

-Tal vez. Pero eso es otra historia. Ahora la pregunta es quién ofrece esas notables atenciones a Graham.

-¿Los rusos? -sugirió Laura-. Sophie es rusa, ¿verdad?

-Me han dicho que es húngara -murmuró él-. También he oído decir que es sueca y belga. Cada vez que se lo preguntan cuenta una historia diferente.

Laura recordó el consejo de Sophie, ser siempre misteriosa.

-Nunca lo he investigado en serio -añadió Tompkins. Pensó en esa falta un momento, y después dijo-: Podría ser Rusia. Ahora somos aliados, pero eso no va a durar. Y desde luego Graham los ha enemistado. Los franceses lo odian, y ciertamente ofende a los prusianos haciendo chistes a sus expensas.

-¿Qué hace aquí? No me parece muy indicado para el congreso.

-Podría haberlo sugerido yo -contestó Tompkins con estudiada vaguedad.

-¿Usted?

-Siempre es... útil añadir un elemento inesperado en las negociaciones. Cuando los hombres están desequilibrados se tropiezan.-Asintió para sí mismo-. No fue una petición muy bien recibida. Por cierto, un buen número de sus paisanos le tienen una fuerte aversión.

-¿No creera que...?

-No tengo datos suficientes para formar una teoría -repuso él-. Tendré que reunir más información.

-Yo podría colaborar -se ofreció ella, tratando de quitar entusiasmo a su voz.

La expresión de él le dijo que lo había oído de todos modos.

-La mayoría de mis colegas sugerirían educadamente que se quedara en el salón y no metiera su hermosa cabeza en estos asuntos.

-¡Tonterías!

-No del todo, me temo -sonrió él-. Usted no tiene ninguna experiencia, ni organización que la respalde. Esto no es una crítica a su inteligencia. Es demasiado vulnerable.

-¡He cuidado de mí misma durante diez años!

Él alzó las cejas, interrogante.

-He sido institutriz en la casa del conde de Leith.

-¿El deplorable Anthony? Cuánto lo siento.

-Y nunca se fijó en mí.

Tompkins la miró corno si no creyera del todo esa afirmación.

-Nadie me veía.

-Es cierto que nunca oí hablar nada de usted.

Laura tuvo la impresión de que él se enteraba de la mayoría de las cosas que ocurrían en Londres.

-¿Nunca le interesó reunirse con sus padres en Bombay?

Ella lo miró sorprendida.

-Nunca acepto entrevistarme con ninguna persona sin antes descubrir algo acerca de ella -explicó él.

-Cuando ellos se instalaron allí, yo ya llevaba dos años empleada. Además mi padre no... se mostró muy optimista respecto a su capacidad para mantenerme.

-Gasta cada centavo que tiene en caballos -comentó él.

-Siempre lo hizo.

-Es un hombre muy alegre, tengo entendido.

-Mi padre es el mejor de los hombres buenos, siempre que no haya que depender de él para algo que él encuentre desagradable.

-¿Están ustedes distanciados?

-No, todo lo contrario. Regularmente me escribo con mis padres. Todos estamos muy a gusto con el actual arreglo.

-Ah.

Laura no supo cómo interpretar su tono; la verdad es que no entendía por qué había sacado el tema.

-Puede venir a verme siempre que quiera -le dijo el anciano, corno si hubiera tornado una especie de decisión-. Diré a mis criados que la admitan.

Dada su forma de decirlo, ella se sintió impulsada a agradecérselo. Sólo cuando llegó a casa y le contó la conversación a Catherine, descubrió lo excepcional que era el privilegio que se le había concedido.

El príncipe Charles-Maurice de Talleyrand había organizado una fiesta muy insólita para los miembros del Congreso de Viena. Había descubierto un enorme invernadero adosado a una propiedad cercana, y convencido al propietario para que le permitiera usarlo por una noche. Iluminados por cientos de bujías, los naranjos, orquídeas y otras plantas exóticas hicieron sentir a los invitados corno si se encontraran en un paraíso tropical y no en la Viena fría de diciembre.

-¿No es extraño que hayan venido todos? -comentó Laura, cuando se estaban quitando las capas.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Catherine-. Mira esa parra, cubre la mitad de la pared.

-Bueno, es francés -continuó Laura-, y el jefe de la delegación francesa. Pensé que la gente lo evitaría, después de la guerra con Francia, y todo lo demás.

-No pueden permitírselo -gruñó el general-. Este hombre es tan escurridizo como un saco de gatos. Vive tratando de enemistarnos a todos para que no tengamos posibilidades de darle a Francia lo que se merece. En mi opinión, ni siquiera deberían haberle permitido venir.

-¿Y por qué se lo permitieron?

-Está de observador. -Pryor casi escupió la palabra-. Se congració con el rey Luis tan pronto éste fue restaurado en el trono francés. Juraría que los Borbones nunca han tenido un...

-¡Matthew! -lo reprendió Catherine.

-¿Eh? Ah. -Se tragó lo que estaba a punto de decir-. En cualquier caso, el champán será bueno.

-Miren esas palmeras -intervino Laura diplomáticamente-. Son iguales a las que he visto en imágenes de Egipto.

-Me han dicho que el propietario importa plantas de todas partes del mundo -comentó Catherine.

-Quiero verlas -dijo Laura.

El general soltó un chasquido de disgusto.

-Tengo que buscar a nuestro anfitrión. Castlereagh me envió a representarlo.

-¿Vendrás con nosotros? -preguntó Catherine a Laura.

Laura la miró suplicante. Había descubierto que las obligaciones formales del congreso solían ser aburridísimas.

-Bueno... no te alejes demasiado. Este lugar parece un laberinto.

-Tendré cuidado -prometió ella, y se alejó aprisa, antes que Catherine pudiera cambiar de opinión.

El lugar era como un laberinto, pensó pocos minutos después. Y aunque el invernadero era una sala inmensa, estaba dividido por senderos entre los cuales la exuberante vegetación creaba infinidad de escondrijos, algunos aparentemente impenetrables. Había árboles, engalanados por lianas, que llegaban hasta el techo; imponentes arbustos que creaban rincones y arcos. A cada vuelta se encontraba con otros invitados que vagaban o confundidos o entusiasmados, mientras por entre el follaje se oían aquí y allá exclamaciones de asombro. Justo cuando comenzaba a dudar de si sería capaz de volver a donde estaban los Pryor, oyó pronunciar su nombre.

-¿Se ha perdido? -le preguntó el barón von Sternhagen-. ¿Anda sola por aquí?

Laura le sonrió pesarosa.

-Me he distraído mirando unas flores color púrpura y después un árbol con extraños frutos verdes; cuando me giré, descubrí que no sabía dónde estaba. Este jardín es increíble.

-No debería andar sola -contestó él, como si ella no hubiera hablado. Le ofreció el brazo-. La acompañaré.

Laura reprimió una respuesta irónica y colocó la mano en su antebrazo. La verdad era que se sentía aliviada al ver a alguien que conocía.

-¿Ya conoce todo el recorrido?

-Por supuesto -repuso él, y echó a andar enérgicamente.

-¿Y al propietario de este lugar? -preguntó ella, caminando rápido para ir a su paso-. Debe de haber consagrado toda su vida a buscar plantas.

-Una pérdida de tiempo -replicó von Sternhagen, como si estuviera de acuerdo con la opinión de ella-. Un hombre de fortuna debería consagrarse al bienestar de su país.

-¿Como ha hecho usted?

El barón contestó con un claro gesto de asentimiento.

-¿Ha sido diplomático mucho tiempo?

-Soy militar, oficial del ejército -respondió él en tono estirado-. Estoy aquí de agregado en la delegación prusiana en misión especial.

-Ah, eso es muy interesante, ¿verdad? Ocurren tantas cosas bajo la superficie. Cada conversación parece tener varios significados.

Ella miró con el rostro sin expresión. Laura soltó un suspiro. Esa conversación no iba bien, y por lo que podía ver, estaban vagando sin rumbo entre las plantas exóticas.

-¿Participó en la guerra, entonces?

Esta vez había sacado un tema del gusto del barón, quien procedió a contarle todos los detalles de su carrera militar, comenzando por su formación y primera participación en el campo. Habría sido interesante, pensó Laura, si él hubiera tenido algún talento narrativo. Insistía demasiado en los detalles y pasaba rápidamente y sin emoción por las partes más interesantes. Llegó a la conclusión de que tal vez era una especie de héroe, pero al cabo de diez minutos del monótono relato, ya ni le importó. Estaba pensando seriamente en la posibilidad de escabullirse metiéndose en el tupido follaje que bordeaba el sendero cuando vio a Gavin Graham más adelante, hablando con un hombre bajito que estaba medio oculto detrás de una rama. Tan pronto el hombre los vio acercarse, retrocedió y desapareció. ¿Habría desaparecido en realidad? ¿Se habría metido en la espesura cómo se imaginó ella? Esa pregunta la tuvo ocupada sólo un instante, derrotada por su necesidad de escapar.

-Señor Graham -dijo-. ¿Sabe si los Pryor me andan buscando? Me gustaría reunirme con ellos.

Gavin la miró a ella y luego a su acompañante. En su bello rostro se insinuó una expresión de diversión.

-¿Lo han enviado a buscarme? -añadió, ordenándole en silencio que hiciera lo que ella quería.

El alzó una ceja dorada, como burlándose de ella.

-¿Sí?

-¿Debe llevarme hasta ellos? -dijo entre dientes.

Intervino el barón:

-Será un placer para mí...

-Ah, sí, me parece que sí -interrumpió Gavin. Le ofreció el brazo y Laura se cogió de él.

-Gracias por esta conversación tan agradable, barón -dijo ella.

Con expresión ofendida, von Sternhagen se limitó a hacer una inclinación y a juntar los talones elegantemente, haciéndolos sonar.

-¿Basta de prusianos por esta noche? -le preguntó Gavin cuando se alejaban.

-Shh, le va a oír.

-Creo que ya ha recibido el mensaje.

-No era mi intención ser mal educada -protestó Laura-, pero ya no soportaba...

-¿Qué era, sus proezas militares o sus teorías sobre educación?

Ella lo miró sorprendida.

-He asistido a varias cenas con el barón -explicó él, sarcástico.

-Lo que dice podría ser interesante si...

-Si lo dijera otra persona -terminó él. A ella se el escapó una risita culpable.

-¿Sabe salir de aquí? -le preguntó, para cambiar de tema.

-Los senderos están dispuestos en círculos más o menos concéntricos. Si se sigue cualquiera de ellos, sólo se consigue dar vueltas.

-¿Cómo lo ha descubierto?

-Mi trabajo es enterarme de esas cosas.

-¿Y cuando hay hombres con puñales? -preguntó, sin poder resistirse.

-En caso de... cualquier cosa. Y le pedí que no hablara de eso.

-No puedo dejar de pensar...

-Podría si pusiera más empeño.

Laura tuvo que guardar silencio para controlar el genio. Gavin tomó por otro sendero y pasaron junto a un helecho de al menos tres metros de altura.

-¿Cree que esta fiesta va a servirle de algo a Talleyrand?

Él la miró de soslayo.

-Es un dilema, ¿verdad? -continuó ella-. Quieren castigar a Francia por la guerra, pero allí acaban de restaurar al rey, y supongo que tienen cierta consideración por sus sentimientos.

Él se echó a reír.

-¿De qué se ríe? -preguntó ella, molesta.

-Trataba de imaginarme los sentimientos de Luis de Borbón.

-Supongo que está contento por haber recuperado el trono.

-Sí, creo que es sensato concluir eso.

-¿No le gusta?

-Por lo que he oído, tiene poco para gustar. Al menos eso es lo que parecen pensar su súbditos. Está llena de preguntas esta noche.

-Siento curiosidad. Si a los franceses no les gusta su rey, ¿qué...?

Se interrumpió porque en ese instante, con un súbito movimiento, Gavin la puso entre dos ramas y la tomó en sus brazos.

-Déjelo estar -le exigió, colocando su boca muy cerca de la de la ella.

-Y usted déjeme a mí -replicó ella, tratando de soltarse del férreo abrazo.

-Creo que no lo voy a hacer.

Se inclinó para besarla, tal como había hecho antes. Pero esta vez ella estaba preparada. Se había imaginado que él intentaría algo así en ese entorno. Se agachó y se giró, zafándose de sus brazos y retrocediendo rápidamente hasta el sendero.

-Tendrá que buscarse otra táctica -le dijo, sin aliento-. Ésta ya está desgastada.

Él estaba más furioso de lo que había esperado; tan furioso que cuando intentó acercársele, ella echó a correr por el sendero hacia donde habían ido caminando. Muy pronto se encontró en un amplio espacio abierto que, evidentemente, ocupaba el centro del invernadero. Allí estaban congregados un buen número de invitados alrededor del anfitrión; aliviada vio que los Pryor se encontraron entre ellos.

-Me he perdido -explicó cuando se les reunió.

Catherine la miró preocupada, pero no dijo nada. A su alrededor la cotiversación decaía y se animaba. El general estaba hablando con un francés al que ella no conocía. De pronto vio un banco desocupado no muy lejos, oculto en parte por una palma; fue a sentarse allí, aceptando una copa de vino que le ofreció un criado que pasaba. El corazón le seguía latiendo con fuerza, y sintió una extraña desilusión.

Debería emplear mejor la información que le había dado George Tompkins, pensó.

Al ver a Sophie Krelov a cierta distancia, se movió para ocultarse detrás de la palma. Estaba preciosa con ese vestido de raso color cobalto; seguro que era capaz de acercársele a preguntarle qué se proponía. Ocultarse le pareció la mejor muestra de valor en ese momento.

-¡Signorina! -dijo una voz acariciadora. Oliveri, el pintor, se sentó a su lado-. ¿Está sola? Estos norteños son unos idiotas.

Si la viera Catherine, pensó Laura. Oliveri se le acercó más, sus ojos oscuros rntensos.

-He estado deseando volverla a ver -le dijo en italiano-. Me ha seguido la música de su voz.

Eso era un agradable cambio, decidió, muy diferente de los hombres que vivían dándole órdenes.

-¿Había visto esto antes? -le preguntó, haciendo un gesto para abarcar el lugar lleno de plantas exóticas.

-Jamás -contestó él, deslizando suavemente una hoja de palma entre sus dedos-. Es glorioso. Este hombre tiene la imaginación del mismísimo dios Pan.

-¿Está aquí el propietario? A nadie he oído decir que lo conozca.

Oliveri se le acercó más aún.

-He oído decir que es un recluso, y que está escondido en alguna parte entre las ramas, viéndonos disfrutar de su creación, sin hablar con nadie.

Laura miró alrededor; no sabía si esa idea le encantaba o la inquietaba.

-Me lo imagino con los cabellos rizados y despeinados y una abundante barba larga -continuó el italiano-, asomado por entre las hojas como las antiguas estatuas de Pan y Baco de mi país.

-Tiene usted una imaginación muy viva, signor -comentó Laura, venciendo el impulso de mirar el follaje por encima del hombro.

Él se llevó una mano al pecho e inclinó la cabeza, como aceptando un elogio.

-Nací para ser artista.

-¿Cómo va su cuadro?

Él extendió las manos con las palmas hacia arriba.

-El tema de fondo está acabado; pero es difícil persuadir a los jefes de las delegaciones para que vengan a posar. -Le sonrió con picardía, enseñando los blancos dientes que contrastaban con su piel morena-. Están demasiado ocupados posando en otra parte.

Ella se rió.

-Probablemente tendré que conformarme con dibujarlos en ocasiones como esta. Siempre llevo conmigo mis materiales de dibujo, y aprovecho todas las oportunidades para lograr un retrato.

-Eso es muy ingenioso.

-Ah, es que soy terriblemente ingenioso, signorina. -Guardó silencio un momento-. Aunque no lo suficientemente ingenioso como para saber cómo debe acabar mi cuadro.

-¿Qué quiere decir?

-Para poder decidir dónde colocar a los personajes, primero he de saber qué va a resultar del congreso, ¿verdad? ¿Coloco al zar en el centro, sonriendo triunfante? ¿Está el príncipe Talleyrand en la composición final, o lo pongo a un lado con aspecto decepcionado? Mi cuadro debe decir al observador no sólo cómo eran estas personas sino también qué ocurrió en esta importantísima reunión. Así pues, espero y observo.

Laura asintió.

-Pero tal vez usted tenga alguna idea para mí, signorina.

-¿Yo?

-Usted es sorprendente, ¿no? Sabe cosas que nadie imagina que sabe.

-No le entiendo -replicó ella.

Él le dirigió una mirada intensa e ineludible.

-Su visita a Mokstrasse. Eso es muy sorprendente.

Mokstrasse era la calle donde vivía George Tompkins. ¿Cómo sabía que ella había estado allí?, pensó Laura, y de pronto vio a Oliveri bajo una nueva luz.

-Muy pocas personas van allí. Y todas ellas son... poderosas.

-La verdad es que no sé qué quiere decir.

Él se le acercó aún más, rozándole el hombro con el suyo, una proximidad desagradable.

-Usted puede decírmelo, signorina Devane. Sólo es para mi arte, ¿usted sabe?, para pintar correctamente mi cuadro. No tengo ningún otro interés.

En el congreso, todos tenían otros intereses, pensó ella; la parte difícil era descubrirlos. ¿Formaría parte Oliveri de la conspiración con la que ya se había rozado? ¿O estaría metido en otra intriga totalmente distinta?

-Creo que no tengo nada útil para decirle -dijo.

-Usted no sabe qué puedo encontrar útil yo -se apresuró a responder él, con la cara demasiado cerca de la de ella.

-Signor -protestó.

Él se apartó, como dándose cuenta de que iba demasiado rápido.

-Es tan interesante... todos estos líderses reunidos aquí. Es tan grande mi deseo de pintarlo bien. Esto podría atraerme otros encargos, ¿sabe?

Quizá estuviera diciendo toda la verdad o sólo una parte pequeña de ella, pensó Laura.

-Venga a mi estudio a ver mi cuadro -la instó, pasándole una tarjeta-. Entonces comprenderá lo que le pido.

¿Qué habría detrás de ese tono urgente? Guardó la tarjeta en el guante y dejó para después la decisión.

-Muy bien -dijo él-. No podemos hablar aquí, es demasiado público.

Como para confirmar eso, los interrumpió una voz profunda:

-¿Señorita Devane?

Era Gavin Graham, que apareció por un lado; ¿Qué habría oído? pensó Laura.

-La señora Pryor la está buscando -añadió-. Me pidió que la encontrara.

-Debe disculparme, signor Oliveri -dijo Laura, levantándose.

-Por supuesto -contestó él, levantándose también y haciendo una profunda inclinación-. Ha sido un enorme placer para mí hablar con usted -le dijo en inglés.

Con toda intención, Gavin le ofreció el brazo, ella lo cogió y él la alejó antes de que pudiera responder.

-Esta vez es cierto que la está buscando -le dijo.

-Entonces es muy amable de su parte haber venido a acompañarme.

Se sentía inexplicablemente furioso, pensó Gavin; eran todas esas ridículas fiestas eran una total pérdida de tiempo.

-La horrorizó verla hablar tanto rato con Olivieri. Él no se merece tantas atenciones.

-¿Catherine le ha dicho eso? -preguntó ella en un irritante tono mocente.

-Cualquiera lo diría.

-Simplemente estábamos hablando, a la vista de todo el...

-Escondidos detrás de los árboles -corrigió él.

-¡Escondidos!

-Si se va a dejar engañar por el tipo más evidente de sinvergüenza...

-¿Piensa que trataba de seducirme? -le preguntó ella, mirándolo asombrada, como si eso no se le hubiera pasado jamás por la cabeza.

Laura era una combinación muy extraña, pensó él, sintiéndose inexplicablemente más alegre. Hablaba de cosas que a otras mujeres harían sonrojar, y sin embargo parecía inconsciente de la realidad de esa idea.

-Esa es una conclusión obvia -le dijo-. Es ese tipo de hombre.

-¿Sí? Supongo que eso explicaría... pero ¿entonces por qué...?

Él inclinó la cabeza para captar el final de la frase, pero ella no dijo nada más.

-Debería tener más cuidado en sus relaciones.

-¿De veras? -Se volvió a mirarlo de frente y él experimentó una extraña conmoción-. Me imagino entonces que debo evitar a los hombres que me arrastran a jardines oscuros y me atacan.

-Yo no la ataqué...

-¿Sabe? El señor Oliveri no intentó arrastrarme hacia los árboles ni... ¿qué era lo que se proponía hacer?

-Iba a besarla -contestó él ásperamente.

-¿Y se atreve a aconsejarme acerca de otros hombres?

-Si prefiere que la bese Oliveri, ¡adelante!

Divisando a los Pryor, bruscamente la hizo avanzar unos pasos en esa dirección y luego la dejó sola para que se reuniera con ellos. Estaba furioso, pensó, mientras se alejaba; era una furia de diez años de reprimir su mal genio. Laura Devane era difícil, pensó; se iba a meter en serias dificultades y sin duda el general Pryor lo culparía a él. ¿Por qué demonios no podía ser como las demás mujeres? Cualquier mujer normal ya se habría vuelto a Inglaterra llorando. Pero ella le devolvía sus insultos arrojándoselos a la cara. Lo hacía a un lado y luego se sentaba a charlar con ese pisaverde de Oliveri durante veinte minutos, con aspecto de estar disfrutando divinamente.

Había deseado que lo dejara en paz, le dijo una vocecita interior sensata. Había deseado que se marchara. La había asustado para que se marchara, no para que se quedara a coquetear con cualquier hombre que se le pusiera por delante. Ya debería encontrarse a bordo de un barco hacia Dover, y él libre, como estaba acostumbrado a estar.

Apartó una rama con fuerza innecesaria. No tenía tiempo para eso, tenía cosas mucho más importantes que considerar. Había hecho planes para las reuniones, que hasta el momento se habían frustrado. Machacó con el pie un sarmiento de la vid que sobresalía inocentemente en el sendero. Buscaría a Sophie, decidió, para continuar explorando sus motivos con detenimiento. Y lo haría a la vista de Laura Devane, concluyó con salvaje satisfacción.

6

-¿Está segura de que era aquí donde deseaba ir, señorita? -le preguntó la joven doncella que la acompañaba.

Era un pregunta más importante de lo que se imaginaba, pensó Laura. ¿Qué pretendía conseguir visitando a Oliveri?

-Según el plano, esta es la calle –contestó. Miró alternativamente el plano de la ciudad que se había conseguido y las sórdidas casas de ambos lados de la calle. Un buen número de ellas eran almacenes, y las personas que veía alrededor tenían aspecto de pasar sus días transportando cajones y cajas. Se alegró de haberse hecho acompañar por la doncella; en realidad deseó haber traído lacayos también.

-Este es el número -añadió, cotejando la dirección que aparecía en la tarjeta con el número pintado en una de las puertas.

La doncella no hizo ningún comentario, pero su expresión era elocuente. Laura lamentó sus temores, pero necesitaba una acompañante; no era tan estúpida como para visitar a Oliveri sola.

Pero ¿cuál era su grado de estupidez?, pensó, empujando la puerta y entrando en el pequeño vestíbulo. No tenía mucha experiencia en ese tipo de juego; todavía. Ahora bien, una vez dentro, no podía resistirse a representar su papel. Había pasado demasiados años haciendo las opciones correctas y seguras, ocultando sus capacidades detrás de lo convencional. Era más que probable que continuara haciendo eso, pero hoy no. Deseaba saber cómo había descubierto Oliveri lo de su visita a George Tompkins.

No había ningún letrero con los nombres de los inquilinos de la casa; sólo una escalera de caracol cuyo esplendor ya hacía tiempo que había desaparecido. Volvió a mirar la tarjeta.

-Tercer piso -dijo, y comenzó a subir, seguida de mala gana por la doncella.

A la escalera le habría venido bien una capa de pintura, pero no estaba sucia. Sus pasos resonaban. Ningún sonido sugería la presencia de inquilinos detrás de las puertas que encontraban a su paso.

-Aquí -dijo finalmente.

Aliviada observó que en la puerta del tercer rellano había clavada una tarjeta igual a la que tenía ella.

Golpeó.

No hubo respuesta.

-Tal vez no hay nadie en casa -dijo la doncella, esperanzada. Laura volvió a golpear.

-Un momento -gritó una voz.

Sintieron los pasos que se acercaban a la puerta, y un momento después ésta se abrió. Oliveri asomó la cabeza con expresión interrogante y luego asombrada.

-¡Signorina Devane!

-Hola -saludó Laura.

-Pero si esto es maravilloso. Pase.

-Me invitó a ver su cuadro.

-Claro que sí. Me siento muy honrado.

Las hizo entrar y Laura miró alrededor con mucha curiosidad. Al parecer sus aposentos eran una habitación muy grande con hileras de ventanas en dos lados. En el extremo opuesto unos biombos ocultaban parcialmente una cama y un lavamanos en el rincón. A la derecha había una mesa y sillas, y una pequeña cocinilla a carbón. Pero la mayor parte del espacio estaba ocupada por materiales de pintura y un enorme lienzo apoyado contra la pared de la izquierda. Debía de tener unos tres metros de largo y la mitad de alto. El cuadro parcialmente terminado mostraba un fondo vagamente clásico, con mucho cielo azul y algunos pintorescos pilares. En primer plano estaban esbozadas figuras humanas, pero sin ningún detalle. El señor Oliveri pertenecía a la escuela histórica, concluyó Laura. También observó que el lienzo estaba polvoriento, como si no lo hubieran tocado durante un tiempo.

Oliveri se apresuró a ponerse delante del cuadro para explicárselo.

-Como ve, aquí hay una figura central -le dijo en italiano-. Este hombre tendrá un rollo en la mano, que representará el tratado -le dirigió una ancha sonrisa-. Sigo suponiendo que el congreso va a producir un tratado. Estos otros estarán apuntándolo, indicando que están de acuerdo. -Ensanchó más la sonrisa-. Esta es la imaginación artística, introducir armonía en el caos.

Laura no pudo menos que sonreír. Ciertamente los delegados exhibían muy poca armonía.

-Pero ¿quién va a ser este? -continuó él, señalando la figura central-. ¿Tiene usted una idea, quizá?

Su mirada fue muy penetrante. Laura negó con la cabeza.

-Vamos, vamos, seguro que tiene alguna opinión.

-Simplemente una observadora interesada.

-Pero tiene... fuentes de información extraordinariamente fiables.

Laura lo miró con expresión insípida, como si no supiera qué quería decir.

-Tal vez oye cosas. Es usted muy perspicaz.

-El general nunca habla de su trabajo -contestó ella-. ¿Desde cuándo pinta?

No había ningún otro lienzo en la habitación, observó al mirar alrededor. Y los tubos de pintura desparramados sobre una maltrecha mesa también se veían polvorientos.

-Desde que era niño -dijo él-. Pero qué mal educado soy; siéntese por favor. ¿Le apetece una copa de vino?

-No, gracias. No quiero interrumpir su trabajo.

Él no dio señales de oír la ironía de su tono.

-No, no. Debe quedarse un rato. No me ha dicho cómo lo está pasando en Viena. Ha conocido a personas interesantes, ¿verdad? ¿A George Tompkins, por ejemplo?

Debía de estar terriblemente deseoso de saberlo, pensó Laura, para formularle de manera tan tosca y directa una pregunta como esa. Por lo que parecía aún más insólito de lo que imaginaba que el señor Tompkins hubiera recibido a alguien como ella.

Librodot

-No me suena ese nombre -mintió.

Se hizo un momento de silencio, en el que Oliveri la miró con expresión frustrada, y ceñudo.

-¿Vive en Londres? ¿Tal vez ha viajado mucho?

Laura negó con la cabeza, disfrutando bastante del juego.

-Este es mi primer viaje fuera de Inglaterra.

Que sacara la conclusión que pudiera de eso, pensó.

-Ah, tiene familia allí, supongo. Tal vez su padre o su hermano están en el gobierno.

-No, no, a mi padre no le interesa nada aparte de los caballos.

-Caballos.

-¿Y usted, sigñor? ¿Su familia está en Italia?

Él extendió las manos con las palmas hacia arriba.

-Ay de mí, no tengo a nadie. Estoy solo en el mundo.-Lo siento.

-No tiene importancia. El arte es mi familia y mi país. No me importa ninguna otra cosa.

-Naturalmente. Pero es una vida ardua, ¿verdad? Rara vez se recompensa a un artista como se merece.

A Oliveri se le encendieron los ojos.

-¡Imbéciles! ¿Es que creen que podemos vivir del aire? Por lo que al mundo se refiere, un gran artista puede pudrirse en la cloaca.

Ese era el punto esencial, pensó Laura; Oliveri iba tras el dinero. Probablemente vendía cualquier información que lograba conseguir a cualquiera que quisiera comprarla. El asunto no era más complejo que eso.

-Debo irme -dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

La doncella, que no había entendido una sílaba de la conversación, la siguió agradecida.

-Pero no. Debe tomar una copa de vino por lo menos. No le he explicado los elementos alegóricos de mi cuadro.

-Lo siento, signor. Tengo una cita.

Durante un momento dio la impresión de que él iba a insistir; después dejó caer las manos a los costados y le hizo una inclinación.

-Ha sido un enorme placer verla, signorina. Por favor, vuelva en cualquier momento.

Laura le dio las gracias con una inclinación de cabeza y salió. Fue un alivio bajar la escalera y volver a la calle. La intriga era bastante agotadora, pensó.

-¿Ahora vamos a casa, señorita? -preguntó la doncella.

Estaba a punto de contestar sí cuando una voz ronca y gutural exclamó:

-¡No me lo creo!

Laura se giró y se encontró cara a cara con Sophie Krelov.

-Michael me dijo que estabas aquí pero no le creí -continuó Sophie. Se veía espléndida, y furiosa-. ¿No serás uno de los pequeños chismosos de Oliveri? Creía que sólo tenía dineros para pagarle a los niños de la calle.

La doncella estaba mirando boquiabierta a la condesa con su magnífica pelliza orlada en piel. Laura pensó que tal vez no sería suficiente la guinea que le había dado para calmar la tentación de contar una buena historia.

-¿Caminamos? -sugirió a la condesa, pensando que así podrían hablar sin ser oídas.

-¿En esta parte de la ciudad? No seas ridícula.

Con gesto imperioso llamó a su cochero; cuando el coche se detuvo junto a ellas y saltó el lacayo a abrir la portezuela, añadió:

-Yuri, ve con esa joven y búscale un coche de alquiler. Págale para que la lleven a casa.

Le dio la dirección de la casa de los Pryor y envió a la doncella con Yuri antes de que Laura pudiera decidir si protestar o no. No quería que la doncella oyera más cosas, pero tampoco le agradaba quedarse sola con Sophie.

Ésta prácticamente la introdujo en el coche y después subió tras ella. El vehículo se puso en marcha.

-Me engañaste. No me gusta que me engañen.

-No la engañé -protestó Laura.

-Me dijiste que eras una especie de institutriz.

-Lo era... lo soy.

La condesa emitió un sonido burlón.

-No actúas como una institutriz, y si es por eso, tampoco lo pareces. Fui muy estúpida al creerte.

-Le aseguro que...

-No quiero que me asegures nada. Quiero la verdad. ¿Para quién trabajas?

-Para nadie.

-¿Qué te han ordenado respecto a Gavin Graham?

-Yo no...

-¿Qué le dijiste a ese gusano de Oliveri?

-Nada -contestó Laura con firmeza.

-Supongo que me dirás que fuiste ahí a mirar su cuadro -se mofó Sophie.

-No, yo...

-No, por cierto. Nadie mira sus cuadros. Es un impostor transparente. ¿Qué haces en Viena? ¿Cuál es tu juego?

Laura no supo qué decir.

-Si crees que puedes ganarme, eres una idiota. Te haré polvo.

-El general Pryor me invitó para que alejara al señor Graham de usted -soltó Laura.

No sabía si era prudente decirlo, pero estaba segura de que Sophie era una enemiga peligrosa.

Sophie la miró con sus ojos azules entrecerrados.

-¿Tú crees que soy tonta? Nadie haría algo tan ridículo. Dime la verdad.

Fantástico, pensó Laura. Había corrido el riesgo para nada.

-Tal vez no comprendes con quién estás tratando -le dijo Sophie suavemente-. Tengo amigos capaces de hacerte hablar, te harán rogarles que te dejen hablar.

Sólo quería asustarla, se dijo Laura.

Sophie metió la mano en su ridículo y sacó una pistola diminuta.

-¿Lo dudas?

Justo cuando a Laura le pareció que el corazón le iba a saltar en la garganta, el coche dio una sacudida. El vehículo se detuvo bruscamente, acompañado por un coro de gritos en la calle. Laura se arrojó contra la puerta y saltó afuera. Casi sin fijarse en el carro pesado que estaba bloqueando el paso, echó a correr en la dirección contraria. La gente se la quedó mirando, pero a ella no le importó. Viró en una esquina, después en otra y se encontró en una calle comercial. Vio una pañería, entró y se escondió detrás de unos de rollos de tela apilados sobre el mostrador. Vio que había varios clientes, además de dependientes.

Jadeante, simuló estar interesada en un corte de estameña mientras observaba la calle. Más o menos al minuto apareció uno de los corpulentos guardaespaldas de Sophie, seguido por ella, escrutando fieramente a la gente que pasaba.

Laura retrocedió un poco más. No podrían sacarla de allí sin provocar un alboroto. Pero de todos modos sintió un inmenso alivio cuando la condesa desapareció de su vista. Dejó pasar un rato para poder reunir el valor necesario y abandonar su improvisado refugio.

Gavin releyó con enorme curiosidad la nota que acababa de recibir. Laura deseaba hablar con él de «un asunto de cierta importancia» y le pedía que fuera a la residencia de los Pryor a las dos.

¿Qué podía significar eso?, pensó mientras leía una y otra vez aquellas palabras. Jamás le había enviado una nota. ¿Le habría sugerido algo el general?

Lo dudaba. Por lo visto Pryor no tenía más dominio sobre ella que... cualquier otra persona. Una media sonrisa le iluminó la cara al pensar cómo le fastidiaría eso al general.

No, decidió, dando vueltas en las manos a la hoja de papel, si ella decía que era importante, lo era. O en todo caso ella pensaba que lo era. Sería interesante descubrir si él estaba de acuerdo o no.

Laura no lograba estarse quieta mientras esperaba la llegada de Gavin. Estaba agitada por las experiencias de la mañana y aún más por lo que había decidido hacer al respecto. Sabía que debía decírselo a alguien. No era capaz de arreglárselas sola con las sospechas que había despertado sin querer. Y no podía explicárselo a los Pryor; se horrorizarían y casi con toda certeza la enviarían a Inglaterra.

Había considerado la posibilidad de ir a ver a George Tompkins y poner su dilema a sus pies. Pero no era algo lo suficientemente importante, y en todo caso él le inspiraba un respeto teñido de temor, y no quería aprovecharse del hecho de conocerlo.

No, tenía que ser Gavin. Después de todo él era la causa del problema. Si no hubiera sido por él, ella jamás habría ido a vistitar a Sophie; no se habría metido en las corrientes subterráneas del congreso si no hubiera presenciado el ataque en el jardín. Prácticamente él tenía la culpa. Y por todo lo que había oído, era probable que él supiera qué hacer.

No podía ir a visitarlo, lógicamente, después de como se había comportado con ella desde su llegada. Lo mejor era hacerlo venir a la casa de los Pryor, y mantener las distancias. Si venía.

Volvió a mirar el reloj de la repisa de la chimenea; después fue a comprobar que no estuviera parado; le costaba creer que sólo fueran las dos menos cinco.

Gavin tocó la campanilla y le abrió la puerta un lacayo. Una vez entregado su sombrero y abrigo, convenció al lacayo de que no era necesario anunciarlo, y subió solo la escalera hasta el salón. Encontró a Laura paseándose de aquí para allá delante de la chimenea, con aspecto de suma impaciencia.

También estaba muy hermosa, pensó, deteniéndose en la puerta. La emoción le teñía de un rosa vivo las mejillas y le hacía brillar destellos en sus ojos verdes. El resplandor del fuego le formaba reflejos rojizos en los cabellos negros, y las líneas puras de su vestido le destacaban la esbelta figura. Prácticamente crepitaba de energía, moviéndose con un garbo que excitó en él una reacción innegable. De pronto le importó menos lo que fuera que tenía que decirle y más el hecho de que estaban los dos solos. Entró y cerró la puerta.

-Buenas tardes -saludó.

Laura se giró rápidamente, acampanándose el vestido a su alrededor.

-¡Se ha retrasado!

Él alzó una ceja. Sólo pasaban diez minutos de las dos, y ninguna anfitriona consideraría eso un retraso.

-Bah, no importa. -Pasó el apoyo de un pie al otro-. Siéntese.

Gavin eligió el sofá que estava delante de la chimenea. Cuando vio que ella se sentaba en el sillón más alejado del sofá, no pudo reprimir una leve sonrisa.

Ella se cogió fuertemente las manos sobre la falda.

-Tengo que decirle... -apretó los labios.

Eran unos labios deliciosos, pensó Gavin (estaba disfrutando tanto que ni se le ocurrió urgirla a hablar). No eran delgados, pero jamás hacían morros, expresión que él encontraba despreciable. Y cuando los besaba...

-¿Sabe que el signor Oliveri tiene una red de espías? -dijo Laura impulsivamente.

-¿Qué?

-Al parecer, son niños de la calle. Supongo que nadie se da cuenta si le siguen esos niños. Por desgracia, están en todas partes.

-¿Qué ha estado tramando?

-No he estado tramando nada. Simplemente tenía curiosidad por algo que dijo el signor Oliveri, de modo que fui a verlo, y...

-¿Fue a visitar a Oliveri? ¿Sola?

Recordando cómo la había visto sentada junto al hombre riendo con él, se le encendió el genio.

-Llevé conmigo a una doncella -replicó ella altiva-. Pero lo que quiero decirle es que él insistió mucho en...

-No me cabe duda.

-¿Va a dejar de interrumpirme? Estoy empezando a lamentar haberle pedido que viniera. Pero no hay nadie más a quien pueda decírselo.

-¿Decirle qué? ¿Es que la insultó Oliveri?

-¡No! Es una especie de espía. Es muy insistente en obtener información, y creo que hace meses que no pinta nada.

-¿Qué quiere decir con «insistente»?

-Pero ¿qué le pasa? Pensé que le interesaría esto.

Gavin trató de dominarse. La verdad era que no sabía qué le pasaba.

-¿Para quién cree que podría estar trabajando? -preguntó Laura.

-Ah, o sea que no ha descubierto eso también -repuso él, tratando de adoptar su tono acostumbrado.

-No -dijo ella, moviendo la cabeza con pesar-. Pero no tiene mucho dinero. Si estuviera conectado con alguien importante, tendría fondos, ¿verdad?

Era inteligente, reconoció él. Tal vez demasiado.

-No necesariamente.

-Ah, bueno, tal vez si lo vigilaran.

Él tuvo una horrorosa visión de Laura agazapada en una puerta destartalada frente al apartamento de Oliveri vigilando sus idas y venidas.

-Puede dejar esa información en mis manos -dijo con energía-. Yo me encargaré de hacer lo que sea necesario.

-Ah -repitió ella.

-¿Eso era lo que quería decirme?

En realidad no estaba tan mal, pensó. Si sólo lograra disuadirla de hacer otras de esas tontas excursiones, ella estaría a salvo.

-Bueno...

-¿Hay algo más?

Ella parecía muy, muy reacia a decírselo. De pronto cayó en la cuenta de que tenía enterrados los dedos en el brocado del brazo del sofá.

-Esto es un poco difícil-admitió ella.

A él se le desbocó la imaginación: le había contado a Oliveri lo del ataque en el jardín; había abordado a otro personaje, aún más peligroso, de Viena; había ido a la embajada rusa disfrazada de niño mensajero a poner dinamita...

-El asunto es... -dijo ella, con una mirada escrutadora-, usted debe de saber por qué me invitó a venir aquí el general Pryor.

Él asintió, con un movimiento brusco.

Librodot

-Sí. Bueno, yo sabía que era un plan estúpido, pero verá, se lo prometí, de modo que pensé que debía intentarlo, lo mejor posible. Pensé que si sabía algo...

-¡¿Qué ha hecho?!

-No es necesario que me grite.

-¿Ah, no?

-¡No! Sólo he tratado de...

-¿Qué? -exclamó él.

-Entender las circunstancias.

-¿Qué circunstancias? -preguntó él entre dientes.

-Aquellas que... preocupaban al general. Así pues... -hizo una honda inspiración-, fui a visitar a la condesa Krelov, y...

El sonido que se le escapó a Gavin era tan desconocido para él como para ella. Algo así como una mezcla de gruñido y resuello, observó una pequeña parte imparcial de su cerebro.

-Pensé que podría colaborar mejor con el general si sabía... lo que a usted le interesaba -reveló ella, con las mejillas rojas.

-¿Ah sí?

Si quería salvar la situación, tenía que recuperar la serenidad, pensó Gavin. Laura lo estaba mirando por entre sus largas pestañas como si esperara algún comentario más.

-Hablé con ella -continuó al fin-, en realidad, tuvimos una agradable charla.

Gavin trató de imaginárselas a las dos charlando, y sí, maldita sea, lo logró.

-Pero cuando me vio con usted y los Pryor me pareció... agitada.

-Usted no le había dicho el verdadero motivo de su visita -dijo él en tono neutro. No era una pregunta.

-No, y cuando se lo dije hoy, no me creyó.

-¿Hoy? -repitió él.

Tal vez no estaba teniendo esa conversación, pensó. Tal vez estaba atrapado en una pesadilla loca, y dentro de un momento despertaría.

-Sí. Verá, cuando me vio salir de la casa de Oliveri...

Gavin soltó un gemido. Apoyando el codo en el brazo del sofá, se cubrió los ojos con una mano. Si iba a despertar, que fuera pronto.

-Está furiosísima conmigo -concluyó Laura-. Por eso pensé que sería mejor decírselo a alguien.

Se hizo un largo silencio en la sala.

-¿En ningún momento se le ocurrió pensar que Sophie Krelov es una mujer muy peligrosa? -preguntó él finalmente.

-Hoy sí -reconoció ella.

Nuevamente lo miró escrutadora, como si quisiera descifrar algo.

-Tiene amigos que... -empezó él; pero no quería ni pensar en eso.

-Pensé que usted sabría qué hacer.

-¿Yo?

-Tiene muchísima experiencia...

-¡No tengo ninguna experiencia en crear embrollos increíbles! -espetó él.

Laura abrió la boca y volvió a cerrarla. Hizo una inspiración profunda y luego una espiración larga. Entrelazó las manos en el regazo, se las miró e hizo otra respiración.

-¿Qué está haciendo? -preguntó él sin poder resistirse.

-Dominando mi genio -contestó ella en un tono que indicaba que todavía no lo estaba logrando-Lo sé hacer muy bien.

También él, pensó Gavin; normalmente.

-Las recriminaciones no son útiles -añadió ella, como si deseara muchísimo hacer algunas.

-No -concedió él, fascinado por ese comportamiento.

-Si no tiene la intención de ayudarme...

-¿Qué va a hacer... exactamente?

-Buscaré ayuda en otra parte.

-Los Pryor simplemente la enviarán a casa. -Al ver que ella abría la boca para contestar, levantó una mano-. Y por mucho que yo haya deseado eso antes, ahora no es aconsejable. Ha atraído la atención de personas muy desagradables, y ahora esa atención la seguiría hasta Inglaterra.

Por primera vez ella pareció un poco asustada. Estupendo, pensó él ferozmente.

-Hay otras personas a las que podría pedir ayuda -dijo ella.

-¿Quiénes?

Ella desvió la mirada.

-El criterio de que ha hecho gala hasta ahora no me inspira mucha confianza en esas otras personas.

Muy visiblemente, Laura reprimió una respuesta acalorada. Podría ser divertido intentar hacerla perder el dominio, pensó él, si el asunto no fuera tan grave.

-Deberá mantenerse invisible hasta que yo descubra lo que pasa. Si no sale de casa...

-Los Pryor pensarán que me ocurre algo -objetó ella.

-Dígales que está enferma. Dígales lo que quiera. No será por mucho tiempo.

-Yo podría ayudarle a investigar.

-De ninguna manera.

-Pero si ya he descubierto varias cosas. -Cambió su expresión, como si estuviera recordando-. Hay otra cosa. Sophie dijo un nombre. Dijo que «Michael» le había dicho que yo estaba en casa de Oliveri, y ella no le había creído.

-¿Michael?

Laura asintió.

Él lo pensó un momento.

-¿Por qué no me lo dijo enseguida?

-Usted no paraba de discutir.

-Jamás discuto. Es un desperdicio de energía.

-¿Sí? ¿Y cómo le llama a esto?

-¿A qué?

-A lo que estamos haciendo en este momento.

Él lo descartó con un gesto.

-Michael -repitió.

-¿Cree que Oliveri tiene algo que ver en esto?

Él negó con la cabeza.

-Es un hombre insignificante, recoge retazos sueltos de información para vender.

-¿Usted ya sabía de él? -preguntó ella, en tono de gran frustración.

-Es bastante obvio.

-Ah. -Se mordió el labio, pero al instante se le iluminó la cara-. Pero el nombre, Michael, es útil.

-Posiblemente -concedió él.

-Entonces lo ve.

-Si ha acudido a mí para que la ayude, deberá hacer lo que yo le diga- contestó él.

-Pero si estuviera trabajando con usted...

-No lo está. Y sería un buen estorbo. Se quedará en casa hasta que yo le diga que no corre peligro.

-¿Y si no me quedo?

La miró furioso.

-No puede atarme y dejarme encerrada en un armario.

La idea era atractiva pero, lamentablemente, ella tenía razón.

-¿Es que intenta negociar conmigo?

-Usted es un diplomático -observó ella, descaradamente-. Debe de estar acostumbrado a llegar a acuerdos.

-Usted no es una tonta -dijo él en tono de confidencia-. No se va a poner en peligro simplemente para molestarme.

Eso la dejó muda, pero sólo por un momento.

-Puedo contarle al general lo del ataque que sufrió en el baile -le dijo.

-Si quiere -contestó él tratando de parecer indiferente.

-Supongo que tomaría cartas en el asunto.

Se entrometería a más no poder, pensó él.

-Podría pedirle al signor Oliveri...

De pronto él se levantó y ella se puso de pie de un salto. Avanzó hacia ella, y Laura corrió a ponerse al otro lado de una mesa ancha.

-¿Cree que puede amenazarme? -le preguntó Gavin, imperioso.

-Usted no puede darme órdenes -contestó ella un poco temblorosa.

-¿Qué es exactamente lo que desea?

Ella lo miró, sus ojos oscurecidos por la emoción

-Hacer algo importante -repuso, desafiante.

Había algo en esas palabras, y en la pasión que encerraban, que le llamó la atención. Le recordaron algo, aunque no logró saber qué. ¿De dónde había salido esa mujer tan distinta a todas las que había conocido?

-¿Qué ha hecho en los diez últimos años?

Ella se tensó ligeramente, y apoyó las manos en la mesa.

-¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando ahora?

Él esperó.

-He sido institutriz -dijo ella al fin, con voz algo elevada.

Él trató de no revelar asombro en la cara, pero no lo consiguió.

-Mi padre apostó todo lo que tenía a un potro de sus establos. Estaba absolutamente seguro de que Alliance ganaría el Derby.

-Y no ganó.

-Perdió por medio cuerpo. Yo no quería depender de nadie, de modo que me busqué trabajo como institutriz. Justamente estaba buscando otro puesto cuando fue a verme la señora Pryor.

-Es difícil imaginársela en una sala de clases.

En realidad era imposible. Esa hermosísima criatura habría estado fuera de lugar como un tigre en el Parlamento. Y habría atraído la atención de todos los hombres de la casa. Y tal vez había sido así, pensó. La idea le resultó sorprendentemente desagradable.

-Me veía diferente -dijo ella, como si le hubiera leído los pensamientos.

-¿Sí?

-Y no es que eso sea asunto suyo.

-¿Lo pasaba bien?

¿Habría sido la amante secreta de algún noble? ¿Sería esa la explicación de sus inesperadas cualidades?

Laura le dirigió una mirada peculiar.

-¿Es necesario continuar hablando de esto?

Gavin se sintió raro. Deseaba hacerle más preguntas sobre su historia; deseaba insistir en la verdad. Pero ella tenía razón, no era asunto suyo; no tenía absolutamente nada que ver con él.

-Si no quiere que le ayude, continuaré investigando por mi cuenta -añadió ella.

Él no sabía si lo decía en serio o simplemente era un intento de obligarlo a acceder; pero lo que sí sabía es que los amigos de Sophie Krelov no aceptaban intromisiones. Las personas que se interponían en el camino de Krelov solían lamentarlo, algunos eternamente. La idea de que Laura se metiera en ese tipo de peligro le resultaba... simplemente inaceptable.

Pero si cedía, tendría que acompañarla siempre que saliera. Tendría que estar siempre cerca de ella para protegerla. Miró su esbelta figura y su hermosa cara. Eso le daría un cierto dominio, pensó.

-Muy bien.

-¿Acepta?

-Si promete seguir mis instrucciones.

Ella sonrió feliz.

Tal vez no sería tan horrible después de todo, pensó él.

-¿ Lo promete?

-Por supuesto.

Él sintió un asomo de alivio.

-Una vez que hayamos estudiado qué nos conviene hacer -añadió ella...

-Eso no es tema de estudio...

-Y usted me haya explicado los motivos. No puede haber una colaboración equitativa a menos que yo sepa eso.

Él apretó la mandíbula.

-También seré mucho más útil si entiendo lo que pasa.

-¿Eso cree? -Su tono rebosaba escepticismo, pero ella no hizo caso.

-Ah, una cosa más.

-¿Sólo una? -preguntó él, sarcástico.

Laura lo miró ceñuda.

-No debe haber más de esos... ataques repentinos.

-¿Ataques? -repitió él en tono amenazador.

-Ahora que hemos llegado a un acuerdo, no tiene por qué molestarse con... ese tipo de cosas. Al fin y al cabo, sólo quería asustarme.

Él creyó advertir un leve matiz de pregunta en esa afirmación, pero estaba demasiado irritado para preguntarse por qué.

-En toda mi vida nunca he atacado a una mujer -espetó.

-Me arrastró hasta el jardín y...

Él dio rápidamente la vuelta a la mesa. Ella retrocedió de un salto y corrió a ponerse en el lado donde había estado él. Quedaron frente a frente, distanciados por la ancha superficie de caoba.

Gavin dominó valientemente su genio. ¿Cómo podía enfurecerlo tanto esa mujer?

-Puede estar segura de que no volveré a tocarla -le dijo.

Ella pareció extrañamente disgustada ante esa promesa. Pero le dijo:

-Estupendo. No hay problema entonces.

-Ningún problema.

-Es... es mejor aclarar las cosas.

-Siempre.

-Me alegra que nos entendamos.

-¿Sí?

Le hubiera encantado romper algo, pensó él, de manera que lo mejor era que se marchara enseguida. Una vez que estuviera solo y fuera capaz de pensar, volvería a ser él mismo.

-Buenos días -dijo, caminando hacia la puerta.

-Ah. ¿Se marcha?

Antes de que ella pudiera decir nada más, salió del salón.

7

Pasaron los días y no había noticias de Gavin. Extrañamente, las delegaciones tampoco habían organizado ningún evento social. Laura se lo comentó al general, y él le dijo que por fin el congreso había comenzado a trabajar de verdad, al menos las cinco principales potencias. Inglaterra, Prusia, Austria, Rusia y Francia tenían poco interés en consultar a los países menos influyentes en sus deliberaciones; de hecho, mediante una u otra estratagema, habían impedido que se reunieran los delegados de todos los países.

Esa noticia sólo logró inquietarla más. Tenía la impresión de que las cosas avanzaban, se producían novedades, sin estar ella al tanto. ¿Tal vez Gavin había aceptado sus condiciones sólo para quitarla de en medio, para darle largas? Tal vez nunca había tenido la intención de aceptarla como colaboradora. ¿Se imaginaría que ella se quedaría sentada en casa mientras él hacía... lo que fuera que estuviera haciendo?

Esa idea la enfureció, y decidió salir inmediatamente. Iría a caminar, y tal vez buscaría un coche de alquiler para pasar por delante del apartamento del signor Oliveri. Por supuesto que no entraría; ni se dejaría ver. No había nada particularmente misterioso en reunir información, pensó. Gavin le daba una importancia exagerada.

No le dijo a Catherine que iba a salir. Se puso una capa y aprovechó un momento en que no había nadie en el vestíbulo de entrada, cubriéndose la cabeza con la capucha para protegerse del aire frío de diciembre. Una vez fuera, caminó a buen paso una corta distancia, para alejarse de la casa, y después aminoró la marcha, deteniéndose un momento ante varios escaparates.

Entonces cayó en la cuenta de que no sabía muy bien adonde ir. Tenía vivo en el recuerdo la furia de Sophie. No le cabía duda de que la condesa era muy capaz de enviar a alguien a amenazarla, para descubrir lo que supuestamente sabía. De pronto la calle le pareció terriblemente fría y desierta.

Fue en ese instante cuando se dio cuenta de que la estaban observando. Desde que salió de la casa había visto cerca de ella a una figura menuda metida en un abrigo gris largo. En ese momento, en que ella estaba detenida, el personaje se estaba paseando con cierta timidez por la acera de enfrente. Avanzó hasta la esquina, entró por esa calle e hizo lo mismo en la esquina siguiente. Cuando estaba esperando en medio de los arbustos de una plazoleta, apareció nuevamente la figura y se detuvo a escudriñar atentamente la calle.

Laura sintió una contracción de miedo y entusiasmo; esa aventura no estaba sólo en su imaginación. Alguien le había puesto un vigilante; tenía que descubrir quién era y quién lo había enviado. Pero primero tenía que llegar a terreno seguro. Echó a andar a paso rápido, de vuelta a la casa de los Pryor, eligiendo las calles más transitadas, donde unos cuantos transeúntes enfrentaban valientemente el frío. De tanto en tanto se arriesgaba a mirar atrás por encima del hombro, y siempre veía a la figura gris a corta distancia de ella.

Cuando ya estaba bastante cerca de la casa, apresuró bastante el paso hasta casi correr. Una vez que dio la vuelta a la última esquina y pudo ver la casa, se detuvo y esperó. Muy pronto oyó el sonido de los pasos; entonces apareció el observador, a toda prisa por la misma ruta, y con la cabeza gacha.

Laura avanzó un paso y le cogió la manga del abrigo.

-¿Por qué me sigues? -preguntó en tono enérgico.

Él soltó una especie de chillido e intentó apartarse, pero ella le sujetaba firmemente por la manga de lana. El observador tenía la cara casi tapada por un gorro de tela y varias bufandas, por lo que no podía vérsela, pero sí notó que no era corpulento ni musculoso. En realidad, era más menudo que ella, observó. Podría ser uno de los niños de Oliveri. Envalentonada por ese pensamiento, estiró la mano le quitó las bufandas que le envolvían la cara. Aquel gresto brusco hIzo que también saliera el gorro, dejando al descubierto una cascada de cabellos rubios y la cara de una niña.

-¿Qué hace? -exclamó la niña en alemán, cogiendo el gorro para que no cayera al suelo.

Laura retrocedió un paso, con las bufandas colgando de la mano, y la miró fijamente. No era eso lo que había esperado.

-Démelas -dijo la niña.

De un tirón le arrancó las bufandas de la mano y al instante comenzó a meterse el pelo dentro del gorro.

-¿Quién eres? -le preguntó Laura.

La niña se limitó a mover un hombro hacia ella. Entonces le repitió la pregunta en alemán.

-Soy una ciudadana de Viena -respondió la niña-, y usted me ha asaltado en la calle.

-Me venías siguiendo -acusó Laura.

-Eso es ridículo. Debería llamar a los guardias.

-Muy buena idea. Vamos a buscarlos.

La niña hizo ademán de echar a correr, pero Laura lo había previsto, así que la cogió fuertemente del brazo y la obligó a caminar hacia la puerta de los Pryor.

-Voy a gritar -amenazó.

-Eso atraerá a un guardia -contestó amablemente Laura, sin detenerse.

No hubo grito. Llegaron a la casa, Laura golpeó, un lacayo abrió la puerta y ella hizo entrar a su cautiva. Bajo la asombrada mirada del lacayo, la hizo entrar en la salita de recibo, cerró la puerta con un clic y apoyó la espalda en ella.

-Ya está -dijo, medio jadeante por el ejercicio-. Ahora podemos hablar.

-Usted está loca -contestó la niña en tono hosco.

-Posiblemente. ¿Quién eres y por qué me seguías?

La niña se cruzó de brazos y guardó silencio.

-Si no me lo dices, haré llamar a un guardia.

-Le diré que usted me atacó sin ningún motivo y me arrastró hasta aquí.

Laura asintió.

-Y yo le diré que me venías siguiendo y que sospeché que querías robarme el monedero.

-¡No soy una ladrona!

-¿Qué eres?

La niña dejó caer los hombros.

-Papá me va a matar.

-¿Y quién es él?

Por primera vez la niña pareció asustada.

-¡No debe decirle a mi padre lo que estaba haciendo!

Eso no tenía visos de comentario de un delincuente peligroso, pensó Laura. Claro que desde el momento en que la desenmascaró, no había dudado de que no representaba un peligro.

-No se lo diré si me explicas por qué me seguías.

La niña suspiró cansinamente, mirando el suelo.

-Heinrick está muy enfermo, ¿sabe?

-¿Heinrick?

-Mi hermano mayor.

-¿Y?

-Tenía que venir él, pero estaba con fiebre y tosía terriblemente. Le dije que yo vigilaría en su lugar.

-Comprendo. ¿Y quién le pidió a Heinrick que vigilara?

-Papá -contestó la niña, como sorprendida.

-Tu padre le ordenó a Heinrick que me vigilara. ¿Por qué?

-Para ver adónde iba e informar al inglés.

-¿Al inglés? -repitió Laura, sorprendida a su vez. A la niña le subieron los colores a las mejillas.

-Eso no tenía que decirlo. -Se cubrió la cara con las manos y gimió-. Le dije a mi padre que era capaz de hacerlo. Ahora va a decir que él tenía razón, y nunca más va a dejar que le ayude.

Laura sintió una punzadita de compasión.

-¿Te dice que no puedes ayudarle porque eres una niña?

La niña la miró con los ojos azules muy redondos.

-¿Cómo lo sabe?

-Ya he oído eso antes -contestó Laura lacónicamente.

-¿Conoce a mi papá? -le preguntó, con expresión asombrada, y bastante asustada.

-Conozco a personas como él -le dijo Laura-. Será mejor que te sientes.

-Debo irme.

-Pronto. Primero hablaremos. ¿Te apetece una taza de té? Seguro que tienes frío, después de estar ahí fuera tanto rato.

La niña pareció tentada, pero luego frunció el ceño.

-No me va a corromper. No le diré nada.

-Claro que no. Pero ¿qué daño puede hacerte una taza de té?

Sin esperar respuesta, abrió la puerta y pidió al lacayo, que estaba sospechosamente cerca de la puerta, que les llevara té. Después se quitó la capa y la dejó en un sillón.

-Te ayudaré si me dices unas cuantas cosas -ofreció.

-¿Ayudarme? -preguntó la niña, más ceñuda aún.

-No le diré a nadie que te he visto, y te daré información para llevar a tu padre.

Observó cómo la niña trataba de comprender eso.

-¿Qué tipo de información?

-¿No prefieres sentarte y quitarte el abrigo?

La niña se envolvió aún más en el abrigo, pero pasado un momento se sentó en el borde del sofá.

-¿Cómo te llamas?

Hubo un largo silencio. Laura ya estaba pensando que no lograría su colaboración, cuando la niña dijo:

-Annalise.

-Ah. Yo me llamo Laura.

-Lo sé -repuso la otra, con un ligerísimo tono de presunción.

-Claro.

Tendría unos catorce o quince años, pensó Laura. Era difícil saberlo, con ese abultado abrigo. No era particularmente bonita, pero tenía el rostro lozano y muy despabilado.

Llegó el té. Annalise aceptó una taza, acompañada de varias galletas dulces que venían en la bandeja. Laura esperó que hubiera devorado dos para preguntarle:

-¿Tu padre vigila a personas?

Annalise asintió recelosa.

-¿Y tu hermano le ayuda?

-A veces. A Heinrick no le gusta mucho. Quiere ser tendero. -Arrugó la nariz, como si esa fuera una ambición de lo más incomprensible.

-¿Por qué no me sigue a mí tu padre, entonces?

-Tiene cosas más importantes que hacer -contestó Annalise, con cierto tono despectivo.

-Comprendo. Yo no soy muy importante -dijo Laura, tratando de sacar un tono humilde.

-No. El inglés le dijo a papá que usted no era importante, pero que quería asegurarse de que no se metiera en dificultades.

Laura apretó las mandíbulas.

-Herr Graham -dijo, confirmadas sus sospechas.

-Sí, le dijo que... -Annalise se interrumpió y ahogó una exclamación, consciente de que había dejado escapar otro secreto.

-No pasa nada -la tranquilizó Laura-. Trabajamos juntos.

O eso le había prometido, pensó furiosa.

-¿Sí?

-Sí, lo que pasa es que Herr Graham es un poco... sobreprotector.

-Papá es igual -suspiró Annalise-. ¿Qué cree que me va a pasar en la calle?

Bueno, unas cuantas cosas, reconoció Laura, en silencio. Pero algunas podrían ocurrirle a Heinrick también.

-Tengo mucho cuidado -continuó la niña-. No hablo con cualquiera, y no me dejo ver. Usted sólo me cogió porque estuvo al menos cinco minutos mirando una bandeja de pasteles rancios. ¡Nadie hace eso!

-No -dijo Laura, distraída.

-Cuando llegaron esos niños de la calle, me fui hasta la esquina y esperé en el rellano de una puerta. No me vieron.

-¿Niños de la calle?

Annalise asintió.

-Estuvieron una hora más o menos, después se aburrieron y se fueron. Yo nunca haría eso -añadió con orgullo.

¿Serían los niños de Oliveri?, pensó Laura.

-¿Viste a alguien más?

Annalise negó con la cabeza.

-Bueno, no exactamente. Hay unos vecinos muy curiosos.

-¿Qué quieres decir?

-En el tercer piso de la casa de enfrente hay una cortina que se mueve mucho. Supongo que es alguna anciana que no tiene otra cosa que hacer que mirar a la calle.

-¿Me puedes indicar cuál es? -preguntó Laura al instante, levantándose.

Annalise la miró y volvió a fruncir el ceño.

-¿Cree que...?

-Simplemente quiero saber que ventana es.

Se pusieron una a cada lado de la ventana, ocultas por las cortinas, y Annalise apuntó. Las cortinas de encaje de la casa de enfrente no se movieron mientras ellas miraban. Era probable que sólo fuera algún vecino curioso, pensó. Pero tal y como estaban las cosas, no iba a darlo por sentado.

El reloj de la repisa de la chimenea dio las doce.

-¡Debo irme! -exclamó Annalise-. Heinrick quedó en venir para que yo pueda volver a casa antes que llegue mi padre.

Comenzó a enrollarse las bufandas alrededor de la cara, mirando a Laura como si ésta fuera a tratar de impedírselo.

Laura se limitó a asentir. Pensaba echarle una buena mirada a Heinrick, para conocer a su sombra.

-¿ No se lo va a decir? -preguntó la niña, nerviosa.

-Será nuestro secreto. Tal vez incluso podríamos trabajar juntas alguna vez.

La niña se detuvo en la puerta.

-¿Qué quiere decir?

-No lo sé muy bien. ¿Hay alguna manera de hacerte llegar un mensaje?

Annalise entrecerró los ojos, considerándolo. Laura vio que se sentía tentada, pero todavía recelaba.

-Si deja una nota en el estanco de Herr Schwimmer, en Friedrichstrasse, la recibiré -añadió finalmente.

Dicho eso se marchó. Nuevamente oculta detrás de la cortina, Laura la vio salir de la casa y ocupar su puesto en la acera de enrente. Cuando vio llegar junto a ella a un joven alto y delgado, que se quedó en su lugar, observó atentamente su ropa y su apariencia. ¿Así que Gavin Graham pensaba que ella no importaba? ¿Así que le ponía un vigilante para que no se

metiera en dificultades? Pronto descubriría que se había equivocado de medio a medio, se prometió, tan pronto encontrara la mejor manera de dejárselo muy, muy claro.

-Encuentro raro no estar en casa para Navidad -comentó Catherine en tono nostálgico.

Acababan de sentarse en el coche, envueltas en sus capas, para ir a un concierto de villancicos, organizado por los anfitriones austriacos del congreso.

-Esto es ridículo -contestó el general desde el asiento de enfrente-. Si no se dejan de tanta discusión y regateos, vamos a estar aquí hasta el verano.

-Por lo menos entonces hará calor -dijo su mujer, en el instante en que una ráfaga de viento golpeó el vehículo, meciéndolo ligeramente-. No he traído suficiente ropa de invierno.

-Envía a buscarla -fue la desalentadora respuesta. Por la ventanilla Laura contempló las calles cubiertas de hielo. Hacía años que la Navidad no era una fiesta para ella; cuando la familia se reunía en la casa Leith, la institutriz no tenía mucho que hacer, aparte de llevarse a las niñas cuando estaban cansadas o demasiado excitadas. Su familia estaba demasiado lejos para ir a verla, de modo que la mayoría de las veces se pasaba la Navidad leyendo en su cuarto y comiendo sola las viandas festivas que le enviaban, de la celebración de los criados. Pero para ella esto no había representado una tragedia, ya que solía disfrutar del descanso. Pero, aún así, había perdido el cariño por esas fiestas que Catherine sentía.

-He encargado una oca -dijo Catherine-. Por lo menos tendremos una comida de Navidad como es debido. Y he invitado a los Phillps y a los Merrit.

Ella sería la única persona menor de cincuenta años en la comida, pensó Laura, con cierto matiz de diversión.

-Y yo a Graham -añadió el general. Pasado un momento notó que las dos mujeres lo estaban mirando-. Está solo aquí. Además, eso me da la oportunidad de vigilarlo un poco.

-¿Y ha aceptado? -preguntó Catherine.

-Por supuesto. ¿Por qué no iba a aceptar?

-No lo encuentro muy... apto para una tranquila comida de Navidad.

El general la miró ceñudo.

-No me puedo imaginar al señor Graham... acogedor -le explicó su mujer.

El general soltó un bufido, pero Laura no supo discernir si era de mofa o de concordancia.

El palacio estaba decorado con ramas de encina y ramitas de acebo, adornadas aquí y allá con lazos de cinta roja. Había además, ponche de ron caliente y una inmensa variedad de dulces y pasteles. En todos los hogares crepitaba el fuego, y en una enorme sala de recepción un grupo de cantantes entonaba villancicos tradicionales en varios idiomas. El calor y el murmullo de las conversaciones eran festivos. Laura se fue animando a medida que caminaba por los salones saludando a personas que había conocido desde su llegada a Viena. Aceptó una copa de ponche, aunque lo encontró más fuerte que lo que bebía normalmente, y mientras se lo tomaba a sorbos, disfrutó contemplando las caras rubicundas y oyendo las alegres risas de los demás invitados.

Un grupo de invitados se alejó, y entonces vio a Gavin de pie en el otro extremo del salón. Tenía la cabeza inclinada sobre una cascada de rizos dorado rojizos, y sobre su manga reposaba una delicada mano blanca. Sophie Krelov parecía estar diciéndole algo muy interesante, y a juzgar por la sonrisa de él, muy agradable también. Laura volvió la cabeza, pues no quería que la vieran mirando; pero no pudo dejar de volver a mirar una y otra vez. Formaban una hermosa pareja, pensó; los dos tenían una elegancia similar. No era de extrañar que las personas los miraran admiradas al pasar junto a ellos.

Le fastidiaba no haber logrado descubrir qué sentía realmente Gavin por la elegante condesa. Le habían dicho que estaba encaprichado con ella; y él seguía dedicándole atenciones, pese a la desaprobación del general. Pero ¿Se debía eso a que ella formaba parte de una intriga que él deseaba descubrir, o a que realmente la admiraba? Ella le había dado varias oportunidades para aclarar ese interrogante, y lo único que él le había dicho era que Sophie era peligrosa. ¿Eso sería una crítica o un elogio?

Sophie ladeó la cabeza y dijo algo, y él echó atrás la cabeza riendo. Laura experimentó una extraña punzada de dolor. Era evidente que la admiraba, pensó. ¿Qué hombre no la admiraría? Era una mujer preciosa, misteriosa y elegante. Y Gavin notoriamente vulnerable a las mujeres exóticas. Recordó la frase que oyó decir a una francesa desconocida durante su primer baile en Viena: «un poeta de la alcoba». Sin duda Sophie sabía exactamente qué significaba esa frase, y era probable que ella fuera muy capaz de corresponderle.

Pero ¿por qué estaba pensando en eso? No era asunto suyo, y no le importaba en absoluto. Se giró bruscamente y casi se dio de narices con el signor Oliveri, que se le había acercado por detrás.

-Perdón, signorina -dijo él, con una inclinación más extravagante de la que solían hacer otros hombres.

A Laura se le levantó el ánimo. Había tenido la esperanza de encontrarse con aquellos involucrados en la intriga que supuestamente ayudaría a investigar.

-Buenas noches, signor -contestó-. ¿Cómo avanza su cuadro?

-Ay de mí -dijo él, haciendo el acostumbrado gesto de enseñar las palmas hacia arriba-. Muy lento. Mientras no logre descubrir...

-¿Conoce a la condesa Krelov? -interrumpió Laura. Oliveri parpadeó sorprendido.

-Allí está -dijo ella, amablemente, indicando con un gesto el lugar donde se encontraban Gavin y Sophie.

En ese momento la condesa se había puesto de puntillas, y susurraba algo al oído de Gavin. Laura apretó las mandíbulas.

-La condesa -repitió su acompañante, tratando de parecer conocedor-. Por supuesto.

-Es muy interesante -comentó Laura.

-¿Qué sabe de ella?

-¿Yo?

-Usted sabe mucho de lo que ocurre en Viena, signor.

Oliveri se pavoneó un poco ante el halago.

-Mantengo abiertos los oídos -dijo.

-¿Conoce a la condesa? -preguntó ella, tratando de no parecer impaciente.

-Ah, bueno, en cuanto a eso... -Al ver la expresión de ella, se apresuró a añadir-: Dicen que nació en El Cairo, entre paganos.

-¿De veras?

-Algunos dicen que de niña vivió en el harén de un pachá -añadió sonriendo malicioso.

-Eso lo encuentro improbable -se mofó ella, como si no hubiera visto la sonrisa.

-Mató a dos hombres al escapar -contraatacó él, picado su orgullo-. Huyó a través de Tierra Santa, donde conoció al conde.

-¿El conde Krelov estuvo en Tierra Santa?

-De paso -contestó Oliveri sonriendo-. No es muy religioso.

Laura no creyó ni una palabra de todo eso, pero decidió hacer otro intento.

-¿Y que me dice del amigo de la condesa, Michael? -preguntó osadamente.

Él enarcó las oscuras cejas.

-¿Michael? ¿Michael qué?

-No lo sé.

El pintor pareció intrigado.

-¿Quién es ese Michael?

-Oí a alguien nombrarlo de un modo que me inspiró curiosidad.

-¿Alguien? ¿Quién?

-¿O sea que no conoce ese nombre?

Los ojos negros la perforaron.

-Es un nombre bastante común, signorina. Si supiera un poco más sobre...

-Siempre desea saber más, ¿no, signor?

-La información es algo que vendo. No me puedo permitir dejarla pasar.

Laura decidió que ya había dicho suficiente. En todo caso, Oliveri no sabía mucho.

-¿Qué quiere decir? Sólo le he preguntado si conocía a un hombre llamado Michael. Era una simple conversación.

Oliveri titubeó, como decidiendo si arriesgarse o no a ser sincero. Finalmente hizo una leve inclinación y contestó:

-Jamás usaría una palabra así para referirme a una conversación con usted, signorina.

-Es usted demasiado amable -dijo ella, volviéndose para alejarse.

-Por lo visto no lo suficientemente amable -masculló él.

Laura avanzó por entre la gente. Observó que Sophie y Gavin ya no estaban en el otro extremo del salón; en realidad no se los veía por ninguna parte; tal vez se habían ido a algún lugar más íntimo, pensó, sarcástica. Divisó a Catherine y se dirigió hacia ella. Ya era demasiado tarde cuando vio que ella estaba charlando con el barón von Sternhagen.

-Laura. El barón me estaba contando cómo se celebra la Navidad en su casa, en Prusia. Lo encuentro muy hermoso.

-Quemamos un leño de Navidad de casi dos metros de largo -explicó el barón-. En la chimenea de nuestro salón principal se puede asar un buey.

-¿Sí? -exclamó Laura.

-La construyó Rudolf von Sternhagen, que participó en la sexta cruzada.

-¿No fue entonces cuando el papa excomulgó al emperador del Sacro Imperio Romano?

Los dos la miraron sin entender.

-El papa se enfadó porque el emperador negoció con los musulmanes en lugar de combatir -explicó ella. Al ver que seguían mirándola perplejos, añadió-: Lo he leído.

-Laura es una gran lectora -explicó Catherine, casi en un susurro.

-Tengo poco tiempo para esas cosas -dijo el barón-. Mi tiempo lo ocupan mis deberes militares y mis propiedades.

-Por supuesto -dijo Catherine, dirigiendo una mirada de reprensión a Laura.

-A mí me interesan los hechos reales, no las historias que aparecen en libros -afirmó el barón, como si no pudiera haber otra opinión sobre el tema.

Laura abrió la boca para decir que esos habían sido acontecimientos reales, pero volvió a cerrarla, decidiendo que no valía la pena.

-Tengo entendido que es usted un fabuloso criador de perros de caza -dijo Catherine.

-Para cazar jabalíes, sí.

Laura notó en su tono un entusiasmo superior al que había percibido en otras conversaciones. El barón se lanzó a hablar animadamente sobre las características de una buena jauría, y los mejores métodos para enseñar a perros jóvenes. Laura sintió que comenzaban a cerrársele los ojos. Se puso una sonrisa fija en la cara y se propuso aguantar.

Observando desde un rincón de la sala, Gavin apostó en silencio a que von Sternhagen estaba perorando sobre sus perros. Tenía en la cara esa expresión dogmática, pontifical, que le había visto una vez. Desde entonces había tenido buen cuidado de evitarlo. Todo el mundo tiene sus pasiones, pensó, pero algunas son más interesantes que otras.

La señorita Devane, por ejemplo. Probablemente estuviera muy enfadada con él. Si se le acercaba, sin duda lo acusaría de abandonar la colaboración que habían acordado en el salón de los Pryor. Sí que la había evitado. El cumplía sus promesas, pero esa era ridícula, imposible. De ninguna manera podía intervenir ella en el tipo de trabajo que él hacía.

Sin embargo, le había dado una información muy importante, tenía que reconocerlo. El nombre de Michael le había sugerido un buen número de posibilidades, y las estaba investigando. Ojalá ella se conformara con eso.

Vio que Laura paseaba la mirada por la sala, desesperada por librarse del formidable barón. ¿Debía ir a rescatarla? La idea era atractiva. Pero antes de que él se moviera, ella ya había tomado el asunto en sus manos, típico de ella, y la vio ofreciendo gestos de disculpa para alejarse. La observó caminar grácilmente hacia uno de los arcos adornados con ramas de pino. Tenía el donaire de una sibila, serena, inteligente, y era hermosa como una ninfa. Continuó siguiéndola apreciativamente con la vista, hasta que se dio cuenta de que estaba concentrada en seguir a alguien. Miró hacia delante de ella, y casi soltó un gemido. Sophie Krelov estaba bordeando ese lado del salón, caminando hacia ese mismo arco, y daba la impresión de querer pasar inadvertida. ¿Intentaría Laura interceptarla? Echó a andar rápidamente detrás de las dos mujeres.

Cuando llegó al arco ya era demasiado tarde; Sophie ya había pasado bajo él, y Laura, después de dudar un instante, la había seguido. Al otro lado, vio un corredor desierto que llevaba hacia la izquierda; echó a correr por él y al virar a la izquierda casi chocó con Laura.

-Shh -susurró ella antes que él pudiera hablar. Estaba junto a un entrante en la pared cubierto por una cortina, lo cual era una sensata precaución, tuvo que reconocer él, inclinada escuchando.

-La condesa está allí -susurró ella.

Si creía que Sophie iba a cometer un desliz en un lugar tan público... casi se echó a reír. Eso sólo indicaba lo poco que sabía Laura de esos asuntos, y las probabilidades que había de que se metiera en dificultades si él no ponía fin a su intromisión de inmediato.

-Le dije que se mantuviera alejada...

-Shh -repitió ella.

-¿Estás loco, cómo se te ocurre venir aquí?

Esa era la voz de Sophie, que se oía con toda claridad, proveniente de la sala contigua, y en francés fluido.

-Te dije que te llamaría cuando...

Una voz de hombre la interrumpió, fuerte pero ininteligible. Laura dirigió una mirada triunfal a Gavin. Muy bien, de acuerdo, pensó él agriamente; pero si ella no estuviera allí, él podría entrar en la sala y ver con quién estaba reunida Sophie; estando ella no podía hacerlo, porque seguro que le seguiría.

-Soy muy capaz de manejar a Graham -dijo Sophie.

Gavin frunció el ceño, consciente de tener la mirada de Laura fija en él.

El hombre contestó algo que parecía una objeción. Gavin no pudo resistirse. Avanzó unos pasos por el corredor, haciendo un gesto a Laura para que no lo siguiera, aunque no se fiaba de que obedeciera.

Resonaron unas voces en el corredor.

-Viene alguien -dijo Sophie.

Se oyeron pasos en la sala contigua. Gavin retrocedió rápidamente, chocando con Laura que, cómo no, estaba justo detrás de él. Por suerte no gritó. La cogió del brazo y de un empujón la metió en el entrante de la pared, tras la cortina.

-Por aquí -dijo una voz en francés, al comienzo del corredor-. Aquí podremos hablar en privado.

El entrante tenía poco fondo, y una puerta; probablemente era una entrada que usaban los criados, pensó Gavin, muy consciente del cuerpo de Laura apretado contra él en ese pequeño espacio. Ella no decía nada, pero él sentía los latidos de su corazón en su pecho. Giró el pomo de la puerta; estaba cerrada con llave.

-Este no es un buen momento -protestó otra voz. Eran dos o tres hombres los que se aproximaban, concluyó Gavin. Aplicó un ojo a una diminuta abertura en la cortina y

reconoció a uno; era un diplomático austriaco. Le pareció que uno de los otros era un delegado de Sajonia; al tercero no lo conocía.

-El rey no lo aceptará -dijo el sajón.

-Debería haber pensado en el futuro antes de convertirse en uno de los aliados del corso -contestó el austriaco-. Ahora no está en tan buena posición.

-Señores -dijo el tercero, cuyo francés era claramente nativo-. Aquí queremos llegar a un acuerdo. No caigamos en viejas disputas. No se oía ningún ruido procedente de la sala donde habían estado hablando Sophie y su misterioso acompañante, pensó Gavin. ¿Se habrían escabullido por otra salida?

Laura se movió levemente y Gavin sintió arder toda su piel.

-¿Qué pasa en esa cortina? -dijo uno de los hombres.

-¿Qué cortina?

-Esa, tiene un bulto extraño.

Gavin comprendió que sus hombros no cabían en el entrante; empujaban hacia fuera la cortina. Si estuviera solo, como lo estaba siempre en sus trabajos, nada de eso habría ocurrido, pensó enfurecido.

-¿Hay alguien ahí?

Se acercaron los pasos. Gavin cogió a Laura en sus brazos y se apoderó de sus labios en un apasionado beso.

Uno de los recién llegados abrió la cortina.

-He preguntado...

-¿Qué demonios...? -exclamó Gavin, fingiendo sobresalto.

-Jo, jo, un encuentro amoroso -rió el austriaco.

Gavin rogó al cielo que no lo reconocieran, ocultando la cara de Laura con el hombro.

-¿No han podido encontrar un lugar mejor para esto? -preguntó uno de los otros.

Los tres se estaban riendo.

De un tirón Gavin quitó la cortina de la mano del hombre y volvió a cerrarla. Las risas resonaron más fuertes.

-¿Y ahora otros? -exclamó uno de ellos-. ¿Qué es esto?

-Creo que me he perdido, señores -dijo la voz musical de Sophie-. ¿Está por ahí la recepción?

Gavin mantuvo cerrada la cortina con una mano, sin dejar de rodear a Laura con el otro brazo. Si Sophie los veía ahí, se acababa el juego.

Pero su belleza y garbo habían desviado la atención de los hombres. Rivalizaron por acompañarla de vuelta a la fiesta, y pasado un momento sus voces se alejaron por el corredor.

-Ahora puede soltarme -dijo Laura en voz baja.

-Shh -susurró él-. Estoy esperando al hombre con quien estaba hablando Sophie.

Eso la silenció. Gavin esperó; pero pronto descubrió que no podía tener la cabeza en el acompañante de Sophie; a cada instante lo distraía el contacto con el grácil cuerpo de Laura, la intimidad de su aliento en su mejilla. Las sensaciones se fueron apoderando de sus facultades hasta que no consiguió pensar en nada más. ¿Qué era lo que le hacía?, pensó. ¿Por qué lo hacía sentirse como si hasta ese momento no hubiera comprendido la pasión? Sin poder resistirse, se inclinó a besarla de nuevo.

Era seda y acero, ambrosía, y de un atractivo más excitante que el que había conocido jamás. Le apretó la espalda contra el lado del entrante, embriagado, un poco loco. Sabía inducir en ella una reacción igual. Ese conocimiento era innato, imbatible. Acariciándola, mimándola con los labios, sintió su asombro, su deseo, como si fueran propios.

El cuerpo de ella se relajó contra el de él; sus manos subieron por sus brazos, se deslizaron por sus hombros y le rodearon el cuello; sus labios se rindieron a todo. Exultante, él la estrechó más y profundizó el beso; movió las manos por su espalda, y después las subió por la sutil curva de su cintura hasta ahuecarlas sobre sus pechos. Laura retuvo el aliento,

Librodot

produciéndole una oleada de triunfo que le recorrió todo el cuerpo. Lo deseaba, la había hecho desearlo.

Dejó vagar los labios por su cuello y fue dejando suaves besos por el escote, por encima del corpiño de su vestido, donde la piel era aún más sedosa. Después volvió a sus labios, dejando vagar las manos, enseñándole qué placeres era capaz de producir.

Su mente estaba llena de imágenes de ropa de cama en desorden, y relámpagos de piel desnuda cuando bruscamente se entrometió la realidad. Tenía que detener eso. ¿Cómo podía haberse permitido llegar tan lejos? Con un heroico acto de voluntad, se apartó, abrió de un tirón la cortina y retrocedió hasta el corredor desierto.

Laura continuó apoyada en la pared como si necesitara afirmarse. El pecho le subía y le bajaba rápidamente y tenía los ojos grandes y oscuros de emoción.

¿En qué demonios había estado pensando?, se preguntó Gavin. O más exactamente, ¿por qué no había pensado en lugar de hacer... lo que fuera que había hecho? ¿Qué tipo de locura se había apoderado de él? Sus aventuras con el otro sexo, placenteras, siempre habían ayudado, no estorbado su trabajo.

Laura lo estaba mirando. No logró interpretar la expresión de sus ojos. ¿Qué tipo de condenadas complicaciones lo aguardaban?

Ella abrió los labios, como para hablar. Eran unos labios terriblemente seductores, pensó él. Pero tenía que resistirse a ellos. Y, evidentemente, lo haría. Retrocedió otro paso.

Laura pestañeó e hizo una inspiración profunda.

Gavin se preparó para un torrente de emoción. Ella esperaría promesas de amor, juramentos de constancia, y posiblemente más. No pudo reprimir un ligero gesto de molestia.

-Me prometió no volverlo a hacer -le dijo ella, sin aliento.

Él la miró boquiabierto.

-Me dijo que no habría más de estos ataques...

-Esto no ha sido un ataque -interrumpió él, sintiéndose repentinamente furioso-. Usted también lo ha disfrutado...

Ella se apartó de la pared tambaleándose un poco, y dio unos pasos para volver al salón de recepción.

-Creí que usted era un hombre de palabra -le dijo-. Pero ha roto su promesa dos veces.

-No he hecho tal cosa.

-Me dijo que sería su socia en la investigación sólo para apartarme, ¿verdad? Y ahora ha... -hizo un gesto, como si no encontrara palabras para describir lo que había sucedido entre ellos-. Estoy desilusionada de usted.

-¿Esta... qué?

¿Se había sentido tan furioso alguna vez?, pensó. En toda su vida, marcada por su lucha contra su mal genio, ¿Se había sentido alguna vez tan absolutamente enfurecido?

-Creí que era un hombre de honor -añadió ella, casi con tristeza, y después se giró y se alejó rápidamente.

Gavin se quedó donde estaba, con los puños apretados, las mandíbulas dolorosamente tensas, y la mente hecha un caos.

8

Laura estaba sentada en el sillón de la ventana de su cuarto, con las piernas dobladas, observando caer la nieve sobre la calle, impulsada por ráfagas de viento. El cielo estaba encapotado, gris. Los cristales de la ventana estaban bordeados de escarcha. Se estremeció, y se arrebujó más en la manta.

Si hubiera encontrado otro trabajo, pensó, en ese momento estaría en otro dormitorio, contemplando el invierno desde la ventana de la casa de algún noble, y al frente de otra sala de clases y unas cuantas niñas. Ya las conocería; conocería sus dones y sus defectos, y sabría arreglárselas con esa combinación. El mundo le sería conocido y rutinario. Estaría oculta y a

salvo. Por primera vez, se preguntó si habría cometido un error al no buscarse otra casa en lugar de venir a ésta en la que estaba.

Apoyó la cabeza en las rodillas, escuchando el suave chasquido de la nieve en los cristales de la ventana. Todo era más complicado ahora. Se sentía expuesta, vulnerable.

Giró la cabeza para tener la cabeza cubierta por la manta. Sin embargo volvió a ver la cara de Gavin cuando se apartó de ella en el entrante de la pared del corredor; su expresión era de repulsa, de aprensión; lamentaba haberla besado. Unas semanas antes podría haber encontrado gratificante esa expresión, pensó. Había deseado obligarlo a disculparse. Pero en ese momento eso le parecía muy lejano.

El problema era que había disfrutado con sus besos. La verdad es que «disfrutado» era una palabra demasiado modesta para lo que realmente había sentido. Había descubierto sensaciones totalmente nuevas. En unos pocos minutos abrasadores comprendió cosas que hasta el momento sólo había leído, le encontró sentido a lo que hasta ese momento sólo habían sido palabras. Había sido algo increíble, indecible, pasmoso. Y entonces cuando él se apartó y la miró, ella se sintió... manchada, o... no, eso no era exactamente así. Pero algo se quebró cuando la miró a los ojos.

No deseaba volver a verlo nunca más, pensó. Se arrebujó más en la manta y apoyó la espalda en el respaldo. No le había pedido que la besara. En realidad, le había pedido que abandonara sus esfuerzos por ahuyentarla de esa manera. ¿Pensaría que así renunciaría a su idea de ayudarlo? ¿Habría sido ese el motivo de sus besos?

Le ardió la cara de rubor. Todavía sentía las manos de él posadas en su cuerpo, el contorno de sus labios y la reacción de su propio cuerpo. ¿Era esa la dificultad? Tal vez nunca había esperado que ella reaccionara así. Todo ese tiempo él había tratado de asustarla, de ahuyentarla. Si pensaba que sus caricias eran bien recibidas... no lo eran, pensó de pronto.

Se enderezó, sintiéndose inexplicablemente mejor. Si él creía eso, dejaría de hacerlo, y se arreglaría el asunto. Era muy interesante, claro, haber experimentado algunas de esas intensas sensaciones que, según había leído, existían. Pero no tenía ningún deseo de repetirlas. Gavin Graham sólo le interesaba por el asunto que estaban investigando juntos. Si él se imaginaba otra cosa, se engañaba. Y si creía que podía retractarse y olvidar que le había prometido participar en la cacería, pronto descubriría su error.

Hizo a un lado la manta, se levantó y sacudió los pliegues del vestido. ¿Cómo podía haberse permitido caer en ese ataque de depresión?, pensó. Tal vez fuera el tiempo. Nunca le había gustado mucho el invierno, con ese frío y cortante humedad. Y las fiestas de Navidad..., bueno, ya estaba acostumbrada a eso. Pero ahora que se había puesto en guardia, no volvería a suceder. Tenía demasiado sentido común y autodominio para permitírselo.

Una ringlera de ramitas de pino adornaba la repisa de la chimenea, impregnando la sala con su olor acre. El fuego la chimenea reflejaba su brillo en las paredes, y de la puerta en arco colgaban más ramas de pino, atadas con cintas rojas. El ambiente era festivo, pensó Laura, observando al general y a su esposa charlar con los Merrit, los primeros en llegar para la comida de Navidad. A Catherine se la veía más feliz que en los días pasados. Laura estaba contenta de haber hecho también cierto esfuerzo, poniéndose su vestido de seda verde oscuro y prendiéndose una ramita de acebo en el pelo.

Anunciaron a los Phillip, que entraron sonrosados por el frío y riendo de algo que habían visto en el camino. Sólo faltaba un invitado, pensó Laura, y no estaba segura de si deseaba verlo o no.

Unos minutos después, cuando entró Gavin, no se sintió más segura. Le dio un brinco el corazón, pero también apretó los puños. Estaba terriblemente guapo, el dorado de sus cabellos realzados por su chaqueta azul marino, moviendo su figura atlética con potencia y gracia. Saludó a todos de modo agradable y correcto. No había en él ni un asomo de nerviosismo ni

malestar, pensó resentida. Y sin embargo, la última vez que se habían visto... se le encendieron las mejillas al recordar. Por mucho que intentara evitarlo, vivía recordándolo. Se situó lo más lejos posible de él en el largo salón, y se unió a la conversación entre Catherine y los Merrit sobre las posibilidades de que se destara una ventisca y de los efectos que podría tener en el trabajo del congreso.

Se había encargado de que no la sentaran al Iado de Gavin en la comida. Así pues, le tocó observar desde el otro lado cómo entretenía a la señora Merrit y a la señora Phillips, según veía, con mucho éxito. Al parecer las dos mujeres lo encontraban absolutamente encantador. Dedicaba demasiado tiempo a observar desde la distancia el encantador comportamiento de Gavin, pensó. Y sin embargo, de cerca era muy irritante. ¿Sería una especie de ilusión engañosa? ¿Es que él la elegía especialmente a ella para sus insultos? Bueno, ciertamente sí. Pero eso se iba a acabar, se prometió. No se lo permitiría nunca más.

Después de la comida, el grupo se retiró al salón para tomar el café y continuar conversando. Los invitados habían traído pequeños regalos, y los Pryor también tenían obsequios para ellos. Laura vio a Catherine desenvolver el regalo de Gavin: una pequeña figurilla de Dresden, perfecta para su anfitriona. Naturalmente.

-También tengo algo para usted -dijo detrás de ella una voz profunda.

Se volvió y descubrió que ya no lo podía seguir evitando. Estaba detrás de ella, tal vez demasiado cerca.

-Venga aquí y se lo entregaré -añadió él. Demasiado sorprendida para protestar, se dejó llevar a un lugar algo apartado del resto del grupo, que estaba reunido alrededor del hogar. Gavin sacó del bolsillo de la chaqueta una caja aplanada y se la pasó. No tenía lazos ni envoltorio. Lo miró con receloso asombro.

-Pensé que le gustaría -dijo él.

El corazón le latía con fuerza, no sabría decir de qué emoción. Con cierta torpeza, abrió la caja, y dejó al descubierto una pistola pequeña, de hermosa hechura, sobre un colchón de algodón. Lo miró a él y nuevamente miró la pistola.

-Le sugiero que continúe de espaldas a los demás -le dijo él en voz baja.

Laura se había girado un poco. Se apresuró a volver a su anterior posición, ocultando el asombroso regalo a la vista del resto.

-¿Ha disparado un arma alguna vez? -le preguntó él, como si fuera la pregunta más corriente del mundo.

Ella negó con la cabeza.

-Entonces yo le enseñaré.

Ella volvió a mirarlo a los ojos; no logró penetrar el significado oculto en esas profundidades, pero comprobó que tampoco podía desviar la vista. Le pareció que se apagaba el sonido de la conversación de los otros, y la sala dejaba de ser holgada.

-En vista de que insiste en correr riesgos -le explicó él-, creo que debería conocer la forma de protegerse. Podemos probarla mañana.

Él la desconcertaba intencionadamente, pensó Laura. Justo cuando parecía que había roto su promesa de dejarla colaborar, le traía una pistola. Aposta actuaba como si no hubiera pasado nada entre ellos la última vez que se encontraron. Fingía que no era terriblemente extraño regalarle una pistola.

Bajó los ojos. Si ese era el juego, lo jugaría.

-Gracias -le dijo-. Sería lo más conveniente.

Gavin se había obsesionado por la seguridad de Laura. Siempre que pensaba en ella, como hacía con sorprende frecuencia, sus pensamientos giraban en torno al hecho de que ella se hubiera involucrado con gente peligrosa, en un asunto que él mismo no lograba entender

todavía. Corría riesgos, despertaba sospechas, sin comprender cuáles podían ser las consecuencias. Y no le hacía caso cuando trataba de advertirla, de convencerla para que se quedara en casa y lo dejara a él desembrollar esa conspiración.

Por eso le había regalado la pistola, y por eso en ese momento iba de camino a recogerla para enseñarle a disparar. La pistola no era la solución ideal; pero si ella insistía en desobedecer sus órdenes y salir sola... ¿Por qué no podía hacerle caso? Claro que en parte él tenía la culpa, reconoció. Le había fallado el dominio en ese maldito corredor. No debería haberse dejado llevar por... Sintió emociones contradictorias en el pecho, y las reprimió. Lo importante era mantenerla a salvo.

Cuando llegó a la casa, Laura estaba lista. Al enterarse de que había dispuesto que los acompañara una doncella de los Pryor sintió un ramalazo de fastidio.

-Sería mejor que los Pryor no supieran nada de esta excursión -le dijo en voz baja.

-Gemma es muy discreta -contestó ella sin mirarlo.

Él abrió la boca para protestar, pero luego se encogió de hombros. No tendría ningún problema en estar a la altura de esa fría corrección.

Los caballeros de Viena tenían un club de tiro en el que probaban sus armas favoritas. No era tan cómodo como el de Manton, pero cuando estuvo allí para programar esa visita, lo encontró bastante apropiado. Cuando la llevó a la sala al estilo granero donde estaban instalados los blancos, observó que ella miraba alrededor con viva curiosidad, fijándose en todos los detalles de las gruesas paredes de madera, el techo sin cielo raso, el suelo de piedra y las pilas de balas de heno hacia las que se disparaba.

No había nadie más en la sala ese frío día de diciembre. El aliento se les condensaba por la falta de calefacción, y él se alegró de que se hubiera puesto ropa de abrigo, tal como le había aconsejado. Mientras la doncella se situaba cerca de la puerta, él se dirigió hacia una de las mesas que estaban frente a la hilera de blancos, y sacó una caja de municiones del bolsillo.

-Le enseñaré a cargar la pistola -le dijo, sin preámbulos.

Laura la sacó y él hizo la demostración.

-¿Ve?

Ella asintió. No había dicho casi nada durante el trayecto, y él comprobó que su silencio le causaba una profunda decepción; estaba tan acostumbrado a sus vehementes preguntas y objeciones que casi las echaba en falta. Claro que era mucho mejor que, por una vez, ella lo escuchara y siguiera sus instrucciones, se dijo.

-Para apuntar, mire por aquí -le explicó, señalándole la mira sobre el cañón de la pistola-. Con el disparo, el arma tiende a moverse bruscamente a la derecha o a la izquierda. Tendrá que fijarse en eso y tenerlo en cuenta. ¿Está preparada?

Ella asintió, sin mirarlo.

-Muy bien. Probemos entonces. -Amartilló la pistola antes de pasársela. Indicó el blanco situado frente a ellos en la pared opuesta-. Apunte a ese.

Laura levantó la pistola y la sostuvo a la distancia del brazo, como si quisiera tenerla lo más lejos posible.

-Así no -dijo Gavin.

Ella se volvió a mirarlo.

-Tendrá el pulso más firme si la sujeta con ambas manos.

-¿No es así como la ponen los duelistas?

Qué típico de ella ese comentario, pensó él; tuvo que reprimir una sonrisa, que sin duda la enfadaría.

-Eso he oído. Pero no es una postura eficaz para una tiradora sin experiencia. Se le moverá el brazo.

Ella puso la otra mano en la pistola. Él levantó la mano para modificarle un poco la sujeción, y durante un instante su brazo tocó el de ella a todo lo largo.

-Así -le dijo. Recibió una mirada tan feroz que se apartó rápidamente-. Ha de tener los pies firmemente plantados en el suelo -continuó como si no hubiera ocurrido nada-. Concentre la atención en el blanco.

Laura hizo una honda inspiración y dejó salir el aire. Observó el blanco de paja y luego apuntó, mirando por la mira. Tensando visiblemente los músculos, apretó el gatillo.

No saltó ni chilló cuando salió la bala, observó Gavin, aprobador; en realidad, la única reacción perceptible fue un ligero rubor en sus mejillas. Atravesó la habitación para ir a comprobar el tiro.

-No dio en el blanco de cartón, pero sí dentro de la bala de paja, aquí -señaló el punto-. Un poquito a la izquierda, ¿lo ve? -Ella asintió.

-Probemos otra vez.

Probaron innumerables veces, hasta que Laura fue capaz de dar en el blanco dos de cada tres veces. También aprendió a cargar la pistola con destreza y a manipularla como un objeto conocido. Era lo más que se podía esperar de una primera lección, pensó Gavin.

-También le enseñaré a limpiarla. No conviene que encargue este trabajo a nadie de la casa. El general no aprobaría que hubiera adquirido un arma de fuego.

Esperaba una sonrisa, pero no recibió ninguna. Ella estaba mirando los blancos dispuestos en la pared.

-Seguro que tiene frío. Aquí hay un lugar donde podemos tomar un té.

-Si hemos terminado, debo marcharme.

Su tono categórico y el modo como se negaba a mirarlo, le irritaron.

-Tonterías. Debe tomar algo caliente.

-Me siento perfectamente bien.

Prácticamente estaba tiritando.

-Hay asuntos que hemos de hablar.

-¿Qué asuntos? -preguntó ella en tono más cortante.

Deseaba que se quedara; quería hacerla comprender sus deseos.

Así pues, aunque sabía que no era prudente, contestó:

-Cómo descubrir la identidad de Michael, por ejemplo.

Tal como había supuesto, eso captó su interés. Se dejó llevar hasta uno de los salones del club, y le permitió pedir té; pidió lo mismo para la doncella, que se sentó en una mesa a cierta distancia de ellos. Cuando ya estaban acomodados, le dijo:

-Por lo visto tiene un don para las armas de fuego. Ha aprendido muy rápido.

-Mis alumnas siempre decían que tengo una puntería excelente -repuso ella, paseando la mirada por el salón, admirando el estilo masculino de la decoración.

-¿Cuántas alumnas tenía?

Ella se volvió a mirarlo, con cierta expresión desconfiada.

-Dos -dijo finalmente-. Hermanas gemelas.

-¿Qué edad tenían cuando comenzó?

-No es posible que le interese eso.

-Me interesa mucho -insistió él.

Eso era mentira sólo en parte, pensó. Le interesaba comprender a Laura Devane, con el fin de encontrar formas de protegerla de sí misma.

-Siete años -contestó ella.

-¿Y usted tenía... cuántos? ¿Dieciocho? Debe de haber sido difícil.

-Nunca tuve ninguna dificultad con las niñas -dijo ella.

Lo cual quería decir que había tenido otros problemas. ¿Con los señores de la casa, tal vez?

-Creo que no me ha dicho para quién trabajaba.

-Para la condesa de Leith.

Gavin se reclinó en la silla cuando el camarero del club les trajo el té. Aunque no había estado mucho en Inglaterra en esos diez años, se había preocupado de enterarse de lo que

Librodot

ocurría en Londres, de los cotilleos de la alta sociedad, y de las temporadas. Había oído hablar de los Leith, y tomado notas mentales junto a sus nombres en la lista mental que tenía de muchos otros. El conde de Leith nunca le había inspirado ningún interés, hasta ese momento. Mirando a Laura, que estaba sentada enfrente, sus cabellos negrísimos, su piel traslúcida, sus llamativos ojos y su hermosa figura, no lograba concebir cómo podría haber evitado las atenciones de un despiadado mujeriego como Leith. Diez años empleada en su casa; eso tenía que significar...

Laura levantó la cabeza y lo miró. El verde oscuro de sus ojos era transparente y serio. Su expresión, impenetrable.

-He de volver a casa. Catherine se estará preguntando dónde estoy.

No podía creerlo, pensó Gavin, pero... diez años. A Leith debía resultarle condenadamente conveniente que ella viviera en su casa. Y si lo hubiera rechazado, la habría despedido. Esas cosas ocurrían, por deplorables que fueran.

-¿De verdad tenía la intención de decir algo sobre Michael?

-¿Sobre quién? -preguntó él, con la cabeza llena de imágenes que no deseaba ver.

-Ya me lo imaginaba -dijo ella, levantándose y cogiendo su capa y sus guantes-. Le agradezco el regalo y la clase. ¿Supongo que puedo venir aquí sola si pido hora?

-Probablemente sí, en esta época del año.

Ella asintió, poniéndose los guantes.

Gavin no sabía qué decir, situación en la que tenía muy poca experiencia. Se sentía desgarrado por impulsos contradictorios. Deseaba saber la verdad, pero al mismo tiempo sentía una terrible renuencia a oírla. Creía conocer su carácter, y sin embargo no veía cómo podría haber evitado a Leith. Era demasiado hermosa y seductora. ¿Acaso él mismo no sentía esa atracción, mucho más de lo que deseaba?

De pronto se le ocurrió pensar que tal vez el general Pryor era más astuto de lo que había imaginado. ¿La habría traído justamente por su experiencia? Todo lo que ella había hecho en esas semanas pasadas, ¿no formaría parte de un complicado plan para seducirlo?

-¿Hago llamar un coche de alquiler? -preguntó Laura desde la puerta.

Gavin salió de su ensimismamiento, sintiendo un extraño dolor en todo su ser. Se levantó y se puso el abrigo. Era imposible, pensó. Confiaba de sus instintos; habría detectado ese tipo de engaño.

Y sin embargo... Caminando junto a Laura hacia el vehículo que esperaba, se vió obligado a preguntarse si en esta ocasión sus famosos instintos lo habían traicionado.

Laura estaba frente al espejo de su cuarto mirando su pasado. Se había puesto uno de sus vestidos viejos, de batista gris perla, absolutamente sencillo, sin ningún atractivo. Se había recogido el pelo en un moño tirante, y el color del vestido le apagaba la viveza de la cara. Pero la diferencia no estaba en la ropa, pensó, nunca había estado. Transformarse en una institutriz, algo que le parecía muy remoto, había sido un proceso interior. Entrañaba cerrarse a las cosas, secar la vitalidad.

De pronto recordó lo que le había dicho Sophie respecto al deseo.

Para volver a ser su antiguo yo, debía abandonar todo deseo, no debía desear nada. Y cuando lo hiciera, desaparecería.

Se miró en el espejo, estremecida por aquella nueva idea. ¿Cómo había podido vivir así durante tanto tiempo? ¿Sería capaz de volver a hacerlo?

Dio la espalda a su imagen, cogió la pistola, la puso en la cesta que había cogido de la cocina, y la cubrió con un paño. Había practicado varias veces, y ya estaba familiarizada con el arma. La alegraba tenerla, ya que se disponía a poner por obra un plan que se le había ocurrido una noche en que no podía dormir.

El problema de la pistola era que le recordaba continuamente a Gavin. Todo era demasiado confuso; no lograba comprender a ese hombre que la había besado tan embriagadoramente y que no había vuelto a hablar de ello, que le había regalado la pistola

como si eso fuera algo corriente, que la miraba con tanta intensidad y con visible duda. ¿Era esa duda lo que lo había inducido a romper su promesa de darle un lugar en su investigación? Pero ¿cuál era la causa de esa duda? No había logrado encontrar ninguna explicación.

Puso fin a esa línea de pensamiento, que en todo caso era inútil y le impediría realizar su misión. Cogiendo una capa vieja y los guantes, salió sigilosamente de la habitación y bajó al vestíbulo de entrada. Todavía era muy temprano y no se encontró con nadie. Se había disculpado de acompañar a Catherine en sus visitas, diciéndole que deseaba pasar un día tranquilo leyendo en su habitación. Con suerte, nadie en la casa se daría cuenta de que había salido.

Se puso la capa y salió al frío de enero. Por suerte no hacía viento. Caminó a paso enérgico hasta la esquina y esperó allí hasta ver movimiento en la acera de enfrente. Pronto se le reunió Annalise, sonriente, envuelta una vez más en un largo abrigo gris.

-¿Todo va bien? -le preguntó Laura.

-Sí. Heinrick debía montar guardia hoy, pero lo convencí de que me dejara venir a mí.

-¿Estás segura de que no dirá nada?

La sonrisa de Annalise se ensanchó.

-Muy segura. Le dije que le diría a mi padre lo de su novia y que planea casarse con ella y atender la tienda de su familia. Tiene mucho miedo de que mi padre se entere.

-Comprendo -dijo Laura, y echó a caminar, seguida por la niña.

-¿Qué vamos a hacer? Su nota sólo decía que viniera aquí. -Antes que Laura pudiera contestar, Annalise añadió-: Hoy se ve diferente.

-No quiero que se fijen en mí. Vamos a seguir a alguien, y después, si puedes, vigilarás cada día.

Annalise dio un pequeño brinco de entusiasmo.

Cogieron un coche de alquiler y se bajaron a cierta distancia de su destino. Mientras se acercaban a la casa, Laura se concentró en retomar su antiguo yo, esa persona-fachada insignificante que difícilmente atraía una mirada. Era como cubrirse con una manta.

Annalise le tiró de la manga.

-Este es el barrio donde vigila mi padre -le dijo alarmada. Laura no había pensado en esa posibilidad.

-¿Sí? ¿Observa a la condesa Krelov?

-No lo sé, pero es una casa de por aquí.

La niña parecía inquieta. Eso era un inconveniente. Laura no conocía a ninguna otra persona que pudiera ayudarla a realizar su plan.

-¿Quiere observar a la misma persona? -le preguntó la niña.

-A ella no, a alguien que vive en su casa.

-Mi padre nos verá. Lo ve todo.

Laura frunció el ceño.

-La casa está en un callejón -la recordaba de cuando hizo la visita-. Sólo tiene una salida. Yo puedo esperar al final, en la avenida más transitada, y seguro que la veré. Eso es mejor, en todo caso.

-Es más fácil observar cuando hay más personas en la calle -comentó la niña.

-Pero tú debes irte a tu casa. Fue una estupidez mía no darme cuenta...

-Puedo situarme un poco más allá, en esta misma manzana -protestó Annalise-. Eso me permitirá ocultarme si viene mi padre.

-No quiero que tengas problemas.

-No los tendré. No me verá. -La niña parecía muy entusiasmada por el desafío-. ¿A quién vamos a observar?

Laura titubeó; necesitaba ayuda.

-¿Me prometes tener mucho cuidado?

-Siempre lo tengo.

Convencería a la niña de que se mantuviera alejada del callejón, decidió Laura.

Librodot

-Es una mujer mayor. No sé cómo se llama. Es delgada, de pelo canoso, tiene la cara alargada y una nariz afilada. Me parece que es muy inteligente, de modo que tenemos que tener cuidado.

-¿Es una criada?

-Cuando la vi iba vestida de criada.

Después empezó a dudar de la identidad de esa insólita doncella de Sophie. Parecía ser mucho más que una simple criada.

-Iré a situarme allí -dijo Annalise apuntando con un dedo-. Usted puede simular que va de compras. -Miró la cesta con gesto aprobador.

Y eso hizo Laura, durante una interminable hora, sintiendo cada vez más frío. En el callejón donde estaba la casa de Sophie entraban comerciantes a entregar sus mercancías, también entró traqueteando un coche llevando a una pareja distinguida. Pero no salió nadie.

Pasada otra hora, fue a hablar con Annalise.

-Debo irme a casa. Me echarán de menos si me quedo más tiempo.

-Yo vigilaré -contestó la niña alegremente-. Puedo venir cada día. O vendrá Heinrick. Pero tenemos que estar en casa antes de que oscurezca -añadió pesarosa.

-Creo que eso bastará -contestó Laura, o al menos así lo esperaba-. ¿No tienes frío?

-Llevo dos vestidos y tres pares de medias, además de la ropa interior de lana que mi padre manda hacer especialmente.

Laura no se sintió del todo tranquila.

-¿Crees que estarás bien?

-Por supuesto -repuso Annalise con una enorme sonrisa.

Después de dos días sin ninguna novedad, vino por fin Annalise con un informe, que gratificó enormemente a Laura.

-Fue a una casa en Linzstrasse -le dijo la niña-. La mujer de ahí alquila habitaciones. Traté de hablar con ella pero fue muy mal educada. -Arrugó la nariz-. Me trató como a una niña.

-¿Viste a alguna otra persona?

-Dos hombres subieron la escalera. Hablaban en francés. He estudiado francés -añadió con orgullo.

-¿Oíste lo que decían?

-Sólo unas pocas palabras.

-Lo has hecho maravillosamente bien -le aseguró Laura.

Tenía razón, pensó exultante; la mujer era algo más que una criada; era el enlace entre Sophie y sus misteriosos aliados.

-Tienes que llevarme a esa casa -le dijo a Annalise-. Mañana por la mañana, si puedes.

-Claro que puedo -fue la pronta respuesta.

A las nueve ya estaban cerca de la casa; nuevamente Laura iba vestida de institutriz. Una vez allí despidió a Annalise, con cierta dificultad. La mujer que le abrió la puerta era delgada y tenía una expresión preocupada; casi no la miró, ni siquiera cuando le preguntó si tenía una habitación para alquilar; a cada instante miraba hacia la parte de atrás de la casa, como pensando en el trabajo que sin duda la esperaba allí.

-Arriba tengo una habitación que da a la calle -contestó, y le dijo el precio-. Desayuno y cena.

-La tomaré -dijo Laura.

Entonces captó la atención de la mujer.

-¿Está sola?

-Sí -contestó, esmerándose en hablar un alemán preciso y sin acento-. Soy institutriz; pronto me iré a Salzburgo, donde me han ofrecido un puesto.

-Tiene que pagar por adelantado -dijo la mujer.

Laura estaba preparada para eso; su estancia en Viena había mermado muy poco sus ahorros. Pero sabía que aceptar despertaría sospechas.

-Pagaré una semana -dijo con firmeza-. Después veremos.

La casera estiró la mano. Laura sacó las monedas necesarias y se las pasó. Habiendo comprado el privilegio de la curiosidad, preguntó:

-¿Quién más se aloja aquí?

La atención de la casera se desvaneció al recibir el dinero.

-Un estudiante alemán, una señora de Munich y unos extranjeros -contestó, haciendo un gesto con la mano y comenzando a caminar hacia la parte de atrás del vestíbulo.

-¿Llevan mucho tiempo aquí?

-Wolfang sí. Los demás... unas semanas. Esta es la llave. La habitación es la que está en el primer rellano de la escalera, en el corredor al fondo.

Dicho eso entró por la puerta del fondo del vestíbulo y la cerró con un golpe.

Laura dio vueltas a la llave en la mano, con el oído atento a los sonidos de la casa. Tendría que encontrar un pretexto para cenar allí una tarde, pensó, y descubrir si uno de los hombres se llamaba Michael.

Debía decirle eso a alguien inmediatamente, insistió una vocecita interior. En realidad, debía decírselo a Gavin Graham. Pero no sabía de cierto si esos eran los conspiradores, alegó en silencio. Esperaría un poco, descubriría más y entonces se lo revelaría todo de una vez. La idea de ver el asombro de Gavin le resultaba muy placentera, demasiado agradable para abandonar la tarea.

Consciente de su imprudente proceder, subió la escalera para echar una mirada a sus nuevos aposentos.

9

-No podemos tener una velada para jugar a las cartas si estás enfermo, Matthew -le dijo Catherine durante el desayuno al día siguiente.

-No estoy enfermo -declaró el general, aunque su voz ronca y el rostro enrojecido desmentían sus palabras.

-Te has resfriado mientras pasabas revista al ejército prusiano -continuó su mujer-. Yo sabía que pasaría eso, con ese viento, pero tú...

-Tenía que estar allí -interrumpió él-. Y no he cogido ningún resfriado.

Laura continuó bebiendo su té en silencio. No estaba en ánimo de participar en esa conversación, aunque no le habría importado que se cancelara la velada que tenía planeada Catherine.

-¿He de suponer entonces que has tosido toda la noche para divertirte? -insistió Catherine-. Debes descansar un poco, si no...

-No tengo tiempo para descansar -exclamó el general, molesto-. Por fin estamos haciendo algún trabajo aquí, después de cuatro meses de perder el tiempo, y debo estar allí para hacer mi parte.

-¿No podría reemplazarte alguno de tus colegas durante unos días?

-¿Quién? ¿Ferris? ¿O Graham? Sí, eso sería fabuloso; enviar a Graham a mis reuniones. -Miró a Laura con sus ojos enrojecidos-. Condenado hombre -masculló.

-Matthew.

-Déjame en paz -repuso él, arrojando la servilleta en la mesa y levantándose-. Tendremos la velada de juego, estaré perfectamente bien, y no quiero oír una palabra más.

Se marchó del comedor enfadado, y dio un portazo al salir.

-Está irritable porque no se siente bien -comentó Catherine en tono de disculpa-. Siempre ha detestado estar enfermo.

-Le gusta estar activo.

-Sí -dijo frunciendo el ceño-. Tal vez podríamos hacer que la velada acabara temprano, por lo menos. Tienes que ayudarme a conseguirlo.

Laura, que había estado a punto de disculparse para no asistir, se limitó a asentir.

Cuando se reunieron los invitados en el salón donde estaban dispuestas las mesas de juego, vio que el general estaba peor, y también de muy mal humor debido a su enfermedad. Sus intentos por hacer el papel de alegre anfitrión empezaron a convertirse en órdenes ladradas, y en su cara se había instalado una inconsciente expresión de enfurruñamiento. Por lo tanto, cuando le ordenó a Laura que formara pareja con Gavin en una de las mesas, ella no se atrevió a poner ninguna objeción; simplemente se resignó a pasar una larga y desagradable velada. No le costaba nada imaginarse el tipo de pareja que sería Gavin: impaciente, sarcástico, competitivo. Su habilidad para jugar al whist era bastante escasa, y sin duda alguna él sería un jugador experto, pensó mientras tomaba asiento. Se preparó para aguantar sus acusaciones de incompetencia. Menos mal que jugarían con los Merrit, una pareja mayor acomodadiza que no exacerbarían la situación.

-Así que al fin Talleyrand consiguió lo que deseaba -comentó el señor Merrit mientras repartía la primera mano-. Ha logrado que admitan a Francia en el círculo interno del congreso.

Después tomó sus cartas, se las acercó y las contempló con mucha atención.

-Tengo entendido que por fin los delegados están llegando a algunos acuerdos -dijo Laura, mucho más interesada en eso que en las cartas.

-Las cinco grandes potencias están llegando a acuerdos -rió el señor Merrit, y tiró una carta-. Nadie más puede meter cucharada.

Gavin, que estaba ubicado a su izquierda, pensó un momento y tiró su carta.

-¿Y Polonia va a pasar a Rusia? -preguntó Laura.

-En su mayor parte.

La señora Merrit tiró una carta.

-¡Cómo se te ocurre tirar ésa! -exclamó su marido.

Ella se sobresaltó como un conejo al oír una jauría de podencos, y el señor Merrit masculló un «¡Bah!».

Todos miraron las tres cartas depositadas en el centro de la mesa. Laura no logró ver nada particularmente malo en ninguna de esas jugadas.

-Bueno, ¿no va a jugar? -le preguntó Merrit.

Con el corazón encogido, tiró una carta, y esperó que Gavin aportara sus objeciones a lo que ciertamente iba a ser una partida muy desagradable.

Él no dijo nada.

El señor Merrit cogió la baza que acababa de ganar, y tiró otra carta. Cuando le tocó el turno a su mujer, sus mejillas comenzaron a adquirir un color púrpura, y gritó:

-No, no. Tienes que reservar los tréboles para después. Seguro que ellos lo van a hacer. ¿Es que quieres ponérselo fácil?

Los hombros de la señora Merrit comenzaron a doblarse, y apretó las cartas que tenía en la mano como si hubiera caído en una conocida desesperación. Laura miró al señor Merrit con cierto asombro; se veía tan amable, tan sencillo. Cuando volvía la vista a su mano se encontró con la mirada de Gavin, y vio un claro centelleo en sus ojos. Él alzó ligeramente las cejas, indicando que compartía su sorpresa. Cuando le tocó jugar a él, comentó:

-A menudo pienso que en el juego de cartas se revela el verdadero carácter de las personas.

Laura vio que la señora Merrit ponía una carta en la mesa como si deseara que nadie la viera.

-¿Eso piensa? -dijo Laura, tirando su carta y ganando la baza. El señor Merrit emitió un suave gruñido.

-Sí -contestó Gavin, con risa en la voz.

Laura notó que estaba muy relajado y sostenía sus cartas con elegante negligencia. Sus jugadas eran rápidas e inteligentes, y sin embargo no parecía estar muy preocupado por el resultado. ¿Sería ese su verdadero carácter? No era eso lo que había esperado de la partida, pensó.

-Nos enfrentamos los unos a los otros en una serie de pequeñas competiciones que acaban en triunfo o derrota -continuó él-. Eso tiende a sacar a luz los propios instintos y formación. Claro que esto se hace aún más evidente cuando hay apuestas.

El señor Merrit puso su carta en la mesa con un golpe y recogió su baza con ademán triunfal.

-Yo nunca juego apostando -dijo en tono santurrón.

-Pero disfruta jugando -comentó Laura.

-Una partida amistosa -concedió él-. Lydia, ¿cómo se te ocurre jugar una reina en este momento? Deberías haberla tirado sobre la sota de la señorita Devane.

-Ella jugó después que yo -osó decir su mujer.

-¿Qué? Tonterías.

No, eso era cierto, pensó Laura.

-Deberías haber sabido que la iba a tirar -continúo el señor Merrit-. ¿Por qué nunca aprendes a seguirle la pista a las cartas y a adelantarte?

-¿Cómo va a saber qué cartas tengo en mi mano? -preguntó Laura sin poder resistirse.

-Es un proceso de eliminación -contestó él pomposamente.

-Pero la sota podría haberla tenido usted, o el señor Graham -insistió ella.

La boca del señor Merrit se curvó en un rictus de molestia.

-¿Podemos continuar el juego? Aborrezco hablar durante una partida.

Laura lo miró fijamente, preguntándose cómo llamaría él a las críticas que hacía a su esposa.

-Muy divertido -dijo Gavin.

Laura volvió a encontrarse con su mirada, y vio en sus ojos un destello de ironía, y una increíble comprensión. Vio también una expresión de simpatía muy perturbadora. Totalmente distraída, hizo una jugada tonta. El señor Merrit no pudo contener su alegría; prácticamente saltó en la silla. Gavin lo miró de soslayo, curvando una comisura de los labios, y después le sonrió a ella.

Qué hermoso era, pensó Laura. Sus rasgos, su coloración y su porte, todo conspiraba para atraer la mirada. Pero hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que realzaban esas cualidades su inteligencia, su ingenio y una curiosa compasión que no había percibido antes. Esa combinación le aceleró el pulso y le provocó dificultades para respirar.

-Creo que hemos ganado la partida -dijo el señor Merrit poniendo en la mesa sus dos últimas cartas para demostrarlo.

-Felicitaciones -le dijo Gavin.

Laura observó que se le formaban arruguitas en las comisuras de los ojos cuando se divertía pero sin sonreír. Le miró las fuertes manos mientras él barajaba las cartas para repartirlas. ¿De verdad no le importaría ganar? Pero en el mismo instante de hacerse la pregunta, supo la respuesta. Sí que le importaba, y mucho. Sencillamente tenía el discernimiento para elegir sus jugadas de modo que ganar realmente significara algo.

Gavin levantó la vista y ella se sonrojó. La invadió una sensación de peligro que no tenía nada que ver con el juego, y ni siquiera con los acontecimientos más importantes de su vida ajenos a este. Tuvo la impresión de que estaba en el borde de un abismo, y que si caía en él, jamás volvería a encontrar el modo de salir.

Esa noche, mientras volvía a su apartamento, Gavin pensó en lo extraño que le resultaba haber disfrutado de la velada. No era aficionado a las cartas, ni a ninguno de los juegos con que las personas reemplazaban el verdadero riesgo en sus vidas. Ya tenía suficientes peligros reales de que ocuparse. Pero esa noche había algo diferente. La partida había tenido un encanto que no había experimentado nunca, y lo lamentó sinceramente cuando el empeoramiento de la enfermedad del general Pryor hizo que la velada concluyera demasiado pronto.

Pese al deplorable Merrit y a su asustadiza esposa, se lo había pasado muy bien. Ciertamente sólo había una explicación: Laura.

Una ráfaga de viento le azotó la capa y estuvo a punto de arrancarIe el sombrero. Se los afirmó más y apresuró el paso.

No entendía la comunicación sin palabras que se producía entre ellos a veces. De alguna forma, entraban en el mismo ritmo, levantaban la vista al mismo tiempo, con expresiones o gestos similares, al unísono. Sin embargo, no estaban de acuerdo en todo. Sonrió irónico; en realidad rara vez estaban de acuerdo en algo. No era cuestión de pensamiento, decidió; era otra cosa. ¿Temperamento? ¿Carácter? No lo sabía, pero eso añadía animación, sal, a sus encuentros. Y cuando la abrazaba...

Dobló una esquina, cerca de casa. Tenía que resolver la conspiración con que había tropezado Laura, pensó. Una vez hecho eso, podría pensar con claridad; volvería el orden a su vida. Muy probablemente, se disiparía ese extraño sentimiento de... conexión.

Asintió satisfecho. Eso era. La causa debía ser la incómoda intromisión de Laura en su vida real, su vida oculta. Eliminado eso, ella pasaría a ser como cualquier otra mujer que había conocido. Recuperaría su perspectiva, su capacidad de elegir la relación que deseara.

Hizo una inspiración profunda, como si se hubiera quitado un peso de encima. Estaba claro, era lógico. Lo único que tenía que hacer era encontrar al esquivo Michael y descubrir los planes de Sophie Krelov; entonces todo iría bien. Volvió a inspirar. En cualquier momento se enteraría; tenía a un buen número de mercenarios peinando Viena. Ya habían descubierto a tres hombres llamados Michael, que no eran el que buscaba. Pero muy pronto lo encontrarían, y entonces podría actuar. Un destello de expectación le iluminó los ojos. En esos momentos era cuando se sentía más vivo, cuando tenía los hechos en la mano y podía utilizarlos; entonces todo lo demás quedaba al margen, y lo mismo le ocurriría a Laura Devane.

Dos días después, Laura se preparó para bajar a cenar con los demás alojados de la casa de Linzstrasse. Había logrado escapar de los Pryor debido al rápido empeoramiento de la enfermedad del general. Lo único que deseaba hacer Catherine era estar sentada junto a la cama de su marido. Laura sintió un poco de remordimiento por dejar sola a su anfitriona, pero se dijo que ésta se sentiría aliviada al no tener revoloteando al Iado a su invitada.

Se sacudió y alisó el vestido gris; una vez más se había convertido en toda una institutriz, una figura oscura, indefinida, que pasaba inadvertida en un segundo plano. Le había dado un nombre alemán a la dueña de la casa, y sólo hablaba esa lengua con ella, pensando que era mejor no revelar ni un indicio de su verdadera nacionalidad. También había ido a la casa con la mayor frecuencia posible, para no despertar sospechas; pero en realidad la casera no manifestaba el menor interés en los hábitos de sus alojados, a no ser que se tratara de ahorrar unos pocos marcos en el coste de la comida. No había hecho ningún comentario cuando le explicó su ausencia a la hora de cenar diciendo que pasaba su tiempo con la familia donde había estado trabajando.

Hizo una honda inspiración y cuando expulsó el aire trató de imaginarse que echaba fuera con él su vida presente y se convertía en lo que había sido en casa de los Leith. Hacer eso le resultaba mucho más difícil ahora que sus actos tenían una importante finalidad. Pero sabía que su apariencia era tranquilizadoramente poco atractiva. Era como un reflejo, pensó. Había aprendido a hacerlo tan bien, que se ponía la persona-fachada como un viejo vestido.

Mientras bajaba la escalera oyó voces masculinas procedentes del comedor. Avanzando lentamente por el corredor trató de distinguirlas. Hablaban en francés, lo cual la alentó y desalentó al mismo tiempo. No oyó ningún otro idioma, y creyó discernir tres voces distintas. Haciendo otra respiración profunda, entró en el comedor.

Sentados alrededor de una mesa larga había cinco hombres y una mujer. Durante el silencio que se hizo a su entrada, se apresuró a ir a sentarse en una silla al Iado de la mujer, con la cabeza y los párpados bajos.

-Buenas tardes -dijo en alemán, en voz casi inaudible. La casera entró por la puerta batiente de atrás con una fuente grande y humeante que colocó en medio de la mesa. Detrás de ella entró una criada con otra fuente, y después de dejarla en la mesa volvió a la cocina a buscar jarras de cerveza.

-Fraulein Schmidt es institutriz -dijo la casera a los demás, y procedió a presentarlos señalándolos con movimientos de la cabeza-: Frau Bach, Herr Dupres, Herr Lebrun, Herr Genet, Herr Chenveau y Herr Klemper.

El último era el estudiante alemán, concluyó Laura. Este parecía concentrado solamente en la comida. Los demás eran hombres de aspecto duro, ya bien pasada su primera juventud. La miraron brevemente con cierta curiosidad, pero al parecer no le encontraron nada digno de atención. Después de saludarla con un «Fraulein» mascullado, volvieron la atención a la comida, y de inmediato comenzaron a criticarla rotundamente en francés.

Por la expresión de los otros, Laura comprendió que nadie más allí entendía francés, y si lo entendía no le importaba. Los hombres hicieron comentarios insultantes sobre la casera, la ciudad y la cara de budín de las mujeres austriacas. Supuso que este último comentario se refería a ella. Todos daban la impresión de estar de mal humor, y comían como si fuera una penitencia.

La comida consistía principalmente en bolas de pasta amasada y hervida, que le cayeron como una piedra en el estómago. Pero no se podía esperar que les sirvieran carne asada por el alquiler que pagaban.

Cuando se hallaba pensando eso, uno de los hombres llamó «Michael» a Herr Lebrun. Por suerte, sus pocos años de práctica le evitaron reaccionar. Por entre sus pestañas medio cerradas, lo miró atentamente, y pronto observó que los demás se dirigían a él como si fuera el jefe. Moreno y de fisionomía compacta, emanaba una impaciencia brutal que la hizo alegrarse muchísimo de que no tuviera ni idea de quién era ella.

Michael no era un nombre francés; y el hombre había dicho claramente Michael, no Michel. Escuchando con más atención, llegó a la conclusión de que aquellos tres no eran franceses. Aunque hablaban muy bien el idioma, de tanto en tanto se les escapaba un ligero acento extranjero. O sea que lo usaban como un disfraz más, pensó, sintiéndose muy orgullosa por su deducción.

-En la ciudad andan preguntando por un hombre llamado Michael -dijo uno de los otros-. Eso me ha dicho Duclos, aunque no sabe desde cuándo. Son muy discretos.

-Maldito sea -exclamó Michael, con expresión siniestra.

-¿Crees que es...?

-Por supuesto -lo interrumpió Michael, con una mueca de furia.

-Podríamos...

-No se hable más de esto. -Michael paseó una mirada amenazadora por la mesa, y Laura se concentró en su plato-. Después hablaremos.

A continuación sólo hubo silencio en la mesa. Frau Bach, una mujer regordeta y nerviosa, hizo un tímido comentario a Laura, al que ella contestó con un murmullo apenas

audible, pero los hombres continuaron callados. El estudiante comió todo lo que pudo, y cuando terminó se disculpó y se marchó. Los otros hombres no tardaron mucho en marcharse también. Laura esperó que pasaran unos cuantos minutos, y volvió a su habitación, donde se sentó en la desvencijada cama.

No había nada más que pudiera hacer. Sería muy imprudente llamar la atención de Michael y sus amigos; de eso no le cabía la menor duda. También estaba segura de que ése era el Michael que había nombrado Sophie. Incluso pensó que era su voz la que había oído esa noche desde el corredor del palacio, aunque de eso no estaba segura. Debería irse a casa, pensó, y a la mañana siguiente informar a Gavin de lo que había descubierto.

Pero si lo hacía así, él le quitaría de las manos el asunto como si no hubiera sido ella la que hubiera descubierto a Michael, después de que nadie más había logrado encontrarlo. Y a partir de ahí, la dejaría aún más de lado.

Resentida, se levantó y comenzó a pasearse por la habitación sin alfombra. Los tablones crujieron bajo sus pies; del piso de abajo llegó la voz de la casera reprendiendo a la criada por haber roto un plato. Las paredes eran delgadas y de mala calidad, pensó; el ruido debía ser desagradable para los que realmente vivían allí. Oyó sollozar a la criada, y de pronto se le ocurrió una idea.

Se dirigió a la puerta y la abrió. No había nadie en el pasillo. Las voces de la casera y de su desafortunada criada se alejaron hacia la cocina. Cautelosamente salió, cerró la puerta y empezó a caminar lentamente por el pasillo, con los oídos atentos a cualquier sonido.

Al pasar por la primera puerta no oyó nada; tampoco en la segunda; pero cuando se acercó a la tercera, percibió voces. Miró hacia atrás, y al no ver a nadie, se acercó a la puerta hasta quedar delante de los desgastados paneles.

-Tenemos que acabar con él -dijo una voz.

-Ojalá Jack lo hubiera matado con ese cuchillo -dijo otra.

-No podemos matarlo -dijo una voz dura y autoritaria. Laura pensó que era Michael el que hablaba.

-Ese criado suyo ha estado merodeando por las calles de atrás como un lobo-dijo otro hombre-. Es increíble. Sus ojos hacen estremecer.

-Matarlos a los dos -sugirió otro.

-Los británicos no dejarían piedra sin remover en Viena para encontrar al asesino -contestó Michael-. No podemos permitirnos ese tipo de alboroto. Las cosas están demasiado delicadas. Sólo faltan unas semanas para la huida.

A eso siguió un momento de silencio.

-¡Es que no tiene por qué estar aquí! -exclamó Michael de pronto-. No tiene ninguna lógica.

Nadie contestó. Crujieron las tablas, Laura se tensó, preparándose para correr a su habitación.

-Tengo que hablar con Sophie -dijo la voz de Michael, mucho más cerca-. Vamos.

Volvieron a crujir los tablones, y Laura voló por el corredor y entró corriendo en su cuarto. Oyó abrirse una puerta y ruido de pasos. Respirando con dificultad, esperó. Ellos pasaron por fuera sin detenerse.

Temblorosa de alivio, se dejó caer en la cama y esperó hasta que se le normalizaron los latidos del corazón. Esos hombres eran mortalmente serios, pensó. Tenía que decirle a alguien lo que acababa de oír, y pronto, antes de que fuera demasiado tarde.

Envuelta en su capa, Laura caminó apresuradamente por las calles frías y oscuras, que estaban casi desiertas esa noche invernal; los pocos traseúntes con los que se cruzaba no prestaban atención a nadie, concentrados en llegar a sus destinos y ponerse a salvo de ese condenado viento helado.

Los comprendía perfectamente. Con el viento agitándole la capa y gimiéndole en los oídos, buscó en vano un coche de alquiler, para ahorrarse la caminata. También deseaba llegar a casa, pero tenía que encontrar a Gavin primero.

Sabía donde vivía; Catherine le había señalado la casa una vez que iban paseando en coche por la ciudad. Y todo pensamiento sobre el indecoro de visitarlo le desapareció por la urgencia de su cometido. Estaban planeando algo terrible; él sabría qué hacer.

Tenía las manos casi congeladas cuando por fin llegó a la calle; corrió las últimas yardas y entró en el vestíbulo con intenso alivio. No había señales de conserje ni asistente. Subió a toda prisa la escalera, deteniéndose en todas las puertas en busca de las tarjetas en que estaban los nombres de los inquilinos. Encontró la de Gavin en la segunda planta y golpeó inmediatamente.

Hubo un largo silencio. Volvió a golpear. Esta vez se abrió la puerta, y en el dintel vio la figura de un hombre bajo, moreno y delgado pero cuyas ropas inglesas no disimulaban su origen exótico.

-Debo ver al señor Graham -le dijo.

El hombre la miró atentamente, no con ojo crítico sino más bien prudente, como quien escudriña los rasgos de un animal potencialmente peligroso. Recordó que llevaba puesta su ropa de institutriz, y lamentó no ir con su mejor vestido de seda.

-Es muy importante -añadió. Esos ojos oscuros tenían una agudeza sobrenatural, pensó. Sería muy estúpido tratar de pasar sin su permiso. Era bajito, pero daba la clara impresión de tener una inmensa fuerza física.

-No está -dijo él por fin.

El ánimo de Laura se vino al suelo. Por algún motivo, no había imaginado eso.

-¿El señor Graham ha salido? -preguntó.

El hombre asintió, sin hacer ningún ademán de invitarla a entrar, pero tampoco de instarla a que se marchara.

-¿Espera pronto su regreso?

Él hizo un gesto evasivo, como si no quisiera dar esa información a una mujer extraviada que acababa de presentarse a su puerta.

-Debo hablar con él -repitió-. Tengo una información muy Importante.

Los ojos oscuros le recorrieron la cara; pasado un momento, se hizo a un lado y le indicó que entrara. Laura tuvo la impresión de haber aprobado un riguroso examen, y de haber sido admitida en un grupo selecto. Ese hombre era mucho más que un criado, pensó. La aguda perspicacia de su expresión dejaba claro que conocía los secretos de Gavin. Sintió una punzada de envidia.

-Puede escribir -dijo él. Por un instante ella pensó que le estaba preguntando si sabía escribir, pero luego comprendió.

-Puedo escribirle una nota.

-Papel, pluma -dijo él señalando un escritorio. Ella fue hasta el escritorio, se sentó y se quitó los guantes. Cuando ya tenía abierto el tintero y mojada la pluma, descubrió que no le venían las palabras adecuadas a la cabeza. ¿Cómo podía explicarle todo lo ocurrido en una nota? Le llevaría una hora redactarlo. Y tal vez para entonces Gavin ya habría vuelto, le respondió una esperanzada vocecita interior. Pero su mente se negó a presentarle una narrativa coherente. En vano trató de encontrar palabras, hasta que al final escribió simplemente: «Por favor, venga enseguida. Es esencial que hable con usted».

Dobló el papel, lo selló y lo dejó sobre el escritorio.

-Entrégueselo en cuanto llegue. Estaré esperándole. El hombre asintió y ella le entregó el mensaje, sintiendo un extraño alivio. Se sintió como si hubiera puesto su petición en las mejores manos.

Junto con esa idea le vino un enorme cansancio. Se puso los guantes y se preparó para la larga caminata a casa. Se levantó y se envolvió en la capa.

-Iré a buscar un coche de alquiler -anunció él.

-Me temo que no hay ninguno -dijo ella-. He buscado por todas partes.

-Encontraré uno -respondió él, sin un asomo de duda en la voz.

Librodot

Se sintió desgarrada entre el deseo de que encontrara uno y la renuencia a hacerlo salir a la fría noche para nada.

-Puedo...

Pero él ya se estaba poniendo la capa y abriendo la puerta. Obediente, salió con él y bajó la escalera.

-Espere aquí -dijo él cuando llegaron abajo.

Ella se detuvo, y él desapareció en la oscuridad exterior. Apenas tuvo tiempo para preocuparse por él cuando ya estaba de vuelta con un coche de alquiler. El tembloroso cochero apareció tan envuelto en ropa que sólo se le veían los ojos.

Asombrada y agradecida, Laura salió al viento frío.

-Gracias. ¿Cómo demonios ha conseguido...?

Él la interrumpió con un gesto que parecía decir que era su trabajo realizar pequeños milagros. De pronto le sonrió y le indicó la portezuela abierta del coche. Laura subió a la plataforma.

-¿Cómo se llama? -le preguntó, sintiendo una extraña conexión con él, aunque prácticamente no se conocían.

El guardó silencio, observándola.

El cochero protestó en alemán; ella entró en el coche, pero asomó la cabeza por la ventanilla cuando el coche echó a andar.

-Hasan -dijo él en el último instante, y levantó una mano en señal de despedida.

Con la sensación de que había aprobado otro examen, Laura se relajó y se acomodó en los desgastados cojines del asiento.

Durante el trayecto, Laura se sentió como si se hubiera quitado de los hombros una enorme responsabilidad. Gavin sabría qué hacer. Ya había tratado con hombres así antes; conseguiría que no ocurriera nada terrible.

Qué agradable tener a alguien en quien confiar, pensó, sintiendo más intensamente el cansancio. Hacía tiempo que no conocía a una persona así. Tal vez nunca había conocido a una persona así, le sugirió una vocecita interior; desde luego sus padres no habían sido fiables. Y a sus empleadores no se les había pasado por la mente que le debieran algo aparte de un mísero salario.

Arrebujándose en la capa, Laura desechó esa idea. Sí que había conocido a personas con las que podía contar, insistió en silencio. Pero considerándolo un poco más, no logró encontrar a nadie más fuera de Gavin.

¿Por qué se fiaba tanto de él? ¿Cómo podía confiar en un hombre que la había tratado tan mal? Sin embargo, ahora, en este caso, sentía una serena certeza. Gavin quedaba fuera de toda duda; seguro que no le fallaría.

Pero sí le falló. Aunque esperó hasta bien entrada la noche, no hubo respuesta de él. Llegó la mañana sin que ella recibiera respuesta alguna, ni siquiera ni mísera nota. ¿Era posible que Hasan no le hubiera entregado la nota? No lo creía.

A media mañana entró Catherine en el salón, preocupada y nerviosa.

-¿Cómo está el general?

La mujer meneó la cabeza.

-He llamado al doctor. Creo que no podemos esperar a que lo visite mañana.

-¿Los polvos no han dado resultado?

-No.

-Cuanto lo lamento. -Laura la cogió de la mano y la llevó hasta un sillón-. ¿Qué puedo hacer yo? Me gustaría ayudar a cuidarlo.

-Tengo que estar yo con él-dijo Catherine con tristeza. Miró la sala como si no la reconociera-. Ojalá estuviéramos en casa.

Laura asintió. El general estaba demasiado enfermo para viajar, aun cuando estuviera libre de obligaciones.

-Esto debe de ser muy aburrido para ti -continuó Catherine-. Tal vez los Merrit podrían acompañarte a...

-No diga tonterías -interrumpió Laura-. No quiero salir. Quiero estar aquí, ayudándola.

Catherine le dirigió una sonrisa que la hizo sentirse culpable por lo poco que la había ayudado, y por lo mucho que había apreciado su falta de ocupación.

-No se preocupe por mí, por favor.

-Eres muy amable -le dijo Catherine, aumentándole en diez el sentimiento de culpabilidad.

Del vestíbulo llegaron sonidos de la llegada de alguien. Automáticamente las dos se levantaron.

-El doctor -dijo Catherine, precipitándose a la puerta.

Laura la siguió, con la esperanza de que fueran el doctor y Gavin Graham los que llegaban. Pero cuando se asomó a la baranda, sólo vio al anciano médico vienés, que en esos últimos días se había convertido en pilar de la casa.

La paciencia de Laura se agotó a media tarde. Dejando a Catherine ocupada en la habitación del enfermo, salió en busca de Gavin. Todavía hacía frío, pero ya no había viento, de modo que la caminata no fue desagradable. Esta vez, le abrió la puerta una señora austriaca muy gorda. Sin el menor azoramiento, Laura le preguntó por Gavin, en alemán.

-Su colega, el general Pryor, está muy enfermo -explicó, como si ése fuera el motivo de su visita sin acompañante.

La mujer frunció el ceño, y en su ancha cara aparecieron cientos de arruguitas.

-Herr Graham se marchó -le dijo.

-¿Se marchó?

-Ni siquiera me dio aviso. Sencillamente empacó sus cosas y se marchó durante la noche. Esta mañana subí a ver si quería té, y paf -hizo un elocuente gesto-. Nada.

A Laura le estaba costando asimilar eso.

-Tenía pagadas las habitaciones hasta fin de mes, de modo que no me estafó. Pero es una grosería, ¿verdad? Si me hubiera dicho que se marchaba... -hizo otro gesto, al parecer sin tener palabras para terminar la frase.

-¿No dejó ninguna nota ni...?

-Nada. Ni dirección para enviarle su correspondencia, ni una palabra de agradecimiento. No es eso lo que espero de mis caballeros.

No podía creerlo de Gavin, pensó Laura.

-¿Podría... podría ver la habitación?

La mujer la miró con desconfianza.

-Creo que el general tampoco sabe que se ha marchado. Podría preguntarme...

El título militar pareció impresionar a la casera.

-Puede mirar si quiere -dijo, abriendo más la puerta-. Pero no hay nada.

Y no había nada, sólo el desorden de una partida precipitada. Laura examinó algunos trozos de papel desparramados en el suelo, pero no encontró nada de importancia.

-¿Está segura de que no ha dejado ningún mensaje para el general?

-Ninguna nota, nada para la doncella que le limpiaba la habitación, nada, ni una palabra de agradecimiento ni de despedida.

Laura paseó la mirada por la habitación vacía. Eso no era propio de Gavin, pensó, pero enseguida recapacitó. ¿De veras sabía cómo era? El general vivía quejándose de su falta de respeto por la autoridad y su desprecio por las formas apropiadas de proceder. Tal vez eso era exactamente lo que hacía. Pero ¿Dónde había ido?

Mientras bajaba la escalera y salía a la fría calle, trató de imaginárselo. Si había descubierto algo sobre Michael, podría haber salido en su búsqueda. Pero ¿se habría llevado todas sus cosas? No le pareció lógico. y dijera lo que dijera el general, ella no lo creía capaz de marcharse sin informar a su superior.

A lo mejor sí lo había informado, pensó de pronto. Los Pryor no estaban prestando mucha atención a la correspondencia esos días. Tal vez Catherine simplemente se había olvidado de decírselo. Alentada por esa posibilidad, emprendió el regreso a casa con la mayor rapidez. Estaba a medio camino, cuando el nombre de una calle la hizo aminorar el paso, ya que le inspiró una nueva idea.

Se detuvo a mirar el nombre de la calle. Se mordió el labio; era una estupidez. Pero no pudo resistirse; entró en el callejón y se dirigió a la residencia que había visitado una vez.

-¿Está en casa la condesa Krelov? -preguntó a la mujer que le abrió la puerta.

-Está fuera de la ciudad -fue la lacónica respuesta. A Laura se le encogió el corazón.

-Ah. ¿Sabe cuándo regresará?

La mujer negó con la cabeza.

-¿Sabe adónde ha ido?

La respuesta fue la misma.

Laura se volvió para marcharse. Cuando se estaba cerrando la puerta, se le ocurrió otra pregunta:

-¿Está en casa el conde?

La boca de la casera se curvó en un rictus de desaprobación.

-Está aquí... cuando se toma el trabajo de venir a su casa. No sé si está en este momento.

-Gracias.

Reanudó el camino a casa de los Pryor con más lentitud. ¿Gavin se habría marchado con Sophie? Si no, era mucha coincidencia que los dos se fueran de la ciudad al mismo tiempo.

De pronto recordó la velada de cantos de villancicos y el modo como estaba Gavin junto a Sophie, con la cabeza muy cerca de la de ella, mirándola con sonrisa cálida y alentadora. Recordó la mano de Sophie apoyada en el brazo de él. El motivo de su visita a Viena era la preocupación del general por el enamoramiento de Gavin. Sin duda Gavin se había marchado con Sophie; no era mejor que el conde de Leith.

Horrorizada, comprobó que tenía lágrimas en los ojos. Inclinó la cabeza y apresuró el paso, evitando las miradas de los transeúntes y tratando de dominarse. Había estado viviendo en un mundo de tontas fantasías, pensó. Se había imaginado que Gavin la veía de modo diferente, que eran compañeros en la resolución del misterio del ataque con un puñal. Pero ¿En qué basaba esa idea? Él no la había incluido en su investigación; nunca le había dicho nada a menos que se viera obligado a hacerlo. Y lo peor de todo, se había tomado con ella imperdonables libertades.

Se sonrojó y tuvo que esforzarse más para contener las lágrimas. La última vez que la abrazó, ella lo había disfrutado. Después de todos sus años de resistencia, había caído cautiva de un libertino sin corazón. Se había enamorado de un sinvergüenza.

Ahogó una exclamación de horror al reconocer eso. El resto del camino lo hizo casi corriendo. Tan pronto llegó, subió enseguida a su cuarto y se quedó en medio de la alfombra con los ojos ardiendo de lágrimas no derramadas, y los puños apretados. Eso no era amor, insistió en silencio. Estaba en las garras de un simple enamoramiento que sabría superar, sobre todo dado que él ya no estaba y que probablemente no volvería a verlo jamás

Esa última palabra resonó en sus oídos: jamás. Había tenido esa oportunidad de vivir una vida más expansiva y la había desperdiciado en un hombre al que no le importaba nada aparte de sí mismo y sus placeres. ¿Cómo podía haber sido tan tonta?

Se quitó la capa, la tiró sobre la silla y fue a mirarse en el espejo. Se alisó el pelo y notó, con objetividad, que todavía le brillaban mucho los ojos. Eso no tenía importancia; tendría todo el tiempo que necesitaba para recuperarse; tendría todo el resto de su vida.

Sonó un golpe en la puerta.

-¿Laura?

-Pase.

Entró Catherine, con aspecto bastante más animado que el que había tenido esos días.

-Laura, Matthew se siente un poco mejor, y me han dado permiso para llevarlo a casa.

-Ah, estupendo -contestó ella, tratando de parecer natural.

-Nos marcharemos tan pronto tengamos empaquetadas las cosas.

-Muy bien.

-Esto acortará tu visita aquí -continuó Catherine, preocupada-, y no has..., es decir, tal vez yo podría arreglar las cosas para que te quedaras con...

Eso sería inútil, pensó Laura. Todo estaba acabado.

-No. Estoy preparada para volver a Inglaterra.

-¿Estás segura? -insistió Catherine, apenada-. Pero no has... yo pensaba que conocerías a alguien aquí en Viena, un marido conveniente.

Si no se hubiera sentido tan apenada, Laura se habría echado a reír.

-Creo que no estoy destinada a tener un marido conveniente -repuso con voz algo hueca.

-Los Merrit estarían encantados de...

-Prefiero irme con ustedes.

La expresión de Catherine no se alegró.

-Mi visita ya ha sido mucho más larga de lo que esperaba -añadió ella-. Usted y el general han sido muy generosos.

Catherine parecía desgarrada entre el deseo de organizarle algo para ella y el de comenzar a preparar el viaje.

-Vivirás con nosotros en Londres todo el tiempo que quieras. Sabes muy bien que no tienes ninguna necesidad de buscar otro empleo. Estaríamos más que felices de...

-No pensemos en eso ahora -interrumpió Laura. En realidad, no tenía el menor deseo de pensar en eso-. Tenemos que llevar a casa al general.

-Sí. -Catherine se estrujó las manos-. Me sentiré mucho mejor cuando estemos en nuestra casa.

-Claro que sí. Yo me encargaré de supervisar los preparativos, para que usted quede libre para acompañarlo.

-¿Sí? -Pareció inmensamente aliviada-. Debes ir a preguntarme en caso de cualquier duda.

-Sí.

-Los baúles están en el sótano.

Laura asintió.

-Y, déjame pensar, no te olvides de la tetera. Traje de casa las cosas para el té, ¿sabes? porque no sabía si aquí...

-Lo recuerdo -dijo Laura amablemente.

-Estoy tan aturdida... -rió Catherine.

-No se preocupe. Pondré mucho cuidado.

-Esto es muy amable de tu parte, Laura.

No lo era en realidad, pensó ella. Un trabajo así era exactamente lo que necesitaba para tener ocupada la mente, y evitar que sus pensamientos vagaran, como hacían continuamente, hacia Gavin Graham.

10

Llegaron a Venecia a comienzos de febrero, a la hora del crepúsculo, que arrojaba sombras púrpura en las maravillosas casas antiguas y daba un brillo dorado a las ondulantes aguas. Catherine había decidido regresar a Inglaterra en barco, pues ir por tierra resultaba demasiado agotador. Para sus adentros, Laura pensaba si eso no se debería más bien a que no quería pasar el largo viaje encerrada en un coche con un enfermo tan irascible. La enfermedad tenía irritable y malhumorado al general.

Ella tampoco se sentía con el mejor ánimo del mundo. Su fabulosa aventura había acabado mal, y no tenía nada a qué volver fuera de una vida que había empezado a encontrar sin sentido. Trataba de evitar cavilar sobre su situación manteniéndose ocupada, ofreciéndose para hacerle recados a Catherine, y organizando los detalles del viaje. Pero eso no le servía de nada; era perfectamente capaz de pensar mientras visitaba las oficinas navieras y se ocupaba de tratar con los posaderos. Era irónico, pensó cuando iba cruzando uno de los hermosos puentes arqueados de Venecia: su mente siempre había sido su refugio, y en esos momentos sólo ansiaba escapar de ella. Se detuvo en la parte más alta del puente a contemplar el canal. En ese momento viajaban por él mucha góndolas, llevando personas y mercancías. Observó un cargamento de coles que pasaba bajo el puente y luego desvió ociosamente la mirada hacia la siguiente góndola, lo que vio en ella la paralizó.

Delante del gondolero iba sentada Sophie Krelov, sus cabellos dorados rojizos brillaban a la luz del sol; y junto a ella, casi tocándole el hombro... Gavin Graham. Inmóvil, paralizada, Laura lo observó mientras la góndola atracaba. Gavin saltó a tierra y se volvió para ofrecer la mano a Sophie. La verdad es que nunca había creído que sus partidas estuvieran conectadas. Se había imaginado que despues se enteraría de que a Gavin lo habían enviado a una misión importantísima o había tenido que ir al otro lado del mundo, llamado por alguna crisis exótica.

Observó cómo la condesa se cogía del brazo de él con aire de propietaria. Él inclinó la cabeza para oír algo que ella le decía, y eso le permitió ver claramente su elegante perfil. Estaba despeinado, y peligrosamente apuesto.

Se cogió con fuerza de uno de los balaústres del puente. Tuvo que cerrar los ojos para soportar una oleada de dolor que la hizo tambalearse. No podía creer cuánto le dolía esa visión.

Su malestar era tan visible que una mujer que iba pasando se detuvo a preguntarle si necesitaba ayuda. Laura tragó saliva, se enderezó y le aseguró que no. Esta breve conversación hizo volver algunas cabezas, la de Sophie Krelov entre ellas. Pero Laura estaba demasiado ocupada para ver el rápido fruncimiento de ceño de la condesa ni su mirada furiosa de ella a Gavin. Cuando pudo volver a mirar, la pareja ya se iba alejando del canal, cogidos del brazo, caminando como si no tuvieran la menor preocupación del mundo.

Laura se dijo que eso no era asunto de ella; todo estaba concluido y debía continuar con sus quehaceres legítimos. Pero sin saber ella cómo, sus pies la llevaron en la misma dirección. Gavin sobresalía en estatura de los demás transeúntes, y sus cabellos dorados eran como una luz irresistible que la obligaba a seguirlo.

La pareja llegó a una posada grande cerca del canal. En el patio, Sophie se detuvo, se apoyó en Gavin seductoramente, le rodeó la cintura con un brazo y alzó la cabeza para darle un largo y apasionado beso, prolongando el abrazo pese a los comentarios procaces de unos mirones.

Laura no se sintió capaz de continuar mirando. Se dio media vuelta y echó a caminar, por los irregulares adoquines. Así pues, no vio la señal que hizo Sophie a un hombre que estaba medio oculto en el patio de la posada, ni advirtió que éste comenzaba a seguirla. Lo único que deseaba era encontrar el camino de vuelta al alojamiento de los Pryor y refugiarse en su pequeña habitación. Allí podría permitirse llorar por fin.

Librodot

. . .

Era una suerte que el general estuviera tan enfermo, pensó Laura al salir a hacer algunas compras para Catherine. Si él no hubiera tenido tan ocupada su mente, la señora Pryor habría advertido su abatimiento e intentado descubrir su causa. Jamás se lo diría, ni a ella ni a nadie, juró en silencio. Había sido una estúpida, pero nadie tenía por qué saberlo.

Dio la vuelta a una esquina y cruzó un puente estrecho que pasaba sobre uno de los canales pequeños. Por lo menos había visto Venecia, pensó. Hizo una honda inspiración y contempló las hermosas casas de piedra del otro lado del canal. Se estaba imaginando cómo habría disfrutado de su estancia allí en otras circunstancias, cuando una férrea mano le cogió el brazo y de un tirón la hizo entrar en un callejón oscuro. Abrió la boca para gritar y al instante le metieron en ella un trapo empapado en cloroformo. Al tratar de zafarse comprendió que había más de un asaltante, y notó que le ataban las piernas. Antes de perder el conocimiento, notó que la amordazaban fuertemente y la levantaban del suelo. Después, todo fue negrura.

Cuando despertó, sólo vio penumbra. Estaba hecha un ovillo sobre una superficie dura que se mecía; se sentía mareada. Le dolía la cabeza y tenía un sabor horrible en la boca.

La habían atacado, recordó, sentándose rápidamente y lamentándolo de inmediato, ya que el mareo la hizo aferrarse a la pared.

Era una pared rara, logró ver al cabo de un rato; estaba hecha de tablones horizontales, y no era derecha, sino curva. ¿Sería su vista? Cerró los ojos, volvió a abrirlos, y la pared seguía siendo curva. Miró más arriba y vio que el cuarto estaba iluminado por un ventanuco circular rodeado de metal. Un barco, comprendió, ligeramente aliviada. Por lo tanto la repisa que sentía detrás de la cabeza debía de ser una litera. Con todo cuidado se levantó, sin más deseo que encontrar un lugar blando para echarse.

Sobre la litera, fija a la pared, yacía Gavin Graham, atado e inconsciente. Laura se puso de rodillas.

-¿Señor Graham?

No hubo ninguna reacción.

-¿Gavin?

Vio que estaba muy pálido y absolutamente inmóvil. Súbitamente asustada, le tocó la cara; estaba húmeda y pegajosa. Le tocó el pulso y sintió un profundo alivio al comprobar que latía.

-¿Gavin? -repitió, sacudiéndole el hombro.

Él no hizo el menor movimiento, ninguna señal de despertar. Lo palpó en busca de heridas; no encontró ninguna señal de sangre en la ropa. Pero tenía el pelo enmarañado, y pronto encontró un chichón en un lado de la cabeza. Aun así, eso no explicaba su estado. Seguramente lo habían drogado, concluyó.

Miró con detenimiento el resto de la cabina. ¿Dónde estaría Sophie?, pensó irracionalmente. Movió la manilla metálica de la puerta; estaba cerrada con llave. En una pared había una alacena, pero cuando abrió los cajones, sólo encontró una taza de lata, una caja de cerillas y dos velas cortas y gruesas.

El barco se balanceó; probablemente estaban zarpando. Volvió a balancearse y tuvo que alcanzar una mano para no caer. No había ningún sitio donde sentarse aparte de la litera. Suavemente movió los pies de Gavin y se instaló junto a él.

Se le encogieron los músculos al oír voces al otro lado de la puerta.

-No veo por qué tenían que poner en mi cabina a los malditos prisioneros -protestó un hombre en francés-. ¿Por qué tengo que ir yo incómodo en una hamaca todo el viaje hasta Marsella?

-Creo que no van a estar con nosotros todo el viaje -contestó una voz profunda-. Oí a la dama decirle a nuestros pasajeros que se libraran de ellos tan pronto pudieran.

-¿Qué demonios dices? ¿Crees que es ella la que da las órdenes?

-Eso parece.

-Yo no me dejaría mandar por una mujer.

-¿Una mujer como ésa? -rió el otro marinero-. ¿Con ese pelo rojo como el sol poniente y un cuerpo de ensueño? Yo estaría feliz de cumplir todas sus órdenes.

-O ella las mías -contestó su compañero-. De rodillas, ¿eh? Daríamos buen uso a sus labios.

-Yo preferiría estar entre sus rodillas.

-Lástima que no navegue con nosotros.

El otro manifestó su acuerdo con un gruñido.

-Ese Michael suyo es un hombre duro. Tiene secretos con el capitán.

-¿Qué tipo de secretos?

-Amigo mío, creo que es mejor no preguntar.

Los pasos se perdieron por el corredor. Laura se relajó, pensando en lo que acababa de oír. ¿Quería decir eso que Sophie los había puesto prisioneros ahí, y que Michael iba en el barco? Al parecer, los iban a matar, pensó con un escalofrío. ¿Qué podían hacer?

Gavin lo sabría. Miró su cara inmóvil y blanca, preguntándose si sabría que Sophie lo había traicionado.

Una sarta de maldiciones despertó a Laura. Estaba absolutamente oscuro y la habitación se agitaba como sacudida por un terremoto. «¡Las niñas!», fue su primer pensamiento; entonces recordó que estaba en Viena. ¿Es que una catástrofe estaba sacudiendo la ciudad?

Continuaron las maldiciones, muy claras.

Laura se movió y comprobó que estaba hecha un ovillo en un lugar estrecho junto a las piernas de alguien. Sobresaltada, se sentó.

-¿Quién está ahí? -preguntó la voz masculina que había estado maldiciendo de modo tan pintoresco.

El barco, pensó ella; Venecia. Súbitamente lo recordó todo. Gavin había recobrado el conocimiento, por fin.

-¿Sophie? -dijo él.

Laura se quedó paralizada. ¿Acaso estaba acostumbrado a despertar en la oscuridad y encontrar a Sophie a su lado? A tientas, abrió un cajón de la alacena, cogió la caja de cerilla y encendió una vela torpemente. Buscó una palmatoria, pero no había ninguna.

Se volvió y se encontró a Gavin, mirándola.

-¿Qué diablos? -dijo él.

-¿Se encuentra bien? ¿Cómo se siente?

-Fatal. -El barco zozobró como si estuviera resbalando desde la cresta de una enorme ola-. ¿Estamos en el mar?

Laura asintió.

-¿Qué demonios estamos haciendo aquí?

-Creo que Michael lo raptó.

-¿Michael?

-He olvidado su apellido.

Gavin movió la mano y descubrió que tenía los brazos atados a los costados. Soltó otra maldición.

-Ahora lo desataré. Antes no lo hice porque temí que se cayera. Se acercó a él y comprendió que estaba impedida por la vela encendida. Miró alrededor en busca de un lugar para ponerla. Al fin vio unas gotas de cera en uno de los tablones. Añadiendo otras de su vela, comenzó a fijarla, para tener las dos manos libres.

-¿Qué está haciendo? -preguntó Gavin.

-Fijando la vela.

-Deje eso para después.

-No puedo desatarlo con una sola mano -explicó ella.

Él soltó otra maldición. Terminada la tarea, ella miró la cuerda. Al parecer era una sola cuerda, que daba vueltas y vueltas alrededor de la litera, que estaba separada de la pared por una estrecha abertura. Había un solo nudo, en la parte de atrás.

Estiró el brazo para coger el nudo. Su posición era incómoda; de pie junto a la litera apenas lograba alcanzarlo, pero no podía desatarlo. Se inclinó. En ese momento el barco se balanceó y el movimiento la arrojó sobre las partes bajas de Gavin.

-Perdón -dijo, recuperando el equilibrio con el siguiente bandazo.

-¿Me va a desatar?

-¡Eso es lo que estoy tratando de hacer!

Miró el nudo. Puso una rodilla sobre la litera, pero esa posición era bastante precaria. Subió la otra rodilla, pero las faldas le estorbaban los movimientos. Finalmente se las recogió y las echó hacia atrás. Después se inclinó sobre Gavin y cogió el nudo.

Era un nudo complicado, y estaba muy apretado. Tiró inútilmente de las roscas. El barco se balanceó y nuevamente cayó sobre las caderas y piernas de Gavin, enterrándole la rodilla desnuda en el muslo. Él no emitió ningún sonido.

-Perdone -dijo ella-. El barco no deja de...

-Limítese a soltar las cuerdas -ladró él, con la voz como si se estuviera sofocando.

Laura intentó afirmarse mejor y volvió a su tarea. El movimiento del barco continuó, y no lograba impedir que de tanto en tanto sus pechos y tronco rozaran a Gavin. Tuvo la impresión de que la cabina se iba calentando. Le ardían las mejillas y se sentía aturdida, torpe.

-Es un nudo muy difícil -explicó, para disculpar su lentitud y romper el silencio, que estaba comenzando a resultarle incómodo.

-No me cabe duda -contestó él, con voz velada.

-Creo que no lo hizo un marinero -continuó ella, para seguir dándole conversación. No añadió que su proximidad le hacía casi imposible concentrarse en la cuerda-. He leído que los marineros usan principalmente...

El barco dio un bandazo particularmente violento y Laura se agarró de la cuerda para no caerse de la litera. El impulso la arrojó con fuerza sobre Gavin; la suave lana de su chaqueta le raspó la mejilla y los contornos de su cuerpo se imprimieron en el de ella. Su aroma le recordó la sensación de estar entre sus brazos, con los labios de él sobre los de ella. Su rubor se intensificó dolorosamente, mientras trataba de levantarse. Se sintió mareada, y se le resecó la boca. Se dijo que eso se debía al movimiento de las olas.

Concentrando su dispersa atención, volvió a atacar el nudo. Por fin logró pasar un dedo bajo la rosca más ancha. Al sentir que cedía un poco, tiró y logró pasar otro dedo por el agujero. Cuando volvió a tirar, notó un claro movimiento.

-Creo que ya lo tengo -dijo.

Cambió de posición para afirmarse mejor; con el codo tocó a Gavin en un lugar tremendamente inconveniente y él emitió un gemido casi inaudible.

-P-perdone -tartamudeó ella.

Hacía un calor insoportable en la cabina, pensó, concentrando su atención en las roscas del nudo. Le costaba respirar. Volvió a tirar.

-Se está soltando -le dijo a Gavin.

-Espléndido -contestó él, y su voz sonó como si tuviera los dientes apretados.

Laura continuó trabajando en el nudo, y el barco continuó balancéandose, obligando a sus cuerpos a juntarse y separarse, en un baile irresistible que le entorpecía los dedos y le hacía arder las mejillas. Al final, cuando ya estaba a punto de renunciar, de frustración y azoramiento, las últimas roscas cedieron y el nudo se soltó.

-¡Ya está! -gritó, abandonando de un salto su incómoda y violenta posición.

Gavin empujó la cuerda con los brazos, pero esta no cedió.

-¿Está segura? -preguntó.

Librodot

-El nudo está suelto.

Él flexionó los hombros.

-No se mueve. Está demasiado enrollada. Tendrá de desenrollarla.

Laura tragó saliva, deseando que su pulso se hiciera más lento.

Volvió a inclinarse sobre él y empezó a desenrollar la cuerda, haciéndola pasar una y otra vez por encima de su cuerpo y por la abertura del fondo de la litera.

Eso tardaba una eternidad. Gavin permanecía rígido mientras la cuerda pasaba una y otra vez por encima de él. A la luz de la vela ella vio que tenía la cara como la piedra; trató de darse prisa, pero con eso sólo consiguió que la cuerda se enredara, quedando atascada, y eso la obligó a inclinarse sobre él para liberarla. Le tocó el pecho con la mejilla y le pareció que casi la quemaba.

Cuando por fin quedaban unas pocas vueltas, Gavin se movió bruscamente y salió de ellas. Se quitó la cuerda de encima y la arrojó al suelo. Después se sentó, apoyando la espalda en la pared. Jadeaba como si hubiera estado demasiado tiempo bajo el agua, y sus ojos parecían echar chispas.

-Maldición -exclamó.

El barco dio otro bandazo, y Laura se afirmó en un tablón que sobresalía.

-¿Estamos encerrados, supongo? -dijo Gavin.

Ella asintió.

-¿Cómo demonios llegó usted aquí?

El barco se ladeó hacia el otro lado, y Laura casi se cayó. Gavin flexionó más las piernas.

-Siéntese -le ordenó.

Ella se sentó, con las piernas flexionadas, en el otro extremo de la estrecha litera. Quedaron mirándose con recelo a la mortecina luz de la vela.

-¿Qué está haciendo aquí? -volvió a preguntar él.

-También me raptaron.

-¿En Viena? -preguntó él, incrédulo.

-No.

Laura trató de ordenar sus desparramados pensamientos. Esa media hora había hecho estragos en sus facultades lógicas.

-Vine a Venecia con los Pryor. Se vuelven a casa debido a la enfermedad del general. Iba paseando por un puente cuando lo vi a usted y...

Se interrumpió; no sabía bien si le convenía mencionar a la condesa en ese momento.

-Y alguien la vio.

-Supongo -dijo ella, preguntándose si él hablaría de Sophie.

-Para desgracia mía -gimió él.

-¿Qué?

-Lógicamente, pensaron que estábamos metidos en una especie de confabulación -le explicó él-. Y decidieron eliminamos a los dos. Lo ha estropeado todo.

-¿Yo?

-Si no se hubiera entrometido, yo ya habría obtenido la información que necesito.

-¿Entrometido? ¡No he hecho nada de eso!

Se quedó callada, recordando que lo había seguido por las calles de Venecia.

-Y ahora tengo que cargar con su presencia...

-¡Cargar! Si no fuera por mí todavía estaría atado y...

-No estaría aquí.

-¡Estaría con Sophie Krelov!

-Exactamente.

Eso dejó muda a Laura un momento. No había notado ninguna emoción en él al decir eso. ¿Quería decir que deseaba estar con Sophie, o sólo que deseaba obtener información de ella?

-Sophie ordenó el rapto -dijo-. Oí hablar a unos marineros.

-Una vez que la vieron -contestó él. Se puso una mano en la cabeza como si le doliera-. Y ahora tengo que cuidar de usted. Soy muy capaz de cuidar de mí mismo, pero no...

-Sí, muy capaz -interrumpió ella-. Por eso lo drogaron y lo metieron en un barco hacia Marsella.

-¿Vamos a Marsella?

Ella asintió.

-Marsella -repitió él, desviada su atención de la pelea-. ¿Por qué a Marsella?

Ella se mordió el labio para no chillarle; era absolutamente exasperante.

Gavin hizo una respiración profunda y se pasó las manos por la cara.

-¿Es que esas drogas me han debilitado totalmente el cerebro? -preguntó para sí mismo. Levantó la cabeza-. ¿Han dicho algo más?

Ella negó con la cabeza. Él suspiró.

-Estando usted aquí para estorbar mis movimientos, no puedo...

-¿Estorbar? ¡Lo acabo de desatar!

La miró a los ojos. Pasado un momento los dos desviaron la mirada.

-He estado en situaciones peores -dijo él-, y salido de ellas. Pero claro, estaba solo. Yo trabajo solo. La necesidad de protegerla me va a...

-¡Sé cuidar de mí!

-¡La trajeron prisionera a este barco!

-¡Y a usted también!

-Porque usted estropeó mi plan -contraatacó él. Súbitamente se le ocurrió algo-: ¿Ha visto a algún otro cautivo?

Sorprendida, ella negó con la cabeza.

-Entonces Hasan logró escapar. Bien.

-Tenía aspecto de ser capaz de escapar de cualquier cosa. ¿Le entregó mi nota?

Él la miró ceñudo.

-No tenía tiempo para visitas sociales.

-¿Sociales? -Lo miró furiosa, ofendida-. Fui a su apartamento después de oír conspirar a Michael y a los otros. Para decírselo.

-Conspirar -repitió él, como si no conociera la palabra-. ¿De qué demonios habla?

-Encontré a Michael. Si usted hubiera esperado hasta que yo...

Gavin se cogió la cabeza con las dos manos y se presionó las sienes con los dedos.

-Pare, o me voy a volver completamente loco.

Laura se mordió la lengua para no protestar. Le deseó un terrible dolor de cabeza.

-Cuénteme toda la historia, desde el comienzo -le ordenó él.

-Bueno, no sé muy bien cuál es el comienzo.

Él emitió un sonido que la obligó a darse prisa.

-Se me ocurrió una idea respecto a la doncella de Sophie. -Aunque la luz era mortecina, vio su expresión de sorpresa-. La vi cuando fui a visitarla y no me dio la impresión de ser una criada, ¿sabe?

-No, no lo sé.

Ella hizo una inspiración profunda. Era difícil razonar con claridad mientras él la estaba mirando.

-Se me ocurrió que podría ser algo más que una criada; que tal vez estaba involucrada en el espionaje de Sophie.

-Ah.

-Así pues, hablé con la niña que me estaba vigilando...

-¿Qué niña?

Casi había traicionado a Annalise.

-Ah, eso no tiene importancia.

-Por el contrario...

Librodot

-Vigilamos a la doncella, y finalmente la seguimos hasta una casa donde se alojaban Michael y sus amigos.

-Hecho que descuidó decirme -dijo él en tono peligroso.

-Al principio no estaba segura. Y cuando lo estuve, usted se había marchado. Si usted hubiera respetado el acuerdo, tratándome como a una igual, habría...

Él hizo rechinar los dientes.

-¿Qué más?

-Tomé habitación en esa casa, para descubrir más, y una noche, durante la cena...

Se interrumpió al ver que Gavin metía la cabeza entre sus manos.

-¿Se siente mal?

-Creí oír que usted había cenado con Michael y su banda.

-Sí, bueno, hasta ese momento no sabía que era Michael. Me pareció que era la única manera de descubrirlo.

-Aparte de hablarme a mí de su existencia -ladró él.

-Bueno, lo habría hecho si usted no se hubiera...

-¿No tiene ninguna noción del peligro que...?

-Por supuesto que sí. Pero he pasado años evitando que se fijen en mí, y pensé que podría volver a hacerlo. Supongo que los espías son diferentes -añadió.

-Años... ¿A qué se refiere?

-No tiene importancia.

-No es un juego de salón el que estamos jugando. -Gavin apoyó la cabeza en los tablones de la pared-. Tengo que pensar -masculló-. Quédese callada, por favor.

-Tiene que estar en una cabina para ella sola -dijo Gavin al marinero que lo acompañó a los aseos-. Dígale al capitán que yo he dicho...

-No hay ninguna -contestó el marinero-. Pero ella puede estar en el camarote de la tripulación -añadió, mostrando un hueco en los dientes-. Nosotros le daremos una buena acogida, sin duda.

Eso silenció a Gavin. Comprendió que si se llevaban a Laura de la cabina que compartían, él no sabría qué le ocurría, y no tendría ninguna garantía de su seguridad. Maldijo en voz baja.

-¿De qué se queja? -preguntó el marinero-. Tiene a una mujer en su cabina, y le están alimentando. Está en un crucero de placer, compañero.

Más de penitencia, pensó Gavin. Lo estaba volviendo loco estar tan cerca de Laura. Tenía la fuerte impresión de que su autodominio se agotaría antes de lograr encontrar la forma de escapar con ella.

Llegaron a la cabina, custodiada por otro marinero de temibles proporciones. El hombre abrió la puerta y lo hizo entrar de un empujón. Después la llave giró en la puerta.

Laura estaba sentada en el extremo de la litera, con expresión alerta e interrogante; no tenía el menor aspecto de haberse pasado el día casi enrollada en un pequeño espacio a bordo de un barco. En las sienes y mejillas le caían rizos de cabellos negros. Tenía las piernas flexionadas cubiertas por la falda. Era la mujer más hermosa que había visto en su vida, pensó Gavin, sentándose en el otro extremo de la litera; debía evitar tocarla; cualquier contacto lo hacía arder. Pero el movimiento del barco los hacía tocarse continuamente. El solo hecho de intentar moverse dentro de la cabina sería causa de colisión, y entonces él no podría evitar abrazarla, y todas sus partes se reunirían en un solo deseo; tenía que hacer acopio de toda su considerable voluntad para apartarse decorosamente y reprimir la necesidad que lo enardecía. Era una situación intolerable, pensó por centésima vez. No sería capaz de soportarla.

-¿Lo ha visto? -preguntó Laura.

-¿A quién?

-A Michael.

-Ah, no. Pero por su descripción, estoy seguro de que es el mismo hombre que conocí en Persia. Era uno de los mejores agentes de Bonaparte.

-No es francés -afirmó ella.

Él la miró con curiosidad.

-¿Cómo lo sabe?

-Por su forma de hablar. Habla muy bien el francés, pero tiene un ligero deje.

-Eso lo había notado...

-Pero le sorprendió que yo lo notara. ¿Por qué no puede reconocer que poseo un grado bastante considerable de inteligencia?

-Lo que se necesita aquí es experiencia, no simple inteligencia.

Ella lo miró furiosa.

Sería capaz de debilitarle los sesos a un santo, pensó Gavin. Tenía que concentrarse en la tarea que tenía entre manos, desactivar la conspiración que habían descubierto; ese era su trabajo, y se enorgullecía muchísimo de sus capacidades. No se dejaba llevar por distracciones, ni siquiera las que le ofrecían mujeres hermosas. Sí, pensó, Sophie Krelov era un claro ejemplo de eso; la mayoría de los hombres la considerarían mucho más atractiva que Laura Devane, y sin embargo lo único que él deseaba de la astuta condesa eran respuestas. No había perdido los nervios por ella, ni la cabeza.

-¿Qué cree que pretenden? -preguntó Laura, al parecer dominando su genio.

-Bonaparte está desterrado en una pequeña isla al oeste de la costa de Italia -dijo él-. Reconozco que ahora vamos bajando por la costa oriental de Italia, pero si navegamos en dirección a Marsella...

-Subiremos por la costa occidental -terminó Laura-. ¿Cree que podríamos estar dirigiéndonos al lugar donde está Napoleón?

-Creo que hay muchas posibilidades de que sea así.

-Pero ¿para qué?

Gavin movió la cabeza recordando los largos años de guerra con los ejércitos de Napoleón, los elevados costes en dinero y vidas.

-¿Huida tal vez? Deberían haberlo enviado lejos de Europa. Muchos franceses continúan apoyándolo, ¿sabe?

-Pero eso es terrible -dijo Laura, levantándose-. Debemos decírselo a alguien. Debemos impedírselo.

-Yo me encargaré de hacerlo.

Laura se volvió hacia él y se metió la mano en el bolsillo del vestido.

-Llevo la pistola -dijo, pasándosela.

Gavin la cogió, y al instante se sintió muchísimo mejor al tenerla en su mano.

-¿No la descubrieron?

-No se les ocurrió registrarme.

Él levantó el arma. Podría usarla para vencer al guardia la próxima vez que les llevara la comida. Pero ¿después qué? No tenían adonde ir, y el barco estaba lleno de enemigos.

-Guárdesela por ahora -le dijo de mala gana, devolviéndosela-. La reservaremos para cuando se presente una buena oportunidad.

Ella se metió la pistola en el bolsillo. Cuando se enderezó, el barco dio un bandazo y Laura trastabilló, estirando la mano en busca de apoyo; la mano aterrizó sobre el muslo de Gavin, produciéndole un estremecimiento de deseo que le recorrió todo el cuerpo, desbancando a todos los demás pensamientos de su mente.

-Perdone -dijo ella, apresurándose a retirar la mano, con las mejillas teñidas de ese exuberante matiz rosa fuerte.

Él estuvo a punto de cogerla en sus brazos. En ese momento la deseaba más de lo que había deseado nada en toda su vida. Pero aún en el caso de que ella sintiera lo mismo, pensó, aun en el caso de que se echara agradecida, en sus brazos, ¿qué podían hacer estando los guardias fuera, y ante la posibilidad de que en cualquier momento abrieran la puerta? ¿Cómo

Librodot

iba a arreglárselas para soportar ese viaje? Esa iba a ser la misión más difícil que había emprendido.

Algunas horas más tarde, se abrió de pronto la puerta y en ella apareció un grupo de tripulantes armados. Le ataron las manos a Gavin a la espalda y los condujeron por un estrecho pasillo hasta la cabina más espaciosa del capitán. Pero no era el capitan quien los aguardaba allí, sino Michael y sus compañeros.

Michael sonrió cuando los hombres hicieron entrar de un empujón a sus dos cautivos. Estaba sentado ante una mesa redonda, atornillada al suelo en el centro; los demás le rodeaban, ubicados cerca de las paredes de la cabina, que ocupaba la proa del barco.

-Graham -dijo Michael en tono sedoso-. Pasa.

Los marineros los empujaron hacia la mesa.

-Esto es un poco diferente a la última vez que nos vimos -continuó Michael en francés-. Te dije entonces que te haría pagar el engaño.

-Eras tú el que engañabas a las tribus de la montaña -contestó Gavin-. ¿Cómo los convenciste de que no te mataran?

Hablaba como haciendo una pregunta de lo más común, pensó Laura; daba la impresión de estar de lo más despreocupado. Ella trató de imitarlo.

-¡Cabrón! -gritó Michael, con el rostro peligrosamente enrojecido-. Me dejaste ahí para que me espetaran como a un cerdo.

-Lo mismo que tú intentaste hacerme a mí -contestó Gavin. Michael abrió la boca para hablar, y la volvió a cerrar, tratando de dominarse.

-Eso no importa ahora -dijo al fin-. Te tengo y no lograrás escapar. Ni tampoco tu amiguita -añadió, mirando a Laura.

-Ella no tiene nada que ver con esto.

-¿Ah, no? La enviaste a espiarnos en Viena. Eso es algo nuevo en ti, ¿eh, Graham? Siempre te jactabas de trabajar solo.

-No la envié. Te equivocas.

-Creo que no. -Volvió a mirar a Laura de arriba abajo-. Es bastante buena para disfrazarse; tal vez no la habría reconocido, si no fuera por esos ojos verdes. Como los de una gata, ¿eh? ¿Te enseña las uñas en la alcoba?

-Podríamos comprobarlo -sugirió uno de los hombres.

Michael rechazó su opinión con un gesto desdeñoso.

-Estamos en una misión imperial.

-¿Imperial? -repitió Gavin-. Esa época ya pasó. Nuevamente hay un rey Borbón en Francia.

-Pff -exclamó Michael con gesto despectivo-. El rey Luis el Cobarde. No es nadie.

-¿A quién pondrías en su lugar? -preguntó suavemente Gavin.

-A quien le corresponde estar, al emperador.

Los otros hombres hicieron comentarios aprobadores.

-Bonaparte abdicó.

-Eso no son más que palabras en un papel, que firmó obligado por un grupo de canallas. No significa nada.

-¿O sea que pretendes restaurarlo en el trono?

-Sí. Y entonces... muchas cosas serán posibles.

-¿Cuándo desembarca? -preguntó Gavin en un engañoso tono despreocupado.

-Eso no te interesa -contestó Michael con expresión perspicaz-. Estás fuera de este juego, Graham. Derrotado por jaque mate gracias a nuestra Sophie.

Laura se arriesgó a mirarlo, pero no vio nada especial en la expresión de Gavin.

-Y ahora hemos de separarnos. Tenemos muchas cosas que hacer, y tu presencia aquí es... incómoda.

-Deja en libertad a la señorita Devane -dijo Gavin.

-¿Para que informe a tus amigos? Será mejor que no. Tendremos que librarnos de los dos.

-¿Qué nos vas a hacer?

Laura observó que no lo decía como una verdadera pregunta si no más bien como un desafío.

Michael esbozó una sonrisa malévola.

-Creo que será mejor que eso sea una sorpresa. Sí, creo que sí. ¿Te gustan las sorpresas, Graham?

Laura vio que una vena le sobresalía del cuello, pero él se limitó a decir:

-Tanto como a ti.

Michael echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

-Esta vez no me sorprenderás tú a mí. No puedes hacer nada. ¿Cómo te sienta eso?

Se quedaron mirando un momento como si desearan aniquilarse mutuamente con las miradas.

-Igual que a mí, ¿eh? -dijo Michael después-. Es un placer inconmensurable devolverte la pelota, Graham.

-Lo veremos -contestó Gavin.

-Creo que todo está visto y previsto. -Michael hizo un gesto con la mano-. Lleváoslos.

Los marineros los llevaron de vuelta a la cabina.

Laura comenzó a desatarle las manos. Aparentando el mismo aire despreocupado, le preguntó:

-¿Cree que pretenden matarnos?

Él se encogió de hombros, como si no deseara responder.

-¿Piensa que Napoleón puede ganar?

Con las manos ya libres, Gavin se volvió a mirarla.

-Es un maestro de la estrategia. Si tiene la ventaja de la sorpresa... -Dejó allí la frase.

-Tenemos que ocupamos de que no la tenga. La mirada que le dirigió Gavin fue insondable. Durante todo el trayecto la había mirado muchas veces con esa mirada, pensó ella. De todos modos, estaba claro que no la deseaba a su lado. Era incapaz de reconocer que alguien podía ayudarlo. Creía que él era la única persona capaz de realizar cualquier cosa útil; eso era increíblemente irritante.

Estar encerrada con Gavin en un pequeño camarote era corno estar enjaulada con un tigre; él impregnaba el cuarto con un aura de amenaza. Y aunque sabía que ésta no iba dirigida a ella, eso no lo hacía menos difícil. Saltaba cada vez que ella lo tocaba, pero por mucho que se esforzara en no tocarlo, los movimientos del barco la hacían perder el equilibrio, y el espacio era pequeñísimo.

Mientras se acurrucaba en el extremo de la litera, sintió una punzada de culpabilidad. En realidad eso no era del todo cierto; no siempre evitaba tocarlo, corno debería hacer. A veces la excitación la tentaba, y se dejaba llevar por el balanceo del barco, y luego le echaba la culpa al poco espacio. La sensación que la recorría toda entera cuando le rozaba la mano o se tocaban sus cuerpos era... emocionante; se había convertido en un placer irresistible.

¿Sophie habría llegado a sentir lo mismo?, pensó. ¿Qué habría en realidad entre ellos? La condesa era hermosísima, misteriosa, exótica, peligrosa, justo el tipo de mujer que, según se rumoreaba, prefería Gavin. Era inconcebible que la fuera a elegir a ella en lugar de a Sophie, ¿verdad?

Laura sintió un estremecimiento de temor. La situación era más peligrosa que hallarse en medio de la selva. ¿Qué le había pasado a su tan celebrada objetividad? ¿Y qué iba a ser de ella, hechizada por un hombre corno Gavin Graham?

11

A la tarde siguiente, Gavin oyó el ruido del ancla al raspar la cubierta de arriba. Pasado un rato, disminuyeron los movimientos de balanceo. Escuchó atentamente por si captaba el alboroto de algún puerto italiano, pero no oyó nada aparte de los crujidos de los tablones y las voces de la tripulación francesa. De todas maneras, si el barco estaba anclado, podría presentarse alguna oportunidad de escapar. Aunque sabía que era inútil, probó a abrir la puerta de la cabina. Estaba cerrada con llave, como siempre.

Se oyeron pasos; sonó la llave en la cerradura, se abrió la puerta y apareció Michael con un grupo de marineros armados.

-Venid; vais a salir de aquí.

Laura se levantó medio tambaleante.

-¿Dónde estamos?

-Pronto lo verás. Vamos.

-Si me hubieran avisado, yo estaría lista para salir -contestó Laura.

Gavin sonrió para sus adentros. Nada la desanimaba, pensó. En realidad era una de las mujeres más soprendentes que había conocido en su vida.

Los llevaron por el pasillo, y después por la escala que conducía a la cubierta de arriba. Gavin vio un islote a unas cien yardas; o sea que ese era su destino. Sobre las olas de abajo ya estaba una de las lanchas del barco, con varios marineros a bordo.

-Bajad a la lancha -dijo Michael.

Gavin pensó un momento, pero no no vio ninguna alternativa. Se volvió a ofrecer la mano a Laura para ayudarla a pasar por la baranda hasta la escala de cuerdas que colgaba por el lado del barco. Mientras ella descendía por la precaria escala, él pasó una pierna por encima de la baranda, para seguirla. Al instante vio los cañones de varias armas apuntadas hacia él, y continuaron apuntándolo cuando llegaron a la lancha. Tan pronto subieron Michael y otros dos marineros, comenzaron a remar hacia la isla.

El mar estaba en calma, y pronto llegaron a un diminuto y destartalado embarcadero. Apremiado por los cañones de las armas, Gavin saltó y ayudó a saltar a Laura. Michael también desembarcó, y los marineros comenzaron a transportar unas cajas.

-Hay una especie de casa en lo alto de ese sendero -comentó Michael-. Os dejamos provisiones.

-¿Nos va a dejar aquí? -preguntó Laura.

-Quiero darle a Gavin la misma oportunidad que me dio él -dijo Michael, sonriendo burlón.

Laura miró las rocas y la arena que componían el paisaje visible.

-¿Qué es este lugar?

-Un islote perdido que uno de los tripulantes conoce; su tío vivió aquí hasta que murió, hace poco. -Miró a Gavin-. No creas que vas a escapar, amigo mío, aquí no llega ningún barco. El viejo Tomaso acostumbraba a dispararle a cualquier hombre que osara desembarcar; por lo tanto ya no lo hace nadie.

Los marineros volvieron de dondequiera habían ido llevando las cajas.

-¿Ya está todo?

Uno de los hombres asintió.

-Muy bien. Pongámonos en marcha entonces.

Los marineros subieron a la lancha y cogieron los remos. Michael los siguió sin dejar de apuntar a Gavin con la pistola.

Podría lograr desarmarlo, pensó Gavin. Sopesó las posibilidades de apoderarse de la lancha cogiendo a Michael de rehén: no tenía posibilidades. Además el bote era mal vehículo para llegar a tierra firme; y Laura podía resultar herida en la pelea.

Retrocedió.

-Sabia decisión -dijo Michael subiendo a la lancha. Les sonrió-: Que lo paséis bien.

Los marineros ya estaban remando. La lancha se apartó del embarcadero y entró en aguas más profundas. Gavin observó alejarse lentamente su único vínculo con el mundo, pensando si había algo más que pudiera haber hecho. ¿Debería haber intentado apoderarse del barco? Habría sido imposible, contra tantos.

-Ahora me doy cuenta de que nunca aprecié Robinson Crusoe como se merecía -comentó Laura.

Él soltó una risita seca.

-Será mejor que exploremos nuestra nueva prisión.

La pequeña casa de piedra en lo alto del sendero daba la impresión de estar allí desde hacía generaciones. La inclinación del techo no inspiraba ninguna confianza, pero cuando la miraron por dentro les pareció que era firme y a prueba del tiempo inclemente. En el interior había una habitación grande con una amplia chimenea al fondo, una mesa desvencijada y una silla, una cama hundida y un armario alto. Las ventanas de papel engrasado dejaban entrar poca luz. Las cajas que habían bajado del barco estaban apiladas en el centro.

-Huele a ratones -dijo Laura.

-Sin duda. -El volvió a revisar la habitación y no vio ninguna probabilidad de riesgo-. Espere aquí; voy a echar una mirada por la isla.

-No quiero esperar aquí -dijo ella, saliendo con él-. Por lo menos no hace mucho frío. Hay leña.

Él siguió su mirada hacia el montón de ramas y troncos retorcidos apilados junto a la casa. Asintió y comenzó a subir la colina sobre la que se asentaba la casa, en busca de un lugar con una vista más amplia.

Pronto lo encontró. La cima no estaba lejos y desde allí se veía todo el islote, que era un círculo de tierra de unos diez acres, rodeado por agua azul. Las únicas señales de vida eran el barco francés que se alejaba y unas cuantas aves marinas que al parecer tenían sus nidos en los acantilados del otro lado. Había algunos árboles retorcidos e inclinados por el viento y un poco de hierba. Llegó a sus oídos el sonido de una campanilla, y divisó un pequeño rebaño de cabras paciendo cerca de la distante costa.

-Debe de haber agua -comentó Laura.

-Me imagino que encontraremos un manantial cerca de la casa -dijo él.

Aunque trató de hablar con tranquilidad, no pudo evitar un matiz de frustración en la voz. A menos que apareciera otro barco, estaba atrapado ahí mientras en el mundo ocurrían cosas importantísimas. No podía hacer nada, no podía influir en nada; incluso saber el peligro que corrían los intereses británicos no le servía de nada. Estaba atrapados en una condenada situación.

Deseaba estar solo para lograr dominar su rabiosa impaciencia.

-¿Por qué no va a ver? -le sugirió a Laura.

Como de costumbre, ella no fue capaz de acceder a tan sencilla petición.

-Hay cabras allá abajo -le dijo-. Tal vez podríamos obtener un poco de leche.

Él se sintió a punto de explotar.

-No hemos venido aquí a establecernos en una vida doméstica -ladró-. Estamos prisioneros y mientras usted persigue cabras, Europa podría arder en llamas.

-Sólo quería...

-Entrometerse, lo que al parecer es incapaz de resistirse a hacer.

-Es usted el hombre más irritante que he ...

-Cállese.

Ella le dirigió una mirada furiosa; pese a su agitación, él no pudo dejar de pensar qué hermosos eran esos ojos verdes.

-Mi «entrometimiento» podría haber sido muy útil si usted se hubiera tomado la molestia de reconocer que...

-¿Se va a marchar?

Ella lo miró como si la hubiera golpeado. Se irguió más, y levantando el mentón en gesto de desafío, dio media vuelta y empezó a bajar por el sendero.

Por fin, pensó Gavin, haciendo una honda inspiración de aire cargado de sal. Así podría pensar. Pero sin saber porqué, en lo único que logró pensar fue en la cara de Laura y en la mirada que le había dirigido al marcharse, mezcla de ofensa, sorpresa y pena.

Es que ella no entendía, pensó, algo a la defensiva. Él no podía soportar quedar relegado a un segundo plano cuando había estado en el centro de la actividad; eso era odioso, insoportable. Toda su experiencia y trabajo de los diez últimos años lo hacían idóneo para la acción. Laura no podía entender eso; no podía saber su necesidad de influir en los acontecimientos, de ser uno de los que dirigirían el desenlace.

De pronto lo golpeó una ráfaga de viento; observó que en el noroeste se estaban acumulando nubarrones que anunciaban lluvia. Hizo una respiración profunda y obligó a sus músculos a relajarse. Había estado en sitios peores. Todavía era posible encontrar una forma de escapar. Lo importante era mantener el autodominio, estar vigilante, aprovechar cualquier cosa que se presentara.

Volvió a inspirar, largamente. La presencia de Laura lo perturbaba, se dijo; en misiones anteriores, no había reaccionado con tanta violencia. Ella le desconcentraba, lo distraía de lo esencial. ¿Qué tenía que lo perturbaba tanto? Era hermosa, sí, pero había conocido a veintenas de mujeres hermosas. Era inteligente y perspicaz, pero también había conocido mujeres así. Era valiente, demasiado, quizá. En cierto modo, hacía buena pareja con él: se movía al mismo ritmo y vibraba ante las mismas señales.

¿Qué demonios quería decir eso? Gavin frunció el ceño, sin ver las aves marinas que volaban en círculos bajos ante las nubes que se aproximaban ni a las cabras que traqueteaban por las rocas en busca de refugio de la inminente tormenta. Debía tener más cuidado; Laura Devane se le estaba introduciendo demasiado en la conciencia; no podía permitirse ese tipo de obsesión; eso era peligroso para un hombre como él. Resolviendo poner fin a ese momento, se dio media vuelta y comenzó a bajar por el sendero.

La lluvia comenzó al atardecer, un aguacero frío que envolvió la casa. Laura había barrido y pedido a Gavin que encendiera la chimenea, de modo que el ambiente podría haber sido acogedor; pero no lo era, pensó. Gavin estaba sentado en la silla con expresión meditabunda, mirando las llamas como si fueran tropas enemigas; la fuerza de su personalidad parecía cargar de amenaza el aire. Era algo así como esperar que se desencadenara una tormenta o llegaran noticias que de seguro serían malas. Tenía la impresión de que cualquier palabra que dijera produciría una explosión.

No estaba asustada, pero no le agradaba la idea de una confrontación con él; ya se había comportado con suficiente grosería. Finalmente ella tendría que hacer algo; no podían aguantar mucho tiempo en ese ambiente. Pero por el momento se dedicó a tostar en silencio parte del queso que les habían dejado sus captores, combinándolo con galletas para preparar una especie de cena. No sabía si alegrarse o lamentar de que sólo beberían agua de manantial durante el tiempo que estuvieran en la isla.

En la alacena había encontrado unos cuantos platos y tazas de latón, y unos pocos cubiertos. Llenó dos platos y los colocó en la mesa. Gavin continuó mirando el fuego, desde la única silla que había en la casa. Pasado un rato, ella cogió su comida y fue a sentarse al borde de la cama.

-Tengo la impresión de estar nuevamente en la sala de clases -comentó en tono áspero-. ¿Va a continuar mucho tiempo con esa murria?

Él emitió un gruñido.

-Buen provecho. He revisado las provisiones y he preparado la cena. Trato de ser útil cuando puedo.

Él no dio señales de haberla oído; seguía dándole la espalda.

-Es muy posible que logremos escapar -continuó ella-. Tal vez Michael mintió al decir que no vienen barcos hasta aquí.

Él descartó esa sugerencia con un gesto de la mano.

-¿Y el anciano que vivía aquí? Debe de haber tenido algún tipo de lancha o bote.

-Michael no es tonto -gruñó él-. Se habrá ocupado de eso.

-Tal vez. Pero aun así deberíamos buscar para estar seguros.

-Ya buscaré yo. No tengo nada más que hacer.

Ella comió otro poco. Al cabo de un momento dijo:

-Quizá podríamos construir algo. Una balsa, o un...

-En esta isla no hay madera suficiente ni para hacer un barrilete de cerveza -ladró él-. Ya vio los árboles, son enanos y están retorcidos por el viento. Tenga la seguridad de que he pensado en todas esas cosas y he visto los inconvenientes.

-Le ruego que me perdone.

Laura terminó de comer en furioso silencio. Después llevó su plato a la mesa y lo dejó junto al de él, que estaba intacto.

-¿Tiene intención de comer algo?

-No.

-Entonces tal vez le tire su cena a las cabras.

-Por mí, puede arrojarla a la perdición.

Laura dio un golpe con el plato en la mesa.

-Cuando era institutriz, si una de mis alumnas se hubiera comportado como usted, la habría...

-¡Institutriz! -se burló él.

Ella se tensó.

-No hay nada malo en ser institutriz.

-Claro que no, si eso es lo que realmente era.

-¿Qué quiere decir con eso? Fui una...

-Ninguna mujer de su apariencia podría haber sido institutriz en la casa del conde de Leith -dijo él, volviéndose a mirarla al fin, con la expresión desdeñosa y burlona, como la primera vez que lo vio-. Institutriz -repitó, como si la palabra fuera una obscenidad-. ¿Qué la hacia enseñar el conde?

-¡Cómo se atreve!

Gavin se levantó bruscamente y le cogió fuertemente los brazos.

-¿Diez años, ha dicho? ¿Estuvo con él diez años? ¿Por qué la despidió?

Laura estaba tan enfurecida que le pareció que la visión se le empañaba de rojo.

-Leith jamás me tocó -siseó.

-¿No? ¿Cambió los hábitos de toda su vida por usted? De todas las mujeres que han caído en su poder, ¿Con usted hizo una excepción? ¿Por qué? ¿Por caballerosidad? ¿Comedimiento de caballero?

Ella se soltó los brazos y se apartó.

-El conde no conoce el significado de esas palabras.

-Eso he oído.

-Como yo, antes de tomar el empleo en su casa.

-Y sin embargo no vaciló en hacerlo -dijo él burlón-. Supongo que esa era una especie de oportunidad.

-¿Cómo se atreve a hablarme así? Lo que yo haya hecho o no haya hecho no es asunto suyo.

Gavin se quedó inmóvil. Abrió las manos, que había tenido apretadas en puños. Le desapareció el ceño, y sólo quedó en él una expresión que parecía ser de tristeza. Inclinó la cabeza, como dándole la razón.

-No es asunto mío, en absoluto -dijo.

-Acepté el puesto porque fue el único que me ofrecieron en ese momento -continuó ella, con los labios apretados-. No tenía dinero, y de ropa, sólo unos cuantos vestidos apropiados para las fiestas de sociedad. Mi padre me pidió mis perlas, para venderlas, y yo se las di.

-Le ruego que me...

-La lástima es tan insultante como sus acusaciones -interrumpió ella-. No tengo el menor interés en ella.

Él guardó silencio. Satisfecha con eso, ella continuó:

-Por supuesto que me advirtieron respecto a Leith, y pensé qué podía hacer al respecto. Era joven pero no estúpida.

-Eso no -dlijo él, en otro tono.

-Decidí cambiar mi apariencia de modo que él no se fijara en mí, para así no tener necesidad de mantener a raya sus... insinuaciones.

Gavin alzó una ceja en gesto escéptico, pero no dijo nada.

-No lo entiende; en realidad yo misma no lo entendí hasta hace muy poco. Verá, me convertí en una de las mujeres invisibles.

-¿Las...?

-No tiene idea de lo que quiero decir, porque nunca ha reparado en ellas: todas las institutrices, tías solteronas y parientes pobres con sus vestidos serios y feos y los ojos bajos. De ellas se espera que no deseen nada para sí mismas, que cuiden de los niños, hagan los recados y escuchen si no hay nadie más interesante con quien hablar.

-He conocido a varias de esas mujeres, y no tenían nada de invisibles -objetó él.

-Las descontentas -concedió ella-. Hay muchas, por supuesto. Pero de eso me he enterado hace poco. Si uno logra realmente no desear nada, desaparece. -Con cierta sorpresa, tuvo que tragarse un sollozo.

-¿Usted no desea nada? -le preguntó él, con voz extraña.

-No deseaba. Para vivir en esa casa, aprendí a no desear nada. Y desaparecí.

Se hizo silencio en la habitación, y el ritmo de la lluvia los envolvio.

-¿Y ahora? -preguntó él, con especial intensidad en la voz.

Laura lo miró. No podía decirle que ahora era todo diferente, y que eso era culpa de él. No podía decirle que su presencia en su vida le había destrozado la capacidad para desvanecerse en un segundo plano. Él había introducido en su vida la emoción de los grandes acontecimientos, la satisfacción de ser útil y, por encima de todo, él mismo. Su antigua vida era un mero recuerdo, pensó. Nunca podría volver a no desear nada.

-He olvidado cómo se hace -susurró, y sintió una lágrima deslizándose por su mejilla.

-Laura -dijo él, acercándose y cogiéndola en sus brazos.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y escuchó los latidos de su corazón. Se sintió cómoda, a gusto, en sus brazos, como si así le correspondiera estar, como si pudiera dejar de lado todas sus preocupaciones por el momento. Exhaló un suspiro y con él salió la rabia que había estado sintiendo.

-Laura -repitió él.

Eso no era prudente, le advirtió una parte de ella. No debería haberle hablado con tanta franqueza; no debería estar tan tranquila en sus brazos. Él no le había revelado nada de sí mismo. Ella le había hecho sus confidencias sin pedir nada a cambio.

Levantó la cabeza. Vio su mirada cálida e interrogante. Su cuerpo le hablaba al de ella en una miríada de vibraciones silenciosas, vehementes. «No es prudente», le repitió la voz interior, prometiéndole pesares. «¿Qué es prudente?», contestó ella. ¿Los años que había pasado siendo nada? ¿Eso era prudencia? ¿Leer sobre el deseo y no tener ninguno? ¿Iba a tener alguna vez algo que deseara? ¿Debía volver a hacerse invisible y morir así?

Él bajó suavemente la mano por su espalda, dejando una estela de calor.

-Te deseo -susurró ella.

-¿Qué? -dijo él, bajando un poco la cabeza.

¿No podía, por una vez, tomar lo que deseaba, como hacían otros? Estremecida de excitación, y por su osadía, le rozó los labios con los suyos entreabiertos.

Gavin se sobresaltó; sus ojos se oscurecieron y estrechó el abrazo.

-¿Qué...?

Arrojando la prudencia al viento, Laura volvió a besarlo. Lo que siguió la dejó sin aliento. Él tomó como un regalo su inexperto beso y lo hizo más profundo hasta marearla. Al flaquearle las piernas, ella se aferró a sus hombros y fue subiendo las manos hasta rodearle el cuello acercándolo más aún. Él la atrajo más hacia él, estrechando el abrazo como si no tuviera intención de soltarla jamás. Sus labios le incitaron el deseo, mimándolo y alimentándolo, igual que un hombre echa yesca a la llama. Le hormigueó toda la piel de la necesidad de ser acariciada por sus manos. Como si él lo supiera, deslizó los dedos por sus costados, subiendo la mano hasta acariciarle el pecho. Ella retuvo el aliento.

La otra mano le encontró los botones de la espalda del vestido, desabotonó unos cuantos y bajó un lado del corpiño dejándole al descubierto un hombro, mientras le besaba el cuello. Cuando la acarició con la lengua, ella se sorprendió por las sensaciones que le estremecieron hasta el centro mismo de su ser.

-Oh -suspiró-, no sabía que sería así.

-¿No? -susurró él, desnudando el otro hombro y dejando vagar la boca.

Cuando volvió a apoderarse de sus labios, su otra mano continuó ocupada con los botones. Con una increíble falta de preocupación, Laura sintió caer el vestido; fue como si se hubiera eliminado un molesto impedimento. Pero cuando él retrocedió y la miró, allí ante él con la enagua que ya estaba a medio quitar, se levantó un tirante.

-¿Y tú? -dijo.

-¿Yo? -preguntó él, devorándola con los ojos.

-No te has desvestido.

Él se miró la ropa y volvió a mirarla a ella.

-No, ¿verdad? -Sonrió, casi con ferocidad-. ¿Podrías ayudarme?

Tímida y excitada a la vez, ella se le acercó. Cogiéndole la chaqueta por las solapas, la echó hacia atrás; él movió sus anchos hombros, y la chaqueta cayó. Entonces comenzó a desabotonarle el chaleco, mientras él subía las manos por sus costados, le acariciaba los pechos, y volvía a bajarlas, una y otra vez. Con la respiración acelerada, ella trató de concentrarse en su tarea.

El chaleco siguió el mismo camino de la chaqueta, cayendo al suelo, y Laura continuó con la camisa. Al desabotonar cada botón, le rozaba la piel con los dedos, mientras él acariciaba la de ella de modos muy íntimos.

Cayó la camisa, y Laura deslizó las palmas por su pecho, maravillándose de los músculos cincelados y el vello dorado rizado.

-Suficiente -dijo Gavin con la voz espesa.

En un solo movimiento la cogió en brazos, la llevó a la cama del rincón y la depositó allí. Después se sentó en el borde y se quitó las botas con dos rápidos movimientos y se echó a su lado, besándola con más intensidad que antes.

Laura jamás se había imaginado que pudiera existir esa riada de sensaciones. Parecía como si el cuerpo de él le hablara al de ella, comunicándole deseos y ansias secretas ocultas durante mucho tiempo. Cuando él subió la mano por su muslo, arrastrando con ella la enagua, ella se sintió feliz de quitarse esa delgada prenda. La siguiente caricia fue tan íntima, y tan excitante, que ella soltó una exclamación.

Él susurró su nombre, pero ella estaba avasallada por una necesidad que iba aumentando más allá de toda proporción. Cuando él se apartó, ella se cogió de él como una mujer a punto de ahogarse.

-Es sólo un momento -dijo él, quitándose las calzas con un rápido movimiento.

Al instante estuvo con ella de nuevo, casi enloqueciéndola con sus labios y manos.

Justo cuando ya creía que no podría aguantar más sin disolverse, él cambió de postura y lo sintió dentro de ella. Hubo tal vez un brevísimo instante de dolor, pero ella no lo supo muy bien, porque fue seguido por una explosión de placer que reverberó en todo su interior, mientras él se movía. Oleadas de placer salían del fondo de ella, recorriéndola toda entera, hasta las puntas de los pies y las manos. Las espiraciones le salían en forma de gritos; en ese momento se sintió un ser absolutamente físico, tan saciada y completa como un animalito salvaje de las profundidades del bosque. La irrebatible belleza del momento la hizo sentir deseos de reír y llorar a la vez.

Gavin gimió y por un instante la tuvo fuertemente apretada contra él, como con tenazas; después se relajó encima de ella, con el corazón desbocado y la respiración anhelosa. Ella lo abrazó; le pareció que todas las dificultades y tensiones de esos últimos días habían desaparecido, dejándolos a los dos solos y unidos.

En el hogar sólo quedaban cenizas; por las ventanas entraba la débil luz de la aurora, y la lluvia golpeaba el techo como si tuviera la intención de continuar por un tiempo. Por los bordes de la puerta se filtraba el aire frío y húmedo trayendo consigo el aroma a hierba y piedras mojadas.

Apoyado en un codo, Gavin estaba contemplando a Laura, que dormía a su lado. Sus cabellos esparcidos semejaban una mancha de tinta; en la penumbra, su piel se veía blanca como leche, y borrosos los delicados contornos de su cara, con sus tupidas franjas de pestañas negras. Una virgen de veintinueve años, pensó, recordando la frase que había usado meses atrás, cuando por primera vez volvió a oír su nombre. Y de verdad lo había sido.

Todavía lo encontraba increíble; no porque hubiera pensado que mentía cuando le contó acerca de su vida en casa Leith; simplemente no había entendido ni la mitad de las cosas que dijo. Eso de mujeres invisibles y de desaparecer, le sonaba a cuento de hadas. Y sin embargo, sí, había escapado del villano. Movió la cabeza, maravillado. Eso era una cosa más que la convertía en un ser tan extraordinario.

El viento arrojó un chorro de lluvia sobre el papel engrasado de la ventana este. Hacía frío en la habitación. Debería encender el fuego, salir a buscar más leña. Después se ocuparía de las rendijas de la puerta; tal vez podría hacerse algo para taparlas.

Cuando volvió a mirar a Laura, que respiraba suavemente, una voz interior le preguntó qué demonios estaba pensando. No era el dueño de la casa obligado a preocuparse por las corrientes de aire en invierno; la comodidad no había sido su principal consideración durante años y años. Había descubierto información importantísima; debía hacerla llegar a su gobierno. Lo único que importaba era salir de esa isla y cumplir esa misión. No había espacio en su vida para... para aventuras amorosas.

¿Qué esperaría ella cuando despertara?, pensó. ¿Algún tipo de declaración amorosa? ¿Qué se había hecho de su tan concienzuda norma de complacerse sexualmente sólo con mujeres que supieran de qué iba el juego, que supieran muy bien lo que él ofrecía?

Le volvió, aún con más intensidad, la rabia por estar atrapado que lo había afectado tanto el día anterior. Detestaba que le arrebataran el poder de actuar. Si Laura se sentía decepcionada, era por su propia culpa, pensó. No había representado a una inocente la noche anterior; no se había refrenado.

El recuerdo de lo que ella había hecho lo recorrió todo entero, y lo excitó. La deseaba, claro que la deseaba; no estaba hecho de piedra.

Además, sus cuerpos se hablaron en un lenguaje simple, absolutamente irresistible, que no pedía nada al futuro. Pero las consecuencias no eran simples; eran tan complicadas que había comenzado a temer el momento en que ella abriera los ojos. Si tuviera algún lugar donde ir, en ese momento elegiría escapar.

Con el mayor cuidado para no despertarla, se bajó de la cama y se puso la camisa y las calzas. El suelo estaba frío; se calzó las botas para ir a remover las brasas y añadir leña al fuego.

Tenía un hambre canina; al ver en la mesa el plato que le había dejado Laura la noche anterior, se acercó a comer la galleta con el queso ya frío. Su mente empezó a considerar todas las posibilidades de huir de la isla, con el mismo éxito del día anterior. Tenía que haber algún medio a su disposición; nunca se había encontrado tan desprovisto de ingenio.

Poco a poco le fue aumentando la sensación de que era observado. Levantó la vista y se encontró con los ojos de Laura enfocados en él, con expresión inescrutable.

-Buenos días -le dijo ella.

-Buenos días.

-Ya estás vestido.

¿Estaba decepcionada?, pensó él, sobresaltado.

-Sí.

-Quería ver si eres igual que los dibujos.

-¿Qué? -Habría jurado que sí estaba decepcionada.

-Nada -contestó ella sonrojándose-. Creo que no estoy bien despierta aún.

-¿Qué dibujos?

-No tiene importancia.

Laura miró alrededor como si no supiera qué hacer. Al ver su enagua, la cogió y se la pasó por la cabeza, moviéndose al bajarla por el cuerpo.

Gavin experimentó una oleada de deseo mezclado con pesar.

-¿Qué dibujos? -repitió, su anterior preocupación superada por la curiosidad.

Ella se encogió de hombros.

-El conde tenía un buen número de carpetas en su biblioteca -dijo, hablando bastante rápido-. Con dibujos.

-Las carpetas suelen contener dibujos. ¿Cuál era el tema?

Ella levantó la cabeza y volvió a mirarlo.

-Me estás tomando el pelo -comentó-. Eran dibujos de hombres y mujeres en... diversas posturas íntimas.

-¿El conde tenía esos dibujos donde cualquiera podía verlos?

-A él no le importaba. En todo caso, solía estar fuera la mayor parte del tiempo.

-Y tú aprovechabas la oportunidad para, eh... familiarizarte con...

-Tenía curiosidad.

-¿Sí?

Sorprendentemente, ella se echó a reír.

-Al principio me horroricé, pero después comencé a encontrarlos bastante... interesantes.

Él guardó silencio.

-Y... la experiencia de anoche fue tanto más avasalladora de lo que había leído, que deseaba ver si...

-¿Si yo difería en algo de los dibujos? -terminó él, con la voz algo trémula.

Ella asintió, más ruborizada aún.

-¿O sea que el conde tenía libros además de dibujos?

-Sí.

-¿Y tú también aprovechabas los libros?

-No tienes por qué hablar con tanta superioridad. Tú habrías hecho lo mismo si hubieras estado allí.

-Por supuesto.

Gavin no sabía si reírse o escandalizarse. Las consecuencias de su conocimiento eran fascinantes, y su ingenuidad, conmovedora.

-No tienes por qué mirarme así. También leí muchísimas otras cosas.

-No me cabe duda.

Laura miró su vestido, que estaba hecho un bulto en el suelo a cierta distancia de la cama. Con cierto titubeo se levantó y fue a recogerlo, y se lo pasó por la cabeza. Empezó a abrocharse los botones de la espalda con bastante torpeza.

El pelo le caía en desorden sobre los hombros, y por debajo del vestido asomaban sus pies descalzos. Gavin no pudo resistirse.

-¿Te ayudo a abotonarlo? -le preguntó, levantándose y colocando las manos sobre las de ella.

Ella lo miró por encima del hombro; sus ojos eran pozos móviles de oscuridad y luz.

-Gracias -susurró.

Él fue abotonando muy lentamente, presionándole la espalda con los dedos. A ella se le aceleró la respiración.

-No sé... -dijo ella-. ¿Cómo se comporta uno después de...? ¿Hay alguna especie de...?

El aroma de su perfume y lo que palpaba con sus manos le estaban borrando todos los demás pensamientos de su mente a Gavin.

-¿Etiqueta?

-Supongo que se le podría llamar así.

-Sólo se me ocurre una cosa.

Sin poder resistir la tentación, se inclinó y posó sus labios en la suave piel de su nuca, rodeándola con sus brazos y atrayéndola hacia él.

Ella se apoyó en él. Él dejó vagar la boca y las manos y lo embelesó oírla retener el aliento y estremecerse.

Pasado un momento, justo cuando él lo deseaba, ella se giró entre sus brazos y le rodeó el cuello con los brazos. El beso fue como aceite en llamas. La apretó fuertemente contra él y sintió que ella se entregaba totalmente. El deseo era insoportable.

-¿Me estás desabotonando el vestido de nuevo? -preguntó ella, soñadora.

-Sí.

-Ah, estupendo.

El vestido cayó de sus hombros. Laura levantó la cabeza y lo miró con los ojos agrandados y empañados por la pasión; después se levantó la enagua y se la quitó, quedándose desnuda ante la chimenea. Sus esbeltas curvas revelaban toda la seducción que normalmente estaba oculta. Su mirada parecía desafiarlo; en respuesta, él se quitó la ropa y quedó desnudo ante ella, sintiéndose a la vez burlón y vulnerable.

-Oh -suspiró ella, pestañeando.

-¿Estoy a la altura de tus estudios? -preguntó él con voz ronca.

-Eres todo dorado.

-Algunas partes son duras como metal -concedió él, avanzando y cogiéndola en brazos para ponerla en la cama.

De nuevo él incitó en ella la pasión que había reconocido al principio. Y de nuevo sus cuerpos conectaron en el inevitable ritmo, y el deseo se excitó sin palabras. No había lugar para el pensamiento ni la razón, ninguna posibilidad de dudar. Ella lo acarició lentamente y él intento reprimir un gemido de placer.

-No tan frío como el metal -susurró ella.

Él no pudo hablar. No podía esperar, tenía que poseerla en ese mismo instante; con un enorme esfuerzo se contuvo hasta que ella gimió del placer de la liberación. Entonces se abandonó y permitió que las sensaciones estallaran por todo su cuerpo, como una tormenta al azotar los dentados acantilados. El placer fue tan intenso que lo sacudió, rebotando en todas sus partes, y dejándolo totalmente agotado. Estaba tan estremecido que temió desmoronarse sobre ella, temió aplastarla con su peso. Con el último resto de fuerza que le quedaba, se echó hacia un lado atrayéndola y poniéndola encima de él. Así quedó reposando de espaldas, con el pulso desbocado, la respiración resollante, y esperó a que el mundo se recuperara del torbellino.

Pasaron los minutos, inadvertidos. Lentamente se le normalizó el corazón y sus músculos recuperaron cierta flexibilidad. Poco a poco tomó conciencia de dónde estaba. La lluvia arreciaba; por la chimenea entraban gotas que siseaban al caer en el fuego.

Laura tenía apoyada la cabeza cerca de su clavícula, las piernas a horcajadas sobre él, y ahuecada una mano sobre su hombro. Le volvieron en tropel los escrúpulos que había sentido antes; no había sido su intención hacer eso. Él, intranquilo, se aclaró la garganta.

Laura se incorporó un poco, apoyada en las manos para mirarlo, y sus cabellos se esparcieron alrededor de los dos.

-Eres muy bueno en estas cosas, ¿verdad? -le dijo.

Él parpadeó.

-Una vez oí hablar de ti a unas francesas. Dijeron que eras «un poeta de la alcoba».

-¿Cómo dices? -dijo él, repasando rápidamente su memoria en busca de francesas, pero no recordó a ninguna-. Te aseguro que no he...

-Y ahora sé qué significa eso -continuó ella, sonriéndole. Parecía una colegiala complacida por algún descubrimiento, pensó él. Y una gata que acabara de abrir la jaula del canario. Era una mujer incomprensible.

-Me gustaría quedarme aquí para siempre -dijo ella, mirando la desvencijada casa con más aprecio que el que se merecía.

Eso se parecía más a lo que había esperado. Volvió a aclararse la garganta.

-Ah, comprendo que mi comportamiento ha sobrepasado los límites del decoro.

Ella volvió a mirarlo. Parecía sorprendida.

-La situación era irregular -continuó él-. Aunque no pretendo decir que eso disculpa...

-No me has seducido -lo interrumpió Laura ásperamente. Se enderezó, echando sus cabellos negros detrás de sus blanquísimos hombros-. Por favor, no empieces a hablar de decoros, cánones sociales ni reputaciones. Por lo que a mí respecta, esas cosas no tienen ninguna importancia.

Gavin se quedó mudo de sorpresa. Ella pasó una pierna a un lado y quedó de rodillas en la cama, junto a él.

-Cuando escapemos, volveré a Inglaterra y buscaré un nuevo puesto, como tenía planeado hacer. -Se levantó y empezó a ponerse la enagua-. Y no hay nada más que decir -terminó-. ¿Tienes hambre? Ojalá tuviéramos té.

Continuó vistiéndose mientras él la miraba fijamente. Pasado un rato, le pareció que su única opción era hacer lo mismo.

-Bacon -exclamó ella, mirando las provisiones-. Justo lo que necesitábamos.

12

Gavin se pasó la tarde caminando por los serpenteantes senderos de la isla, subiéndose a montículos de rocas y arena, mirando el mar por si se divisaba algún velero. La lluvia había cesado por fin, y las nubes estaban comenzando a disgregarse. Veía a millas de distancia en el mar, todo vacío. Caminó y caminó, acompañado por las aves marinas y, durante un rato, por las cabras.

A medida que avanzaba, intentaba formular planes de huida, pero le costaba mucho concentrarse. Estaba sufriendo el desasosiego de un hombre que ha logrado justo lo que deseaba.

Lo atribuyó a frustración; tenía que llegar a tierra firme y no podía. Pero lo que no paraba de pensar era: Laura no deseaba declaraciones ni promesas de amor. No esperaba nada de él. Se iba a volver a Inglaterra y reanudar su vida como si nunca se hubieran conocido.

Él podría continuar su camino, libre de compromisos, tal como había deseado, tal como había hecho siempre. Ella se convertiría en uno más de los placenteros interludios de la larga serie de ellos que salpicaban sú carrera. La dejaría atrás y continuaría con su trabajo, aventurándose en nuevos lugares, haciendo frente a nuevos peligros. Todo estaba bien.

¿Por qué, entonces, se sentía insatisfecho con esa resolución? El comportamiento de ella no tenía ninguna lógica, se dijo, resentido. No se parecía a ninguna de las mujeres que había conocido. Aparentemente había vivido tan aislada como una monja durante años. No tenía ninguna experiencia en coquetería ni diversiones. No debería actuar como actuaba.

De una patada apartó una piedra del sendero. Debería estar despotricando por su honor manchado, insistiendo en que él le ofreciera matrimonio, llorando por la crueldad con que él se había aprovechado de ella, quitándole su inocencia.

Sus labios se curvaron en un rictus de disgusto ante ese cuadro. Si ella hubiera... pero no, no se trataba de eso. Era el modo como debería haber reaccionado; él se había preparado para enfrentar eso; tenía listas las respuestas. Maldita sea, había deseado consolarla, mostrarle su nobleza; en realidad, en ese momento, puesto el tema, casi le parecía que había tenido la intención de proponerle matrimonio. Eso habría sido condenadamente inconveniente, claro, una imposición, en realidad. No tenía ningún interés en casarse, no había lugar para el matrimonio en su vida, pero había estado dispuesto a hacer el sacrificio; sabía cuál era su deber. Tenía cierto respeto por las normas convencionales que sostenían la sociedad, a diferencia de la incomprensible y enloquecedora mujer que lo esperaba en su prisión.

Al virar ante un montículo de tierra, arrancó un arbusto raquítico y lo arrojó fuera del sendero, furioso. Ella había desechado con un chasquido de los dedos las normas civilizadas de la sociedad. Eso era algo... antinatural. Todas esas lecturas de que hablaba le habían vuelto del revés el cerebro.

Pensar en esas lecturas le trajo el recuerdo de esa mañana. Sonrió nostálgico y notó que su cuerpo reaccionaba a las imágenes así evocadas. Se la imaginó en una biblioteca desierta volviendo las páginas de una escandalosa carpeta de dibujos, mirando las imágenes con los ojos agrandados por la curiosidad. Casi se rió en voz alta. Ciertamente no había ninguna otra mujer como ella en el mundo, pensó.

Esa idea llegó acompañada por un extraño pesar. Cuando volviera a Inglaterra, desaparecería en la masa de gente de allí, y él no sabría nunca más de ella. Echaría de menos esos momentos de sorpresa ante sus comentarios y reacciones. Y, lógicamente, nunca volvería a acariciarla.

Se detuvo en seco, sintiéndose momentáneamente sin aliento. El terreno era más escarpado de lo que había imaginado, pensó; había subido demasiado rápido. Afirmó el pie en el borde de una roca y apoyó el codo en la rodilla.

La separación era inevitable, se dijo. Él trabajaba solo, y los lugares donde iba eran peligrosos, brutales. Después de ser desterrado, prácticamente repudiado por su familia, había aprendido a ser independiente, y le había tomado cariño a esa forma de vida. Amaba la libertad, el riesgo y la sensación de consecución cuando coronaba con éxito una fabulosa misión. No estaba dispuesto a renunciar a nada de eso.

Reanudó la marcha. Ciertamente no iba a renunciar a eso, de ninguna manera. ¿En qué había estado pensando? La actitud de Laura era un enorme alivio; le agradecía que no le complicara las cosas. En realidad tenía una suerte inmensa, considerando que había violado su propio código, acostándose con ella. Todo estaba saliendo bien.

Aparte de su encarcelamiento en ese terrón de roca, añadió en silencio. Al pasar la última curva y ver el embarcadero, todo su considerable intelecto se volvió hacia el asunto del escape.

-Tengo una idea -le dijo Laura.

La falta de ideas factibles lo habían puesto de un mal humor que ya le duraba horas.

-¿Ah, sí? -contestó.

-Sí. Las tribus aborígenes de Norteamérica enviaban señales con humo. Tengo entendido que estas señales se ven desde grandes distancias.

De nuevo lo desconcertó la imprevisibilidad de su forma de pensar. Ella lo estaba mirando, esperando una respuesta.

-¿Eso es algo que encontraste en algún libro?

-Sí. Usan ramas verdes, creo, y...

-¿Cómo demonios has llegado a leer una cosa así?

-Uno se puede aburrir mucho, muchísimo, en diez años. Te sorprendería saber el número de libros que he leído.

-Ya me ha sorprendido -masculló él.

Ella se sonrojó un poco, pero no hizo ningún gesto de darse por aludida de la insinuación.

-El humo lo podrían ver desde tierra firme -continuó-. Y alguien podría venir a investigar, ¿no crees?

-¿Y por qué iban a hacerlo? Una columna de humo...

-No es una columna. Las tribus lo hacen en forma de código. Cubren el fuego con una manta y luego la quitan para que el humo adquiera forma de... nubes.

Gavin frunció el entrecejo.

-No conocemos el código, ni nadie lo conoce por aquí.

-Claro que no. Pero un fenómeno tan insólito causaría curiosidad. Vendrían a ver de dónde sale.

-Posiblemente -dijo, buscándole defectos a la idea.

-Yo diría que sí. Además, ¿Qué otra manera tenemos de enviar señales?

Gavin sintió un deseo abrumador de presentar otro plan, uno que fuera sorprendente. Por desgracia, no se le había ocurrido ninguno.

-Tal vez podríamos intentarlo -concedió.

-Tú recoges algunas ramas verdes. Yo llevo la manta.

-Sólo tenemos una manta -objetó él-. Y acabará cubierta de hollín.

-Cierto -dijo ella, quitando la manta de lana gris de la cama y doblándola.

Esa tranquila competencia estaba empezando a molestarle.

-Supongo que encontraremos otra manera de abrigarnos –dijo sarcástico, y se sintió extrañamente gratificado al ver que ella se ruborizaba.

Pero ella no lo miró. Desde que volvió a la casa, evitaba mirarlo a los ojos. Él necesitaba que lo mirara.

-Pareces muy ansiosa de escapar -le dijo.

Eso produjo el resultado deseado. Sus grandes ojos verdes se enfocaron en él.

-Es esencial que nos comuniquemos con las autoridades.

Él le miró la cara en busca de algo más; pero su expresión era inescrutable.

-Ayer despotricabas sobre la necesidad de escapar -observó ella.

Esa lógica lo enfureció.

-Vamos a estropear nuestra única manta -dijo, saliendo furioso al aire frío.

Pasado un momento oyó sus pasos detrás de él.

-No conviene intentarlo ahora -dijo, cuando se detuvieron en uno de los promontorios, al Iado de una pila de troncos y ramas-. Hay demasiadas nubes.

Ella asintió.

-No se va a notar el humo entre ellas.

-Tendremos que esperar hasta que se despeje -dijo él, mirando el cielo, y sintiéndose satisfecho, sin saber muy bien por qué.

Ella cogió la manta y echó a caminar de vuelta a la casa. Gavin se quedó atrás, mirando el mar absolutamente desierto. Unas formas de humo bien podrían atraer a un barco que fuera pasando o a algún pescador. Sería mucho más visible que una hoguera, que ya había decidido encender. Podrían tener una verdadera posibilidad de escapar.

Sin dejar de preguntarse por qué no se sentía más contento ante esa nueva posibilidad, siguió a Laura por el sendero del cerro. El día de invierno ya terminaba, y el aire estaba frío. Apresuró el paso.

Laura había hecho lo que ninguna otra mujer del mundo podría hacer, le dijo una insistente voz interior. Había descubierto a Michael, había soportado valientemente un secuestro, y acababa de formular un posible plan de huida. Y durante todo eso, no había permitido que... se entrometieran asuntos personales. No podía pedir más de Hasan ni de ningún colega, le dijo la voz.

Todo eso era sólo suerte, replicó él en silencio. En realidad ella no sabía lo que hacía. Pero su sinceridad interior lo obligó a conceder que muchas veces sí daba la impresión de saberlo.

Laura colocó otro tronco en el hogar y se enderezó. Puso atención por si escuchaba los pasos de Gavin fuera, pero no oyó nada. Tal vez seguía en el promontorio, deseando que apareciera un barco. Una parte de ella deseaba que regresara, mientras que la otra parte deseaba que se quedara allí un rato más para tener algo de tranquilidad.

Habían sucedido demasiadas cosas en muy poco tiempo, pensó; era difícil adaptarse. Pero sabía que en realidad no era ése el problema. Lo que le hacía temblar las manos y que le doliera el corazón era el recuerdo de la expresión que vio en Gavin cuando despertó esa mañana. Todavía soñolienta, lo había visto reclinado en la silla. Allí, sentado, parecía como si ella le hubiera puesto un peso encima y quisiera encontrar la forma de liberarse; eso no podía ocultárselo; lo había visto claramente en los contornos de su cuerpo, que le hablaban con más elocuencia que las palabras. Estaba lamentando la noche que a ella le había resultado mágica. Deseaba escapar de algo más que de ese islote. ¿Acaso estaría deseando volver con Sophie Krelov?

Ni siquiera mientras la acariciaba, abstraída del mundo, había podido evadir ese pensamiento que permanecía oculto, acechándola. Un pensamiento que le hacía daño y la enfurecía. Después, mientras descansaba en sus brazos, recordó una conversación que había escuchado en la casa de los Leith. Una amiga de la condesa estaba muy feliz por la suerte de su hija. La joven se había visto en una situación comprometedora con uno de los mejores partidos de la temporada; el joven había hecho lo honroso, aun cuando en realidad no había ocurrido nada, pidiendo su mano. La familia había aceptado, y la madre estaba exultante por el matrimonio tan fabuloso que iban a concertar. Despreciable, pensó ella. Y Gavin había esperado que ella hiciera lo mismo.

Cogió bruscamente el balde de madera del suelo, y salió para llenarlo en el manantial. ¿Cómo podía pensar eso de ella? ¿No había comprendido nada en el tiempo que habían estado juntos? ¿Acaso no sentía cuando se tocaban...? Tropezó y del balde saltó agua, mojándole la falda. Lo llevó dentro y lo colocó junto al hogar. Al menos ella le había hecho ver su error, pensó, con triste satisfacción. No tendría nada que reprocharle; se había comportado como un ser en cuya existencia nadie creía: una mujer de honor.

Acercando la falda al fuego para que se secara, se tragó las lágrimas. Esperaba que el orgullo de haber hecho eso la sostuviera cuando de nuevo estuviera en una horrible sala de clases.

Se abrió la puerta y entró Gavin. Al instante cada fibra de su cuerpo percibió su presencia.

-Lo del humo es francamente una buena idea -dijo él, con cuidado-. Creo que podría dar resultado -añadió, asintiendo.

Algo dio un vuelco en el pecho de Laura. Lo amaba; lo amaba más de lo que jamás había amado a nadie, o más de lo que volvería a amar jamás, comprendió. La enormidad de ese conocimiento casi la hizo caer.

-¿Estás bien? -preguntó él avanzando hacia ella.

-Sí. -Volvió la atención a su falda, temerosa de mirarlo a los ojos-. Creo que sólo hay queso, jamón y galletas para cenar. Eso es lo único que tenemos.

Él no contestó.

Se arriesgó a mirarlo y vio que la estaba mirando como si presintiera su trastorno. Qué guapo era, pensó, oro antiguo y bronce, y su figura parecida a una estatua griega antigua. Pero más aún, era inteligente, tremendamente seductor, y emparejaba con ella de un modo misterioso que aún no lograba comprender. Esa certeza latía en su interior con la misma fuerza con que latía su corazón.

No podría haber evitado enamorarse de él, comprendió, tal como no podría dejar de respirar. Podía saber que era un error, podía desesperar del resultado, pero no haberlo evitado. Desde el momento en que se conocieron, que bailaron con tanta naturalidad, el resultado se volvió inevitable. Había conocido la horma de su zapato, pensó con ironía; en más de un sentido.

-¿Te has caído? -le preguntó él, aún tratando de interpretar su expresión.

-No, sólo se ha derramado el balde.

Dio una última sacudida a su falda, y se preparó para volverse a mirarlo.

-Deberías haber esperado. Yo habría ido a buscar agua.

-Soy perfectamente capaz de hacerlo. Sólo fue una torpeza.

Se volvió. Gavin la estaba mirando. Era todo lo que ella deseaba, pensó; pero él no quería cargar con la responsabilidad del amor. Tenían esos días juntos y luego todo acabaría. Aprovecharía al máximo ese tiempo, decidió. Por lo menos tendría ese recuerdo para el resto de su vida.

-Siéntate -le ordenó él-. Yo cortaré el queso.

Ella se sentó en la silla, dispuesta a dejar que él revisara las provisiones.

-¿Es cierto que has comido ojos de cordero?

-¿Qué?

-El general dijo que habías comido.

Le quitó la envoltura al trozo de queso y comenzó a cortar rodajas.

-¿Pryor? ¿Por qué diría eso?

-En realidad, creo que dijo que eras el tipo de hombre capaz de comer ojos de cordero si fuese necesario para concertar una alianza.

-Por suerte, nunca he necesitado hacerlo -dijo él, poniendo las rodajas en un plato de lata.

-Qué lástima, me habría gustado saber a qué saben.

Él enarcó una ceja.

-Supongo que podría coger una cabra para que pruebes; son muy semejantes a los corderos.

-No, gracias -se apresuró a contestar Laura.

Él la miró como si siguiera percibiendo algo distinto en ella.

-¿A qué se debe esa repentina curiosidad?

¿Notaría él un cambio en ella, ahora que había comprendido la verdad?, pensó Laura. ¿Lo revelaría tal vez en su manera de sentarse, o en el ángulo de inclinación de la cabeza?

-Siempre he sido curiosa. Siempre he deseado viajar y ver cómo viven otros pueblos.

Él hizo un gesto con el cuchillo, que estaba preparando para cortar la galleta.

-Bueno, ahora estás viajando. ¿Qué te parece?

-Esto no es exactamente lo que tenía en mente -dijo ella, riendo sorprendida.

-Gran parte de mi trabajo es como esto, o peor. No todo son escenas exóticas ni ojos de cordero.

-Hablas como si no te gustara.

-La verdad es que sería un ser bastante raro si me gustara estar empapado hasta los huesos y muerto de hambre mientras me persiguen tribus hostiles por en medio de montañas infranqueables.

-Entonces ¿Por qué lo haces?

Él sonrió.

-Tal vez soy algo raro.

Ella volvió a reírse.

-A mí no me importaría pasar penurias en viajes como esos. Valdría la pena con tal de hacer algo importante.

-Una mujer nunca se aventuraría en esas regiones -dijo él, con expresión horrorizada.

-¿Por qué?

-Por miles de razones. Es impensable. -Cogió el balde de agua y llenó dos tazas-. La cena, milady -añadió.

Laura cogió el plato que él le pasó, sin mirarlo a los ojos. Más claro, imposible, pensó; no había lugar para ella en su vida. Ni siquiera podía imaginarse algo así. Tomó un bocado de queso y descubrió que no tenía apetito.

Con la noche llegó la incomodidad. A Gavin se le veía desasosegado, brusco. Se paseaba por la habitación sin instalarse en ninguna parte. Laura deseaba sentir sus brazos alrededor, pero se resistía a pedirselo. Por su forma de pasear y sus comentarios, daba la impresión de que deseara estar muy lejos de esa casa destartalada y de ella.

Al final cayeron en un tenso silencio. En el hogar el fuego chisporroteaba y crepitaba; fuera se oía el ruido del viento al azotar los acantilados, y el murmullo del mar. Laura seguía sentada en la silla, con las manos fuertemente entrelazadas en la falda.

Tenía miedo de hablar, porque si lo hacía, sería capaz de declararle todos sus sentimientos, la profundidad de su amor, y luego tener que ver el rechazo en sus ojos.

Cuando ya no pudo soportarlo más, se levantó, fingiendo una actitud muy normal.

-Estoy cansada. Creo que me voy a acostar.

Gavin se volvió como si ella le hubiera arrojado algo.

-Yo voy a salir a inspeccionar -contestó.

¿Inspeccionar qué? ¿Las cabras?, pensó ella. Esperó unos minutos pero él no volvió. Se desvistió y se metió bajo la manta. Ya había transcurrido mucho tiempo cuando oyó el crujido de la puerta al abrirse. Gavin no se acostó a su lado.

. . .

El día amaneció luminoso y despejado. Cuando Laura despertó, Gavin no estaba en la casa, pero al cabo de un rato llegó, con las mejillas sonrosadas por el viento, e increíblemente hermoso. ¿Habría dormido algo? ¿Y dónde?

-He llevado más leña al promontorio -dijo él-. El cielo está despejado, listo para nuestro experimento.

O sea que se iban a concentrar en la tarea de enviar señales, pensó ella, no en nada tan trivial como lo que había ocurrido entre ellos. Gavin deseaba salir de la isla y escapar de ella.

Encendieron el fuego a media mañana. Primero se ocuparon de hacer una buena llama y después apilaron encima ramas verdes, para obtener el máximo de humo. Cuando del promontorio se elevó una ancha columna de humo, Gavin puso la manta encima y luego la quitó; esperó un momento y repitió la operación, produciendo una visible y satisfactoria interrupción en la señal. Y así continuó repitiendo la operación.

-Alguien tendrá que advertirlo -dijo ella mirando las formas intermitentes de humo que se elevaban en el cielo.

Gavin se limitó a continuar su tarea. Al cabo de una hora, ya se veía una estela de formas de humo desvaneciéndose en el horizonte, algunas muy cortas, otras bastante largas. Él estaba bañado en sudor por el calor de las llamas, y le brillaba el cuello desnudo. Se había

arremangado la camisa hasta los codos y por sus antebrazos discurrían líneas de hollín. Estaba magnífico, pensó Laura, con sus cabellos relucientes bajo el sol.

-Con esto debería bastar -dijo él, tirando la manta al suelo. Se secó la frente con una mano-. Si alguien está destinado a verlas, las verá.

Laura asintió. Pensó que algún barco vendría a investigar las señales, pero comprobó que esa posibilidad la llenaba de una mezcla de felicidad y tristeza.

-Puedes volver a la casa, si quieres -le dijo Gavin-. Yo me quedaré aquí a observar.

Sin decir palabra, Laura se marchó. Eso era lo que todo el mundo esperaban de ella, pensó mientras bajaba el serpenteante sendero: esperar en casa mientras se hacían grandes proezas en otra parte; mantenerse en segundo plano, pasar inadvertida, no atraer atención. Había salido de las sombras y ahora tenía que volver a ellas; había sido una breve salida a la luz, en lo que le parecía una vida muy larga. De pronto recordó algo que había leído en la biblioteca del conde, un poema que hablaba de un pájaro que, volando en la noche, entró en una sala de banquetes muy iluminada, en que ardían antorchas y la gente estaba celebrando una fiesta, y luego volvió a salir; un paso efímero por la luz, desde la oscuridad a la oscuridad. Sintió una fuerte afinidad con ese animal.

Cuando llegó a la casa, entró y se sentó en la silla junto al hogar. El desaliento amenazaba con superarla; durante los años que vivió en la casa de los Leith había combatido muchas veces esos sentimientos, pero en estos momentos abrumaban más. En aquel entonces era muy poco lo que tenía que perder.

Impaciente consigo misma, se levantó y comenzó a pasearse por los maderos irregulares del suelo. ¿Iba a renunciar, así, simplemente? ¿Iba a volver mansamente a una vida que no deseaba y que ya no sabía si sería capaz de soportar? ¿Iba a aceptar lo que otros pensaban que podía o no hacer?

Deseaba decir no, pero sabía que no era tan sencillo. Le había dejado muy claro a Gavin que ella no era una señorita llorica regida por las convenciones sociales. Pero cuando volvieran a tierra civilizada estaría limitada por ciertas restricciones. Si no se ganaba la vida como institutriz, ¿qué podía hacer? Había unas pocas alternativas, pero ninguna la atraía.

Continuó paseándose. Si Gavin la amara..., pero no, no la amaba. Por el contrario, la consideraba un posible embrollo y una amenaza a su felicidad; no debía incluirlo en sus cálculos. Él sólo deseaba abandonarla.

Reteniendo el aliento a causa de una punzada de dolor, se dio media vuelta y caminó en sentido opuesto. Estaba enfrentando la realidad, insistió a esa parte de sí misma que deseaba llorar; no había tiempo para llorar; y los lamentos eran inútiles. Tenía que haber algo que pudiera hacer.

Entonces se le ocurrió una idea; se detuvo en medio de la habitación a considerarla. En su mente aparecieron argumentos a favor, en ordenadas hileras; surgieron puntos persuasivos. Los argumentos le parecían irresistibles. ¿Lo serían para los demás?

Reanudó el paseo por la habitación, desarmando la idea y armándo la de nuevo pieza a pieza, buscando puntos débiles. Al encontrar muy pocos, le volvió la energía. Podría muy bien dar resultados, pensó, y el futuro se abrió ante ella de un modo totalmente nuevo.

. . .

Pasaron horas hasta que avistaron un velero. Era evidente que se dirigía a la isla. Pusieron más leños en el fuego y empezaron a enviar más señales. El barco se fue acercando con una lentitud desesperante. Tuvieron la sensación de que había transcurrido una eternidad cuando por fin distinguieron figuras en la cubierta.

-Parece un pescador de la localidad -comentó Gavin-. El barco es pequeño y no lleva bandera.

-¿Crees que nos llevarán a tierra?

-Por un precio.

Ella asintió.

-Tienes dinero. Yo tengo un poco.

-Suficiente. Es una suerte que Michael considerara el robo indigno de él.

Ella volvió a asentir.

Gavin la miró de reojo. Había algo diferente en su mirada, lo había notado desde que volvió al promontorio. Tenía el andar más ágil, la mirada más animada. Era desconcertante; había cambiado antes de que hubiera algún signo de rescate, y él no lograba encontrar ningún motivo.

-En realidad es mejor que no hayamos atraído a un buque mercante o de la armada -dijo-. Es mucho menos probable que esos alteren el rumbo, y cualquier capitán de la armada haría muchísimas preguntas.

-A no ser que fuera un barco británico -repuso ella.

Hasta la voz le sonaba diferente, más despreocupada, pensó él, desmesuradamente irritado por el misterio.

-Esos podrían hacer más preguntas que cualquier otro. No podemos perder el tiempo en explicaciones. Necesitamos movernos rápido.

Ella alzó las cejas, con expresión extrañamente divertida. ¿Qué había dicho que fuera tan divertido?, pensó él. Esa nueva y enigmática Laura estaba comenzando a ser irritante.

-Voy a bajar al embarcadero -dijo-. Tú quédate aquí y les haces señas indicándoles la dirección, para que no tengan dificultad en encontrarlo.

-De acuerdo.

Echó a andar por el sendero, y de pronto se detuvo, asaltado por un pensamiento.

-Les diré que nuestro barco naufragó. Y... será más fácil si les digo que eres mi esposa.

-Di lo que se te ocurra -contestó ella a la ligera, sin desviar la vista del pesquero que ya se aproximaba rápidamente.

Gavin la miró ceñudo un instante, y luego desechó las preguntas de su mente, Lo importante en ese momento era convencer a los marineros para que los sacaran de la isla. Descifrar el extraño comportamiento de Laura tendría que esperar.

Laura permaneció en el promontorio hasta que los acantilados ocultaron el barco. Entonces volvió a la casa a esperar. Pronto oyó voces que se acercaban; eran voces animadas, interrumpidas de tanto en tanto por risas. Cuando se hallaron más cerca se dio cuenta de que hablaban en italiano.

Gavin entró primero.

-Laura, Luigi y su tripulación han accedido a llevarnos a tierra firme.

Detrás de él entraron tres hombres morenos vestidos con toscas prendas de trabajo, uno de ellos era poco más que un niño. Los tres la miraron con admiración.

Puesto que Gavin le había hablado en italiano, ella expresó su alegría y gratitud en ese idioma.

-Te presento a Luigi, su hijo Roberto y Gianni.

Ella respondió a las presentaciones. Roberto hizo ademán de inclinarse a besarle la mano, pero su padre lo tiró hacia atrás.

Gavin señaló las cajas de provisiones y los hombres las cogieron.

-Les dije que se las podían quedar, puesto que nosotros ya no las necesitaremos.

-Por supuesto -contestó ella. ¿Significaba eso que no había tenido que pagarles?, pensó.

-¿Estás lista?

Ella asintió. Gavin se le acercó y la cogió del brazo, lo cual la sorprendió, hasta que vio las expresiones aprobadoras de los hombres. Recordó lo que le había dicho George Tompkins acerca de Gavin, que encajaba en cualquier grupo de personas que conociera. Al escucharlo bromear con sus salvadores mientras bajaban al embarcadero, comprendió lo que había

querido decir. Gavin casi parecía uno de ellos; los hacía reír, pero también les hablaba como si todos se conocieran desde hacía mucho tiempo. Su actitud también era diferente, más animada y comunicativa. No parecía una representación, daba la impresión de que al estar cerca de ellos había asimilado su manera de ser.

El pesquero estaba amarrado al viejo embarcadero. Laura se sorprendió al ver a un perro grande en posición de alerta en la cubierta, observando el sendero con mucha atención.

-Alto -lo llamó Luigi-, todo va bien. Ya estamos de vuelta.

El perro emitió un agudo ladrido y dio un salto increíblemente alto. Después corrió hacia ellos y empezó a hacer cabriolas, sobre todo alrededor de Roberto, que llevaba la caja con el bacon.

-Lo llamamos Alto porque da esos saltos tan altos -explicó el joven a Laura-. Cuida el barco cuando estamos en tierra.

El perro, cuyo pelaje castaño y orejas puntiagudas no pertenecían a ninguna raza definida, miró a Laura, como si supiera que estaban hablando de él, y sacó la lengua haciendo una especie de sonrisa.

-Hola Alto -dijo ella.

El perro meneó las orejas pero no se le acercó. Luigi dejó su caja en la cubierta y se volvió hacia ellos.

-Alto -llamó, y el perro corrió hacia él inmediatamente-. Estos son el signor y la signora Graham. -Los miró a ellos-: ¿Le daréis la mano?

Primero Gavin y después Laura estiraron la mano para que el perro se las oliera.

-Son amigos -añadió Luigi-. Vendrán con nosotros.

Entonces Alto, como si entendiera, se acercó a Laura y puso la cabeza para que se la acariciara.

Gavin ayudó a Laura a pasar por encima de la baranda y subir a la pequeña cubierta del barco. En realidad ella no necesitaba ninguna ayuda, pero sabía su papel y lo representó. Sobre un enorme rollo de cuerda extendieron una manta y ella se sentó allí como si fuera algo muy frágil. Sólo entonces desataron las amarras y el barco despegó del embarcadero. Los pescadores hicieron girar el casco empujándolo con palos y después izaron la vela para captar el viento. El barco se alejó, cogiendo velocidad cuando salió del socaire ofrecido por el elevado promontorio.

Laura observó alejarse el embarcadero y la isla hasta desvanecerse en el agua. Jamás olvidaría ese lugar, pensó. Contenía más recuerdos de lo que parecía posible en el poco tiempo que habían pasado allí; pero esos recuerdos eran una mezcla tan intensa de cosas buenas y malas que no sabía muy bien cómo se sentía al dejarlo atrás.

El día estaba despejado y fresco, y el mar en calma. No se presentó ninguna dificultad, y cuando se aproximaba la puesta de sol divisaron la larga línea costera de tierra italiana. Laura oía la voz de Gavin, que estaba hablando con los pescadores sobre dónde desembarcarían, pero le sonaba remota, perdida en un segundo plano de sus pensamientos. En el oeste, el cielo estaba teñido de carmesí; aquí y allá brillaban lucecitas en la costa. Se había levantado un poco de viento, que traía olores a sal y a pino. Laura tuvo la impresión de estar mudándose de un mundo a otro; pronto estarían de vuelta al ambiente en el que ella era una institutriz en busca de trabajo y él un hombre que lo único que deseaba era librarse de ella. Su suspiro se unió a las corrientes de aire que flotaban sobre el mar.

Descendió la oscuridad y sólo quedaron las estrellas para guiarlos; pero al parecer eso no era causa de ninguna preocupación, y pasado un rato descubrió que se estaba adormilando. Estaba dando cabezadas cuando se le acercó Gavin y se arrodilló delante de ella.

-Han accedido a llevamos hasta Venecia -le dijo-. Una vez allí, puedo averiguar adónde fue Sophie y seguirla.

Ese golpe era inesperado, de modo que ella tardó un momento en contestar:

-Quieres seguir a Sophie -dijo, ya totalmente despierta, y un poco sin aliento.

-Había pensado ir a Marsella -replicó él, como si ella hubiera puesto alguna objeción-, pero no podemos estar seguros de cuándo llegará el barco ni si realmente pararán allí. No, Sophie es la clave.

¿La clave de qué?, pensó ella, pero se limitó a decir:

-Podemos decirles a las autoridades inglesas de Venecia lo que sabemos sobre Bonaparte.

-Mmm -musitó él, como no queriendo comprometerse a nada-. Yo no repetiría ese nombre mientras no estemos a salvo en tierra firme. Las lealtades son complicadas en esta parte del mundo.

Dolida, ella no contestó. Que se fuera tras Sophie, pensó; que hiciera lo que le diera la gana.

Al cabo de un rato, la llevaron a una cabina pequeñísima situada bajo cubierta, en la que había dos literas y un armario diminuto. Roberto señaló esas comodidades con una radiante sonrisa y después se marchó. Poco después se le reunió Gavin.

-Los otros van a dormir en cubierta -le dijo, sentándose en la otra litera.

Laura observó cómo su expresión pasaba poco a poco de animación concentrada a agotamiento. Esa adaptación a las circunstancias tenía que ser difícil, pensó; debía necesitar el uso de todas sus facultades y una atención constante.

Sin mirarla, él se tendió en la litera, de espaldas a ella, y se cubrió con una manta. Ella hizo lo mismo, aunque tardó muchísimo en conciliar el sueño.

Desembarcaron en Venecia al día siguiente al anochecer. Gavin se encargó del discurso de despedida, que consistió en muchos gestos y elogios, y después la guió por pasarelas que discurrían junto a canales estrechos hasta una posada. Pasado un momento, Laura reconoció la posada donde había visto juntos a Gavin y Sophie.

Sólo había una habitación libre, y él la tomó dirigiéndole una mirada de reojo. Ella estaba demasiado encantada ante la perspectiva de poderse bañar como para pensar en otra cosa. Y cuando se hubo bañado, descubrió que estaba tan cansada que casi se cayó en la cama. Su último pensamiento coherente fue que hacía años que no estaba tan cómoda.

Pasado un rato despertó con la sensación de que había alguien en la habitación con ella. Abrió los ojos y vio a Gavin de pie junto a la cama, de espaldas a ella, iluminado por la luz de una vela. Se estaba quitando la camisa.

Observó parpadear la luz sobre sus hombros y los músculos de sus brazos; la luz hacía brillar su pelo como oro antiguo. Él se agachó a quitarse las botas, fue a dejarlas fuera de la puerta para que se las lustraran, y deslizó suavemente el pestillo después de cerrar la puerta. Cuando se volvió, ella cerró los ojos y fingió estar dormida. No sabía qué decir.

En el silencio que siguió, sintió que él la estaba mirando; su cuerpo reconoció su presencia y su atención. El tiempo pareció estirarse y entrar en otra dimensión; le pareció que el aire se espesaba, y le hormigueó la piel con el recuerdo de su contacto.

Él se movió y oyó crujir los tablones y el roce de la ropa; después, nada.

Desde abajo llegaron algunos sonidos apagados; por la ventana se oyó el tintineo de los arreos de un coche que pasaba cera de allí. De nuevo escuchó el roce de su ropa. Laura se arriesgó a mirar por entre las pestañas.

Gavin estaba envuelto en una manta, sentado en el sillón que era el único otro mueble que había en la habitación; tenía la cabeza apoyada en el respaldo en un ángulo incómodo. Se veía cansado y resignado.

-¿Qué haces? -le preguntó.

Él se enderezó sobresaltado.

-No quería despertarte -le dijo.

Librodot

-¿No pensaras dormIr ahí?

-Sí.

-Tienes tanto derecho a la cama como yo.

-No es cuestión de derechos.

-Bueno, no hay ningún motivo para que yo tenga la cama y tú el sillón.

-Hay todos los motivos.

-Tonterías. Métete en la cama.

Por su cara pasó una expresión extraña; no era una sonrisa ni una mueca.

-Ahora que hemos vuelto a la civilización...

-Ya les has dicho que soy tu esposa.

-Me vi obligado a hacerlo -concedió él-. Pero no tengo la intención de aprovech...

-Podemos ocupar la cama sin... nada más.

-¿Podemos?

El cambio de tono le llegó al fondo del alma a Laura, y le estremeció algo.

-« Yo» no puedo -añadió él.

Ella se sentó y lo miró, y un tirante de la enagua le cayó del hombro.

-Vuelve a dormirte, Laura -dijo él, casi con dureza.

Ella continuó mirándolo, pensando si él sentiría su mirada como ella sentía la de él. El recuerdo de sus caricias fue tan vivo que se estremeció.

-Tienes frío acuéstate.

Se había colado un matiz de ternura en su voz.

-Gavin.

Se le escapó el nombre, sin querer, y en la palabra vibraron su anhelo e incertidumbre. Ese sonido lo hizo levantarse; cuando cayó de sus manos la manta, ella vio que sólo tenía puestas las calzas, y el vello dorado brillaba en su pecho. Estaba magnífico.

-Me sometes a pruebas insoportables -le dijo él.

Laura no logró recordar ninguna palabra. Se llevó la mano a la garganta y la dejó allí. Sintió su pulso en las yemas de los dedos.

-¿Cómo puedo resistirme si estás ahí sentada mirándome? -continuó él, con el pecho agitado.

Tenía los ojos ardientes, de una manera que ella no habría imaginado posible, con ese color frío. La deseaba, pensó; todas las líneas de su cuerpo proclamaban su deseo. Ese conocimiento la excitó y la gratificó. Y todas sus partes respondieron al mensaje que él le enviaba. Bajó la mano a la colcha.

-¿Es necesario que te resistas?

Al instante siguiente, estaba en sus brazos.

Gavin estaba sentado a una mesa del salón que daba a la calle, con una jarra de cerveza delante. Por la pequeña ventana veía que el cielo estaba nublado ese día de mediados de febrero, y anunciaba lluvia. Jugueteó con el pan y el queso que eran la idea de desayuno que tenía el posadero. Al menos el hombre no le había dado ningún problema; por unas cuantas monedas, le había dicho que la «deliciosa pelirroja», como llamaba a Sophie, había alquilado un coche para viajar a Viena. Por qué había hecho eso era otra pregunta, que tendría que esperar responder cuando la volviera a ver.

La condesa era una condenada molestia, pensó. Estaba harto de fingir que la encontraba irresistible; en todo caso, era evidente que ella había dejado de creerle. Esbozó una leve sonrisa al pensar en su reacción cuando ellos aparecieran en Viena.

La sonrisa se desvaneció al darse cuenta de que se imaginaba a Laura con él. Ella no tenía ningún motivo para hacer ese viaje húmedo y frío a Viena. Tal vez se negaría a acompañarlo. Esa idea lo hizo apretar las mandíbulas.

No podía dejarla sola en una ciudad desconocida tan lejos de casa, se dijo; era responsable de su seguridad. ¿Y de qué más?, pensó, bebiendo un largo trago de cerveza. Después de lo que había ocurrido entre ellos, ¿no era responsable de mucho más? Pero ella no quería eso de él; su intención era volver a Inglaterra y trabajar de institutriz. Hizo girar la jarra entre las manos, desconcertado por esa situación sin precedentes; una mujer normal siempre hubiera deseado que el hombre se quedara con ella, pensó, resentido por la perversidad de Laura en ese asunto. Nunca actuaba de modo previsible.

Algo lo hizo alzar la vista. Laura estaba en la puerta, vestida de nuevo con su vestido verde, cuyas manchas y arrugas había quitado una criada de la posada. Estaba hermosa, su piel marfileña y sus cabellos negros realzados por el verde oscuro de sus ojos llenos de emoción e inteligencia. Un estremecimiento lo recorrió entero. La jarra se ladeó ligeramente bajo su mano, y él la cogió con fuerza por el asa.

-Buenos días -dijo ella, entrando en la sala y sentándose frente a él-. ¿Tendrán té aquí?

-No. -Su voz le sonó rara en los oídos.

-¿Café?

Él asintió, pensando si no estaría cogiendo un refriado.

-Estupendo -dijo ella.

Hizo, un gesto como si fuera a añadir algo más, pero en lugar de hablar cogió una rebanada de pan negro y la rompió en trocitos.

Gavin dejó de prestar atención a los delicados dedos blancos que habían convertido la rebanada de pan en migajas.

-Sophie volvió a Viena -le dijo.

Ella se quedó inmóvil; él no logró interpretar su expresión.

-¿Ah sí?

-He alquilado un coche para seguirla.

-Ah.

Él no logró distinguir nada en su cara ni en su tono que le revelara lo que pretendía hacer.

-¿No deberíamos ver a un cónsul u otro tipo de oficial británico para decirle lo que hemos descubierto?

-Nos retrasaría muchísimo enviar mensajes pidiendo instrucciones, autorizaciones y permisos especiales para saltar normas. Cuando lo hubiéramos hecho, Michael ya habría realizado lo que sea que está tramando.

Laura enarcó las cejas.

-¿Debo entender que no consultas a los oficiales locales cuando estás en una de tus misiones?

-Trabajo solo -contestó él categóricamente.

Saludable recordatorio, pensó Laura. Se apartó un poco de la mesa y él vio que había destrozado otra rebanada de pan. Al parecer ella también se dio cuenta: puso las manos en la falda.

A la clara luz de la mañana, la noche anterior parecía un sueño, pensó él, o algo que había ocurrido mucho tiempo atrás.

-En Viena se lo notificaré a las personas apropiadas -dijo.

Algo de esa afirmación le alegró el rostro a ella, aunque él no logró imaginar qué.

-Tengo... tengo algunos conocidos en Viena -dijo ella-. Debería... me gustaría volver allí antes de regresar a Inglaterra.

La noticia de que no lo abandonaría fue tan agradable que a Gavin ni siquiera se le ocurrió pensar en lo raro que era ese itinerario.

Se pusieron en marcha justo antes del mediodía en el coche alquilado. No estaba lloviendo, aunque el aire frío y cargado de humedad anunciaba que no tardaría en hacerlo.

Avanzaban rápido, conversaban poco, y en opinión de Laura, tenían demasiado tiempo para pensar. Se pillaba mirando a Gavin, recordando el tacto de sus labios y manos, las palabras que le susurraba cuando la tenía en sus brazos. Se sorprendió memorizando sus rasgos como si esa fuera la última vez que los iba a ver. Y tal vez así era, pensó. ¿Acaso no la abandonaría él en Viena para dedicarse a su trabajo? Le tomaría la palabra y la enviaría a Inglaterra, continuando feliz su persecución de los agentes de Napoleón. «Abandonar» no, se reprendió, y no la «enviaría» a ninguna parte. Ella tenía sus planes; sencillamente tenía que ver la forma de realizarlos.

La lluvia descargó alrededor de las cuatro, oscureciendo el día de febrero como si ya fuera el anochecer. Cuando se detuvieron para pasar la noche en una alquería, Laura estaba demasiado agotada como para comer el plato de guiso que le ofrecieron. Se dejó caer en la cama y no se enteró de nada hasta que Gavin la despertó temprano para continuar viaje. Así pasaron otros tres días. El segundo dejó de llover y eso facilitó las cosas, y al cuarto Laura comprobó que ya se había acostumbrado a viajar. Al finalizar el día se sentía menos cansada, así que por la noche fue capaz de conversar un rato con la familia que lo alojaba. Dispuso de cierto tiempo para pensar en el futuro.

-Cuando lleguemos a Viena... -le dijo a Gavin una tarde.

Él se volvió a mirarla.

-Creo... creo que lo mejor será que vayamos a visitar a George Tompkins.

-¿Dónde has oído ese nombre? -preguntó él, parpadeando sorprendido.

-Conozco un poco al señor Tompkins, y me parece que es el mejor...

-¿Cómo?

Ella se encogió de hombros.

-Él sabrá exactamente qué...

-Son pocas las personas que saben siquiera que existe -interrumpió él.

-Bueno, yo soy una de esas pocas -repuso ella ásperamente-. Y creo que él sabrá exactamente qué hacer con nuestra información.

No tenía por qué decirle lo mucho que deseaba hablar con él de otros asuntos también, pensó.

-Sin duda -dijo él secamente.

A Laura le gustó bastante ver la expresión irritada de su cara. Él detestaba contar con otros en su trabajo; quería hacerlo todo solo.

-Y es justamente la persona que debe cuidarse del asunto -se atrevió a añadir ella.

-Es necesario tener prudencia en estas cosas -ladró él-, y no intervenir ciegamente...

-Estoy segura de que...

-Hay que tener cierta sutileza, dejar que las cosas lleguen a al punto adecuado y entonces actuar.

-Me imagino que el señor Tompkins sabe hacer eso muy bien.

Eso lo silenció.

-Entonces ¿estamos de acuerdo en que vamos a acudir a él tan pronto lleguemos a Viena? -insitió ella.

Él emitió un gruñido.

-A menos que prefieras ir a la embajada o a la delegación del congreso.

Tal como suponía, esas alternativas le gustaron menos aún, y finalmente cedió. En realidad, no era tan difícil de manejar, pensó ella, cuando iniciaban la última etapa del viaje. Ni siquiera había necesitado ser muy sutil.

Cuando al día siguiente llegaron a la casa de George Tompkins en Viena, nadie les dijo nada por presentarse de una manera tan inesperada. Los hicieron pasar inmediatamente y les indicaron que subieran al salón.

-Yo haré el informe -dijo Gavin mientras subían.

Ella levantó la cabeza para contestarle y vio a otra figura en lo alto de la escalera.

-Por fin llegan -dijo George Tompkins cordialmente-. Llevo tres días esperándoles.

13

El señor Tompkins, con apariencia de un fantasma de otra época, bajó lentamente la escalera. Su chaqueta de faldón largo era de raso púrpura, y en sus zapatos brillaban hebillas plateadas que hacían juego con sus cabellos. Laura se sintió como un pájaro medio muerto arrastrado a la casa por un gato.

-Tengo una información que darle -dijo Gavin.

El anciano asintió, sin manifestar la menor sorpresa.

-Estoy ansioso de escucharla. ¿Están bien los dos? ¿No están heridos?

-Estamos bien -contestó Laura.

-Estupendo -dijo él, mirándola con afecto.

-¿No nos va a preguntar por qué hemos acudido a usted, dónde hemos estado? -preguntó Gavin, en tono algo irritado.

-Pensé que me lo iban a decir -contestó el anciano sonriendo.

-A usted -insistió Gavin-, y no a la embajada ni a la delegación.

Sus sospechas parecieron divertir a su anfitrión.

-Mi querido Graham, le conozco muy bien para sugerirle cualquiera de esos dos lugares. -Al ver que Gavin abría la boca para hablar, lo detuvo levantando una mano-. Y no, no pretendo ser absolutamente omnisciente -añadió haciendo un guiño travieso-, sabía algo, por un amigo suyo.

-Hasan -dijo Gavin al instante.

-Está aquí, como también su equipaje y el de la señorita Devane.

Gavin lo miró boquiabierto.

-¿El de la señorita Devane? ¿Hasan también recogió sus cosas?

Tompkins asintió. Gávin parecía absolutamente pasmado. Era bastante sorprendente que Hasan se hubiera molestado en traer sus pertenencias, pensó Laura.

-Debo decir que me impresionó muchísimo la actuación de Hasan durante... eh... el alboroto que siguió a la desaparición de la señorita Devane.

-¡Los Pryor! -exclamó Laura, sintiéndose culpable, porque ni siquiera había pensado en ellos ni en lo que habrían sufrido.

-Estaban preocupadísimos. Después que Hasan contactó conmigo, hice todo lo que estaba en mi mano para tranquilizarlos.

-¿Se fueron a casa, entonces?

Él asintió. Laura se relajó un poco.

-¿A alguien le interesa oír mi informe? -preguntó Gavin, sarcástico.

-Por supuesto que sí. Si los dos me siguen hasta...

-Yo puedo decírselo todo -interrumpió Gavin-. La señorita Devane está cansada.

George Tompkins miró a uno y a otro. Arqueó una ceja.

-¿Sí? -dijo-. Bueno, intentaremos que no sea muy largo.

A Laura se le levantó el ánimo mientras seguía al anciano por la escalera. Él no la iba a dejar a un lado como si no tuviera nada que ver con la aventura, como por lo visto pretendía hacer Gavin. Tal vez había esperanzas.

Una vez que lo informaron de lo que se habían enterado, él sólo estuvo un instante con expresión meditabunda; enseguida hizo llamar a varios mensajeros y los envió a varios lugares. Poco después comenzaron a llegar diversos funcionarios y la casa empezó a zumbar como una colmena volcada.

A Laura la condujeron a un suntuoso dormitorio de la tercera planta. Allí descubrió que ya habían desempacado sus cosas y le estaban preparando un baño. La doncella que le habían asignado se llevó su vestido arrugado a la lavandería. Aunque esas atenciones y comodidad le agradaron, pronto se sintió oprimida por el silencio y la espaciosidad de sus aposentos; era

como si un muro la separara del curso de los acontecimientos, como si la hubieran envuelto en un capullo de algodón y colocado en un armario para mantenerla a salvo.

Cuando estuvo vestida con uno de sus vestidos de Viena, salió al corredor, caminó hasta la escalera y bajó. En el vestíbulo principal continuaban entrando y saliendo mensajeros, y en ese momento hacían entrar a toda prisa a un dignatario alemán.

-¿Sabe dónde puedo encontrar al señor Tompkins? -preguntó a un criado que pasaba.

-Creo que está con el embajador.

-Ah. ¿Y el señor Graham?

-No lo sé, señorita.

-Gracias.

Después de deambular otro poco, regresó a su habitación. Se sentía aislada y olvidada. Se cruzó de brazos y rogó fervientemente que eso no fuera un presagio del futuro.

Pasado un rato, volvió la doncella a anunciarle la cena. Cuando llegó al comedor vio que había un buen número de invitados, aunque nadie se molestó en hacer presentaciones. Toda la conversación giró en torno a Napoleón y en lo que se podía hacer para detenerlo. Los mensajeros tardarían días en llegar a las tropas apostadas en el lugar de su exilio.

Después de recibir una acogedora sonrisa del señor Tompkins, nadie le prestó la menor atención. Bien podría haber sido una institutriz llamada a ocupar una silla vacía en la mesa de su empleador. Las convenciones sociales volvían a cerrarse a su alrededor, como una red lanzada sobre un pájaro incauto. Entendía muy bien el sistema; lo había usado a modo de escondite durante años. Pero no deseaba continuar escondida.

Jamás buscaría otro puesto de institutriz. Comprendió que no podría soportar ese tipo de jaula otra vez.

Se estaban levantando de la mesa cuando de la calle llegó el ruido de cascos de caballo. Entró un solo mensajero, medio tambaleante de agotamiento.

-Bonaparte ha desembarcado en Francia -anunció-. Está avanzando hacia París, reuniendo seguidores en el camino.

Estallaron exclamaciones y conversaciones en la sala.

-¡Silencio! -gritó Gavin-. ¿Qué más?

-Se apoderó del bergantín Inconstant, y zarpó el 26 de febrero -dijo el mensajero-. Desembarcó cerca de Cannes hace dos días.

-¿Y el país lo apoya? -preguntó Gavin.

-Eso dicen, señor.

-Tenemos que partir enseguida -dijo un joven militar a un compañero, cerca de Laura-. Debemos unimos al regimiento antes que Wellington se enfrente a él.

-¿Crees que nos darán permiso? -le preguntó el otro.

-Van a necesitar el mayor número de combatientes posible -contestó el joven con una sonrisa feroz-. Voy a hacer mi equipaje ahora mismo.

Los dos salieron a toda prisa del comedor.

Laura se abrió paso hasta donde estaba Gavin.

-Supongo que habrá guerra -le dijo.

Gavin se volvió a mirarla.

-Sin duda.

-¿Estará Michael con él?

-Eso lo descubriré -contestó él con los labios apretados.

-¿Tú?

-Necesitarán un buen servicio de inteligencia. Me iré al norte esta noche.

Laura esperó, sintiédose como si estuvieran los dos solos, aislados de los hombres que gritaban y gesticulaban en la sala. Pero él no añadió nada más; no le dijo nada sobre lo que

había ocurrido entre ellos, ni sobre cómo se sentía ante esa separación definitiva. Le costaba mucho creerlo; en ese momento comprendió que en realidad había esperado más; pese a sus valientes palabras, había pensado que tal vez él descubriría que la amaba. No pudo hablar; tenía la garganta llena de lágrimas que amenazaban con derramarse por sus ojos. Se mordió el labio; no se humillaría llorando por él en público. Girando sobre sus talones, salió de la ruidosa sala sin ver que Gavin la miraba con pesar en sus ojos.

No llegó muy lejos; se quedó cerca de la puerta del saloncito de recibo, esforzándose por dominar sus sentimientos, dando la espalda a la gente que iba de un lado a otro. Cuando calculó que casi todos habían salido, se arriesgó a entrar. Tal como esperaba, George Tompkins estaba solo, sentado en un sillón en el rincón.

Él levantó la vista y ella se le acercó.

-Estoy demasiado viejo para otra guerra -dijo él-. Pensé que ya habíamos arreglado esta.

Gavin volvió a su habitación y ordernó a Hasan que empacara sus cosas. Debía partir a primera hora de la mañana, pensó, lo que sin duda le ordenarían hacer. Eso era lo que había estado esperando; estaría solo viajando por territorio enemigo; su vida volvía a ser la peligrosa aventura que era lo normal para él.

Laura podría haberse despedido por lo menos, pensó. Después de decirle que se marchaba, ella se había dado media vuelta como si eso le interesara muy poco. No es que hubiera deseado una escena histérica, evidentemente; nada de eso. Mucho mejor así.

Se dirigió a la ventana a mirar la calle. Laura podría haber demostrado algún tipo de sentimiento; entre ellos había habido algo más que una relación sin importancia.

El deseo le recorrió las venas, ardiente; ella también sentía ese deseo. Él sabía que lo deseaba; cada caricia de su mano, el arco de su cuerpo y el ritmo de su respiración lo proclamaban.

Y sin embargo, ni siquiera ha sido capaz de despedirse. Se dio cuenta de que tenía las mandíbulas apretadas y la respiración acelerada. ¿Por qué se sentía así? Era enloquecedora, incomprensible.

Eso le recordó otro misterio, y se apartó de la ventana.

-¿Hasan?

El hombre, silencioso, levantó la vista de su tarea y lo miró.

-¿Por qué trajiste el equipaje de la señorita Devane de Venecia?

Hasan nunca había hecho algo así antes; no había mostrado consideración por ninguna de las personas con que se había encontrado, fueran mujeres u hombres, amigos o enemigos.

Hasan encogió un hombro.

-Es tandek -dijo, y volvió a su trabajo.

Gavin lo miró atónito. Esa palabra del idioma de Hasan tenía un significado complejo; definía a una persona digna de confianza e importante para la tribu; también connotaba una capacidad especial o habilidades de algún tipo. Denotaba respeto.

Dándose cuenta de que tenía la boca abierta, la cerró. De un modo u otro, Laura había impresionado a Hasan más que cualquiera de los europeos que había conocido en el curso de su asociación. Y él tenía sobrados motivos para fiarse de su juicio acerca del carácter de las personas. Le había salvado la piel más de una vez.

¿Qué tenía ella? ¿Qué tipo de ser era Laura? Inteligente, sin duda; más astuta que lo que parecía posible. Por lo visto, había pasado años eludiendo las atenciones de la aristocracia inglesa. Había llegado a él intacta, y se había entregado incondicionalmente. Y ahora al parecer trataba la experiencia como algo pasajero que hay que olvidar. Eso no tenía ninguna lógica.

Un movimiento fuera de la ventana le atrajo la atención. Había llegado otro mensajero, cubierto de lodo en un caballo y estaba a punto de desplomarse; había más noticias. Hizo una inspiración profunda.

Había estado anhelando eso: la emoción, el entusiasmo, el apremio de los grandes acontecimientos. Tenía lo que deseaba. Pero cuando salió de la habitación lo sorprendió comprobar que eso había perdido gran parte de su sabor.

En el saloncito de recibo se había hecho el silencio. Laura detectó tanto cansancio y pesar en la voz de George Tompkins que no se atrevía a hablar. Sin embargo, quizá fuera esa su única oportunidad para hablar con él; tenía que aprovecharla. Se lanzó:

-Supongo que el señor Graham no le dijo que fue mi idea la que nos permitió escapar de la isla.

El anciano levantó la vista.

-Sí que me lo dijo.

El asombro la dejó callada un momento.

-Ah, ¿se lo dijo? -La conmovió tanto eso que tardó otro poco en recobrar el impulso-. Bueno, entonces ve que tengo ciertas capacidades.

-Fue un plan muy inteligente -reconoció él.

-Sé bastante de historia y de política también. Siempre he leído muchísimo.

Tompkins guardó silencio, esperando.

-Y, y... estoy necesitada de empleo -terminó, casi sin aliento

No sabía si lo que sentía era alivio por haber dicho lo que había planeado o eran puros nervios.

-¿Empleo? -repitió él.

-Hablo bien varios idiomas -continuó ella-, y estoy segura de que podría aprender otros. Siempre he tenido facilidad para...

-Mi querida joven...

-No, espere -interrumpió ella.

Su tono lo detuvo. La miró con interés y reserva.

-He pensado mucho en esto -continuó, ella, ordenando cuidadosamente sus ideas-. Usted reúne información. Eso es el verdadero núcleo de todo su trabajo, ¿verdad?

Tompkins asintió.

-Sé que cuenta con muchas fuentes, pero creo que podría haber algunas que descuida.

-¿Sí?

Laura no logró determinar si había captado su interés o simplemente la escuchaba por complacerla.

-Hay mujeres que ven y oyen muchas cosas porque la gente olvida que están presentes. Las damas de compañía, las institutrices, las parientes pobres. Nadie se molesta en ocultar nada ante ellas, como no lo hacen ante un mueble. Se piensa que no tienen intereses ni opiniones, ¿sabe?

Tompkins la estaba mirando atentamente.

-Esas mujeres nunca hablarían a... al señor Graham, por ejemplo, o a un agregado de la embajada, ni a ninguna de estas personas. Pero sí hablarían conmigo.

-¿Con usted?

-¡Sí! Yo podría descubrir todo tipo de cosas. ¿Quién se ocupa de la educación del hijo pequeño de Napoleón? Tal vez les gustaría que aprendiera idiomas.

Tompkins dio la impresión de estarlo pensando.

-¿Usted tomaría un puesto en la casa para observar lo que ocurre allí? -preguntó al cabo de un momento.

Ella asintió.

-Y me haría amiga de otras mujeres que ocupan puestos semejantes. Sería una especie de... de red.

Él quedó pensativo. Laura retuvo el aliento mientras lo consideraba.

-Yo no la colocaría en la casa de la princesa Marie -dijo apesadumbrado.

-Pero ¿Y en la casa de otra persona?

-Tal vez. Tendré que pensarlo. Ciertamente tenemos informantes que son criados. -Levantó la mano al ver que ella abría la boca para protestar-. Pero esto sería de un orden totalmente diferente.

-Yo entendería cosas que no entiende una criada -dijo ella, con cierta frialdad.

-Naturalmente. Pero exponerla a esos peligros...

-No le temo al peligro.

-Eso ya lo ha demostrado. -La miró a los ojos-. ¿No quiere volver a Inglaterra?

-Allí tendría que buscar un puesto de institutriz.

-Tengo la impresión de que podría quedarse con los Pryor todo el tiempo que quisiera.

-Como una pariente pobre -concedió ella-, aunque en realidad no somos parientes.

-Catherine Pryor...

-Sería muy amable conmigo y jamás me haría sentir mi posición -interrumpió ella-. Pero yo la sentiría.

-Podría casarse -observó él-. Viviendo en casa de los Pryor tendría la oportunidad de conocer a jóvenes de buena familia.

-No me casaré jamás.

El tono en que dijo eso pareció sorprender a Tompkins, que frunció ligeramente el ceño. Volvió a mirarla con sus ojos penetrantes, hasta que ella desvió la vista.

Se hizo un silencio. En el vestíbulo se oyeron pasos; alguien habló en voz alta, otra voz respondió. Laura deseó hablar, preguntarle su decisión, pero temía oírla.

Se abrió la puerta y asomó la cabeza un ayudante del embajador.

-Ah, está aquí señor -dijo-. El embajador requiere su presencia.

-Iré dentro de un momento -contestó Tompkins.

El hombre asintió, dirigió una mirada curiosa a Laura y cerró la puerta.

-Pensaré en su sugerencia -dijo Tompkins, levantándose.

-¿Cuánto tiempo? -preguntó ella, sin poder evitarlo.

-No mucho -dijo él sonriendo.

Ella no tuvo más remedio que aceptar.

-Siempre... siempre he deseado hacer algo importante.

-Lo sé.

-Y puedo, si se me da la oportunidad.

-Tiene que tener paciencia, hija.

-Ha habido demasiada paciencia en mi vida -soltó ella.

-En mi trabajo no existe eso de «demasiada paciencia».

Le sonrió amablemente y salió, dejándola sola allí.

Ella se cogió fuertemente las manos y se acercó a mirar por la ventana. El patio estaba lleno de mozos de cuadra llevando caballos, y viajeros con capas y espuelas cogiendo riendas para emprender la marcha. Laura buscó a Gavin, temerosa de encontrarlo allí. Pero él no estaba entre los que se marchaban en ese momento. Posiblemente ya se había marchado, pensó. La recorrió una especie de escalofrío al pensar que tal vez lo había visto por última vez.

Poco después, un criado fue a decir a Gavin Graham que se requería su presencia en el estudio. Suponiendo que recibiría la orden de partir, él fue de inmediato. Cuando abrió la

puerta vio que sólo estaba allí George Tompkins, sentado serenamente detrás del enorme escritorio.

-Pase -le dijo el anciano al ver que se quedaba en la puerta.

Gavin entró y tomó el asiento que el otro le indicó con un gesto.

-Deseaba consultar su opinión sobre un asunto que se me acaba de presentar.

Gavin se sintió halagado. Tompkins era una figura legendaria en los círculos diplomáticos. La idea de que ese hombre necesitara su consejo era muy gratificante.

-Por supuesto -dijo.

-Se trata de Laura Devane.

Gavin se quedó paralizado, notando que se le aceleraba el pulso. ¿Es que la increíble capacidad de discernimiento del anciano había detectado algo en la aventura que habían pasado juntos? Decidió mentir descaradamente, incluso a Tompkins, para proteger la reputación de Laura.

-Usted ha tenido amplia oportunidad de observarla -continuó el anciano.

Gavin se limitó a mirarlo, sin saber qué podía significar eso.

-Me interesa su juicio acerca de sus capacidades.

-¿Qué quiere decir? -preguntó, notando un matiz de hostilidad en su tono; tendría que controlar su voz.

-Me ha sugerido un plan algo insólito. Desea trabajar para mí.

Eso era tan inesperado que Gavin no supo qué decir.

-Su idea es tomar un empleo en una casa... delicada, y mantener los oídos abiertos, para reunir información. Según ella la gente habla despreocupadamente delante de institutrices y ese tipo de personas.

Gavin recordó la conversación sobre mujeres invisibles. ¿De veras se imaginaba que podía meterse en situaciones peligrosas y pasar inadvertida? Sintió una oleada de furia que lo dominó.

-Eso es ridículo.

Tompkins arqueó una ceja blanca.

-De ninguna manera. No es posible que usted considere eso seriamente.

-El plan tiene cierto atractivo. Por eso pensé que tal vez usted...

-Es una locura. ¿Ponerse en poder de nuestros enemigos? ¿Convertirse en una empleada para espiar a esos hombres? Lo prohíbo.

Tompkins guardó silencio.

Gavin comprendió que había hablado demasiado. Ciertamente cada palabra la decía en serio, pero era evidente que George Tompkins estaba extrañado por su vehemencia. ¿Qué tenía Laura que continuamente lo hacía perder su bien ejercitado autodominio? Se aclaró la garganta.

-La señorita Devane y yo... eh... nos hicimos amigos durante nuestra... penosa experiencia. No me gustaría verla en peligro otra vez.

-Por lo visto lo ha llevado bastante bien -dijo el anciano en un tono muy seco.

Gavin comprendió que sí había despertado sus sospechas; tenía que disiparlas para poder echar por tierra ese ridículo plan.

-Su comportamiento fue bastante increíble -dijo, y al instante deseó haberlo dicho de otra manera-. Eh... no vi en ella ninguna señal de histeria ni de otras debilidades femeninas.

-Y al parecer ha demostrado tener muchísima iniciativa.

-Sí. Es... tiene muchas ideas.

Demasiadas, pensó amargamente, y ninguna más horrorosa que querer trabajar en esto.

-Una joven capaz de pensar por sí misma responde a las circunstancias.

-Yo estaba con ella -replicó Gavin-. Le recomiendo que rechace su petición. Es una muy mala idea.

A eso siguió otro silencio.

Librodot

Gavin vio que Tompkins lo estaba mirando como si él fuera un fascinante enigma. Sintió intensamente la inteligencia de su escrutinio, con la clara sensación de que había revelado cosas de las que tenía conciencia, y había dicho mucho más de lo que sabía.

-Le preocupa mucho la seguridad de la señorita Devane -dijo Tompkins al fin.

-Como me preocuparía la de cualquier otra mujer -contestó él, decidido a no revelar más.

-Ah.

¿Creería que lo iba a inducir a admitir algo diciendo «ah», como si ya hubiera cometido un desliz?

-Encomiable -añadió el anciano-. Sin embargo ella parece estar por encima de las mujeres corrientes.

Gavin guardó obstinado silencio.

-¿No sería un desperdicio enviarla de vuelta a Inglaterra a trabajar de institutriz? Se la ve capaz de mucho más.

Gavin no estaba dispuesto a dejarse sorprender otra vez. Ya había recuperado todo su formidable dominio sobre sus emociones.

-Las mujeres no están hechas para estos trabajos.

-Es poco común.

-Es imposible. Cometería un error y...

-No logró pensar en las consecuencias.

-Pero si nadie la relacionara con nosotros... ¿Y por qué iban a relacionarla? Como usted dice, las mujeres no realizan este tipo de trabajo. Entonces un error podría pasar desapercibido. Es una proposición interesante.

-Usted me ha pedido mi opinión. Y ya ve lo que pienso.

El anciano asintió.

-¿Hay algo más?

-No. Eso era todo.

-Muy bien -dijo Gavin, poniéndose de pie-. Es una idea muy mala -repitió.

Tompkins volvió a asentir. Gavin salió del estudio sin ver la sonrisa irónica que curvaba los labios del anciano.

Tan pronto estuvo solo cobró rugiente vida toda la indignación que Gavin había estado reprimiendo. No podía creer que Laura hubiera sugerido cosa semejante. Furibundo, emprendió su búsqueda.

No la encontró en ninguna de las salas; no estaba en la biblioteca. Subió la escalera; sabía cuál era su habitación; se había preocupado de enterarse.

Ella abrió la puerta cuando él golpeó, y pareció sorprendida al verlo allí.

-¿En qué demonios estabas pensando? -exclamó él.

Ella pestañeó.

-¿Sabes cómo son esas personas? Son despiadadas. Viven para intrigar y manipular; no vacilan en matar. ¿Y pretendes ponerte en sus manos?

-¿De qué estás hablando?

Gavin pasó a su lado y entró en la habitación.

-Lo he prohibido, ¿me entiendes?

-¿Prohibido el qué?

-Tu estúpida idea de entrar en las casas de conspiradores a reunir información. -Hizo un gesto de cortar algo-. ¿Sabes lo que te harían?

-¿El señor Tompkins te lo ha dicho?

-Me ha pedido mi opinión -contestó él, con feroz placer-. Y le he dicho que de ninguna manera.

Laura lo miró como si se sintiera traicionada.

-¿Ha dejado en tus manos la decisión?

A él no le gustó su expresión, y pese a su rabia, no podía mentirle. No sabía qué iba a hacer Tompkins.

-Me dijiste que volverías a Inglaterra -la acusó, en lugar de responder.

-Esa era mi idea; me parecía la única opción. Pero después de todo lo que ha ocurrido...

-Ridículo -ladró él.

-No veo por qué. Nadie sospecharía nada de mí. Yo sería simplemente la...

-No empieces otra vez con esa tontería de las «mujeres invisibles».

Laura se encogió como si la hubiera golpeado.

-No eres invisible, y te meterías en serias dificultades si intentaras... infiltrarte en una casa peligrosa.

Ella desvió la mirada de él.

Gavin se le acercó un paso más. Otras emociones se mezclaron con su rabia, y el resultado fue una combinación incendiaria que le obnubilaba el pensamiento.

-Me dijiste que volverías a Inglaterra y buscarías otro puesto de institutriz -repitió.

Ella continuó mirando la alfombra. Gavin tuvo que reprimir el impulso de cogerla y obligarla a mirarlo a los ojos.

-¿Y bien? -añadió.

-No veía qué otra cosa podía hacer -contestó ella, en voz tan baja que él tuvo que acercarse más para oírla.

-¿Quieres decir que no querías volver?

Finalmente ella alzó la vista, pero lo miró como si él fuera un idiota, como si hubiera algo muy sencillo que él debería entender.

-Ya te expliqué la vida que llevaba allí.

Él trató de recordar las cosas que ella le había dicho. Estaba lo de las mujeres invisibles, algo sobre ocultarse y otras cosas que no lograba recordar. Cuando se las dijo no les había encontrado mucho sentido y no se le habían grabado en la memoria.

-No es posible que hayas pensado que yo deseaba volver -continuó ella, fríamente.

-¡Dijiste que querías!

-Dije que iba a volver, no que lo deseaba. No veía otra alternativa, dadas las circunstancias.

Él sintió un fuerte deseo de estrangular a alguien.

-¡Podrías casarte conmigo! -explotó él.

Ella lo miró sorprendida, y él comprendió su sorpresa. Ni él mismo tenía idea de que iba a decir esas palabras. Pero la manera como ella dijo «circunstancias» lo perturbó. Se le llenó la mente de imágenes de ella en sus brazos, enfrentando valientemente a sus raptores en el barco. Algo irresistible había hablado por él.

-¿Casarnos? -dijo ella, sin sonido, modulando la palabra con los labios.

En el silencio que siguió, Gavin cayó en la cuenta de que estaban solos en el dormitorio de ella, separados por una pequeña distancia. Los cabellos se le ensortijaban detrás de las orejas, y el raso ámbar de su vestido le marcaba los contornos de su cuerpo. Lo abandonaron totalmente las palabras.

Laura hizo un ligero movimiento y crujió suavemente el raso de su vestido. El deseo atrapó a Gavin como un río torrentoso. Ella lo estaba mirando, esperando que él dijera algo.

-Eso sería... el procedimiento normal -logró decir.

-¿Normal?

-En... dadas las circunstancias.

Ese era un buen golpe, pensó, devolverle sus palabras.

-¿Porque nos... ?

-Exactamente.

Eso estaba un poco mejor, pensó. Empezaba a dominar de nuevo. Además, tenía razón; esa era la manera como deberían haber ocurrido las cosas. No deseaba casarse, lógicamente; el matrimonio era una condenada complicación. Pero Laura era muy, muy atractiva. Tal vez algo...

-¿Y qué quieres decir con «casarnos»?

Gavin oyó un ruido, algo como un «¿Ehh?», y comprendió que lo había hecho él.

-¿Qué quieres decir? -insistió ella.

-Lo que quiere decir todo el mundo.

-¿Y eso qué es?

Él titubeó un momento.

-¿La ceremonia en la iglesia? -Le extrañó haber perdido tan rápido la ventaja-. ¿Hacer los juramentos? ¿Amigos y parientes? ¿Música, flores?

-¿Y después?

-Eh...

Se alzaron ante él imágenes muy claras de la noche de bodas. Pero seguro que no era a eso a lo que ella se refería.

-¿Y tu trabajo? ¿Piensas dejarlo?

-¿Dejarlo?

-¿O te marcharías a un país lejano inmediatamente después de la boda?

-Inmediatamente no -protestó él.

-¿O sea que yo estaría sentada en Inglaterra mientras tú viajas por el mundo?

Estaba belicosa, y totalmente irracional, pensó él.

-Muchas esposas lo hacen -la hizo ver-. Está la armada, las Indias orientales...

-¿Y yo estaría sosegada en casa hasta que tú decidieras regresar? -interrumpió ella, como si él no hubiera dicho nada-. ¿Con qué frecuencia? ¿Una vez al año?

-Con más frecuencia.

-¿Sí? Qué generoso.

Sólo Laura podía convertir una oferta de matrimonio en un insulto, pensó él.

-Y mientras tanto yo sentada en casa, esperando...

-No tienes por qué estar sola. -Comenzó a improvisar-: Mis hermanas van a Londres cada año para la temporada. Estoy seguro de que tendrían enorme gusto en presentarte a sus amistades.

La verdad es que no sabía si lo harían; en realidad no las conocía muy bien. Pero eso no importaba; tenía medios para asegurarse su colaboración.

-¿Tus hermanas?

-La baronesa Monfort y lady Sloane.

Laura lo miró de un modo extraño.

-El barón Monfort acompaña constantemente al conde.

-¿A qué conde?

-De Leith.

-Ah. -Sabía que nunca le había caído bien el marido de su hermana mayor; sólo en ese momento comprendió por qué-. Bueno, no veo que eso tenga...

-Sin duda tus hermanas estarán encantadas de introducir en sociedad a la ex institutriz de los Leith. Muy divertido.

-Harán lo que yo les diga.

-Maravilloso -dijo ella con una mueca.

-Como esposa mía se te otorgará...

-¿Cómo sabrías lo que se me otorgaría? Estarías a mil millas de distancia.

Para eso él no tuvo respuesta. En realidad, tenía más de una sospecha de que sus hermanas harían lo que les diera la gana.

-Supongo que yo podría formar mi propio círculo de amistades -continúo ella-. Porque me sentiría muy sola.

De pronto Gavin vio el asunto bajo una nueva luz: una mujer tan hermosa como Laura sola en medio de los tiburones de la alta sociedad, sin salida para sus considerables pasiones, y con todo el tiempo en sus manos. Claro que su carácter no le permitiría extraviarse, pero...

-¿Tendría dinero para ropa y ese tipo de cosas? -preguntó ella.

-Tengo mis módicos ingresos -contestó él con voz tensa.

-Ah, estupendo. Y tú no necesitarás mucho, vagando por ahí con los bandidos de las montañas y esas cosas. Podría instalarme muy cómodamente en Londres. Tengo entendido que está muy de moda tener toda una corte de admiradores. ¿Cómo lo llaman? Es una palabra italiana.

-Si crees que voy a consentir...

-«Cisisbeo» creo que es.

-Sé que no te rebajarías a...

-Muchas mujeres encontrarían muy atractiva una perspectiva así.

Gavin la encontró horrorosa. Era muy fácil imaginarse a Laura rodeada por hileras de oportunistas lascivos, cayendo presa de los ardides de los libertinos de la sociedad. Ya sabía que el matrimonio no era para él, pensó; simplemente no había analizado previamente todos los motivos.

-Por desgracia, no tengo ningún interés en la vida de sociedad -dijo ella-. Deseo hacer algo con mi vida. Prefiero mi plan.

-¿Me rechazas? -preguntó él, sorprendido al sentir una punzada de pena en lugar de alivio.

Ella lo miró. Su mirada era serena. Él intentó penetrar esa mirada. ¿Había anhelo en esas profundidades? ¿Pesar? ¿Deseo? No lograba discernirlo.

-Sí -dijo ella resueltamente.

-Tompkins no seguirá tu plan; yo me encargaré de eso.

-¿Me impedirás tener lo que tú tienes? -exclamó ella-. ¿Por despecho?

Siempre lograba desorientarlo, pensó él. Habría sido una lamentable esposa.

-¿Qué tengo?

-Trabajo importante que hacer, respeto, aventura.

-Tú no...

-No voy a tener ninguna de esas cosas porque te preocupa mi seguridad. Preferirías tenerme en Inglaterra como un mueble, y quitarme el guardapolvo unas pocas veces al año cuando te dignaras visitarme. ¿Te gustaría a ti una vida así?

-Supongo que eso es mejor que ser institutriz -ladró él.

Laura parpadeó; movió un poco la cabeza como para despejarla. Desapareció la rabia que había brillado en sus ojos.

-Supongo que la paga es mejor -musitó tristemente.

Él se sintió como si ella se le estuviera escapando. Aumentó su sensación de agravio.

-Hay algo raro en ti.

Ella ladeó la cabeza, interrogante.

-No es así como reaccionarían la mayoría de las mujeres ante una oferta de matrimonio.

-¿Ninguna emoción de gratitud? ¿Ninguna miradita tímida de doncella? ¿Ningún suspiro de alivio por hacerse realidad el sueño de una solterona?

Él trató de aliviar sus sentimientos con un gesto.

-Soy muy perversa -dijo ella, compasiva-. Esto se remonta a cuando tenía cinco años y por fin entendí que mis padres siempre preferirían a un potro prometedor antes que a su única hija.

¡Se estaba riendo de él! De un paso, anuló la distancia que los separaba, la tomó en sus brazos y la estrechó fuertemente contra él. Su beso fue una exigencia y un desafío. La obligaría a ponerse seria.

Lo consiguió. Cuando la soltó, Laura estaba con los ojos muy abiertos y temblorosa. Podría poseerla allí mismo, en ese momento, pensó. Podría demostrarle qué era lo que estaba rechazando.

-No es suficiente -susurró ella.

Él la miró con el ceño fruncido.

-Prefiero no tener nada.

¿Prefería no tener nada a tenerlo a él? El rechazo lo golpeó con fuerza arrolladora. De pronto recordó que esa era la segunda vez que ella rechazaba su oferta de matrimonio. La primera vez, hacía diez años, no le había importado; en realidad se había sentido profundamente aliviado. En cambio esta vez ... esta vez le sabía tan amargo como una misión fracasada, la peor desilusión que podía imaginarse en su vida.

Laura se alejó y fue a ponerse detrás de un sillón.

Prefería no tener nada, pensó él. Allá ella, entonces. Sin decir otra palabra, giró sobre sus talones y salió, resistiendo el impulso a dar un portazo.

Cuando se alejaba el taconeo de sus botas sobre el parqué, Laura estalló en sollozos.

14

-Gracias por venir en seguida -dijo George Tompkins, desde detrás de su ancho escritorio.

Laura y Gavin estaban frente a él, sentados en sillas de respaldo recto bastante separadas.

-Las cosas están avanzando con mucha rapidez, como saben -continuó Tompkins-. Bonaparte está reuniendo un ejército a medida que avanza hacia el norte.

-Yo debería estar... -comenzó Gavin.

El anciano levantó una mano para hacerlo callar.

-Su regreso ha tenido un buen efecto; al parecer ha agudizado maravillosamente las mentes de los dirigentes aliados. El Congreso de Viena está tratando sus temas con encomiable velocidad y concordia.

Laura se preguntó por qué los habría llamado y juntos. No había visto a Gavin desde la noche anterior, cuando él fue a su habitación, y estar sentada cerca de él en ese momento le producía una mezcla de inquietud y anhelo.

-Y como era de suponer, las intrigas y contraintrigas se están multiplicando como conejos -continuó Tompkins.

Había tenido que rechazarlo, pensó Laura, aunque tal vez con eso sólo trataba de convencerse a sí misma.

-En realidad, es difícil juzgar las lealtades momento a momento.

Pero si no lo hubiera rechazado, al menos lo vería algunos meses al año, alegó una parte de ella. Habría sido reconocida como su esposa.

-Lo que se decida en Viena podría determinar el curso de la guerra -continuó Tompkins.

Pero no deseaba pasarse la vida esperando, concluyó Laura. No deseaba estar siempre esperando que cambiaran las cosas. Estaba harta de vivir al margen del mundo.

-Hay un buen número de asuntos que hemos de explorar -dijo Tompkins.

-¿Hemos? -preguntó Gavin.

Laura tardó un momento en asimilar las posibles consecuencias de ese plural.

-Yo no tengo nada que hacer en Viena -declaró Gavin-. Debo ir a Francia, encontrar a las personas que conozco allí, descubrir los planes de Bonaparte.

-Sus planes están muy claros. Está reuniendo un ejército para combatir por su trono.

-Pero cuándo y dónde va a...

-Esas cosas son muy fáciles de descubrir. Para eso no hace falta un hombre de sus... talentos.

Laura miró disimuladamente a Gavin; estaba atronador.

-Eso es ridículo -dijo él-. Protestaré.

-Como quiera -contestó Tompkins, como si eso no le preocupara en lo más mínimo. Juntó las yemas de los dedos de ambas manos y los miró por debajo de sus párpados bajos-. Ahora pasemos al asunto de Sophie Krelov.

Ya contaba con toda la atención de Laura; él lo advirtió y le dirigió una bondadosa sonrisa.

-Continúa muy activa, ¿saben? Ha estado hablando con una interesante colección de hombres...

-Sophie vive hablando con hombres -gruñó Gavin.

Laura lo miró de reojo, pero no vio nada especial en su cara, aparte de rabia y frustración.

-Desde luego, ¿y de qué, digo yo? Creo que en sus planes hay algo más, algo que aún no hemos descubierto. Y usted tiene la ventaja de haberla observado muy de cerca durante un tiempo.

Sí que la ha observado, pensó Laura.

Gavin abrió la boca para hablar y luego apretó las mandíbulas. Tompkins esbozó una sonrisa imperceptible, como una persona acostumbrada a ganar y demasiado generosa para jactarse.

-Nuestro trabajo también me da la oportunidad de poner a prueba las capacidades de la señorita Devane.

-¿Qué? -dijeron Gavin y Laura al unísono.

-Incluso tal vez le encontremos un nuevo puesto. Viena sigue llena de personas con información valiosa. -Su sonrisa se amplió ligeramente.

-No es posible que hable en serio -dijo Gavin.

Laura no fue capaz de hablar. Había obtenido lo que deseaba; le iban a dar una oportunidad.

-¿Y si yo me niego? -continuó Gavin, levantándose furioso-. ¡Puedo marcharme a Francia sin el maldito permiso de nadie!

El anciano acusó recibo de eso con un gesto tranquilo, como si fuera un asunto que no le importaba.

-¿Cree que puede aprender ruso en unas pocas semanas, querida mía? -preguntó a Laura.

-¿Ruso? -exclamó Gavin, con aspecto de estar a punto de explotar.

-Tengo un don para los idiomas -contestó ella, algo nerviosa.

-Seguro que podremos encontrar un profesor.

-Esto es una locura -masculló Gavin. Los dos se volvieron a mirarlo.

-¿Es que todo el mundo ha perdido la cabeza?

Tompkins dibujó un arco con su elegante ceja blanca. Laura se cogió las manos.

-¿Es que Bonaparte no es suficiente? -continuó Gavin, en tono acusador.

Los dos lo miraron.

-Bueno, ¿no lo es? -gritó.

Laura observó que el señor Tompkins casi aprobaba esa vehemencia.

-¡Al diablo con todo!

Con una mirada abrasadora, Gavin salió violentamente de la sala, sin molestarse en cerrar la puerta.

-Un joven muy divertido -comentó Tompkins.

-¿A eso le llama usted «divertido»? -preguntó ella, notando que la voz le salía claramente temblorosa. Gavin la afectaba, lo quisiera ella o no.

La mirada que le dirigió el señor Tompkins contenía un evidente guiño.

-Ah, bueno, cuando uno se hace mayor, las cosas se ven algo diferentes.

-¿Sí? -dijo ella, levantándose algo tambaleante-. Eso es consolador.

Librodot

Después de que ella abandonara su despacho, Tompkins continuó sentado ante su escritorio con una sonrisa amplia y satisfecha. Desde muy joven había sido adicto a la intriga, pero hasta ese momento había limitado sus intereses a la política. ¿Sería señal de senilidad ese nuevo interés?, pensó. Pero los encontraba tan divertidos a los dos.

Con cada año que añadía a su edad, encontraba más transparentes a las personas; se había ganado la fama de omnisciente simplemente observando sus rarezas y bufonadas y aplicando las lecciones aprendidas de muchas otras personas que había conocido. Pero esos dos eran bastante especiales. Le recordaban como había sido él de joven. Era algo que nunca había visto antes, y las implicaciones eran ciertamente fascinantes.

Hacía mucho tiempo desde la última vez que se sintió fascinado, pensó el anciano, levantándose y dirigiéndose a su habitación. Esa era una señal que había aprendido a tomar en cuenta; era una señal de que se estaba preparando algo importante. ¿Sería eso, al fin, el legado que deseaba dejar?

Caminó por el corredor considerando la posibilidad. Pasado un momento, comenzó a reírse. Todavía se reía cuando entró en su habitación, pero su ayuda de cámara no le prestó la menor atención; estaba acostumbrado.

Gavin ofreció la mano a Laura para ayudarla a bajar del coche delante de la sede de la delegación austriaca. Ella se recogió la falda, se apoyó en su mano y bajó ágilmente a la acera. Luego se cogió de su brazo y comenzaron a subir juntos las gradas. Algo en ese gesto, en toda la velada que los esperaba, estaba muy bien, era lo correcto, pensó. Iban avanzando juntos, al mismo ritmo, contra un adversario. Habían tramado un plan y era el momento de ejecutarlo.

Pero no era esa la opinión de Gavin, se dijo. Él no había querido que lo acompañara; quería enfrentarse a Sophie él solo. ¿Se debería eso a que en realidad ansiaba volverla a ver?, pensó Laura mientras subían la escalera principal hacia los salones de recepción. ¿O sólo era que le preocupaba su seguridad?

Cuando llegaron a la puerta en arco se le tensaron los músculos. El señor Tompkins estaba seguro de que su regreso a Viena era un secreto bien guardado, y lo que afirmaba el anciano ella lo creía. Sorprenderían a Sophie con su repentina reaparición, y, como se esperaba, obtendrían alguna información de ella.

Laura tenía sus dudas respecto a esto último, pero se las guardó para sí misma. No haría nada que pusiera en peligro su oportunidad de demostrar su valía al señor Tompkins. ¿Y a Gavin?, le preguntó una insinuante voz interior. Ella contestó con un desafiador sí. ¿Qué ocurriría si lograba demostrarle su valía a él? ¿No podría cambiar eso las cosas entre ellos?

Miró disimuladamente su hermoso perfil. Él estaba totalmente concentrado en observar el abarrotado salón. Como debería estar ella, pensó. Pero dedicó un ilusionado momento más a imaginar el cambio en su situación. La intimidad de que gozaron en la isla parecía haber desaparecido para siémpre, disipada como el humo que habían usado para atraer a sus salvadores. Era como si esa intimidad no pudiera sobrevivir en el mundo real, como si fuera un sueño que había tenido una vez y ahora sólo podía recordar.

Irguiéndose un poco más, volvió la atención a la masa de personas que tenían delante, haciendo a un lado los pesares. Demostraría su valía, sí Señor. Ya había contactado con Annalise y nuevamente la había puesto a seguirle la pista a la supuesta criada de Sophie. De eso saldría algo importante, se dijo. Pero en ese momento, era a la propia Sophie a la que debía enfrentarse.

-¿Supongo que no me dejarías esto a mí? -le dijo Gavin.

-¿Qué quieres que haga yo? ¿Que me vaya a sentar en un rincón con las manos cogidas en la falda?

-Si hubieras hecho lo que yo... -comenzó él, pero no se molestó en terminar la frase.

-Ahí está Sophie -contestó ella tranquilamente-. Tenemos que acercarnos y hablarle antes de que nos vea.

Lo miró; él tenía una expresión concentrada, impasible; ella no logró detectar ninguna emoción en su cara.

Avanzaron juntos, abriéndose paso por entre los demás invitados, y se acercaron a la condesa por detrás. Ella estaba hablando con un joven al que Laura no había visto antes. Gavin captó sus ojos y le dirigió una mirada que lo hizo retroceder un paso, y luego alejarse con una disculpa.

Sophie se giró hacia ellos. Cuando los vio, se quedó completamente inmóvil.

-Condesa -saludó Gavin.

Laura se limitó a saludarla con una inclinación de la cabeza.

-¡No podéis estar aquí! -siseó Sophie.

-¿Crees que somos fantasmas? -le preguntó Gavin, cogiéndole la muñeca.

La piel de la muñeca se puso blanca bajo la presión de sus dedos. ¿Estaría deseando tocarla?, pensó Laura.

Sophie se soltó bruscamente.

-¿Qué le habéis hecho a Michael?

-Tus planes han fracasado -contestó él, sin responder a su pregunta-. No triunfarás jamás.

Sophie empezó a responder pero se contuvo. Los miró en silencio, y al parecer vio muchísimo, pensó Laura, incómoda. Pasado un momento, esbozó una sonrisa.

-¿Yo? -dijo-. ¿Qué tipo de planes podría tener yo? Sólo soy una mujer, no soy otra cosa que una... mensajera.

-Bonaparte será derrotado -le dijo Gavin-. Es una causa perdida.

Ella ensanchó la sonrisa.

-Causas perdidas, sueños inalcanzables.

Fijó su mirada burlona en Laura. La mirada era perturbadora, tuvo que admitir ella. La miraba como si supiera todos sus más íntimos secretos y se burlara de ellos. Sólo era una pose, se dijo. Lo que debían hacer era sacarla de esa pose, de todas sus muchas poses para descubrir la verdad que había debajo. De una parte desconocida de sí misma surgió una pregunta:

-¿Cuándo te enseñó a disparar tu padre?

Gavin pareció sorprendido, pero la reacción de Sophie fue mucho más marcada. Retrocedió abriendo mucho los ojos, y luego los entrecerró peligrosamente, y frunció los labios.

-Nunca has sido lo que parecías, ¿verdad? -le dijo a Laura-. Me engañaste una vez, pero te aseguro que no volverás a hacerlo.

Dicho eso se dio media vuelta, con un frufrú de faldas, y se alejó de ellos.

-¿Qué demonios es eso de su padre? -preguntó Gavin.

-Algo que me dijo una vez. Algo real, creo.

-¿Real?

-Al parecer nadie sabe de dónde es Sophie. A cada persona le cuenta una historia diferente. Si supiéramos sus orígenes...

Gavin esperó.

-Podríamos conocer mejor sus lealtades.

-Si es que tiene alguna -dijo él, pero su expresión era de interés.

-Creo que sí la tiene -contestó ella, aunque sabía que él no había dicho eso como pregunta.

-¿Por qué lo dices? -Su mirada continuaba interesada.

Ella negó con la cabeza; no tenía ninguna buena razón que explicara su intuición. Al cabo de un momento él dijo:

-Los instintos están muy bien, pero no reemplazan la información. Deberíamos hablar con algunos de mis conocidos; formarnos un cuadro de lo que ha ocurrido en Viena mientras estábamos... fuera.

-Yo puedo hablar con personas que conozco.

-¡Tienes que estar conmigo!

Por un instante ella no pudo hablar. No deseaba otra cosa que estar con él, pero él no lo había dicho en ese sentido.

-Podemos llegar a más personas si nos separamos. Y algunas podrían hablar con más facilidad si...

-No te vas a lanzar sola.

Nunca demostraría sus capacidades si no lo hacía, pensó ella.

-Tonterías. Me mantendré a la vista de todo el mundo.

Dicho eso se alejó, antes de que él pusiera más objeciones.

Gavin la observó alejarse de él, con la cabeza erguida y su esbelta figura rígida. Otra vez estaba enfadada; últimamente lo estaba siempre. No quería casarse con él, no quería oír sus consejos, y ni siquiera reconocer que diez años de práctica en esos delicados asuntos podrían hacer valer su opinión. Lo único que quería era volverlo loco de preocupación por su seguridad, y de deseo por una mujer que lo había rechazado definitivamente.

Vio que iba a conversar con von Sternhagen. Al menos así estaría relativamente segura; lo peor que podía hacer el estimable barón era aburrirla de muerte; y se tomaría muchísimo tiempo en hacerlo.

Al observar a Laura caminar hacia el barón y entablar conversación con él, Gavin volvió a sentir esa extraña sensación de reconocimiento que de vez en cuando le hacía sentir ella. Le recordaba algo, a alguien. Le removía recuerdos del pasado de un modo que lo perturbaba más que el deseo frustrado. ¿Qué? Pero cuanto más buscaba la respuesta, más se desvanecía esta. Al final tenía que quitarse de encima la sensación y desecharla con un encogimiento de hombros. Le resultaba muy difícil hacer cualquier cosa estando ella cerca, pensó.

Soltando un suspiro, emprendió la búsqueda de sus propias fuentes de información. Habló con austríacos, franceses y polacos, con un agregado de la embajada rusa y un noble sajón. Conversó con la esposa de un delegado italiano que sentía una clara «ternura» por él. Charló con un holandés que tenía vastos intereses navieros. Pero lo único que logró descubrir fue que Sophie había continuado disfrutando de la vida social de Viena mientras ellos estaban prisioneros, asistiendo a casi todas las fiestas con aparente placer.

Durante todas estas conversaciones, no dejó de estar pendiente de Laura, que se movía por el enorme salón charlando aquí y allá. Descubrió que era capaz de localizarla sin mirar; sentía su presencia, como una luz que capta el rabillo del ojo, o un sonido que suena en el borde dé la audición. Cuando estaba cerca, él se relajaba; cuando se alejaba por el otro extremo del salón, se sentía intranquilo. Finalmente, en una de estas últimas situaciones, abandonó su interrogatorio y fue a buscarla por entre la muchedumbre de invitados.

Cuando la encontró, no pudo desviar la vista de su elegante figura y vivacidad de su expresión. Una parte primitiva de sí mismo insistió en que ella era de él, que debería estar a su lado, sonriéndole. Sin embargo, allí estaba, más fuera de su alcance que la luna. Además, parecía estar pasándolo bien. Con un ramalazo de ira cayó en la cuenta de que estaba hablando con ese idiota de Oliveri. Sin darse cuenta de las miradas que provocaba, se le acercó a grandes zancadas.

-¿Qué cree que va a hacer Bonaparte? -estaba preguntando el italiano.

-Reunir el ejército más grande que pueda e ir en pos de una de sus grandes victorias -contestó Gavin, secamente-. Debe de esperar una batalla decisiva. Los franceses están tan hartos de guerra como los aliados.

Oliveri asintió, manifestando su acuerdo.

-Y el otro lado esperará lo mismo -respondió Oliveri.

Gavin observó que no había dicho «nuestro lado».

-No puedo creer que los campesinos franceses se le unan -intervino una inglesa que estaba al Iado de Laura y que Gavin no había visto-. ¿Cómo pueden hacer eso?

-Bonaparte los hizo grandes -contestó Laura-. La antigua aristocracia sólo tenía desprecio por el pueblo. Pero Bonaparte es como ellos, a pesar de que ser emperador.

Gavin sintió una oleada de orgullo. Sí que entendía las complejidades de la situación, pensó; se tomaba tiempo para leer y tenía la inteligencia para interpretar lo que leía.

-Muy cierto -dijo Oliveri, zalamero.

Al ver la mirada que le dirigía a Laura, Gavin tuvo que reprimir un fuerte deseo de ahogarlo.

-No es más que un plebeyo arribista -dijo la mujer-. Su madre quería criar cerdos en Versalles, y él tiene los modales de un vendedor ambulante.

-¿Le conoce? -le preguntó Laura.

-¿Qué? Eh, no, eh... eso es bien sabido.

Pulcra manera de bajarle los humos a la mujer, pensó Gavin; y aunque Laura lo había dicho con expresión inocente, habría jurado que lo hizo intencionadamente.

-Por lo que he oído, los modales de Bonaparte varían según la situación -dijo Oliveri.

-¿Cree usted que llamará a París a su esposa? -preguntó la mujer.

-No me cabe la menor duda -contestó Oliveri.

-¿Y ella irá? -preguntó Laura.

Gavin asintió en gesto aprobador. Ese era el quid del asunto. Oliveri hizo un elocuente encogimiento de hombros, y contestó:

-Supongo que, como muchos otros, esperará a ver qué ocurre.

-¿O sea que ese es el peligro? ¿Que sus antiguos aliados se unan a él?

La mirada interrogante de Laura se cruzó con la de Gavin y él no pudo reprimir una sonrisa: ella iba directo al núcleo de las cosas.

-Exactamente -dijo-. Tenemos un periodo imprevisible de tiempo para derrotarlo. Semanas o meses. Pasado ese tiempo, él sólo puede adquirir poder.

Laura se quedó pensativa.

-Finalmente veremos algo de acción en el congreso -se mofó Oliveri.

Gavin curvó los labios. El individuo no era capaz de reconocer la verdadera acción ni aunque se le plantara encima. Movió la cabeza y buscó los ojos de Laura; era claro que ella estaba pensando lo mismo. Sostuvieron la mirada un largo momento. Cuando ella desvió la vista, él se sintió abandonado.

-Wellington lo derrotará -dijo la mujer, como si deseara convencerse a sí misma.

-Wellington nunca se ha enfrentado a Bonaparte en una batalla -comentó Oliveri.

-Ni Bonaparte a Wellington -repuso Laura. Volvió a cruzar su mirada con la de Gavin, y sonrió.

Gavin tuvo la repentina sensación de que había cometido un error. ¿Habría olvidado algo? ¿Habría sido incompleto su informe? Movió la cabeza; no, no era eso. No había descuidado ningún detalle de su trabajo. Sin embargo continuó con la angustiosa sensación que le había surgido en las pocas ocasiones cuando había comprometido una misión y estaba en peligro de perderlo todo con una sola jugada.

-¿Te sientes mal? -le preguntó Laura.

Levantó la vista y encontró que ella estaba a su lado. Los demás se encontraban a cierta distancia.

-¿Me ha parecido que tenías un aspecto muy raro; quizás estés enfermo.

Librodot

¿Tan transparente se había puesto?, pensó él. Era famoso por su habilidad para ocultar sus sentimientos. Miró alrededor, pero nadie estaba prestando atención. Volvió su mirada a Laura, y la sostuvo.

-Perdona -dijo ella-. No era mi intención fisgonear.

Se apartó, pero él la retuvo con la mirada, negándose a dejarla marchar. Ella era de él, le repitió esa potente voz interior. Debía ser libre para llevarla a casa y demostrarle eso de un modo tan convincente que ella no pudiera olvidarlo nunca más. Sus labios y dedos conocían todos los contornos de su cuerpo. Su deseo se movía al mismo ritmo que el de ella. Eso era innegable, dijera ella lo que dijera.

Laura se ruborizó, y él supo que le había leído el mensaje en la cara. Los mismos recuerdos que lo estaban excitando se movían como sombras en sus ojos.

Se le acercó más, empequeñeciéndola con su volumen, inconsciente de todas las personas que lo rodeaban. La sacaría de allí sin importarle un pepino las consecuencias; en realidad le importaba un pepino todo, aparte de oír cómo ella retenía el aliento y la sentía responder a sus caricias como siempre hacía. Levantó la mano para cogerla.

-¿Señor Graham? -dijo una voz profunda y áspera.

Gavin y Laura se sobresaltaron, como si esa pregunta los hubiera sacado de un mundo secreto.

Gavin se volvió hacia la voz y se encontró ante un desconocido, un hombre corpulento, de edad madura, en cuyo rostro se veían señales de vida ardua. Deseó decirle que se fuera al diablo.

-¿Sí?

-¿Puedo hablar con usted? Tengo una información que tal vez usted encuentre útil.

Gavin lo miró detenidamente. Una oferta así no se podía rechazar, por mucho que lo deseara. El autodominio ejercitado durante años ocupó su lugar, y su rostro recuperó la impasibilidad. En todo caso, lo que había deseado era imposible. No tenía ningún derecho sobre ella y Laura se lo había dicho. La convicción interior de que lo tenía era falsa, y si no lograba erradicarla, tendría que resistirse a ella.

-¿Podríamos hablar en algún lugar más privado? -El hombre señaló un entrante en la pared medio cubierto por una cortina, donde podrían hablar sin ser oídos.

Gavin asintió con un gesto impaciente y echó a caminar.

-Volveré dentro de un momento -le dijo a Laura.

El desconocido lo siguió hasta el entrante, y una vez allí, se colocó delante de él, impidiéndole ver el salón. Más le valía tener una información muy útil, pensó Gavin. Y si no comenzaba a decírsela inmediatamente, lo apartaría de un empujón y sacaría a Laura de allí.

Cuando se quedó sola, Laura se dedicó a observar a la gente, sus caras y gestos animados, el caleidoscopio de colores que se movían a su alrededor. En ese momento lo vio todo diferente. Cuando llegó a Viena, las muchedumbres de las fiestas y el murmullo de las conversaciones la abrumaban. Al mismo tiempo, le parecía distante, como si fuera una obra de teatro que estaba presenciando y no un acontecimiento de su vida. En ese momento la conversación y el ajetreo se le revelaba simplemente como una concha bajo la cual ocurrían todo tipo de cosas fascinantes. Se sentía como si fuera capaz de distinguir algunas y como si pronto fuera a reconocer otras. Ella estaba en su lugar allí, pensó, no del modo como esperaría Catherine sino de otro más complicado.

Sophie Krelov se le estaba acercando. La vio venir desde un lado y un poco desde atrás, esperando pillarla desprevenida. Y en ese momento comprendió que el desconocido se había llevado a Gavin justo para que eso pudiera ocurrir. Con curiosidad y cierta aprensión, se giró y esperó que llegara hasta ella la condesa.

Cuando llegó, no estaba sonriendo.

-¿Me has dicho algo que sea cierto? -le preguntó.

-Todo lo que te dije era cierto -contestó Laura.

Sophie descartó eso con un gesto despectivo.

-No me ganaréis. Podéis haber escapado de las manos de Michael, pero no me detendréis a mí. -Se le acercó más, como si quisiera obligarla a retroceder.

-No se trata de Bonaparte, ¿verdad? -contestó Laura, sin moverse.

Estaba recordando el modo de hablar de Sophie la primera vez que hablaron. La condesa entrecerró los ojos y se acercó aún más.

-¿Lo has fascinado? ¿Te imaginas que lo tienes fascinado?

Laura no tuvo más remedio que retroceder un poco.

-Eres una tonta si crees eso -continuó la otra; la perforó con la mirada-. Eres tonta, ¿verdad? E incluso más que tonta. Esperas que haya algo más que fascinación, ¿amor tal vez? -emitió una risita burlona-. Ah, eso es mejor que cualquier amenaza que yo pudiera hacer. ¡Te has destruido!

Laura concentró todas sus facultades en no mostrar ninguna reacción.

-Gavin Graham no tiene corazón. Tiene manos, labios y... otras partes placenteras, y es muy bueno para usarlas. -Sonrió jactanciosa-. Es muy, muy bueno, ¿verdad?

Esas últimas palabras fueron como el repentino ataque de una cobra; Laura no pudo reprimir un respingo.

-Sí, las dos sabemos eso. Las dos sabemos cómo...

-No -interrumpió Laura, sólo consciente de que deseaba que se callara.

Sophie sonrió, muy complacida por esa reacción.

-Gavin sólo utiliza a las mujeres -continuó-. Todos saben que así es como obtiene su información y logra sus espectaculares «éxitos». Y después las arroja lejos. Podría contarte historias que...

-¿Eso fue lo que te hizo a ti?

-Ah -dijo Sophie, ensanchando la sonrisa-, en nuestro caso fue al revés. Yo decidí utilizarlo. Él encontraba eso muy... excitante, creo.

-Fracasaste.

La condesa hizo un encantador encogimiento de hombros.

-Tal vez, pero fue un fracaso muy, muy placentero. -Volvió a acercársele-. Dime, ¿alguna vez se te ha acercado en medio de la multitud y te ha metido las manos debajo de...?

Laura se dio media vuelta y se alejó. La risa tintineante de Sophie la siguió. Le temblaban las manos, y sentía frío pese al calor que hacía en el salón. Todo el tiempo había estado preocupada pensando si Gavin quería verdaderamente a Sophie, y la verdad era que no quería a nadie.

Unos dedos se cerraron en su brazo y la hicieron girar.

-¿Qué te ha dicho? -le preguntó Gavin.

Laura se esforzó por mantenerse de pie; hizo una honda inspiración.

-¿Te ha amenazado? -continuó él-. Te prometo que iré...

-No.

Nuevamente no supo si contestar o protestar. Él la estaba mirando ceñudo; se veía medio enojado, medio preocupado.

-¿Qué, entonces? -insistió él.

-N-nada -tartamudeó ella-. No ha dicho nada importante.

-¿Entonces por qué estás tan alterada?

-No estoy alterada.

-No seas ridícula. Sí que lo estás...

-¡No soy ridícula! -dijo, tan fuerte que varias cabezas se volvieron a mirarla.

-Laura, ¿qué te pasa?

Era la primera vez que él la llamaba por el nombre de pila en un lugar público. Sintió cerca el peligro de las lágrimas. Y si se echaba a llorar ...

-Estoy cansada -dijo-. Necesito irme a casa.

La palabra le resonó ligeramente en la cabeza. ¿Dónde estaba su casa?

Al parecer Gavin advirtió las miradas curiosas de la gente que los rodeaba. Insatisfecho, le ofreció el brazo en silencio.

15

Laura logró llegar a su habitación antes que le salieran las lágrimas. Extrañamente, una vez que se encontró allí, descubrió que ya no tenía ningún deseo de llorar. Por el contrario, tiró la capa en el sillón de la ventana y luego envió volando hacia allí los guantes. Todavía insatisfecha, levantando violentamente las piernas, lanzó uno tras otro los zapatos de fiesta, que haciendo un amplio arco fueron a estrellarse en el rincón, con gratificantes sonidos.

-Estoy harta de que me traten como a una idiota -dijo en voz alta. Las palabras la sorprendieron considerablemente. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y se dejó caer en la silla del escritorio a tratar de descubrir qué demonios había querido decir con ellas.

-Nadie se cree que sé lo que estoy haciendo.

Asintió en respuesta a esa afirmación.

-Nadie entiende cómo ha sido mi vida en los últimos diez años.

Eso no sólo era verdad, sino que en cierto modo era tranquilizador. Su bien ejercitada inteligencia se puso a trabajar y empezó a ofrecerle hipótesis. Primera: Era evidente que Sophie había organizado las cosas para tener esa conversación con ella; sus maniobras no habían sido particularmente sutiles; y también tenía planeado lo que le iba a decir. Cada una de sus palabras tenía una finalidad. ¿Lo hizo simplemente para herirla?

Negó con la cabeza como hablándole a la habitación. Los motivos de Sophie siempre trascendían lo puramente personal. Incluso sus rabietas favorecían algún plan; usaba las emociones para sus fines.

Laura frunció el ceño. Sophie había deseado muchísimo librarse de Gavin, y cuando la relacionó con él, también quiso librarse de ella. Sin duda todavía deseaba eso. Estaba furiosa cuando la enfrentó esa noche.

Haría cualquier cosa para conseguir lo que deseaba; mentir, por ejemplo. Tal vez todo lo que le había dicho era mentira.

Se le elevó el ánimo. Deseaba creerlo; deseaba descartar esa conversación, borrar la imagen de Gavin con Sophie y la afirmación de que él no quería a nadie. Deseaba negar la descripción del carácter de Gavin que le había hecho Sophie, borrar al hombre que le había descrito y reemplazarlo por... el hombre que ella amaba.

Pero él nunca le había dicho que la quería, dijo una inexorable voz interior, ni durante el tiempo que estuvieron juntos en la isla ni cuando le propuso matrimonio. Todo lo que sabía de él sugería que Sophie tenía razón.

Al llegar a ese punto, las lágrimas volvieron a pugnar por salir. Pero ella no las dejó caer. Se levantó y comenzó a prepararse para irse a la cama. Estaba sola, pensó; sabía estar así, lo había estado durante años. Si deseaba tener un futuro, debía hacérselo ella. Debía demostrarle al señor Tompkins, sin dejar la menor duda, que era valiosa para su organización, y crearse un espacio en ella. Una vez que hiciera eso, no importaría qué pensaba Gavin Graham de ella.

Pero aunque esto lo repitió en silencio más de una vez, las palabras de Sophie Krelov resonaron en sus sueños, haciéndolos dolorosos, y la noche muy larga.

A la mañana siguiente, inmediatamente después de desayunar, Laura fue a ver al señor Tompkins.

-Me dijo que se había visto a la condesa Krelov hablando con una interesante variedad de hombres -le dijo-. ¿Tiene una lista de ellos?

Él la miró detenidamente.

-Podría prepararle una -contestó Tompkins.

-Yo podría hablar con ellos también, para ver si tienen intereses en común o si Sophie les ha revelado algo.

Decidió no decirle el resto de su plan todavía. Habría tiempo suficiente para ver si le daba resultados.

Tompkins la miró preocupado.

-Con algunos tal vez. No todos son hombres de buen carácter.

-Con todos -replicó Laura firmemente-. Lógicamente sólo me acercaría a ellos en lugares públicos.

-No sé si incluso eso sea prudente -le contestó él. Ella se plantó las manos en las caderas.

-Señor Tompkins, ¿De veras tiene la intención de dejarme trabajar para usted?

El alzó una ceja al ver su vehemencia.

-Porque si no, sería muy amable si...

-Tengo muchísimas intenciones -interrumpió él-. Algunas están muy claras, otras no del todo formadas. Pero es necesario estudiarlas todas muy bien y relacionarlas. No acepto una idea en el momento que me la presentan.

Escarmentáda, Laura bajó la vista.

-No la acepto mientras no estoy seguro de que es una buena idea -concluyó él.

-¿Qué es una buena idea? -preguntó Gavin, entrando en la sala detrás de Laura.

Tompkins lo miró con una expresión calculadora, como divirtiéndose, que ella no entendió, y después le explicó la sugerencia. Laura se preparó para la reacción de Gavin.

-¡Eso de ninguna manera! -exclamó Gavin-. Es un plan idiota. Lo prohíbo.

-¿Por qué? -le preguntó ella, controlando sus sentimientos. El la miró furioso.

-¿Por qué? Porque es peligroso, inútil y completamente innecesario. Yo descubriré todo lo que necesitamos saber, en muy poco tIempo.

Estaba muy agitado, pensó ella, más de lo que podría haberse imaginado del frío y desdeñoso Gavin Graham cuando lo conoció. O sea que le importaba algo, pero ¿qué exactamente?

-No veo por qué no puedo ayudar -se atrevió a decir ella.

-¡No necesito ninguna ayuda! Trabajo solo.

En lugar de rabia, Laura sintió un curioso estremecimiento de emoción, como si se estuvieran abriendo unas persianas para revelar vistas inesperadas.

-¿Te ha ayudado alguien en algo alguna vez? -le preguntó Laura.

El pareció claramente sorprendido.

-¿Qué?

-¿Que si alguna vez alguien ha hecho algo por ti?

El frunció el ceño, sin entender.

-Siempre he tenido criados. No sé qué quieres...

-No me refiero a criados. Cuando eras pequeño, ¿nadie...?

-¿Qué tipo de tontería es esa? -interrumpió él-. Si lo que pretendes es desviarme del tema, no te dará resultado.

Laura notó que el señor Tompkins la estaba observando con una expresión que parecía de aprobación, como si le hubiera puesto una especie de prueba que estaba realizando bien. Ojalá tuviera la bondad de explicárselo, pensó con ironía, en lugar de dejarla andar a tientas.

-No te corresponde a ti hablar con ese tipo de hombres -añadió Gavin.

¿Sería pura idea suya o detectó un asomo de celos?, pensó ella. No se atrevió a creerlo.

-Creo que es más o menos la misma idea que usted tenía en relación a la condesa -comentó el señor Tompkins.

Gavin lo miró como si hubiera dicho algo incomprensible.

Nadie lo había ayudado jamás, pensó Laura. Recordó lo que sabía de su familia. Su padre lo había tratado como a un simple instrumento, y cuando él no logró realizar sus deseos, lo envió lejos de todo lo que conocía. Gavin había tenido que demostrar su valía a sus superiores, pensó, recordando cosas que le había dicho el señor Tompkins. Y había tenido que hacerlo solo. Sus amigos... ¿Tenía amigos? No recordaba haberle oído nombrar a ninguno.

-Esto es una barbaridad -afirmó él.

Laura sintió un estremecimiento. Deseaba ayudarlo. Junto con todas las otras cosas que deseaba, eso lo deseaba muchísimo. Pero decirlo sería estúpido.

Gavin se había vuelto hacia el señor Tompkins:

-¿Cómo puede considerar siquiera la posibilidad de enviar a una joven sin experiencia a mezclarse con tipos como Girard Slansky?

-La única manera de adquirir experiencia es...

Gavin lo interrumpió con un gesto violento.

-No lo permitiré. -Se volvió hacia Laura-.Estaré contigo en todo momento mientras estés fuera -le dijo-. No tendrás oportunidad de hacer ninguna tontería.

-O sea que trabajaremos juntos -se atrevió a decir ella-, como compañeros.

Algo centelleó en los ojos de Gavin. Probablemente ira, pensó ella. Emitió un sonido semejante al de un animal torturado que ya no aguanta más.

-Espléndida idea -dijo el señor Tompkins.

Dirigiendo una abrasadora mirada a los dos, Gavin se dio media vuelta y salió de la sala.

A su salida siguió un momento de silencio. Laura estaba tratando de ordenar toda una riada de sentimientos y de determinar si Gavin había dicho en serio algunas de las cosas que había dicho, o no dicho.

-Esto ha ido bastante bien -comentó el señor Tompkins.

-¿Cree usted? -preguntó Laura.

-Oh, sí.

Parecía muy satisfecho, más o menos como un jardinero que contempla un hermoso jardín fruto de su trabajo.

-¿Por qué? -le preguntó ella.

Él le dirigió una de sus encantadoras sonrisas, pero no le contestó la pregunta.

Laura deseó insistir, preguntarle acerca de Gavin y si había visto en él algunas de las emociones que creyó ver ella. Pero no se atrevió.

Los días siguientes se contaron entre los más enloquecedores que había experimentado Gavin en toda su vida. Jamás había permitido a ninguna otra mujer que lo dirigiera así en un baile, pensó, mientras contemplaba a Laura moverse por el salón de baile de la delegación sajona.

Ella aceptaba su compañía sin protestar, pero en cada una de las fiestas a las que asistían, esperaba que él estuviera hablando con un conocido para escabullirse y abordar a algún sinvergüenza que conocía a Sophie. Por lo visto, no tenía ninguna dificultad para interesar a esos hombres. ¿Y por qué iba a tenerla?, pensó Gavin agriamente. Todos tenían ojo, y más de uno, para una mujer atractiva. Él la alejaba de ellos tan pronto como podía, pero no siempre con la rapidez con que habría querido. Y se estaba creando una fama de grosero por tratar de mantenerla a salvo; por no decir nada de los rumores que empezaban a correr sobre su sospechoso interés por la hermosa señorita Devane, pensó amargamente. Más rápidos que un mensajero diplomático, los cotilleos ya habían llegado a Londres. Acababa de recibir una irritada nota de su hermana mayor preguntándole que creía que estaba haciendo.

Creía que estaba protegiendo a Laura de meterse en serias dificultades. Apretó los dientes cuando la vio detenerse en el otro extremo del salón para contestar a algo que le dijo un noble polaco de mala fama; indignado vio que se disponía a bailar con el sujeto.

-Lo hace bastante bien, ¿verdad? -dijo George Tompkins a su lado.

¿Y de dónde había salido Tompkins?, pensó. No lo había visto aproximarse, y la verdad es que pensaba que el anciano dedicaría esa excepcional salida a jugar a las cartas en el salón de juego.

-Creo que tiene un don para este tipo de cosas -continuó Tompkins.

Gavin gruñó, demasiado irritado para responder.

-Sólo necesita un poco más de experiencia -añadió el anciano.

-¿Qué tipo de experiencia espera que adquiera con un viejo verde como ese? -gruñó Gavin, mirando a Laura girar en los brazos del individuo.

-Está aprendiendo a cuidar de sí misma -afirmó Tompkins.

La ira empapó a Gavin como un balde de agua hirviendo arrojado a su cara; una niebla roja le empañó los ojos. Si ese canalla hacía el más mínimo ademán de acercar su cara a la de Laura, encontraría un pretexto para sacarlo fuera y meterle una bala en el cuerpo.

El polaco se inclinó a decirle algo a Laura, y ella se rió.

De pronto a Gavin le vino la idea de que podría perderla, no por ese idiota arribista, pero había otros hombres en el mundo. Y si no un hombre, los separarían el tiempo y la distancia, o algo peor. Se le aceleró el pulso; tenía que convencer a Tompkins de que no la enviara al peligro.

Pero cuando se volvió hacia el anciano, este ya no estaba.

En ese momento sonaron los últimos compases de la música. Vio que el compañero de Laura no quería soltarla; al parecer le estaba diciendo algo gracioso, pero no cabía duda de sus motivos. Caminó hacia ellos y llegó justo en el momento en que Laura se liberaba del brazo de aquel idiota.

-Señorita Devane -dijo en un tono destinado a transmitir todas sus objeciones-. ¿Me concede el honor del próximo baile?

Sin hacer caso de su mirada furiosa, ella hizo un sereno gesto de despedida a su pareja anterior y luego caminó con él hacia la pista.

-No siempre estaré aquí para rescatarte -le dijo él.

-No me has rescatado. Estaba perfectamente bien -contestó ella.

-¿Ah sí? ¿Tienes una idea de lo que tenía en mente ese «conde» de medio penique?

-Por supuesto, pero puesto que no tenía la menor posibilidad de obtenerlo, yo...

Los músicos empezaron a tocar y él la atrajo a sus brazos con un poco más de fuerza que la necesaria. El alivio de tenerla cerca, de sentirla segura, fue extraordinario. Aspirando su fragancia y sintiendo su cuerpo moverse junto al suyo en ritmo perfecto, casi olvidó sus quejas. El mundo le pareció perfecto en ese momento. Ella estaba en el lugar que le correspondía, en sus brazos.

-¿Cómo puede Tompkins permitirte hacer esto? -explotó.

Ella guardó silencio un momento, mientras el eco de su tono airado vibraba entre ellos.

-Supongo que confía en mí -dijo ella después, suavemente-, mientras que por lo visto tú no.

-¡La confianza no tiene nada que ver con esto!

Giraron, siguiendo la cadencia del baile, sus cuerpos exquisitamente sincronizados, en un ritmo que a Gavin se le antojó casi doloroso.

-Podrían engañarte, o atacarte. No te corresponde estar en esta situación -le increpó él.

Ella lo miró, con sus ojos muy abiertos, su piel blanca como crema. La luz de las velas le formaba reflejos dorados en sus cabellos negros.

-¿Dónde me corresponde estar? -preguntó ella, en voz tan baja que él no estuvo seguro de haberla oído.

Gavin sintió un vuelco en su interior. Le estaban exigiendo demasiado, pensó, y al instante se preguntó qué demonios significaba eso.

Laura hizo una rápida inspiración cuando el baile los hizo mecerse juntos.

-Soy capaz de hacer esto -dijo ella-, es perfectamente sensato que lo haga.

Librodot

Sensato, pensó Gavin. Se aferró a la palabra como una víctima de naufragio a un madero.

-La sensatez sugeriría que se me dejara hacer a mí -espetó él.

-No obtuviste ninguna información de Sophie -repuso ella- sea lo que sea lo demás que hayas obtenido de ella.

-¿Cómo?

Ella miró hacia otro lado. Él contempló su hermoso perfil enmarcado en el friso móvil formado por las demás parejas de baile.

-Debió de ser una muy placentera... aventura amorosa.

-¿De qué hablas?

-De Sophie.

-No fue una aventura amorosa.

-Ah.

A él no le gustó su tono, como tampoco le gustó su expresión.

-Pryor hizo todo lo posible por mantenerme alejado de ella.

-Sí, ¿verdad?

Gavin había olvidado el motivo de la presencia de Laura en Viena. El plan del general quedaba ya muy lejos en el tiempo.

-Más o menos lo que tú estás haciendo ahora conmigo -continuó ella.

Él encontró odiosa la comparación.

-¡Qué tontería! Esto es totalmente diferente.

-¿Por qué?

-¡Porque yo sabía lo que hacía!

Por el destello que vio en sus ojos comprendió que con eso no iba a ninguna parte. La música estaba llegando a su fin. Ella volvería a alejarse de él.

-Laura.

En su cara vio que ella se proponía hacer exactamente lo que le viniera en gana, dijera él lo que dijera, fueran cuales fueren las razones que le diera. Ella creía que sabía más. De nuevo tuvo esa recurrente sensación de haber visto eso antes. Ella le recordaba algo, o más bien, a alguien. ¿A quién?

Vio que Laura paseaba la mirada por la muchedumbre; era evidente que estaba planeando el paso siguiente.

Entonces, en un pasmoso momento de claridad, cayó en la cuenta. Era él mismo a quien le recordaba, él diez años atrás, cuando se embarcó en su primera misión real y descubrió su verdadera vocación en el servicio diplomático. Veía vibrar en ella el mismo entusiasmo y concentración; conocía muy bien esa expresión de confiado desdén y las dudas que ocultaba con tanta efectividad.

La comprensión descendió sobre él como una cascada, una cosa tras otra; de pronto adquirieron sentido cosas que ella le había dicho. Las mujeres invisibles, pensó; diez años atrás él se había sentido no invisible sino insignificante. Bajo el dominio de su padre sólo veía ante él una vida sin sentido, regida por opresivas convenciones sociales y los deseos de otras personas. Entonces lo enviaron al exilio, donde en lugar de castigo descubrió la libertad, la manera de usar todas sus facultades y capacidades, de participar, de tener un papel en la configuración de los acontecimientos.

Él y Laura eran espíritus afines; ella había salido de su exilio y entrado en ese tipo de libertad que él descubrió en esos años, y con la misma certeza de que estaba destinada a ese tipo de aventura.

-Señor Graham -algo le tiró la manga-. ¡Gavin!

Era Laura.

-¿Qué? -contestó él.

-Ha terminado la música -le dijo ella.

Estaba tratando de soltarse de su abrazo, mirando aquí y allá, a las personas que los miraban divertidas. Volvió bruscamente a la realidad y la soltó.

-Sé lo que me hago -dijo ella-. ¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

¿No había dicho él esas mismas palabras a un aterrado subalterno una vez?, pensó. Sí, lo había hecho.

-No soy temeraria -insistió ella.

Él asintió. Eso también lo había dicho.

-He pensado mucho en todo esto -siguió.

Nada haría variar lo que ella sentía en esos momentos, pensó él, con el recuerdo vivo del entusiasmo y emoción que experimentara en sus primeros tiempos. Pero ella era una mujer, protestó en silencio. Además, era de él.

-¿No puedes entenderlo? -le preguntó por fin.

No era de él, le recordó otra voz; lo había rechazado. No le haría caso y no se detendría. Jamás en su vida había sentido tanto miedo, pensó.

-¿Estos son los que visita la doncella de la condesa? -preguntó Laura a Annalise.

La niña asintió.

-Y a veces sale de las casas con paquetes.

-¿Paquetes grandes?

-No -con gestos indicó el tamaño-. Como si fuera un pastel, o una caja de cigarros del estanco de Herr Schwimmer.

Laura leyó atentamente la lista que había hecho Annalise. Todos los hombres que aparecían en ella también estaban en la lista que le había dado el señor Tompkins, pero la de Annalise era mucho más corta.

-Me gustaría mucho saber qué contienen esos paquetes -musitó.

-¿Quiere que robe uno?

-¡No!

No quería meter en problemas a Annalise. Hasta el momento no había hecho nada ilegal, y deseaba que continuara así. Volvió a repasar la lista, pensando en cada uno de los hombres y en lo que había logrado deducir acerca de ellos en sus cortas conversaciones. No le llevó mucho tiempo tomar una decisión.

-Este -dijo apuntando un nombre en la lista-. La próxima vez que la doncella de la condesa vaya a visitarlo, ven a decírmelo.

Annalise asintió.

-Has hecho muy buen trabajo -añadió. Al ver la encantada sonrisa de la niña se prometió hacer algo por ella cuando ese trabajo hubiera acabado; tal vez el señor Tompkins podría encontrarle algo-. ¿Cómo está tu hermano?

-Mi padre descúbrió lo de su noviazgo y su plan de llevar una tienda -contestó la niña sonriendo-. Uy, ¡cómo se puso! Pero Heinrick le plantó cara. Nunca lo había hecho. Yo creo que a papá le gustó eso en realidad, y ahora hace como si se hubiera resignado -se encogió de hombros como para decir que no se creía eso.

-¿Pero sigue negándose a que lo ayudes?

Annalise la miró horrorizada.

-No se lo he pedido, ahora que anda tan malhumorado. Después, cuando Heinrick ya se haya marchado, veremos.

-Eres una jovencita muy inteligente -dijo Laura.

Annalise volvió a sonreírle.

-Debo irme a casa.

Laura la acompañó hasta el vestíbulo.

-Gracias, Annalise.

-Soy yo la que debo dar las gracias -contestó la niña, y con otra sonrisa y un gesto de despedida, se marchó.

Al volverse, Laura vio al señor Tompkins de pie en la escalera, observándola; tuvo que reprimir un respingo. Siempre aparecía de improviso en los lugares más inesperados; cuando menos se lo imaginaba, y sin sentirlo aproximarse, allí estaba su penetrante presencia.

Hubo un silencio corto, tenso.

-Buenas tardes -dijo ella finalmente, deseosa de escapar de su escrutinio-. Justamente iba de camino a...

-¿Está segura de que sabe lo que hace? -le preguntó él.

Ella lo miró sobresaltada.

-Me afligiría muchísimo que usted sufriera algún daño o resultara herida de algún modo -añadió él.

Ella pestañeó. Le hablaba como si supiera todos los detalles de sus planes.

-Y sin embargo detesto desalentar... la iniciativa.

Laura no se habría imaginado jamás que alguien pudiera ser amable e implacable al mismo tiempo. Recordó las pruebas de agilidad mental a que la sometían sus profesores en la escuela.

-¿Y bien? -dijo él.

Laura tragó saliva; hizo una inspiración. Iba a aprobar esa prueba.

-Estoy segura -contestó, con la mayor firmeza que pudo. Cometió el error de mirarlo a los ojos; se sintió como si él le estuviera viendo todo su interior. Cuando por fin él asintió, casi se desmayó de alivio.

Él continuó mirándola otro momento y luego sonrió.

Ella esperó a que él dijera algo más, pero no lo hizo. Dejó prolongarse el silencio hasta que ella no pudo soportarlo más.

-Estoy un poco cansada -dijo-. Creo que subiré a mi habitación.

El señor Tompkins se limitó a hacer una inclinación con la cabeza. Ella lo interpretó como permiso y pasó junto a él casi corriendo.

Él la observó subir la escalera con una sonrisa en los labios. Las cosas se estaban desarrollando muy bien, pensó.

16

Gavin estaba apoyado en la pared del largo salón donde celebraba su última recepción la delegación inglesa del Congreso de Viena. Las puertas de vidrio estaban abiertas para que entrara la suave brisa primaveral. Los invitados intercambiaban despedidas; muchos ya tenían preparados sus equipajes para abandonar la ciudad y volver a sus capitales o cabalgar hacia el campo de batalla. Por fin se habían tomado decisiones y firmado documentos. Lo único que faltaba por hacer era derrotar al genio militar que había tenido esclavizada a Europa durante años, y sido causa de esa importantísima reunión.

Gavin esbozó una breve sonrisa. Todos hablaban como si esa derrota sólo fuera cuestión de tiempo, pero la mayoría trancaría sus puertas y esperaría para ofrecer lealtad a quienquiera que fuera el vencedor.

Una parte de él protestó por la distancia que lo separaba de la inminente confrontación, y deseó estar en Francia, reuniendo información. Pero otra parte, menos conocida, estaba fascinada por lo que estaba ocurriendo allí, en ese salón.

Estaba observando a Laura moverse por entre la muchedumbre, hablando con algunas personas, sonriéndole a otras, clasificando de modo invisible entre amigos y enemigos, entre conversaciones útiles e insignificantes. Entendía exactamente qué sentía y qué pensamientos pasaban por su cabeza. Él había estado igual en sus primeros años, entusiasmado y cauteloso a la vez, osado y circunspecto. Era como extender unas alas demasiado largas dentro de una

jaula diminuta, recordó. Era una emoción, una sensación de euforia sin igual. O mejor dicho, casi sin igual, corrigió. Después había descubierto algo que era aún más embriagador.

En ese momento ella venía hacia él, con alguna información que comunicarle. Se veía complacida, resuelta y entregada a su nuevo papel. Lo entusiasmaba observarla, pensó, aunque también lo aterraba. Era una lástima que algunos de sus ex superiores no fueran a saber nunca de ese momento, pensó con ironía; lo disfrutarían muchísimo.

Observándola, recordó esa sensación de haber tenido éxito en una misión, descubierto lo que le habían enviado a descubrir, hecho las conexiones con una fuente importante de información. Se le aceleró el pulso cuando comprendió que eso había hecho Laura.

Era extraño, pensó. Se había ejercitado en leer las expresiones y gestos de los demás. Pero jamás le había ocurrido eso de sentir junto con alguien a quien observara. Su vínculo con Laura lo hacía sentir simultáneamente con ella.

Por alguna razón, eso le trajo a la memoria la pregunta que le hiciera ella unos días atrás. Claro que lo habían ayudado muchas personas a lo largo de los años. ¿Qué habría querido decir ella con esa pregunta? De pequeño tuvo niñeras y tutores. Su padre... Por un momento trató de decirse que las incesantes críticas de su padre habían sido un intento de ayudarlo; pero no lo creyó. El viejo sólo había deseado un medio para hacer fortuna, no un hijo. Cuando él no logró casarse con una heredera, su padre lo convirtió en proscrito, alejándolo de todo y de todas las personas que había conocido. Y cuando acudió a sus hermanas en busca de apoyo, ellas se limitaron a reprocharle el haber incurrido en la ira de su padre.

En su interior se agitó un antiguo dolor, pero hacía tanto tiempo que se había adaptado a él que le fue fácil desecharlo. Lo que quedó, inexplicablemente, fue la imagen de la cara de Laura cuando le hizo esa pregunta. Un pregunta que lo perturbó intensamente. Era él quien la estaba ayudando a ella, se dijo. El no necesitaba ninguna ayuda, ya había encontrado su lugar, adecuado y solitario, en el mundo.

-¿Te sientes bien? -le preguntó Laura, reuniéndose con él-. Te noto algo indispuesto.

Vivía preguntándole cómo se sentía, pensó Gavin; desatándolo, dándole consejos, los deseara o no. Sintió una extraña inseguridad, como si en sus cálculos no hubiera tomado en cuenta unos detalles esenciales.

Ella se cogió de su brazo y lo condujo discretamente por el salón hasta salir a la terraza embaldosada.

-Un francés salió por aquí seguido por Sophie -le dijo en voz baja-. Me pareció muy agitado.

-¿Quién era? -preguntó él, concentrada su atención al instante.

-No lo conozco -contestó ella. Cuando iban caminando un poco más rápido adoptó una expresión virtuosa-: Pero ves que he venido a decírtelo al instante en lugar de seguirlos yo sola.

-Encomiable -respondió él.

Pero sabía muy bien que eso lo hacía simplemente para aplacar sus reparos, y que en otra ocasión haría lo que le diera la gana.

Los arbustos cercanos con hojas nuevas ofrecían poco refugio, pero más allá había matorrales de arbustos perennes y en ellos se escondieron rápidamente. Al parecer, Sophie había pensado lo mismo porque muy pronto oyeron su voz que venía de muy cerca.

-No podemos hablar de esto aquí -siseó en francés.

-Ha llegado el momento -dijo una voz de hombre-. No podemos esperar más tiempo.

-Dentro de una semana -dijo ella-. Todo está dispuesto. Entonces ocurrira.

-Tienes que estar segura

-¡Estoy segura! Y no debes volver a hablar conmigo. Estamos rodeados de observadores.

Gavin tiró de Laura hasta meterla en medio de las ramas exteriores del matorral.

-Al que pille observando lo mato -alardeó el francés.

-¡Guarda eso! -exclamó Sophie. Después añadió en voz más baja y controlada-: No debes sacar una pistola en un lugar como este.

-Ahora estamos en guerra -afirmó él en voz alta-. Puedo hacer lo que me plazca. Bonaparte va a aplastar a esta canaille y...

Con el brazo alrededor de la cintura de Laura, Gavin se adentró más en la espesura del matorral. Una rama crujió bajo sus pies.

-¿Qué ha sido eso? -exclamó el francés.

Se oyeron unos pasos apresurados. En un solo movimiento Gavin se agachó y arrastró con él a Laura, acurrucándose los dos en el medio de los arbustos que bordeaban el sendero. Se le enterraron ramitas por todos lados.

-¿Quién está ahí? -preguntó el hombre.

Se movió el arbusto con sus golpes, y Gavin vio sus pies bajo las ramas y hojas.

-¡Calla! -susurró Sophie, demasiado cerca de ellos-. ¿Quieres atraer la atención de todo el mundo? Lo estropearás todo.

Se oyó un golpe, y los pies del hombre trastabillaron. Gavin atrajo más a Laura hacia él, y esperó.

Otro ruido de golpe; al parecer Sophie estaba golpeando a su imprudente aliado, tratando de llevárselo de allí. Se oyó una sarta de maldiciones en francés, y los pies se alejaron. Gavin escuchó alejarse el ruido de los pasos, esforzándose por determinar si eran un par o dos.

Un pájaro comenzó a cantar en lo alto de un árbol cercano. La suave brisa hacía llegar hasta ellos el entrechocar de copas y el murmullo de las conversaciones en el salón. Gavin se relajó un poco y notó que Laura estaba temblando apretada contra él. Al mismo instante, se le encendió la sangre al contacto de su cuerpo amoldado contra el de él; la tenía rodeada con el brazo a la altura del pecho, y le rozaba los cabellos con la mejilla. Y no tenía el menor deseo de soltarla.

-Tranquila, no pasa nada -le surruró al oído, que estaba muy cerca de su boca-. Ya se han marchado, no hay nada que temer.

-No es «miedo» -susurró ella con el aliento entrecortado. El la cambió de posición entre sus brazos y a él se le tensaron los músculos y se le nubló la vista.

-Tenemos... tenemos que salir de aquí -logró decir ella, y volvió a moverse.

«¡No!», gritaron todas las fibras de Gavin, pero tenía la garganta tan llena de deseo que no pudo hablar. La dejó desprenderse de su abrazo y abrirse camino por entre las ramas; pasado un momento logró dominarse y la siguió.

-Ay Dios -musitó Laura cuando apareció él y se puso a su lado.

Por un instante él se imaginó que ella le diría que lo deseaba con tanta intensidad como la deseaba él; lo reconocería, pensó, y se arrojaría en sus brazos. Entonces ella dijo:

-¿Estoy tan horrorosa como tú?

Él cerró y abrió los ojos y obligó a su mente a regresar del mundo del deseo.

Laura estaba despeinada, los cabellos cubiertos de ramitas y varios mechones se habían soltado de las agujas que los sujetaban; también había ramitas prendidas a los encajes de sus mangas. En la falda tenía pegados trocitos de hojas muertas y manchas verdes del musgo donde habían estado acurrucados. Él se pasó la mano por el pelo, arrastrando ramitas y agujas de pino.

-No podemos volver al salón así -dijo Laura-. Van a pensar que hemos estado... -se ruborizó y bajó la cabeza para sacudirse la falda.

Si por lo menos hubieran estado haciendo eso, pensó Gavin, sacudido por otra violenta oleada de deseo. Si hubiera hecho lo que deseaba, dejando vagar las manos por su cuerpo, acariciando su sedosa piel una vez más, ¿habría reaccionado ella como lo hizo en la isla? Ella no lo estaba mirando, y él no podía quitarle los ojos de encima. Lentamente levantó la mano y le quitó una ramita del pelo.

Ella se quedó inmóvil, con las manos temblorosas cogidas de los pliegues de su falda. Él bajó suavemente los dedos hasta acariciarle la mejilla, que se sonrojó ante su contacto.

-Laura.

Entonces ella lo miró, con los ojos nublados. Tenía que decirle algo, pensó, las palabras correctas, las palabras que disolvieran las barreras que los separaban y abrieran el futuro. Pero no era capaz de pensar y mucho menos de hablar. Estaba sumergido en su belleza, en su percepción de ella, en el eco de las palabras que se habían dicho y no dicho esas últimas semanas. Ella retrocedió un paso.

-Hay una puerta trasera -dijo con voz trémula-. Si salimos por ahí, tal vez nadie se fije en nosotros. -Nuevamente se puso a alisarse el vestido.

Si estuvieran ciegos, podrían no fijarse, pensó él. ¿Qué observador podría no notar el ritmo que vibraba entre ellos? Pero claro, la mayoría de las personas eran ciegas a las cosas importantes; era raro encontrar a otro ser humano capaz de ver.

Al día siguiente por la tarde, un criado golpeó la puerta de Laura para informarle que tenía una visita. Laura bajó inmediatamente y en uno de los saloncitos encontró a Annalise, balanceándose entre uno y otro pie. Tan pronto la vio, la niña le dijo:

-La doncella de la condesa acaba de entrar en su casa. He venido corriendo a decírselo.

A Laura se le aceleró el pulso; ese era el momento que había estado esperando, el momento de probar que su plan era bueno y demostrar su valía de una vez por todas. Había elegido concienzudamente su objetivo; había considerado cada detalle. Estaba preparada.

-Espléndido -dijo, haciendo un gesto de aprobación a Annalise.

-¿Vamos a ir allí enseguida? -preguntó la niña con visible entusiasmo.

-Sí.

Pero entonces volvió a pensarlo. No podía ir allí sin decírselo a alguien, pero ese alguien lo estropearía todo, intentando impedírselo. Mordiéndose el labio salió al vestíbulo.

-¿Está aquí el señor Graham? -preguntó al lacayo.

-Salió a cabalgar, señorita.

-¿El señor Tompkins está en su estudio?

El lacayo negó con la cabeza.

-Lo llamaron de la embajada.

Eso resolvía un problema, pensó ella, regresando al saloncito; pero planteaba otro. Necesitaba el tiempo justo para hacer lo que tenía pensado; un rescate demasiado pronto o demasiado tarde sería fatal. Y debía ir allí enseguida. Frunciendo el ceño, reorganizó su plan.

-Yo iré a la casa sola -le dijo a Annalise-. Tú debes localizar al señor Graham, que salió a cabalgar. ¿Lo reconocerás? -Se había encargado de señalárselo a la niña.

Annalise asintió.

-Envíalo a esa casa a encontrarse conmigo; él sabrá qué hacer. Tan pronto hayas hecho eso, vuelve aquí y pide hablar con el señor Tompkins. Te daré una nota para él. Llévalo a esa casa también.

-Sí.

Asaltada por una repentina duda, Laura añadió:

-Si no logras encontrar al señor Graham...

-Lo encontraré -aseguró la niña.

Tenía que encontrarlo, pensó Laura, sentándose a escribir la nota para el señor Tompkins. Todo tenía que salir a la perfección, porque si no, acabaría demostrando que Gavin tenía razón, en lugar de demostrar su capacidad. Y eso no lo podría soportar.

-¿Entiendes lo que tienes que hacer? -preguntó a Annalise, entregándole el papel doblado.

La niña se limitó a asentir y se marchó rápidamente.

Laura corrió a su habitación a recoger las cosas que había preparado para ese momento. A los pocos minutos ya estaba en la calle, caminando a paso moderado e intentando no revelar ningún signo de ansiedad, aunque por dentro sentía una buena cantidad.

Todos sus preparativos eran correctos, los había repasado cien veces y estaban bien. El señor Tompkins se impresionaría. En cuanto a Gavin... Tropezó en un adoquín que sobresalía de los demás. No debía pensar en Gavin en ese momento; sus sentimientos la distraerían.

Pasó delante de una hilera de tiendas, llegó a una esquina y viró; ahí estaba la casa. Enderezando los hombros, se dirigió a la puerta y golpeó.

No tuvo ningún problema para entrar, ni siquiera hubo una manifestación de sorpresa ante la aparición de una mujer sola; lo cual no era buena señal, pensó, mientras la conducían escalera arriba hasta una gran sala de recepción. Iba a necesitar de toda su fortaleza y habilidad. Tocó el objeto que llevaba en el bolsillo para tranquilizarse.

-Mi querida señorita Devane -exclamó el conde Slanski al entrar en la sala, frotándose las regordetas manos y con aspecto de estar complacidísimo consigo mismo-. Qué encantadora sorpresa. Ha rechazado tantas veces mis invitaciones que ya había abandonado la esperanza de que me visitara.

Laura agitó la cabeza y concentró todos sus esfuerzos en hacer morros.

-Sólo he venido a decirle que he descubierto su falso corazón, conde.

-¿Falso? -exclamó él, llevándose la mano al pecho y acercándosele alrededor de la mesa redonda del centro de la sala.

Era una gran lástima que tuvieran que hablar en francés, pensó Laura, alejándose hacia el otro lado de la mesa; las cosas sonaban más íntimas en ese idioma. Pero qué remedio; ella no hablaba polaco y el conde no hablaba inglés. Agitó las pestañas, y le dirigió una mirada de reproche.

-Todas las veces que juraba adorarme, en realidad prefería a otra -acusó.

-¿Quién le ha dicho eso?

Slanski se le acercó más, y muy rápido para ser tan gordiflón, poniéndose entre ella y la puerta.

-Es bien sabido que constantemente le envía regalos a Sophie Krelov. ¡A mí nunca me ha enviado nada!

El conde pareció sobresaltado.

-¿A Sophie?

-¿Cómo ha podido ser tan veleidoso y cruel? -continuó Laura. Tenía que impedirle pensar, y contaba con su estupidez. Slanski era con mucho el más estúpido de los hombres cuya amistad cultivaba Sophie, y por lo tanto el que con más probabilidad dejaría escapar información.

-¿Qué la hace pensar...?

-Su cría da viene aquí a recoger sus regalos -acusó ella-. Me ha mentido usted.

-No, no, de ninguna manera. Nada de eso. Sophie y yo somos...

-Ah, lo confiesa -dijo ella.

Se cogió las manos y se giró a medias, mirando de soslayo su cara redonda por entre las pestañas entrecerradas.

-Lo de Sophie no es más que política. No hay nada más...

-¡Política! -exclamó ella, dirigiéndole una mirada abrasadora-. No Intente confundirme. ¿Qué puede haber de política entre usted y...?

-Ella tiene un proyecto -interrumpió él, deseoso de redimirse a sus ojos-. Ese proyecto tiene posibles... ventajas para mi país. Así pues, he aportado fondos para apoyarlo.

-¿Dinero?

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para mantener el tono de reproche; estaba a punto de descubrir la verdad, y el corazón le saltaba en el pecho.

-Otros han hecho lo mismo -le aseguró Slanski-. No es nada personal. Para mí sólo existe us...

-Pero ¿para qué puede ser ese dinero? -preguntó ella, tratando de parecer desconcertada y medio convencida.

-Está organizando una sublevación...

Con gran disgusto de Laura, la revelación fue interrumpida por un ruido en la puerta. Ambos se volvieron a mirar, y se encontraron ante la doncella de Sophie, que estaba en la puerta echando chispas por los ojos.

-D'anam don diabhal! -gritó la mujer. Slanski retrocedió un paso.

-¿Qué está haciendo ella aquí? -preguntó la mujer en inglés. Al darse cuenta de que él no entendía, continuó en francés-: ¡Es una espía inglesa!

El conde Slanski la miró boquiabierto.

-¡Imbécil! -exclamó la mujer, y se volvió hacia Laura como una furia vengadora.

Pero Laura había aprovechado la oportunidad para sacar algo del bolsillo; levantó la pistola apuntándolos a los dos. Slanski la miró pasmado.

-Tiene un arma -dijo, como para confirmar lo que veían sus ojos.

-Y he dedicado muchísimo tiempo a aprender a dispararla, de modo que no crea que no lo haré.

-Un arma -repitió él, incrédulo.

-Más juntos -ordenó ella, haciendo un gesto con la pistola.

Los ojos oscuros de él pasaron a su cara; la miró como si se sintiera traicionado.

-Es usted una mujer -dijo.

Y tú un bobo, contestó ella en silencio. Hizo otro gesto con la pistola. Tenía que llegar a la puerta, pasando cerca de ellos por un lado. Ya tenía la información que necesitaba.

Slanski se movió, pero sin dejar de volver la cabeza hacia la pistola, como si sin mirarla no pudiera creer en su realidad. La doncella de Sophie, por su parte, se limitaba a mirarla. La ferocidad de su mirada puso un poco nerviosa a Laura, por lo que la pilló desprevenida cuando la mujer saltó hacia ella y aferró la pistola con las dos manos. Forcejearon violentamente por la posesión del arma.

-Ayúdeme, estúpido -gritó la mujer a Slanski.

Saltando como una liebre asustada, él se precipitó a ayudarla, y entre los dos lograron quitarle el arma a Laura.

La mujer se apoderó de la pistola y la apuntó al corazón de Laura. Echó atrás el martillo y comenzó a apretar el gatillo.

-Pero ¿qué hace? -gritó Slanski.

-Hay que matarla -se limitó a contestar ella.

-¿Está loca?

-Nos delatará -explicó ella, tensando el dedo en el gatillo.

-No puede matarla aquí, en mi casa. El disparo atraerá la atención de todos los criados.

-¿Puede confiar en ellos? -le preguntó la mujer utilizando un tono despectivo.

-¡La mayoría ya estaban en la casa! -contestó Slanski, frenético-. Baje el arma.

Ella no bajó la pistola, pero la desamartilló, enfurruñada.

-Envíe a alguien a buscar a Sophie -ordenó.

Cuando Slanski salió para cumplir la orden, Laura sintió la de satisfacción de confirmar que sus sospechas eran correctas; la mujer no era una criada; su forma de llamar a la condesa por su nombre de pila era una clara prueba de ello.

Volvió el conde, resollando y con la frente brillante de sudor.

-Ha ido un lacayo a buscarla.

Laura se desentendió de ellos; estaba atenta a los sonidos de la planta baja. Annalise ya habría encontrado a Gavin, pensó.

-¿Cómo puede haber salido sin que nadie se enterara? -exclamó Gavin.

Los dos lacayos que tenía delante de él estaban visiblemente amedrentados.

-¿Cómo te llamas?

-John, señor -dijo uno de ellos.

-Bueno, John, ¿por qué la dejaste salir sola?

-Pero, señor, yo... yo sólo acompaño a la señorita Devane cuando me lo pide. Yo no sé qué...

-¡Tu trabajo es cuidar de su seguridad! -ladró Gavin-. Y lo has descuidado.

-Debe de haber salido por la puerta lateral -intervino el otro lacayo, el que montaba guardia en el vestíbulo principal-. Con su perdón, señor, me parece que no se puede responsabilizar al personal si...

-¿Quién es el responsable entonces? -gritó él.

Gavin deseaba encontrar a alguien a quien echarle la culpa; eso le aliviaría un poco.

-Buenas tardes -saludó una voz serena desde la puerta.

Gavin se giró, y se encontró ante George Tompkins, que lo miraba con una expresión de exasperante despreocupación.

-¿Sabe que Lau..., que la señorita Devane salió sola?

-Al parecer salió de la casa alrededor de las tres. -dijo Tompkins. Gavin soltó una maldición.

-Le dije que no debía salir sin mí.

-Podéis marcharos -dijo Tompkins a los lacayos. Los dos criados se apresuraron a salir.

-Me parece que tenía pensado un plan -continuó Tompkins. Gavin daba la impresión de haber perdido su normal capacidad de pensar rápido.

-Y es una joven muy inteligente -añadió.

-Nunca ha tenido que tratar con villanos -repuso Gavin.

-No sabemos si lo que intenta es tratar con ellos -observó el anciano.

-¿No?

En la expresión de Tompkins apareció un atisbo de inquietud.

-Está sola -rugió Gavin, pensando que el mundo tocaba a difuntos.

-Enviaré a algunos hombres a buscarla -repuso Tompkins.

-Iré yo -declaró Gavin.

-Creo que es mejor que usted se quede aquí. Los otros la buscarán con más eficiencia.

Gavin pensó que la sangre le iba a explotar en las venas.

-¿Es que duda de mis capacidades? -ladró.

-Dudo de sus sensibilidades -repuso Tompkins mirándolo bondadosamente-. Es difícil mantener despejada la cabeza cuando uno está muy preocupado.

-No estoy preocupado, estoy furioso.

-Más difícil, entonces.

-¿Pretende tenerme encerrado? Nada de lo que haga me impedirá salir.

Tompkins permaneció impasible ante la feroz mirada que había hecho acobardarse a más de un jefe de bandidos.

-Eso podríamos arreglarlo -dijo Tompkins.

-Perdone, señor -dijo el lacayo en ese momento, asomando tímidamente la cabeza en el saloncito donde estaban discutiendo; era evidente que habría deseado no tener que hacerlo.

-¿Qué? -ladró Gavin, que no se sentía particularmente caritativo co los lacayos.

-Hay una jovencita en la puerta. Insiste en hablar con usted, y sólo con usted. Se niega a marcharse.

Gavin ya había pasado como un rayo junto a él antes que acabara de hablar. Corrió por el vestíbulo hasta la puerta, donde se encontró con la niña que aguardaba allí. Cuando vio la

juventud y lozana franqueza de su cara, le flaquearon las esperanzas. Pero de todos modos le preguntó:

-¿Quién eres? ¿Qué tienes que decirme?

La niña lo miró sin comprender, y a él se le encogió el corazón de desesperación.

-¿Es usted Herr Graham? -le preguntó ella en alemán.

-¡Sí!

-Me llamo Annalise. Fraulein Devane me envió a buscarle.

-¿Dónde está?

Ella recitó una dirección, en una calle que estaba a cierta distancia. Era posible que aún no hubieran desensillado su caballo, pensó él, y echó a correr hacia el establo.

-Díselo a él -gritó a Annalise por encima del hombro, señalándole a Tompkins, que acababa de materializarse en el vestíbulo.

El trayecto le pareció eterno, uno de los más largos que había hecho en toda su vida, pese a los miles de millas que había viajado. Por mucho que se esforzara en evitarlo, no podía dejar de imaginarse a Laura tirada en el suelo desangrándose, mortalmente herida. Todas las palabras que ella le había dicho, todas las caricias que habían intercambiado, lo fueron atormentando mientras casi volaba por las calles de Viena.

. . .

-No puedo seguir participando en esto -tartamudeó Slanski-. No he dado mi dinero para una cosa así. No puedo permitirme...

-Cállese -dijeron Laura y la mujer al mismo tiempo, y después intercambiaron una breve mirada de sorpresa.

Laura creyó oír unos pasos sigilosos en la planta baja, y decidió distraerles la atención y convencerlos de que no sabía su secreto.

-¿Qué es lo que planea Sophie? -preguntó.

La supuesta criada le dirigió una mirada despectiva.

-Si me van a matar, ¿Qué mal hay en que lo sepa? Como mínimo tendría esa satisfacción.

Slanski asintió, como manifestando su acuerdo, y abrió la boca.

-Cierre la boca, imbécil -ladró la mujer. Él la cerró.

Laura se movió para atraerles la atención. Al instante siguiente irrumpió Gavin en la sala. Le quitó la pistola a la mujer y con la suya los apuntó a los dos.

-Coge la pistola -ordenó.

Laura ya se había lanzado a cogerla. Se sintió mucho mejor cuando apuntó de nuevo a la socia de Sophie.

-Has tardado bastante en venir -le dijo a Gavin.

-La muchacha tardó en encontrarme.

-Estoy segura de que...

-¿Podríamos hablar de eso después? -bramó él entre dientes-. Tenemos que salir de aquí.

-Ah... sí. Sophie viene en camino.

-¿De veras? -Gavin retrocedió hacia ella, sin dejar de apuntar a sus adversarios-. Muévete.

Juntos corrieron hacia la puerta; cuando llegaron al corredor, él se volvió y le cogió el brazo.

-¡Corre!

Bajaron corriendo la escalera y entraron en el vestíbulo principal. Cuando ella se dirigía a la puerta, él tomó la dirección contraria, dirigiéndose a la puerta de atrás. Pero eso resultó ser un error. Acababan de salir al aire libre cuando los cogieron cuatro hombres corpulentos que vestían la librea de Sophie.

Detrás de ellos apareció ella.

Librodot

-Si habéis herido a Bridget os mataré -siseó, y entró corriendo en la casa.

-Nos va a matar de todas maneras -dijo Laura. Gavin le dirigió una mirada extraña.

Sophie volvió con la mujer, pero no vieron señales de Slanski.

-Atadlos -ordenó a sus hombres.

En un santiamén los maniataron y amordazaron, los subieron a un coche y los obligaron a echarse en el suelo; prometía ser un trayecto muy incómodo.

-No podemos llevarlos a tu casa -dijo Bridget-. Los irán a buscar allí.

-Sé exactamente adonde llevarlos -contestó Sophie.

17

El coche traqueteó por las calles de Viena unos veinte minutos. Gavin se esforzó en mantener despabilado su sentido de la orientación, fijándose en el movimiento de su cuerpo cada vez que hacían un viraje. Pero al no ver nada, aparte del suelo del coche y varios pares de pies, muy pronto perdió la pista. Sólo se dio cuenta de que iban entrando en un barrio pobre de la ciudad; los ruidos y olores que sentía eran clara prueba de eso.

Cuando finalmente se detuvo el vehículo, les vendaron los ojos con bufandas; después los introdujeron en una casa, medio arrastrándolos, medio empujándolos, y los hicieron subir varios tramos de una escalera. El portazo y el chirrido de una llave al girar, le indicó a Gavin que los habían encerrado. Inmediatamente levantó las manos atadas y se arrancó la bufanda.

Allí estaba Laura, muy quieta, al parecer concentrada en escuchar.

Aliviado su principal miedo, se dedicó al nudo de la mordaza y pronto lo desató. Las ataduras de las muñecas le llevarían más tiempo, pero estaba seguro de que se las desataría; ya había usado los dientes para esa tarea antes. Al ver que Laura ya estaba trabajando en su mordaza, comenzó a inspeccionar su prisión.

Era una pequeña buhardilla, de techo inclinado y dos ventanas. El mobiliario consistía en una destartalada silla de respaldo recto y una desvencijada caja de madera pandeada con un montón de paja encima envuelta en una colcha. Se dirigió a una ventana y se asomó. Estaban en una casa de cuatro plantas en uno de los barrios menos simpáticos de Viena. No reconoció ninguna de las calles cercanas, pero en la distancia se veían las torres de la iglesia de San Esteban. No le resultaría difícil encontrar el camino de vuelta a casa.

-¿Dónde estamos? -le preguntó Laura.

La emoción que había estado dominando hizo explosión y salió convertida en ira pura.

-Estamos encerrados en un tugurio de un barrio bajo donde no estaríamos si no fueras una absoluta estúpida.

Ella hizo una inspiración pero él no la dejó hablar.

-¿Cómo se te puede ocurrir ir sola a la casa de ese sinvergüenza? Sin decirle a nadie lo que te proponías hacer, poniéndote en las manos de...

-¡Envié a Annalise a decírtelo!

-Sin saber dónde estaba yo ni si lograría encontrarme.

Se merecía el hiriente sarcasmo de su voz, pensó. Ninguna mujer, ninguna, le había hecho pasar tanto miedo como ella ese día.

-Viniste solo -lo acusó ella.

Eso lo enfureció aún más; qué mujer más insufrible, por el amor de Dios.

-Tengo experiencia para tratar con esta gente.

Ella paseó la vista por la habitación y después lo miró a él, como queriendo decir que los dos estaban prisioneros. Él apretó los puños, lo cual le recordó que todavía tenía atadas las manos. Comenzó a tironear uno de los nudos con los dientes.

-Yo podría desatarte las manos -ofreció ella.

-¡Soy muy capaz de hacerlo yo!

-No me cabe duda, pero para qué roer cuando yo puedo hacerlo con más facilidad.

Si ella hubiera sido otra persona, la habría estrangulado allí mismo, pensó él.

-A ver -dijo Laura, poniéndose junto a él en un instante. Cuando sintió sus dedos en las muñecas, Gavin creyó que le faltaba el aire. Los delicados roces de sus yemas al trabajar los nudos eran tan excitantes como las caricias más íntimas.

-Al parecer estás destinada a desatarme -comentó inseguro.

Ese recordatorio del encierro en el barco le encendió las mejillas a ella; continuó con los ojos fijos en su tarea.

La mirada de Gavin pasó de la franja oscura de sus pestañas a sus mejillas sonrojadas y después a sus labios, ligeramente fruncidos por la concentración. No pudo desviar la vista. Algo irresistible lo obligó a bajar la cabeza; debía apoderarse de esos labios.

-Ya está -dijo ella.

En ese instante se soltaron las ataduras y Laura levantó la cabeza; él tenía la cara tan cerca que los labios de ella rozaron levemente los de él, en un contacto electrizante, como el ala de una mariposa tocando fuego. La mirada de ella, alarmada, se encontró con la de él; sus labios continuaban tentadoramente entreabiertos.

Gavin notó su aliento en sus labios y sintió latir fuertemente sus sienes; jamás había deseado nada tanto como la deseaba a ella, pensó.

Ella retrocedió un paso, apartándose de lo que fuera que vio en su mirada. Él le cogió las manos para mantenerla cerca.

-Ahora tengo que desatarte yo -susurró, deslizando los dedos sobre sus manos hasta las muñecas.

El agitado movimento que notó en el pecho de ella lo gratificó inmensamente; comenzó a desatar los nudos, tomándose su tiempo, dejando vagar los dedos por su antebrazo y la tersa piel de sus manos. Cuando por fin se soltaron las amarras, le acarició los rasguños dejados por éstas en las muñecas.

-¿Estás bien? -susurró.

La mirada que le dirigió ella contenía tanto anhelo que él fue incapaz de esperar. Se acercó más para tomar lo que era suyo.

En ese instante se oyó una tos ronca al otro lado de la puerta. El sonido golpeó a Gavin como un latigazo. Lógicamente, habían dejado un guardia en la puerta. Pero ¿Qué le pasaba? En todos los años que había trabajado para el gobierno británico, ni en ninguna de las muchas agradables aventuras románticas con que amenizó esos años, jamás se había descuidado tanto en medio de una misión.

Retrocedió un paso, todavía terriblemente excitado pero también indignado consigo mismo. Cualquier desliz pondría en peligro a Laura también; no era él solo el que corría riesgo. ¿Estaba loco, pensando en...?

Se apartó aún más. Sus ojos se posaron en la silla. La cogió y la puso bajo la manilla de la puerta, afirmándola bien. Cuando se volvió, Laura lo estaba mirando.

-No me gusta que entre gente en mi habitación sin ser invitada -explicó. Sus palabras sonaron bruscas, pero no lo pudo evitar.

-Hay un guardia -dijo ella.

No era una pregunta. Se limitó a asentir y fue a mirar nuevamente por las ventanas. Estaban a mucha distancia del suelo.

-¿Cómo vamos a escapar? -preguntó ella, detrás de él, mirando por encima de su hombro.

Gavin se apartó. Al parecer ella no se daba cuenta de lo difícil que le resultaba estar cerca de ella.

-Ya se me ocurrirá algo.

-Debo volver a casa del señor Tompkins. He descubierto qué...

-Podrías haber pensado en eso antes de marcharte sola -interrumpió él.

Por los ojos de Laura pasó un destello de furia; cerró firmemente la boca y fue a sentarse en la cama.

-Eso debe de estar lleno de pulgas.

Con feroz satisfacción la vio ponerse de pie de un salto. Conque quería aventuras, ¿eh? ¿Cómo le sentaría arrastrarse por un lodazal congelado, infestado por un ejército de esos insectos, como había hecho él en Persia? Pero la imagen no le produjo ninguna satisfacción. Lo que deseaba era tenerla a salvo, muy lejos de sinvergüenzas como Slanski y zorras como Sophie Krelov. Deseaba tenerla...

Se volvió a la puerta y la observó con más detenimiento; era sospechosamente firme para esa casa; sin duda era nueva. No podría echarla abajo de una patada para dominar al hombre que vigilaba fuera.

-A lo mejor no piensan matarnos después de todo -dijo Laura-. Si nos tienen encerrados hasta...

-Yo no contaría con eso.

-Sophie se resistirá a matarnos, por lo menos a ti.

Gavin continuó su revisión de las paredes.

-¿Y eso por qué?

-Bueno, cuando uno ha estado... es decir... cuando ha habido esas intimidades... -Tartamudeó algo más y se le cortó la voz.

Gavin la miró ceñudo.

-¿De qué demonios hablas?

Laura se enderezó más.

-Sophie habló de... es decir, me dijo que tú la habías... que ella...

-¿Qué?

-¡Que fuisteis amantes! -dejó escapar ella-. Podría querer matarme a mí, pero ciertamente no va a querer...

-Sophie no quiere más a sus amantes que a una araña viuda negra. -La mirada que recibió en respuesta lo sorprendió; parecía de desesperación-. En todo caso, nunca fuimos amantes. Me las arreglé, por un pelo, para evitar ese sacrificio por mi país.

-¿Entonces no...?

Algo que vio en su expresión le disipó totalmente la rabia que le quedaba.

-No -contestó él, muy claramente.

-Pero ella me dijo cosas -tartamudeó ella-. Me dijo que tú... -se interrumpió y clavó los ojos en el suelo.

¿Era alivio lo que veía en su expresión? Sophie era una lagarta, pensó él. Pero sin saber muy bien por qué, en ese momento se sintió casi agradecido de ella.

-La experiencia de la condesa es muy variada. Seguro que fue capaz de inventar algo convincente.

-Quería enemistarnos -susurró ella, en voz tan baja que él tuvo que hacer un esfuerzo para oírla.

Hablaba como si esa fuera una idea que ya se le hubiera ocurrido antes, pero que no se había atrevido a creer. Se le estaba acelerando el pulso de nuevo, advirtió. No podía permitirse eso.

-Estoy seguro de que sólo están esperando el momento oportuno para matarnos -dijo-. Y no debemos darles la oportunidad.

Tan pronto lo dijo, lamentó su franqueza, pero ella sólo asintió.

-¿Qué podemos hacer? Podríamos cortar tiras de la colcha que envuelve el jergón y hacer una cuerda.

-No sería suficientemente larga -objetó él.

-No, claro -concedió ella, mirando alrededor.

-No llegaría al suelo -añadió él pensativo.

Ella se volvió a mirarlo otra vez.

-Pero podría...

-¡Llegar a la planta de abajo! -terminó ella.

Su mente era notablemente rápida, pensó él. Ella ya estaba sacando el cobertor que envolvía el colchón de paja, dispuesta a soportar las pulgas. Después lo extendió en el suelo.

-¿Oirán el ruido que hará al romperse? -susurró Laura. Increíblemente rápida, pensó él.

-¿Puedes hacerlo sola? Yo los distraeré.

-Por supuesto. ¿No tendrías un cortaplumas por casualidad?

-Me han quitado todo lo que llevaba en los bolsillos.

Ella asintió y, sin decir nada más, levantó la tela e hizo un primer corte con los dientes.

La sorpresa y la admiración mantuvieron inmóvil a Gavin por un momento. Pero cuando ella le dirigió una mirada interrogante, enseguida fue hasta la puerta y comenzó a golpearla y a gritar, encubriendo así el ruido de la tela al rasgarse. No había ninguna otra mujer como ella en el mundo, pensó.

Pasados unos minutos, sintió una palmadita en el hombro. Giró la cabeza y vio que el colchón se había convertido en un montón de paja y un buen número de tiras de tela. Añadiendo una maldición a la última patada en la puerta, dejó esa distracción y fue a arrodillarse junto a las tiras.

-Tendremos que atarlas de dos en dos, para que no se rompan -susurró.

Los dos pusieron manos a la obra. Cuando tuvieron todas las tiras preparadas, ella preguntó:

-¿Un as de guía? -Se sonrojó al notar la mirada de él-. Una vez estuve hojeando un tratado sobre nudos -explicó.

Él no pudo reprimir una sonrisa.

-Los nudos que te ataron en el barco no los hizo un marinero -afirmó ella, más ruborizada-. Eran un enredo.

-Un as de guía irá muy bien -contestó él, con el pecho henchido por un calorcillo que sólo en parte era risa.

Trabajando juntos, muy pronto estuvo terminada la improvisada cuerda.

-¿Te parece bastante larga? Podría sacar más tiras de mi enagua...

-Esta servirá. Ayúdame a llevar la cama hasta la ventana, sin hacer ruido.

Eligió la ventana lateral, pensando que en el callejón al que daba habría menos posibilidades de que los vieran. Ató firmemente la cuerda a un poste de la cama y entre los dos la arrastraron hasta apoyarla en la pared bajo la ventana.

-Yo bajaré y entraré en la planta de abajo; espera aquí hasta que venga a buscarte.

-Pero...

-Espera aquí -ordenó él.

-¿Y si a ti...?

-¡En esto me vas a obedecer! -espetó Gavin.

Ella dejó de discutir. Ojalá eso fuera señal de obediencia, pensó él. Deseó decirle algo más, algo menos perentorio, pero no encontró las palabras. Sin más, pasó la pierna por el alféizar, la cabeza bajo el marco y tiró de la cuerda para comprobar su firmeza.

-Vendré a buscarte -le dijo, con una última mirada, antes de soltarse de la ventana y quedar balanceándose colgado de la cuerda.

Con una mezcla de esperanza y angustia, Laura se quedó mirándolo descender. Uno de sus principales temores era que la cuerda no resistiera. La tela era vieja y estaba medio podrida.

La cama se pegó contra la ventana y la madera crujió con el fuerte tirón del peso de Gavin. Laura se aferró a ella y miró hacia la puerta con inquietud. ¿Habría oído el ruido el guardia?

Al sacar un poco más la cabeza por la ventana, vio que Gavin había llegado a la ventana del piso inferior que habían visto antes. Estaba tratando de abrirla con una mano, pero sin

éxito. Pasado un momento, apoyó los pies en la pared, se dio un fuerte impulso que lo alejó, y al volver rompió los cristales de la ventana con los pies. Cuando desapareció dentro, Laura apretó los puños. Todo el mundo habría oído el estruendo.

Esperó con todos los músculos tensos. Oyó gritos procedentes de abajo, después un ruido sordo seguido por otro más fuerte. Gavin estaba en dificultades, pensó. ¿Y si eran muchos los atacantes? Podrían matarlo en la pelea.

Se movió la manilla de la puerta; giró la llave en la cerradura y la puerta se movió ligeramente hasta quedar atascada en la silla que Gavin había puesto allí. Si fuera él, la llamaría, pensó. Una maldición en ruso confirmó sus temores. Era el guardia el que intentaba entrar.

No se oían más gritos abajo. Comenzaron a sonar golpes en la puerta. Haciendo una honda inspiración, Laura se recogió las faldas y se encaramó al alféizar de la ventana. La altura era de vértigo; la sola idea de colgar de esa frágil cuerda le produjo un poco de mareo.

Cogió la cuerda con ambas manos y se soltó de la ventana. Oscilando aterrada en el aire, logró abrazar la cuerda con los pies, como había visto hacer a Gavin, y empezó el descenso.

La ventana no estaba muy lejos, pero el descenso era espeluznante. Oyó zumbar la cuerda al deslizar las manos, y los pies se le resbalaban. Estaba temblando de pies a cabeza cuando llegó a la altura de la ventana y logró apoyarse en el alféizar. Al instante la despabilaron una serie de gritos y un estruendo.

La abertura estaba rodeada por vidrios rotos y astillas de lo que quedaba del marco. Los quitó golpeándolos con el pie, y se agachó para pasar por ella, de espaldas. Una de las astillas que quedaron le arañó el hombro, dejándole una estela de sangre en la manga. Una vez dentro, se giró y saltó al suelo cayendo en cuclillas. No había nadie en la habitación. Haciendo otra inspiración profunda, se enderezó, fue hasta la puerta y se asomó. Los ruidos venían de la escalera. Miró alrededor en busca de un arma, pero no encontró ninguna.

Echó a caminar por un largo corredor, tratando de avanzar rápido pero con sigilo al mismo tiempo. Al llegar a la escalera vio a Gavin, en los primeros peldaños de la escalera que subía, enzarzado en una lucha cuerpo a cuerpo con uno de los guardias rusos de Sophie. Mientras ellos se balanceaban de aquí para allá, vio una porra en el suelo. La cogió y se les acercó lentamente, buscando una oportunidad. Cuando Gavin la vio, enseñó los dientes en un gesto que bien podía ser de aliento o de rabia. Pero se apartó de su atacante un momento y ella lo aprovechó para dejar caer violentamente la porra sobre la cabeza del hombre.

Éste cayó al suelo con un estruendo que pareció estremecer toda la casa.

-Iba a buscarte -resolló él. Laura decidió que la mejor respuesta era un gesto de asentimiento; todavía no lograba distinguir qué emoción era la que le animaba la cara. Y se oían ruidos arriba y abajo. Le pasó la porra. Él se la arrebató de las manos y comenzó a bajar, indicándole con un gesto que se mantuviera detrás de él.

A medida que bajaban iba en aumento el volumen del ruido. Era evidente que en la planta baja se estaba desarrollando algún tipo de combate. Gavin aminoró el paso; cuando llegaron abajo se detuvo.

-Espera aquí -le dijo y avanzó hacia el lugar de donde provenían los ruidos.

Laura lo siguió. La escena con que se encontraron al llegar al vestíbulo principal era tan inesperada como agradable. Un ruso gigantesco estaba hecho un bulto en un rincón, inconsciente, y otro arrinconado por Hasan, que blandía un cuchillo de aspecto temible.

Gavin no se detuvo; en dos zancadas llegó hasta ellos y golpeó limpiamente al ruso con la porra.

-Hay otro arriba -dijo.

Laura sintió los golpes de los pies en la escalera.

-Por aquí -dijo Hasan, gesticulando.

-Primero tengo que... -Gavin se volvió, vio a Laura detrás de él e hizo otra mueca.

La cogió del brazo para urgirla, pero no era necesario. Los tres ya iban corriendo.

Corrieron detrás de Hasan por diversos pasillos hasta salir por una puerta trasera, y continuaron por un intrincado laberinto de calles y callejones, dispersando a su paso a personas pobremente vestidas. Cuando al fin se detuvieron, Laura respiraba con dificultad. Pero no oyó nada que indicara que los seguían.

-¿Cómo nos encontró? -le preguntó a Hasan.

-Les seguí -contestó él. Se volvió hacia Gavin y señaló a Laura con el pulgar-. Tandek -dijo, sonriendo.

Gavin hizo un gesto de contrariedad. Laura miró al uno y al otro, perpleja, tratando de comprender qué podía significar eso.

-Tandek -repitió Hasan, con más énfasis.

-Sí, de acuerdo -replicó Gavin-. ¿Vamos a quedamos aquí el resto del día?

Con una sonrisa más ancha, Hasan se dio media vuelta y reanudó la marcha.

18

Media hora después llegaron a casa del señor Tompkins. Aun no habían subido los escalones cuando de otra puerta salió una figura y corrió hacia ellos. Al instante Gavin y Hasan adoptaron una postura defensiva.

-¡No! -gritó Laura-. Es Annalise.

La niña llegó hasta ellos.

-Están todos bien -dijo. Dio unas palmaditas a Laura en el brazo, como para estar segura-. No podía irme a casa mientras no lo supiera.

-Escapamos. Lo has hecho muy bien, Annalise.

La cara de Annalise se encendió de placer.

-¿Le dirá a mi padre lo que he hecho para usted?

-Haré algo mejor. Ven. -Laura subió los escalones y tiró de la cuerda para llamar-. Le preguntaré al señor Tompkins si tiene trabajo para ti.

Gavin la observó sonreírle a la niña admirado de que pudiera pensar en eso en ese momento, cuando acababa de soportar experiencias que habrían puesto histéricas a la mayoría de las mujeres. Eso había estado claro desde el comienzo, pensó sonriendo. Los ataques de histeria no formaban parte del repertorio de la señorita Laura Devane. Tuvo que reconocer que le habría fastidiado muchísimo que fuera histérica, pero su valentía y serenidad eran desconcertantes a veces. Limitaban seriamente las oportunidades de un hombre para acudir galantemente en su rescate.

El señor Tompkins los estaba esperando en su estudio. Antes que alguien pudiera hablar, ella recomendó a Annalise al anciano como a una persona que podría serIe muy útil en Viena.

Tompkins pareció un poco desconcertado también, observó Gavin, con un intenso placer. Le alegraba no ser el único en eso. Además, la imperturbable ecuanimidad del anciano solía ser enloquecedora.

-Lo pensaré seriamente -contestó el señor Tompkins-. Desde luego, lo ha hecho muy bien hoy.

Annalise se marchó feliz y Gavin hizo un rápido informe de lo ocurrido.

-Si la señorita Devane se hubiera dignado a informarme de sus planes, no se habría puesto en esa situación tan peligrosa -añadió al final, pensando que sin duda Tompkins comprendería por fin que no debía permitir que Laura saliera sola.

Tompkins enarcó una ceja y preguntó:

-¿Tiene álgo que añadir la señorita Devane?

Lo dijo como si supiera que sí tenía algo, pensó Gavin.

Laura, que hasta ese momento había estado contemplando el suelo, levantó la cabeza.

Librodot

-Sophie Krelov está tramando una sublevación en Irlanda. Ha estado reuniendo dinero para eso aquí en Viena, de personas que se oponen a los intereses de Inglaterra. La sublevación empezará dentro de seis días.

Gavin la miró con la boca abierta. Tuvo que repetir mentalmente las palabras para estar seguro de haberlas entendido bien.

-¿Qué tipo de fantasías te has... ?

-El conde Slanski me dijo una parte -continuó Laura-. Él le ha dado dinero. Otras partes las oí al pasar, en una recepción. Pero la parte más importante la supe por la criada de Sophie.

-¿Criada? -exclamó Gavin.

Ella asintió como si él hubiera hecho una observación muy importante.

-Tal como sospechaba, no es una criada. Ha estado con Sophie desde el comienzo, más como amiga, supongo. Fue por ella que comprendí que Sophie tiene que ser irlandesa.

-¿Ella te dijo eso? -exclamó Gavin, cuyo asombro iba creciendo.

-No -contestó Laura con una leve sonrisa-. Pero cometió un desliz; me insultó en gaélico.

-Gaélico -repitió él, porque su mente se negaba a seguir la velocidad de las cosas.

-Es un idioma que hablan en Irlanda y...

-¡Sé qué es!

Laura dejó de mirarlo.

-El nombre de la mujer, Bridget, fue otra pista. Y el pelo rojo de Sophie.

-¿Conoce el gaélico? -preguntó el señor Tompkins.

Gavin sintió un placer feroz al ver que el anciano también parecía bastante atónito.

Laura se encogió de hombros.

-Mi padre conocía a un buen número de irlandeses, criadores de caballos. De vez en cuando yo los oía hablar en gaélico entre ellos. -Esbozó una sonrisa-. Y eran muy propensos a decir palabrotas. Uno de ellos me enseñó varias frases que me merecieron una buena lavada de boca con jabón.

Tompkins ya había recobrado su serenidad. Cogiendo papel y pluma escribió rápidamente una nota, la selló y fue a la puerta a entregársela al lacayo, que salió corriendo a cumplir sus órdenes. Después volvió a su escritorio sonriendo. Entrelazó las manos encima de un rimero de papeles y los miró:

-Bueno -dijo-, creo que hemos de decir que la señorita Devane ha hecho un muy buen trabajo. ¿No le parece, Graham?

Gavin sintió la mirada de Laura sobre él, como una presión casi tangible. Sabía por experiencia lo que ella estaba sintiendo; él se había encontrado en la misma situación, deseoso de recibir algún elogio, reconocimiento de sus superiores. Ella deseaba que él reconociera sus capacidades, la valorara. ¿Tal vez eso le importaba más aún porque habían sido amantes?, pensó. Pero debía dejar de lado esa pregunta; le complicaba demasiado las cosas.

Se merecía un reconocimiento, eso no podía negarlo; la verdad es que estaba asombradísimo por lo que había logrado: reunir las piezas y armarlas de un modo brillante. Pero si lo decía, sin duda Tompkins tomaría sus palabras como aprobación del insensato plan de darle trabajo.

Deseó alegar que él había estado con ella, que la había protegido. Pero no podía atribuirse el mérito de lo hecho por ella.

Levantó la vista. Tompkins lo estaba mirando, con una comisura de la boca curvada hacia arriba, como si conociera perfectamente su dilema y lo estuviera disfrutando. En la cara de Laura vio una mezcla de esperanza y aprensión. Sintió una sensación de desgarro en el pecho. No era capaz de hacer caso omiso de esa mirada; deseó hacerlo, pero se sintió incapaz.

-Ha hecho un trabajo extraordinario -dijo-. Conozco a muy pocos hombres, y a ninguna mujer, que pudiera haberlo hecho.

La alegría que inundó la cara de Laura fue su recompensa y su castigo. Ella obtendría lo que quería y él se pasaría el resto de su vida, ya truncada, atormentado y preocupado por ella.

-Un trabajo espléndido -reiteró Tompkins, sonriendo de oreja a oreja.

Gavin no pudo soportarlo más tiempo; mascullando algo sobre su necesidad de lavarse, emprendió la huida, para no seguir viendo sus sonrisas ni enterarse del absurdo plan que sin duda propondría Laura a continuación.

Laura se sentía demasiado emocionada para detenerlo; lágrimas de triunfo y amor le oprimían la garganta, impidiéndole hablar. Él había intercedido por ella, había reconocido públicamente sus habilidades, le había dado lo que ella tanto ansiaba.

-Es usted un ser extraordinario en realidad -comentó el señor Tompkins.

Laura tragó saliva.

-Entonces ¿tendrá un puesto para mí?

-Muy probablemente. Ya veremos.

-¿Veremos? Pero si yo...

-Estoy a la espera de ciertas novedades que me permitirán tomar esa decisión.

-¿Novedades? ¿De Francia?

-De un poco más cerca -sonrió él.

Ella trató de imaginarse a qué se podría referir. ¿Habría tal vez un personaje importante en Viena que necesitaba una institutriz? Pero Gavin ocupaba todos sus pensamientos, expulsando todos los demás. La había reconocido. ¿Podrían ser compañeros ahora que ella había demostrado su valía?

-Venga a verme mañana por la mañana -le dijo el señor Tompkins-. Podría tener una tarea para usted.

-¿Qué tipo de tarea?

-Aún no la tengo clara -dijo él haciendo un gesto con la mano-. Venga a las diez y veremos.

Entendió que eso era una despedida. Laura salió del estudio y subió la escalera hacia su habitación. Se alisó el pelo. ¿Dónde estaría Gavin?

Llegó a su puerta y la abrió; sobre la casa había descendido la quietud de la noche; no había nadie en el corredor. Se dirigió a la habitación de Gavin y golpeó la puerta. No hubo respuesta. En realidad no oyó ningún sonido aparte del tictac del reloj situado en una mesilla.

La invadió una opresiva sensación de soledad. Esas últimas horas se había sentido muy próxima a él. Habían trabajado bien juntos, se dijo. Él también lo habría notado. ¿Dónde estaría? Deseaba saber cómo se sentía; deseaba saber qué contenía su futuro. Pero no había nadie a quién preguntárselo.

Gavin caminó silenciosamente por el corredor que discurría a todo lo largo de la casa. Al pasar junto a la puerta de la habitación de Laura se detuvo inconscientemente y puso oído atento; pero no se oía nada a través de la maciza puerta de roble. Al otro lado, a unas pocas yardas, estaba ella dormida, sus cabellos desordenados alrededor de su hombros, su cara tersa y suave, un poco infantil. Permaneció un rato en medio del corredor, recordando otras noches. Los recuerdos contenían un fuego y una dulzura que lo traspasaron como un estilete.

Eso estaba acabado, pensó, obligándose a continuar caminando; había ocurrido en otro plano de la existencia, fuera de la realidad. Tenía que dejar de pensar en ella así; pero en lo más crudo de la noche, su tacto y aroma seguían volviendo una y otra vez a sus pensamientos, y una parte de él continuaba convencida de que ella era suya para siempre.

Pasó junto a las puertas cerradas de los demás residentes, esmerándose por hacer el menor ruido posible. Llegó a su habitación, abrió la puerta y entró. Se quitó la capa, la tiró sobre una silla y llevó la palmatoria a su mesita de noche. Se quitó la chaqueta y se estiró, para aliviar los músculos y el cansancio. Caminar no le había servido de nada. Dudó de poder dormir.

Se estaba quitando la camisa cuando oyó un ruido detrás de él, proveniente del rincón más alejado. Aparte de quedarse inmóvil un instante, no hizo nada que indicara que lo había sentido; terminó de quitarse la camisa y se agachó para colocarla encima de la chaqueta, aprovechando el movimiento para sacar su pistola del bolsillo. Cuando la tuvo en la mano, se enderezó y se volvió, apuntándola hacia el rincón oscuro.

-Soy yo -dijo una voz conocida. El cañón de la pistola osciló. ¿Es que estaba sufriendo de una alucinación? , pensó. ¿O habría perdido totalmente el juicio?

Laura se levantó y se hizo visible a la luz de la vela. Entonces él comprendió que había estado sentada en un sillón que medio daba la espalda a la puerta. Bajó lentamente el arma, sin creer del todo que eso fuera real.

-Perdona que te haya alarmado -dijo ella-. Te estaba esperando y me quedé dormida. -Sonrió algo azorada-. Supogo que estoy cansada.

No podía ser que ella estuviera en su habitación, pensó él; debía de estar soñando. Y sin embargo se veía bastante sólida, y estaba desgarradoramente hermosa.

-Pero necesitaba hablar contigo -continuó ella-, para darte las gracias.

Él la vio en la isla, con los tirantes de la enagua caídos y los labios entreabiertos, en sorprendido placer. Sí, estaba perdiendo facultades.

Ella se le acercó y el frufrú de su vestido de seda rasgó el silencio.

-No podía esperar hasta mañana -continuó.

Era hermosísima, pensó él; la tenía tan metida en sus pensamientos y emociones. De pronto tomó conciencia de la pistola que colgaba de su mano, de su pecho desnudo y de las inconfundibles señales que le enviaba su cuerpo.

-No deberías estar aquí -dijo con voz ronca.

-Lo sé. Pero cuando le dijiste al señor Tompkins...

Se le acercó otro paso. A él le pareció ver que estaba temblorosa.

-Tenemos... es decir... no es la primera vez que estamos...

Él tuvo que desviar la vista. Dejó la pistola en la mesilla y cogió su camisa.

-Simplemente dije la verdad -logró decir.

-Aun cuando no deseabas decirla -dijo ella.

¿Cómo sabía eso?, pensó él. Cuando la miró a los ojos, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Si no la miraba, tal vez sería capaz de recuperar la sensatez; tal vez entonces lograría pensar con claridad, e incluso convencerse de que ella debía marcharse, porque si no él haría algo irremediable.

Laura se le acercó más.

-Eso ha significado mucho para mí -le dijo.

Su perfume lo embriagó; la camisa se le resbaló de los dedos y cayó al suelo en un susurro.

-Creo que no puedes imaginarte cuánto -añadió ella.

Tuvo que mirarla; ella atraía su mirada, tiraba de todos sus sentidos.

-Sí que puedo; es lo mismo que significó para mí cuando volví de mi primera misión verdadera y...

Ella lo miró, y él vio en el verde oscuro de sus ojos el reconocimiento y comprensión de la afinidad entre ellos; era como mirar en un espejo encantado, pensó; no veía en ellos su imagen física pero sí el reflejo de su espíritu.

Ella susurró su nombre.

Gavin no había experimentado jamás un estado de tensión semejante. El deseo se apoderó de él, incitándolo a cogerla en sus brazos y estrechar su cuerpo contra el suyo. Ella estaba en su dormitorio, le gritaba, ¿Qué otra cosa podía esperar? Debía de desearlo también. Pero otros sentimientos lo mantuvieron rígidamente inmóvil, hablándole de la valentía y sabia inocencia de ella. Comprendió que deseaba algo más que su cuerpo. Los fuertes latidos de su pulso lo estaban mareando.

-Tienes que salir de aquí -le dijo.

-Tenía que decirte...

Él agitó la cabeza para despejarla y retrocedió un paso para apartarse de ella, pero se le enredaron los pies en la camisa y se tambaleó. Se había vuelto loco, pensó; jamás le ocurrían esas cosas.

-¿Te sientes mal? -le preguntó ella, poniéndole la mano en el brazo.

El contacto lo abrasó; eso era más de lo que podía soportar.

-¿Crees que puedo soportar esto? -le dijo, con los dientes apretados.

Ella lo miró, sus ojos grandes y verdes semejantes a las profundidades de un bosque. Ligera como pluma, su mano subió por el brazo hasta el hombro desnudo. La resitencia de Gavin se quebró. La atrajo hacia sí y la besó. Se desató todo el deseo que había estado reprimiendo, dominándolo. No podría soltarla ni aunque de ello dependiera su vida.

-Gavin.

Él no supo si eso era una protesta o una bienvenida; no tenía las facultades para juzgar. Sólo pudo besarla más profundamente, tratando de despertar su pasión.

Sintió los brazos de ella alrededor de su cuello, y sus dedos en sus cabellos. Ella se entregó a su abrazo, amoldando su cuerpo al suyo como otras veces, y esa rendición lo excitó aún más. Bajó las manos, explorando las curvas de sus caderas, la exquisita plasticidad de su talle, tal como había deseado hacer en todo momento desde que se separaron. Le bajó el vestido por los hombros y le rozó con los labios la blanca piel de su cuello, los rosados pezones. Cuando ella gimió su nombre, tiró de los broches que le cerraban el vestido, sin oír siquiera que algo se rompió al caer.

Estaba desesperado por acariciarla toda entera, toda de una vez. Con un solo movimiento le quitó la enagua y dejó viajar sus dedos desde las rodillas hasta el cuello. Laura echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. Él le quitó las agujas que le sostenían los cabellos y éstos cayeron en cascada sobre sus hombros.

Laura se dobló un poco hacia atrás y él la tomó en sus brazos y la depositó en la cama, quitándose las botas y las calzas casi antes de soltarla. Cuando se acostó a su lado ella se apretó contra él, acercándole la boca para su beso, entreabriendo los labios bajo los suyos y exigiendo más mientras lo besaba.

Estaba rosa y marfil a la luz de la vela, sus cabellos brillaban en un tono negro azulado. Ella bajó la mano por los músculos de su vientre hasta acariciarlo en una parte de un modo que lo hizo casi gritar.

-No -susurró, temiendo perder el control.

-¿No? -preguntó ella, acariciándolo otra vez para que gritara.

-Si no paras... -gimió el.

-¿Qué me harás?

Su sonrisa era tentadora y algo más, contenía algo misterioso que le intensificó el deseo de un modo nuevo para él. En respuesta, la levantó hasta ponerla encima de él, acomodando sus rodillas a ambos costados y deslizando las manos hacia arriba por el interior de sus muslos.

-Volverte loca como tú me vuelves a mí -susurró, y le acarició el lugar íntimo.

-¡Oh! -exclamó Laura, arqueando la espalda y estirando los brazos detrás de ella.

Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Conocía todos sus ritmos, pensó él. El ritmo de su corazón, de su respiración, las vibraciones de su deseo. Sus cuerpos estaban hechos el uno para el otro. Subió una mano hasta ahuecarla en uno de sus pechos, y con la otra continuó acariciándola en la entrepierna.

-¡Oh! -repitió ella-. Gavin, por favor.

Sintiéndose triunfante, él se arqueó un poco para penetrarla. Cuando comenzó a moverse, ella se movió con él, en armonía perfecta. Las sensaciones eran exquisitamente enloquecedoras, una violenta marea que avasallaba la razón.

Ella apretó las piernas sobre sus costillas y se inclinó a besarlo, los dos moviéndose a un ritmo, aumentando juntos la excitación. Todos los músculos de Gavin se fueron tensado a

Librodot

medida que se intensificaban las sensaciones hasta estallar en todo su ser como una llama viva. Se sintió roto en mil pedazos y a pesar de ello completo, absolutamente vaciado y lleno a la vez.

La sintió desmoronarse sobre él, igualmente saciada, caer sus cabellos en sus hombros y su mejilla sobre su pecho. Mirando ascender y descender su cabeza, movida por su respiración, Gavin sintió el repentino picor de lágrimas en los ojos y los cerró para contenerlas, sorprendido. Tenía la garganta y el pecho oprimidos.

-Esto es imposible -murmuró.

-¿Qué? -preguntó ella lánguidamente.

-Me volveré loco pensando qué andas haciendo y en qué peligro estás metida.

Ella se incorporó para mirarlo, y sus cabellos le rodearon la exquisita cara como velos de tinta.

-Tienes que prometerme que nunca volverás a correr un riesgo así. -Le cogió los brazos-. Estar sola en la casa de un rufián aristócrata... -El recuerdo y la desesperación que había sentido lo hicieron sentirse enfermo-. Trabajar ahí, a su merced. ¡No debes hacer eso, Laura!

Ella se apartó de él, pasó una pierna al otro lado y se sentó de piernas cruzadas a un lado de la cama. Gavin no supo si echarse a reír o gemir. Ella estaba ante él muy seria y atenta, pero gloriosamente desnuda.

-Lo he hecho antes -dijo ella.

-¿Qué quieres decir?

-Trabajé en casa de los Leith durante...

-¡Pero no estabas allí para descubrir información! Además, Leith es...

-Un estúpido -terminó ella.

-Y los hombres a los que te propones engañar distan mucho de ser estúpidos. Te van a descubrir y... -Hizo rechinar los dientes, frustrado-. Si no hubiera estado yo allí te habrían matado -le recordó-. Y yo no estaré allí si vuelves a hacer algo así -añadió. Sólo pensar en eso lo volvía loco.

-No vas a... -intentó decir Gavin.

Parecía una pregunta, pero ciertamente ella sabía que él no estaría.

-Si volvieras a Inglaterra...

-¿Habrías hecho eso tú, después de esa primera misión de que hablas?

Eso lo silenció. No se casaría con él, pensó, ni se retiraría del peligro. Era la mujer más obstinada de toda la faz de la tierra.

-Gavin -dijo ella, poniéndole una mano en el pecho, lo que para él fue un tormento y una incitación-. ¿No hay otra posibilidad?

Él frunció el ceño, tratando de interpretar su tono de voz.

-Una vez dijimos que trabajaríamos como compañeros -continuó ella con voz trémula-. Trabajamos bien juntos, ¿No te pare...?

-¡Pero yo no estaré allí! ¿No lo entiendes? Ese es el problema. Estaré a miles de millas de distancia. No podré hacer nada, fuera de perder el juicio preocupándome por ti.

-Porque trabajas solo.

Él no logró comprender por qué ella repetía frases que habían hablado hacía eras, frases que no tenían sentido ni le ofrecían ninguna seguridad para el futuro. Comprendió que ella no le iba a hacer caso; jamás le había hecho caso, ni una sola vez en toda su enfurecedora y deliciosa historia. Sólo tenía una manera de conseguir toda su atención y colaboración total.

Tiró de ella y la estrechó en sus brazos con tanta fuerza que ella ahogó una exclamación. Silenciándole la boca con la suya, le hizo el amor como jamás lo había hecho a ninguna otra mujer en su vida.

Laura estaba contemplando la vela que se consumía en la palmatoria, escuchando la respiración lenta y uniforme de Gavin a su lado. Era hora de marcharse; no deseaba irse. Deseaba abandonarse al sueño, acurrucarse junto a él y despertar ahí por la mañana. Pero aunque eso hubiera sido posible, aunque no estuvieran en una casa llena de desconocidos que arruinarían su reputación, tendría que marcharse de todos modos.

No había ningún mañana para ellos. Sólo había momentos robados, en la isla, esa noche, en que ardían juntos como dos almas destinadas la una a la otra. Pero cuando se disolvía el humo de la pasión y volvían a la realidad, el camino estaba bloqueado. No podía ser una esposa intermitente, sola en Inglaterra esperando sus visitas, aun cuando él deseara que lo fuera; él no quería tenerla con él en sus misiones. Mientras se vestía tuvo que reconocer que en el fondo había abrigado la esperanza de que él la quisiera a su lado. Había demostrado su valía, se dijo, desafiadora. Le había demostrado que no tenía miedo, que era capaz de resistir con él. Pero eso no había sido suficiente. Él veía sus habilidades y su determinación, pero no podía verla como compañera.

Si el señor Tompkins le daba trabajo, pensó, podrían encontrarse de vez en cuando, podrían robar momentos como el de esa noche, radiantes de ternura y gloria. Pero eso no era suficiente; ella lo quería todo, quería su amor.

El vestido estaba roto y no se lo pudo cerrar bien; lo acomodó lo mejor que pudo, y se quedó un momento en medio de la habitación contemplando la cara de Gavin.

Parecía un caballero tallado en mármol y oro, o un príncipe encantado de algún cuento de hadas. Parte de la dureza lo abandonaba durante el sueño, y también se veía más joven. No logró pensar en nada aparte de lo espléndido que era y de lo mucho que lo amaba.

19

Gavin despertó cuando la luz del sol entraba a raudales por las ventanas de su habitación. De lo único que tuvo conciencia durante un momento fue de que se sentía extraordinariamente bien. Se desperezó, disfrutando del estiramiento de sus músculos y de la satisfacción que lo recorría todo entero. Entonces recordó. Laura seguía con él en la memoria de su cuerpo.

Miró alrededor. Por la caída de la luz, era tarde. Se levantó y se asomó a la ventana. Era un radiante día primaveral. Volvió a desperezarse, disfrutando de su fuerza. Tiró del cordón para llamar a Hasan y pidió un baño.

Bajó a desayunar esperando encontrar a Laura en el comedor. No sabía exactamente qué le diría, pero estaba deseoso de verla. Ella se sonrojaría ante la caricia de su mirada; sería divertido atormentarla un poco. Y si había suerte, tal vez podrían encontrarse solos.

Pero cuando entró en la sala de desayuno sólo encontró al señor Tompkins, resplandeciente en su atavío de raso color marfil, bebiendo una taza de café. Dominó una punzada de decepción sorprendentemente fuerte y llenó un plato con los manjares que esperaban en fuentes de plata en el aparador.

-Espero que haya dormido bien después de su aventurilla -le dijo el anciano.

Gavin lo miró con desconfianza y asintió. Tompkins era tan perspicaz que daba la impresión de ser omnisciente. Pero no había manera de que supiera cómo había pasado la noche.

-Espléndido -continuó el anciano, y bebió un sorbo de su taza-. Parece que la señorita Devane tenía razón. Se han enviado un buen número de paquetes a Irlanda desde Viena, y a direcciones muy sospechosas. He enviado mensajes a Whitehall. Estamos justo a tiempo para impedir que lleven a cabo su plan, el que sea.

Gavin emitió un gruñido.

-La condesa fue inteligente al aprovechar el plan de huida de Bonaparte. Pensaba ganar dividiendo las fuerzas inglesas.

Gavin asintió, extrañado de encontrar tan poco interesante eso.

Librodot

-Sin embargo Sophie se nos escapó de las manos -continuó diciendo Tompkins-. Ella y su marido buscaron refugio de la delegación del zar.

-Eso me suena a Sophie -masculló Gavin.

-Sí. - Tompkins levantó nuevamente la taza, observando a Gavin por encima del borde-. ¿Así que después de todo opina que la señorita Devane es apta para nuestro tipo de trabajo?

Gavin se quedó inmóvil.

-En otra ocasión usted manifestó una opinión diferente.

-Ayer dije que lo hizo bien -contestó Gavin, eligiendo cuidadosamente las palabras-. Al menos, una vez que se metió en problemas, fue capaz de...

-Claro que si no se hubiera metido en problemas, no habríamos descubierto esa información esencial -interrumpió el anciano.

-Yo habría...

-Usted se ha metido en peligros peores, creo, durante alguna de sus misiones.

-Pero yo no soy una mujer, sola y vulnerable a... -Ni siquiera pudo decirlo-. Si no hubiera estado yo allí, habría sido... diferente. -Desastroso, pensó.

-Desde luego. -Tompkins lo miró pensativo-. ¿O sea que cree que la señorita Devane debería trabajar con alguien, tal vez?

-¡Debería estar segura en casa! -replicó Gavin, demasiado agitado para considerar siquiera la sugerencia.

-A bueno, tal vez todos deberíamos estar seguros en casa.

Gavin desechó esas palabras con un gesto furioso.

-A algunos nos sienta bien el riesgo. Disfrutamos estando solos en lugares desconocidos, descubriendo los planes de un enemigo. Pero eso no quiere decir... -Gavin no acabó la frase.

-¿Y la señorita Devane no es de ese tipo?

-Ella...

La frustración y la rabia lo paralizaron. Deseó mentir, decir que ella no era de ese tipo, pero sabía que eso sería una traición imperdonable, el tipo de traición que había jurado no cometer jamás.

Él había luchado contra la manipulación de su padre; había pasado su carrera observando mover a hombres como piezas de ajedrez por todo el mundo; había visto a veintenas de jóvenes pisotear lo que fuera que se interpusiera en su camino con el fin de demostrar su valía; había visto a sus hermanas apartar cruelmente a quienquiera que estorbara el progreso de sus familias. Se había prometido no comportarse jamás de esa manera, por importante que fuera el asunto, al margen de lo que él deseara.

Lo estremeció una contracción de dolor nunca experimentada antes en diez años de peligrosas misiones. ¿De dónde provenía? ¿Qué le estaba ocurriendo? Hizo un llamado a los recursos que lo habían sostenido en peligros y pruebas físicas, en los infortunios y angustias. Hizo acopio de toda su fortaleza y autodominio. La sensación era como una serie de ventanas que se fueran cerrando, una tras otras, a lo largo de las alas de una casa inmensa. Se cerraban y menguaba el dolor. La luz disminuía y su soledad aumentaba. Pero estaba acostumbrado a eso, pensó.

-Le ruego que me perdone por haberla hecho esperar -dijo el señor Tompkins a Laura unos minutos después. La había dejado segura en el estudio mientras él entrevistaba a Gavin. Ya había tomado su decisión-. Tengo necesidad de un mensajero confidencial. Una persona que no llame la atención y no esté conectada con... mis prácticas normales.

Aunque visiblemente desilusionada por la insignificancia de la tarea, Laura le aseguró que era capaz de hacerlo.

-No debería entrañar ningún peligro -continuó él. Ella lo miró como si deseara que lo hubiera. En realidad, daba la impresión de querer arrojarse al paso de un coche de cuatro caballos lanzado a toda velocidad. Tompkins se permitió esbozar una leve sonrisa. Las personas muy inteligentes podían ser increíblemente obtusas, pensó.

-Le daré una carta para que la lleve a cierta dirección y la entregue a la persona que encuentre allí.

-¿Eso es todo? -preguntó ella, casi como si se sintiera insultada. La sonrisa del señor Tompkins se ensanchó.

-Podría haber... podría ser necesario hacer ciertas negociaciones. En realidad estoy seguro de que habrá necesidad.

-¿Sobre qué? -preguntó más animada-. ¿Qué tengo que decir?

-Eso lo dejo a su buen criterio.

-Pero ¿de qué se trata, qué dice la carta? No puedo...

No debía regocijarse por su consternación, se reprendió él.

-Lo verá claro cuando esté allí. Tiene mi permiso para usar su iniciativa y llegar a cualquier acuerdo que le parezca correcto.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

-¿Esta es otra prueba? -preguntó.

-Podría considerarlo así.

-¿No he demostrado ya que...?

-O podría considerarlo un favor a un anciano.

Ella curvó el labio, tal como él esperaba cuando jugaba esa determinada carta. Qué placer trabajar con personas que no se dejaban engañar, pensó.

-¿Hay siquiera un mensajero real? -preguntó ella.

-Y muy real -le aseguró él-. Y considero de extrordinaria importancia esta transacción. Esencial, en realidad. Me sentiré terriblemente deprimido si no resulta bien.

Es fácil parecer sincero cuando se dice la verdad, pensó él, divertido. ¿Y cuántas veces se tiene esa oportunidad?

-Ah.

-Vaya a buscar sus cosas. Cuando vuelva tendré la carta lista.

Laura asintió y se puso de pie.

-Ah, ¿señorita Devane?

Ella se volvió hacia él.

-No debe hablar de esto con nadie.

Ella pareció profundamente ofendida, tal como él esperaba que se sintiera. Pero eso le impediría detenerse a charlar con... cualquiera que se encontrara de camino a su habitación, pensó satisfecho.

Cuando Laura volvió al estudio, el señor Tompkins le entregó un pesado sobre sellado.

-Debe llevar esto al número dieciséis de Mariastrasse. No llame a la puerta. Entre, suba al segundo piso y vaya a la habitación del fondo. El mensajero estará allí.

Muy a su pesar, Laura sintió una oleada de emoción. Eso era mucho mejor que la vida de institutriz.

-¿Debo esperar a que él lea la carta?

Él hizo un gesto afirmativo.

-O sea que será un hombre.

Él sonrió ante ese truquito, pero no dijo nada.

-Y después... ¿trato con él? -dijo ella, con la esperanza de obtener más orientación.

Él se limitó a asentir. Tenía que haber algo más, pensó Laura. Había algo que no conseguía captar. Mientras salía del estudio se prometió que fuera lo que fuera, ella le demostraría que era capaz de manejarlo.

La primavera ya estaba bien aposentada en Viena; en los árboles ya asomaban los brotes nuevos, y a pesar de los ejércitos que marchaban en masa hacia Francia, las calles estaban llenas de personas que habían salido a pasear y disfrutar del buen tiempo, y los niños retozaban y reían bajo el cálido sol.

Encontró la calle sin ninguna dificultad. No estaba lejos. Cuando se acercaba al número dieciséis, miró disimuladamente alrededor en busca de señales de algo raro. No vio ninguna. De súbito la asaltaron las dudas y se imaginó entrando en la casa de un sorprendido ciudadano vienés y tratando de explicarle por qué no se había molestado en llamar o golpear.

Pero confiaba en el señor Tompkins; desde luego sus planes tenían que ser impecables. Subió los escalones hasta la puerta y probó la manilla. No estaba cerrada con llave. La abrió cautelosamente y entró. Un vestíbulo vulgar. Cerró la puerta y prestó atención; sólo oyó silencio. Bien podría no vivir nadie en esa casa.

Subió hasta el segundo piso y recorrió el corredor central hasta la habitación del fondo. La puerta estaba entreabierta. Haciendo una honda inspiración, la empujó, y se encontró cara a cara con un Gavin Graham de aspecto impaciente.

-¿Qué haces aquí?

-M -me ha henviado el señor Tompkins.

-¿A qué?

Aún no recuperada del todo de su sorpresa, Laura paseó la vista por la habitación; era bastante ordinaria.

-Me dijo que aquí encontraría a un mensajero.

-A mí me envió a recibir una carta de un mensajero -dijo Gavin. Confundida, ella le pasó la carta.

Pasado un momento de vacilación, él rompió el sello y sacó las hojas dobladas dentro del sobre. Estaban en blanco. La miró ceñudo.

-¿Qué tipo de juego...?

Ella negó con la cabeza. ¿Quería el señor Tompkins que negociara con Gavin? ¿Sobre qué?

-Esto es ridículo -dijo él. En dos pasos fue hasta la puerta y cogió el pomo para abrirla. El pomo no se giró-. ¿Qué demonios? -Sacudió violentamente los paneles. La puerta no se movió-. Está cerrada con llave.

-No puede ser.

-Pues lo está.

Se miraron. Laura estaba relacionando ciertos guiños del señor Tompkins y sus comentarios con la misión encargada y la puerta cerrada con llave. Era extraña la sensación de convertirse en una pieza de una de las intrigas del anciano. ¿Qué querría?

Gavin volvió a sacudir la puerta; ésta no perdió nada de su solidez.

-Alguien te ha seguido hasta aquí -la acusó.

-No. -Estaba segura de eso.

-No los viste. No tienes la experiencia para...

-Vi inmediatamente a los vigilantes que me pusiste. Y convencí a una de ellos para que trabajara para mí.

Él no tenía respuesta para eso. Dio una patada a la puerta.

-Si eres tan lista debes saber quién nos ha encerrado aquí.

Laura creía saberlo, pero no estaba dispuesta a decirlo.

Gavin fue a examinar la única ventana de la habitación. Estaba sólidamente enrejada.

-Estamos atrapados aquí.

Debía negociar con Gavin, pensó Laura. Pero ya había intentado hablar con él, y no había llegado a ninguna parte. El señor Tompkins no lo sabía. ¿Qué esperaba de ella? Sonrió

para sus adentros. Tal vez había llegado a la conclusión de que si ella lograba negociar con Gavin Graham sería capaz de enfrentar cualquier reto que le presentara el mundo.

Gavin sacó una navaja del bolsillo, la insertó en la cerradura de la puerta y exploró su mecanismo.

Laura sintió una mezcla de excitación, nerviosismo y euforia. Debía arriesgarlo todo en ese encuentro, pensó. El señor Tompkins debía de creer que había alguna posibilidad de éxito. Tenía que usar todas sus facultades para luchar por lo que deseaba.

-Si lo pensamos entre los dos, estoy segura de que podremos salir -dijo.

-Yo me encargaré de esto, no te preocupes.

-No estoy preocupada.

Él le dirigió una rápida mirada.

-Quienquiera que nos haya encerrado aquí probablemente está esperando refuerzos -observó.

-Por eso debemos unir nuestras fuerzas. ¿Cómo puede pensar en todo una persona sola?

Él se volvió hacia ella y la miró de verdad por primera vez desde que había abierto la carta.

Laura tuvo la impresión de que se acababa el aire en la habitación y que le costaba respirar.

-Trabajamos muy bien juntos la última vez -dijo ella.

-Después de que tú nos metieras en serias dificultades.

-Estoy segura de que podría hacerlo mejor si contara con un buen maestro.

Gavin soltó el pomo, se alejó unos pasos de la puerta e hizo una respiración entrecortada. Se sentía como si estuviera en el lugar menos seguro de la tierra, asediado, cercado por peligros por todas partes, y con él estaba la única persona en el mundo a la que más deseaba proteger. Sintió cómo se iban abriendo todas esas ventanas interiores que él había cerrado.

-¿No lo entiendes? -le preguntó-. Sophie Krelov podría haber enviado a sus hombres a seguirnos, o tal vez es otra persona...

Eran muchísimas las personas que podían ser, pensó desesperado.

-¡Encontraremos una salida! -afirmó Laura.

Él conocía ese destello de sus ojos. Lo había visto allí antes, y también lo había visto en sus propios ojos. Contenía un ardiente deseo de vida y aprobación, la decisión de actuar, el placer de caminar por el filo. Se quedó rígido, tratando de contener las emociones que lo atenazaban como grilletes de hierro. Tragó saliva, y sintió los músculos del cuello y los hombros tensos como fajas de acero. No podía vivir sin ella, comprendió. Todo ese hablar de que se marchara o tomara un puesto peligroso, había sido pura palabrería. Ella había estado allí, en la misma casa; la había visto todos los días, hablado con ella. Le había sido fácil no tomar en cuenta lo que sentía realmente. Pero ya no podía continuar negándolo. La amaba como jamás había amado a ningún otro ser humano. Con una terrible mezcla de desesperación y júbilo, comprendió que sacrificaría todo lo que fuera necesario por tenerla a su lado. Debía decir algo.

-Ah -dijo, mirando la pared que había detrás de ella, como buscando la salvación.

Ella lo miró como si supiera que acababa de ocurrir algo insólito. Él dio un paso brusco hacia ella.

-Esto no está bien -dijo-. Tienes que casarte conmigo.

Ella parpadeó.

-Pero...

-Buscaré trabajo en Inglaterra -añadió él apasionadamente-. Tiene que haber algún trabajo que yo pueda hacer en Londres.

-Pero ¿Y tu trabajo?

En dos pasos estuvo junto a ella. Le cogió los brazos y la acercó a él.

-¿Es que no lo entiendes? No puedo dejarte.

Librodot

La remeció un poco; se sentía furioso y al mismo tiempo inmensamente aliviado por haberlo dicho.

-¿No puedes? -susurró ella.

-No seré capaz de trabajar sin ti. Estaré continuamente distraído. Soy un hombre arruinado. -Atrayéndola fuertemente hacia él la besó-. Te amo -concluyó.

Eso lo sintió como un final, y un comienzo a la vez. Ella era suya, siempre sería suya. ¿Eso no lo compensaría todo? La estrechó con más fuerza. Sintió una alegría loca cuando Laura se entregó a su abrazo. Nada en su vida lo había hecho sentir así jamás.

Pasado un rato, cuando los dos estaban respirando rápido, Gavin levantó la cabeza.

-Arreglado entonces. Buscaremos a alguien que nos case aquí en Viena.

-Gavin...

-No voy a esperar a estar de vuelta en Inglaterra -interrumpió él, sosteniéndola con manos posesivas-. Ni siquiera lo sugieras.

-No, pero... -Laura movió la cabeza-. Tu trabajo, tus viajes, no puedes renunciar a ellos.

-No hay más que decir sobre eso.

Ella se apartó un poco, sus ojos dulcificados por sus besos.

-Lo echarás de menos, serás desgraciado. -Trató de apartarse más pero él no la dejó, aunque tampoco contestó a sus objeciones-. No resultará -protestó, su voz llena de pena.

-Si crees que vas a volver a rechazarme... -empezó a decir él.

-¿Cómo puedo no rechazarte? -Le cogió las solapas, como si lo pudiera remecer como él a ella-. Detestas la idea de volver a Inglaterra -afirmó, con los ojos llenos de lágrimas-. No puedes decir que no.

Y él no pudo. Ella trató de apartarse, pero él no la soltó.

-No quiero ser la causa de tu infelicidad. Te amo demasiado para eso -dijo Laura.

Gavin sintió una repentina alegría y ligereza ante esa declaración. Estrechó más el abrazo.

-Nos vamos a destruir mutuamente en Inglaterra -añadió ella.

-Encontraremos la manera de...

-Dijiste que podría ser tu compañera -añadió ella, sin aliento-. Bueno, lo seré.

-Mi esposa -concedió él.

-Y tu compañera -repitió ella-. Has visto que no soy miedosa. Te acompañaré en tu trabajo.

-Laura, eso no es posible.

-¿Y lo del barco? ¿Piensas que no soy capaz de soportar penurias?

-No te puedes imaginar el tipo de...

-¿No confías en mí? ¿Ni siquiera ahora?

Gavin la miró y cayó derribada una última barrera.

-Te confiaría mi vida y todo lo que tengo. Pero no creo que yo pueda funcionar si tú estás en peligro. No podría dejarte salir y...

-Entonces yo me escabulliría sin que tú lo supieras -dijo ella, tratando de bromear.

Él se rió, pero su risa sonó más como un gruñido.

-Me volverías loco en un mes, preocupado de lo que vas a hacer.

-No, porque te lo diría, como lo hace un verdadero compañero.

Sus ojos volvieron a encontrarse y los dos sostuvieron la mirada.

Él la estrechó con más fuerza. Cada uno sentía los latidos del corazón del otro.

-¿Realmente podríamos...?

Gavin deseaba creerlo, con desesperación.

-Ejem.

Ambos se volvieron hacia el sonido y se encontraron ante Tompkins, en el umbral de la puerta abierta. Ninguno de los dos había sentido girar la llave en la cerradura, ni su entrada, ni tenían idea de cuánto tiempo llevaba allí.

-Tal vez yo pueda sugerir una solución -concluyó Tompkins.

Laura lo miró, sin osar hacerse esperanzas.

-Claro que esto entrañaría ciertos acuerdos -continuó Tompkins.

Gavin lo miraba como un predador.

-Usted, Graham, tendría que renunciar a ciertos hábitos, como el de galopar por las montañas de Afganistán para reunirse con esas tribus.

Laura abrió la boca para protestar.

-Y usted, señorita Devane, tendría que reconocer el valor de la experiencia en el campo, y de tanto en tanto incluso acatarla.

-Nunca he negado...

-Díganos -ordenó Gavin en ese mismo instante.

El señor Tompkins se tomó un momento para mirarlos a los dos. Rara vez había visto una pareja tan hermosa, pensó. Pero más aún, creía no haberse encontrado nunca con un par tan astuto. Iban a avanzar a guadañadas por el servicio extranjero, concluyó con inmensa satisfacción.

-Necesito muchísimo tener una fuente de información el El Cairo -les dijo-. Y no me puedo permitir despertar ni la más mínima sospecha respecto a esa fuente.

Gavin bajó la mano y cogió en ella la de Laura. Los dos lo estaban mirando como gatos una ratonera.

Tompkins sonrió.

-Difícilmente podría despertar sospechas una pareja en luna de miel, de visita por las ruinas del antiguo Egipto. Podrían merodear por los bazares y contactar con ciertas personas en quienes... tengo interés.

Le encantó ver la deslumbrante chispa que iluminó los ojos de Laura, y el modo como Gavin se concentró, evidentemente, ya formando planes. La fuerza con que se tenían cogidas las manos aumentó visiblemente.

-Claro que sería un tipo de luna de miel bastante extraño -acabó, pensando si algún momento de su larga carrera le habría ofrecido satisfacción mayor.

-Ese es exactamente el tipo de luna de miel que yo deseo -respondió Laura.

Entonces Gavin la miró y, echando atrás la cabeza, soltó una carcajada.

-Renuncio -dijo-. Te llevaré a los confines del mundo si ninguna otra cosa te hace más feliz.

Volvió a estrecharla en sus brazos.

-Ninguna aparte de ti -susurró ella.

-Espléndido -dijo el señor Tompkins-. ¿Decidido entonces? Seréis compañeros.

Esperó un momento la respuesta, pero entonces comprendió que ninguno de los dos lo había estado escuchando. Con una complacida sonrisa por su éxito, salió sigilosamente de la habitación.